



A decorative flourish logo consisting of a stylized, symmetrical scrollwork design.

# ANDA DE NOCHE

John Dikson Carr



Lectulandia

En «Anda de noche», John Dickson Carr nos presenta un caso de asesinato perpetrado con una espada de finísimo filo, que ocasiona el decapitamiento de la víctima.

El asesinado es el duque de Saligny.

El misterio más impenetrable rodea este hecho, que causa sensación en los medios sociales a causa de la personalidad de la víctima, estimadísima entre la buena sociedad.

¿Quién pudo asesinarle? Esta es la pregunta que todos se hacen, sin que nadie llegue a dar una contestación precisa.

Carter Dickson, con su maestría acostumbrada, nos presenta una serie de tipos raros, todos ellos mezclados, más o menos, en este asesinato, sin que haya prueba decisiva contra ninguno de ellos.

Por fin, al cabo de investigaciones fatigosas, se consigue dar con el asesino; pero hasta llegar a ese final, que asombra por lo inesperado, el autor nos hace sentirnos dominados por el terror que se desprende de toda la novela y que llega a alucinarnos como una pesadilla.

Con diálogo conciso, sin prodigar palabras innecesarias ni frases vanas, este relato es buena muestra de la capacidad inventiva de su autor.

Lectulandia

John Dickson Carr

# Anda de noche

Henri Bencolin - 1

ePub r1.0

Titivillus 06.07.2017

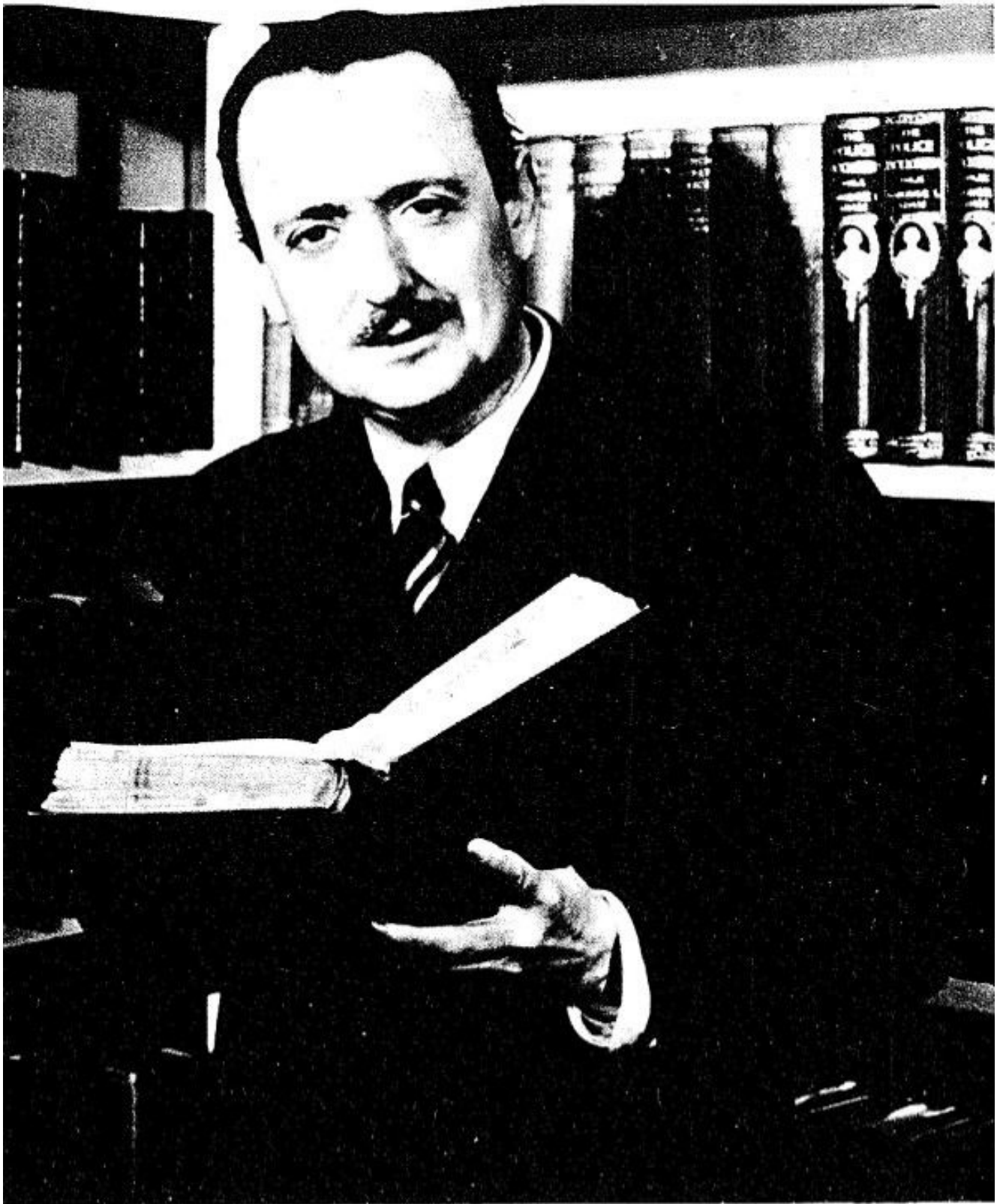
Título original: *It Walks By Night*  
John Dickson Carr, 1930  
Traducción: Fernando Santos

Editor digital: Titivillus  
Retoque de portada: Piolin  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



John Dickson Carr  
CARTER DICKSON

## NOTA PRELIMINAR

### CARTER DICKSON

*CARTER DICKSON, seudónimo de John Dickson Carr, nació en Uniontown, Pennsylvania, el año 1905. Hijo de un miembro del Congreso, célebre abogado criminalista, que deseaba que su hijo siguiera la misma profesión que él, el pequeño John, siguiendo una línea completamente dispar, decidió dedicarse a escribir novelas policíacas. Para ello utilizó, además de su nombre verdadero, los seudónimos de Dickson Carr y Carter Dickson.*

*Aparte de numerosas novelas —más de cuarenta—, es autor de una magnífica y bien documentada biografía del creador de Sherlock Holmes, sir Arthur Conan Doyle.*

*John Dickson Carr escribió la mayor parte de sus treinta libros de misterio en la década que pasó en Gran Bretaña, donde en 1936 fue honrado con la inclusión en el Detective Club.*

*Fueron sus padrinos en tal solemnidad Dorothy Sayers y Anthony Berkeley. Y hasta G. K. Chesterton le honró con su asistencia al acto.*

*Durante los ataques aéreos a Londres, de 1940 a 1941, fue varias veces bombardeado, perdiendo casa y fortuna; pero no se movió de la capital.*

*J. B. Priestley dijo que Carr tenía un sentido tal de lo macabro, que lo elevaba por encima de los escritores de relatos detectivescos. Otros han afirmado que sus novelas son verdaderas obras de arte por su estilo, sus argumentos y el dinamismo de su acción.*

*Los relatos que ha escrito para la radio han tenido un magnífico éxito.*

*Las primeras novelas que escribió tenían como fondo París, y su protagonista era Bencolin, de la Policía parisiense. Pero la popularidad del autor no llegó a su máximo hasta que creó al doctor Gideon Fell. Con el seudónimo de Carter Dickson inventó su sir Henry Merrivale, más conocido como “H. M.” o “El Anciano”.*

*La técnica de Carter Dickson es muy semejante a la de Ellery Queen. Su fuerte han sido y son los problemas criminales mezclados con lo sobrenatural. La maravillosa forma de explicar sus problemas representa, tal vez, la causa de sus éxitos.*

*John Dickson Carr es un hombre moreno, con bigote, fumador de pipa, cuyos escasos cabellos le dan aspecto de hombre más viejo de lo que es en realidad.*

## EL PATRÓN DE LOS SEPULTUREROS

«Y de entre estos horrendos monstruos nocturnos (que pueden ser hallados incluso en nuestras amadas y deleitosas comarcas francesas) hay uno de cierta forma y de colorido diabólico que puede no ser reconocido durante el día, puesto que igual se presenta como hombre mozo y apuesto que como mujer sonriente, grácil y garrida; mas así que llega la noche, tórnase en bestia contrahecha de garras teñidas de sangre. Por esto os digo, incluso a vosotros que habitáis en París, que cuando el fuego de vuestros hogares va decreciendo y trocándose en rescoldo por la noche, si escucháis que alguien llama suavemente a los cristales de vuestra ventana con los dedos, no abráis al que se presente ante vuestra puerta como viajero...».

El significado de las frases iba apareciendo poco a poco entre los enrevesados períodos y anticuadas palabras francesas que escribió el arzobispo Batignolles de Rouen a mediados del siglo xv. Me había enviado el libro Bencolin aquella tarde, y ahora estaba abierto sobre mi mesa de escribir, mientras yo me vestía para cenar. El párrafo leído anteriormente, ahora se me antojaba surgir con sus insólitas palabras y anticuada construcción de entre un revoltijo de gemelos y cepillos, para llamarme la atención y hacerme pensar en muchas y muy extrañas cosas. Pues Bencolin me haba mandado el libro con una nota que decía: «Este libro fue encontrado en posesión de Laurent, y esa es la clase de hombre que es Laurent».

Los sucesos que pretendo narrar comenzaron a las ocho de la tarde de un día de abril, en París, en el mismo momento en que sonaban las primeras campanadas del reloj; lo primero que ocurrió fue que este libro fue abierto por mí. Acababa de llegar de Niza, atraído a París por un telegrama que me envió Bencolin, en el cual decía solamente que preveía peligros inmediatos y que si me interesaban. Yo le respondí telegráficamente que sí, sin saber lo que quería decir Bencolin, En aquel momento aún no sabía nada acerca del hombre que iba a asesinar al duque de Saligny y a perturbar nuestro sueño con pesadillas en las que veíamos su sonrisa horrible y zumbona.

Pero sí sabía yo que muy desagradables sucesos amenazaban cuando Bencolin llamó a la puerta de mi casa a las nueve de la noche. Algo vi que se ocultaba detrás de aquella excesiva naturalidad de su actitud. Se sentó enfrente de mí, al otro lado de la mesa de la salita, y mientras estuve escuchando aquella voz mesurada y grave no pude evitar el pensar acerca de aquel hombre, lo cual ocurre con frecuencia a quienes hablan con él. La primera impresión que da (y en esto están de acuerdo conmigo no pocas personas de las que le conocen) es que se trata de un hombre que inspira afecto,

simpatía y respeto. Advierten sus interlocutores que a aquel hombre se le puede decir cualquier cosa, por muy necia que parezca, y que él la escuchará sin sorprenderse y sin reír. Bencolin suele mirar a sus interlocutores con la cabeza ligeramente inclinada, con ojos que cubren en parte los gruesos párpados ojerosos, y al mismo tiempo atentos, agudos, bondadosos y tolerantes, encima de los cuales están dibujadas las cejas ganchudas, que velan la luz oscura de la mirada. Tiene fina la nariz aguileña, de la cual salen dos profundas líneas que bordean la boca. Esta esboza una sonrisa permanente que se pierde en parte entre el fino bigote y la barbita puntiaguda y negra, acabada en dos puntas retorcidas que comienzan a tornarse grises en su acabamiento. Por encima de la corbata blanca y de la pechera inmaculada de la camisa se yergue una cabeza digna de cualquier personaje del Renacimiento. Es parco de gestos al hablar, y únicamente puntúa su conversación con ligeros estremecimientos de hombros. Nunca alza la voz. Y, no obstante, cuando aparece uno acompañado por él en público, es inevitable sentir que está llamando la atención más de lo que es agradable. Tal es *monsieur* Henri Bencolin, que en la época en que se inicia mi relato era *juge d'instruction*, consejero de los Tribunales y director de la Policía.

Le conozco de toda la vida, pues era el mejor amigo de mi padre, y los dos estudiaron juntos en los Estados Unidos. Cuando era yo muy joven, solía visitarnos todos los años, traerme de regalo juguetes comprados en los *boulevards* y entretenerme con relatos deliciosamente escalofriantes. Pero nunca adiviné la extensión de sus conocimientos ni el puesto que ocupaba hasta que fui a vivir a París. Manejados por sus manos taumatúrgicas, mil hechos acontecidos en la ciudad jovel eran presentados a mi admirada consideración: luces y sombras, perfumes y peligros, *salons* y timbas, lupanares, abadías, ejecuciones en la guillotina y todos los aspectos del carnaval babilónico a través del cual se movía en nombre de la Prefectura. Su pelo rizado, su barbita bífida, sus ojillos entreabiertos y rodeados de arrugas y su sonrisa inescrutable eran conocidos en todas partes. Y ocurriera lo que ocurriera ante sus ojos, la expresión de su rostro era invariablemente la de quien reflexiona serenamente sobre las delicias de un vaso de vino bueno. Sentado en su despacho, conservaba en su mano todos los hilos de la vida de París, como si en lugar de una ciudad inmensa se tratara de algo mucho más sencillo. Se movía uno de sus dedos a través de un mapa; subía por una calle, se detenía ante una casa; decía unas cuantas palabras en el teléfono que tenía al lado, e, inmediatamente, la celada dispuesta por la Policía funcionaba veloz y alguien pagaba la pena de su delito. Pero nunca le había acompañado yo durante una de sus investigaciones hasta aquella noche del 23 de abril de 1927, en que nos unimos para iniciar la persecución de Laurent, el asesino.

Comenzaban a florecer en la oscuridad las farolas de París cuando bajamos los dos la escalera de mi casa y montamos en mi coche. Antes de hacerlo, Bencolin se detuvo a la puerta para encender un cigarro puro y permaneció mirando hacia ambos extremos de la calle, envuelta en sombras azuladas, recortada su silueta contra la luz del portal, alto, con la capa sobre los hombros, apoyado sobre su grueso bastón de



puño de plata.

—Hay un hombre cuya vida está en grave peligro —me dijo—. No es parte de mi cometido el dirigir las operaciones que deben protegerle, pero ha acudido a mí personalmente... ¡Raoul de Saligny! —añadió luego de una breve pausa—. El atleta, el *beau sabreur*, el ídolo popular. Es grotesco. Demasiado expansivo y ruidoso el tal Saligny, pero buena persona. Ya te hablaré luego de él. Ahora vamos a cenar. Después iremos a casa de Fenelli.

Durante la cena en Les Ambassadeurs no volvió a referirse al asunto, excepto para saludar de pasada a los hombres lobos. Esas dos palabras, dichas como si en ellas consistiera la amenaza que ponía en peligro la vida de Raoul Jourdain, sexto duque de Saligny, aumentó mi impresión de que el mismo Bencolin se encontraba preocupado más de lo corriente. Me fue imposible permanecer atento a la comida, tratando de recordar algo que escapaba a mi memoria, una breve noticia de un periódico, o tal vez un chisme de salón, que unía al duque de Saligny con algo horrible. La dificultad era que los hechos del aristócrata eran comentados excesivamente, lo que hacía más difícil recordar.

Era continuo leer cosas como «El duque de Saligny se espera que obligue a Lacoste a emplearse a fondo mañana en la semifinal de Wimbledon», o que el duque había derrotado en el *ring* a algún campeón de peso semipesado durante un combate de *amateurs*. Tiraba tan admirablemente con toda clase de armas, y era tan formidable jinete y esgrimidor, que el hombre acabó por convertirse en un personaje casi legendario e increíble. Era un gran aristócrata, hombre de escasa cultura, de encanto infantil, rubio, jovial y rebosante de vida. No le conocía yo personalmente, aunque en una ocasión me encontré ante él en la *salte d'armes de Maître Terlin*, cercana a la plaza de la Etoile. Pronto advertí que se trataba de un antagonista agilísimo, de músculos de acero, con ojos tan inescrutables como los de un buey y sabedor de mil sorprendentes trucos de la escuela italiana. Siete veces me tocó en otros tantos minutos, hecho lo cual se apartó de los ojos su melena rubia con un rápido movimiento de cabeza, se rió con estruendoso y simpático buen humor y se alejó como si de un niño se tratara, tirando al aire el florete, que luego recogía hábilmente.

Ya habíamos acabado de cenar, cuando me vino a la memoria que Saligny estaba a punto de contraer matrimonio, o quizá lo había contraído ya. Durante los últimos días de mi estancia en Niza había prestado poca atención a los periódicos, pero en aquel momento me vino a la memoria un comentario entre jocoso y amenazador que le oí a un amigo:

—La novia es preciosa; por lo menos, este marido sabe que las navajas barberas deben emplearse únicamente para afeitarse.

Cuando salimos de Les Ambassadeurs y nos dirigimos a casa de Fenelli eran las once y diez. Fenelli, en una bocacalle de la quai de Tokyo, era el más moderno restaurante para turistas y forasteros, que pretendía combinar la ilusión de ser

elegante con su naturaleza de *cabaret*. Allende un muro que cruzaba la loma, alzaba sus tres pisos de piedra gris, con las ventanas cubiertas por persianas, en la esquina de la rue des Eaux. Para aumentar la sensación de que se trataba de un establecimiento elegante en el cual no estaba permitida la entrada a cualquiera, Fenelli enviaba a sus clientes unas tarjetas grabadas que, teóricamente, daban a sus receptores el derecho exclusivo de perder su dinero en las mesas de ruleta que funcionaban en los pisos altos. La calle estaba llena de automóviles cuando pasamos por la verja que daba acceso al jardín y nos dirigimos hacia la puerta de la casa. Pasamos por un vestíbulo de alto techo y paredes de mármol, a la derecha del cual estaba el comedor y a cuya izquierda vi el bar, lleno de gente alegre y bulliciosa. Era también alegre y profusa la iluminación, y varias arañas fulgían colgando del techo. La decoración era excesiva, de lujo abrumador. Desde el comedor salía la música agria de una banda de negros. Bencolin no se detuvo en la planta baja, sino que se dirigió inmediatamente hacia la escalera de mármol que arrancaba desde el vestíbulo.

Nada me había dicho hasta entonces del objeto de nuestra ida a tal lugar. Estaba buscando a alguien entre el gentío. Al fin descubrió a la persona deseada, la cual se encontraba sentada en un sillón cercano a la puerta del bar, con expresión de manifiesta perplejidad.

Era un hombre inmenso, que parecía rebosar de sus ropas nada nuevas. Tenía enorme la cabeza, más bien sumida sobre el pecho, y llevaba el pelo cortado al rape, excepto en la parte delantera, en donde se alzaba de punta, formando un pequeño muro capilar sobre la frente. Era su tez rubicunda y le surcaba la frente una única arruga, profunda y horizontal. Llevaba gafas de cristales cuadrados, a través de las cuales miraban sus ojos pálidos y azules, con expresión entre ingenua y reconcentrada. Cuando hablaba, su gran bigote del color del bronce se agitaba movido por el aire de los pulmones, y su quijada inferior acompañaba estos movimientos más pausadamente y medio enterrada en el cuello. Se cogía y soltaba las manos continuamente, movía los hombros y miraba sin cesar a derecha e izquierda con la abstracción distraída de los miopes. Bencolin nos presentó gritando, para dominar con su voz el bullicio. Antes de alzar sus ojos pálidos hasta mí, el hombre movió dos o tres veces la cabeza con lento énfasis y dejó oír una especie de gruñido.

Tal fue mi presentación al doctor Hugo Grafenstein, director de su propia clínica de psiquiatría y neurología en la Universidad de Viena. Hablaba el francés con muy pronunciado acento extranjero, pero con fluidez. Nos dirigimos los tres al segundo piso mientras el psiquiatra protestaba ruidosamente acerca del lugar elegido por Bencolin para reunirse con él. Bencolin volvió la cabeza e hizo una señal. Inmediatamente vi a dos hombres que salían del bar y nos seguían escalera arriba.

Cuando llegamos al segundo piso, un empleado de uniforme pidió que le mostráramos nuestras tarjetas de invitación. Nos encontrábamos en un largo salón de mármol, con el suelo cubierto por una gruesa alfombra. Por las puertas dobles del

salón que daba a la rue des Eaux salía el rumor de muchas voces. Nos detuvimos en el umbral de este salón, y Bencolin estuvo examinando a los que se hallaban dentro. Era una estancia de unos sesenta y tantos pies de largo, con los muros recubiertos de madera oscura e iluminada por tres arañas de cristal que colgaban del alto techo. Enfrente de la doble puerta por la cual entramos había una serie de ventanas con gruesos cortinajes que daban a la calle. Al final de la sala, a nuestra izquierda, había unos huecos, con cortinas, en donde se servían bebidas. Y en la cuarta pared, a nuestra derecha, había una pequeña puerta. Bajo la brillante luz de las arañas se jugaba a la ruleta en tres mesas. El suelo de mármol hacía eco a los más discretos susurros. Se alzaban las voces formando una niebla de ruido, acompañadas de risas, exclamaciones ahogadas, el chocar de la raqueta con las fichas, el apagado rumor de las sillas con amortiguadores de fieltro en las patas. Los jugadores se apretaban alrededor de las mesas, mirando unos por encima de los hombros de los que se hallaban en primera fila, tensos, musitando frases secretas junto a los oídos de los amigos. La voz del *croupier* se alzó agria y metálica por encima del ruido general:

—*Le jeu est faite, 'sieurs et dames; rien ne va plus.*

Todos quedaron en tan absoluto silencio que podía oírse el ruido de la bola en la ruleta desde todos los lugares del salón. Se helaron las expresiones, con las cejas subidas, los cuellos estirados para ver mejor. Cantó la voz aburrída:

—*Vingt-deux, noir, 'sieurs et dames.*

Se rió una mujer. Un hombre se levantó de la mesa con movimientos rígidos y la cara impasible. Trató de encender un cigarrillo con aire de desafío, pero la llama del encendedor tembló en su mano. Se alejó sonriendo, reluciente el rostro de sudor, dando pasos al azar. Llegó a mis oídos el acento inglés de una voz que proclamaba su triunfo. Quedó suspensa momentáneamente la emoción, y pareció agitarse el aire de la sala —perfumes caros, humo de cigarrillos, polvos, tintineo de pulseras, pasos sobre el mármol—; de nuevo brotaron las conversaciones, aquí, allá... Era un público de alegre colorido, de plumaje abigarrado, excitable, de mirada audaz, como si todos estuvieran algo borrachos. Cuando alguien se volvía, se apreciaba en su mirada una intensidad extraña. La luz mostraba sin piedad el desgaste de rostros y de muebles. En la planta baja seguía tocando la orquesta negra sus tonadas vesánicas, y la música llegaba hasta nosotros difuminada, con un zumbir como de abanicos, y el chocar de los vasos. Todos los presentes parecían tener la razón pendiente de los finos alambres de la histeria.

—Desde uno de esos huecos podremos observarlo todo bien —dijo Bencolin.

El hueco, o entrante de la pared, en que nos instalamos era semicircular, provisto de un asiento adosado a la pared y mullido, en parte recatado por cortinas y con una mesa redonda delante del asiento. Sobre la mesa colgaba una lámpara color de rosa. Bencolin se sentó detrás de ella, mirando hacia el salón, con Grafenstein a un lado y conmigo al otro. Desde aquel lugar podíamos observar el bullicio y los movimientos de los presentes en toda la longitud del gran salón. Bencolin se había quitado de la

boca el puro y ahora estaba dándole vueltas entre los dedos, mientras sus ojos inexpresivos estudiaban atentamente la escena que se desarrollaba ante ellos. Los tres callábamos. Un camarero nos trajo una bandeja con cócteles. Grafenstein tomó su vaso, probó la bebida e hizo un gesto de repugnancia. Luego comenzó a mover el vaso sobre la mesa de uno a otro lado.

—¡Pua! ¡El juego! ¡Qué estupidez! —dijo—. Lo odio. Y en cuanto a este cóctel...

El vaso resultaba diminuto comparado con la manaza que lo movía. El psiquiatra tenía los ojos arrugados con gesto de desprecio y parecía estar pensando en aplastar el vaso entre sus dedos poderosos. Pasados unos minutos miró a Bencolin por encima de las gafas.

—He venido aquí para verle a usted, pues me dijo que tenía algo que consultarme acerca de un caso de mi especialidad. *Hein?*

Bencolin encendió calmadamente el puro y apagó la cerilla, como si el hacerlo fuera operación que necesitara gran cuidado.

—Sí. Estoy preocupado con algo que toca muy de cerca su especialidad. He querido consultarle. Exactamente. He prometido a este amigo mío que va a verme actuar. Como de costumbre, empiezo por consultar a las autoridades en la materia.

—Bien.

—El duque de Saligny, a quien es bastante probable que vea usted aquí esta misma noche, es un muchacho acaudalado y apuesto —continuó Bencolin—. Hoy se ha casado con una muchacha encantadora. Un asunto perfecto, romántico, un verdadero guión de película, diría usted. Me he enterado que los dos se encuentran aquí esta noche.

—En mis tiempos —gruñó Grafenstein—, la costumbre era irse de viaje de novios. No tomábamos las cosas tan naturalmente. Esa indiferencia es mala, mi amigo Bencolin. El efecto sobre la mente...

—Los recién casados modernos parece que creen que el aislamiento tiene algo de indecente. Dijérase que opinan que deben conducirse en público como si llevaran casados veinte años, y en la intimidad como si no estuviesen casados en absoluto. Pero eso no es asunto que me concierna. En este caso, hay razones más graves para esa aparente naturalidad. ¿No ha oído usted hablar nunca de la novia?

—No comprendo... —dijo Grafenstein, rebulléndose intranquilo en su silla.

—La novia fue *madame* Louise Laurent. Hace cuatro años estaba casada con un individuo llamado Alexandre Laurent. Poco tiempo después, su marido fue recluido en un manicomio para locos peligrosos, para locos... criminales.

—*Ach!* —exclamó el médico, dando un golpe sobre la mesa—. ¿No querrá usted decir el Alexandre Laurent que yo examiné?

—Tengo entendido que fue su caso favorito, doctor. Creo recordar que ha escrito usted varios ensayos rezumantes de erudición y de ciencia acerca de ese caso.

El médico se ajustó cuidadosamente las gafas y se entregó a muy elocuentes

gestos y ademanes.

—¡Laurent! ¡Claro que me acuerdo de Laurent! ¿Qué quiere usted saber acerca de él?

—Hábleme de él, si no tiene inconveniente. No quiero preguntarle nada concreto. Estoy buscando una inspiración.

—Laurent. He aquí, me dije, un caso perfecto de hiperestesia. Un caso de criminal psicopático, en el que el impulso de la libido empuja al asesinato. Pero jamás me había sido dado examinar un caso de un loco que tratase de asesinar a su propia mujer. Este Laurent, al poco tiempo de casarse, atacó a su mujer con una navaja de afeitar, si no recuerdo mal. Afortunadamente, la muchacha tenía una fuerza poco corriente. Logró escapar, se encerró con llave en su habitación y pidió auxilio a voces.

Había sacado del bolsillo un sobre y una pluma. Según iba dándonos los detalles, al acabar cada frase escribía un largo vocablo científico, después del cual colocaba cuidadosamente un punto. Bencolin estudiaba el humo que salía en rizadas volutas de su boca.

—Fue en Tours. Había ido yo allí para una consulta. Y me llamaron. Encontré el caso verdaderamente asombroso. Lo encontré con la cabeza perfectamente despejada. Su actitud era tranquila e incluso simpática. No pude descubrir ninguna enfermedad cerebral —dijo, como si esto constituyera la expresión de algo sumamente divertido—. Pero sí hallé indicios de epilepsia hereditaria. Defectos físicos, ninguno, excepto cierta debilidad visual, debida al estudio excesivo. Laurent era un hombre alto, bien formado, sin nada que indicara tara física o degeneración. Mis preguntas acerca de tales cosas le produjeron incomodidad y asco. Gastaba una barba recortada y castaña. Tenía los ojos también castaños, dulces, pero muy penetrantes. Era un hombre de palidez extremada, muy poco corriente, y los ojos destacaban sobre aquella blancura de manera muy impresionante.

El médico hizo una breve pausa, y luego siguió:

—Era un lingüista formidable. Nunca he conocido a nadie semejante. Hablaba el alemán sin acento en absoluto. «Le puedo explicar mi caso, doctor», me dijo. Y me lo dijo sin rastro de emoción. «Pero si están asociadas en mi mente la idea del amor y del asesinato, créame que no lo he advertido nunca. No creo que se deba a una tara heredada. Más probable me parece que sea consecuencia de mis lecturas».

Grafenstein hablaba lentamente, rebuscando cada una de las palabras que empleaba.

—«Una tensión exagerada del sistema nervioso —me dijo Laurent—. Desde que tuve once años fui un niño precoz, detalle que tal vez le resulte de alguna utilidad. He estado leyendo acerca de la precocidad patológica. Scherr, Friedrich, Dessoir me han ilustrado sobre las costumbres licenciosas de la Edad Media. Suetonio y Fredlander, acerca de lo que llaman la *depravación* de Roma. ¿Conoce usted *Dar Casarenwahsinn*, de Wiedemeister? También he estudiado las crónicas de la familia

Borgia, del marqués de Sade; la *Vie de Gilíes de Rais*, por Upmensing...». No puedo acordarme de todas las obras que citó. Sí tengo presente que parecía sentir preferencia por los escritores imaginativos: Baudelaire, De Quincey, Poe... Las obras de los dos últimos las leía en inglés con tanta facilidad como leía las alemanas. «Algunas veces —me dijo— se apodera de mí un impulso, con cierta frecuencia como resultado de un largo proceso mental, que me hace sentir deseos de ver sangre, sangre de un hombre, de una mujer, de un animal. Este impulso no va acompañado de manifestaciones eróticas. Es más bien como si estuviera famélico y presintiera que el matar me fuera a calmar el hambre. O más bien algo parecido a la sensación que experimentamos al contemplar una obra de arte. Es una sensación muy fuerte». *Ach!* Tenían ustedes que haberle visto. Estaba sentado con las manos sobre las rodillas, en una silla baja, debajo de una lámpara colgante. Me sonrió. Según hablaba, sus ojos parecían aumentar de tamaño prodigiosamente y su sonrisa se ensanchaba cordialmente. Tenía las manos muy suaves y extraordinariamente blancas, como la cara, y la barbita, aunque cuidadosamente recortada, presentaba el aspecto de estar algo apolillada... «Asesino algunas veces —me dijo—. Con bastante frecuencia. Esta es la primera vez que se han enterado ustedes. Estoy muy enamorado de mi mujer, tanto que sentí deseos terribles de matarla. ¿Conoce usted la leyenda relativa al *loup-garou*? ¡El hombre lobo! En una pradera cerca de Tours vi pastando unas ovejas. De esto no hace mucho tiempo, *Herr Doktor*. Maté una, y entonces se me ocurrió que me gustaría matar también a la mujer del granjero, que vivía allí. Tengo un procedimiento de entrar en las casas, *Herr Doktor*, que nadie conoce más que yo. Aquella noche di unos golpecitos en el cristal de la ventana e hice señas a la mujer para que saliera, pero no quiso. Creo que se asustó de verme toda la boca ensangrentada. Pero estaba algo cansado y la dejé y me fui».

El médico hizo otra pausa.

—Movía los hombros con frecuencia, como si padeciera una enfermedad nerviosa; movimientos rápidos, casi espasmódicos. Una vez me tocó el brazo. Pero, por lo general, permanecía sentado completamente inmóvil, con su barbita castaña y sedosa, con aquella sonrisa y sus grandes ojos detrás de las gafas... *Ach!* Otra cosa recuerdo que me causó impresión. Y fue que me dijo: «Amigo mío, sé que me van a encerrar. Más vale que no lo hagan. No podrán tenerme encerrado. Van a perder el tiempo. ¿Conoce usted ese verso encantador que dice: “un silbo solo, y a tu lado acudo”? Dígales que se acuerden de ese verso, *Herr Doktor*».

El voluminoso austríaco, que había logrado evocar la escena impresionante con sus detalles minuciosos, dejó de escribir, como si hubiera acabado de hablar.

—¿Le dijo eso? —preguntó Bencolin—. Pues ahora escuche, doctor. Voy a contarle el resto del cuento, pues supongo que le interesará. No asistí al juicio. Toda mi información proviene de la lectura de la *Gazette des Tribunaux*, pero es bastante completa. Laurent es de buena familia. Tiene parientes en Tours. Es hombre de posición, y por ello fue recluido en un manicomio particular. Hace diez meses, en

agosto del año pasado, se escapó. Ahora, cuando ya es demasiado tarde, hemos podido seguirle la pista desde el manicomio. Laurent fue precisamente a Viena, doctor. Una vez allí se puso en manos del doctor Rothswold...

Grafenstein ahogó una exclamación.

—Quizá conviene que te diga —siguió Bencolin— que este Rothswold era, en parte, un genio, y, en parte, un curandero. Se le conocía por el apodo de «el Cirujano de Asesinos».

—Rothswold —dijo Grafenstein lentamente— murió asesinado hace casi un mes.

—Sí. En efecto. Ha sido menester que la Policía de París informe que Rothswold fue asesinado por Laurent.

—Rothswold estaba especializado en cirugía plástica. ¿Es eso lo que les puso sobre la pista?

—Sí. Qué clase de transformación practicó sobre la cara de Laurent, no lo sabemos. La Policía vienesa tiene en su poder la declaración de la enfermera de Rothswold. Según ella, se enteró de la llegada de un cliente y que algo iba a ser llevado a cabo en su cara, pero jamás vio a Laurent. Rothswold administró personalmente la anestesia, y cuando en los días sucesivos la enfermera se cuidó de la alimentación del operado por medio de tubos, este tenía la cara completamente cubierta de vendas.

El humo del cigarro acariciaba mimosamente el rostro diabólico de Bencolin. Durante todo su relato no había alzado la voz, y sus ojos no se apartaron un segundo de la gente que llenaba la sala de juego. Pero ahora pude observar cierta emoción en su voz; vi que los dedos de la mano se crispaban casi imperceptiblemente y que su mirada se hacía más intensa.

—Para un hombre dotado de cierta imaginación, ¡qué magnífico cuadro de *grand guignol*! La casa de Rothswold, una casita de dos pisos a la sombra de unos olmos verdes y copudos, en una bocacalle de la Kirchofstrasse, con una lámpara junto a la ventana de la sala de operaciones... Laurent abandonó esta casita la noche del día siete de marzo. Un guardia le vio salir por la puerta del jardín, con dos grandes maletas. Este hombre dio las «buenas noches» al guardia al pasar, y se alejó calle abajo silbando alegremente. Más tarde, aquella misma noche, un vecino se quejó a la Policía de que los gatos estaban haciendo un ruido infernal en el patio de la casa de Rothswold. Cuando acudieron a la casa, la lámpara del quirófano seguía encendida. Encontraron la cabeza de Rothswold sobre una de las grandes vasijas de alcohol, encima de una repisa, pero no pudieron encontrar el cuerpo.

Tuve la impresión de que las voces en la sala de juego se habían hecho más agudas, los gestos más complicados, las luces más duras y frías. Bencolin dejó su cigarro sobre el cenicero y apuró su cóctel. Parecía no advertir el ruido. Grafenstein movía lentamente la cabeza, expresando su asentimiento a nada en particular. Con las manos extendidas, hacía una y otra vez gesto de aplaudir lentamente, pero lo único que se tocaba eran las yemas de los diez dedos. Me dije que tales asuntos no

encerraban especial novedad para ellos. No era de extrañar que no se emocionasen.  
—Laurent está en París —dijo el policía, encogiéndose de hombros.



## SE MUEVE DE NOCHE

—Me ha llamado la atención esa manifestación de Laurent —siguió diciendo Bencolin—, según la cual es capaz de entrar en las casas por un procedimiento que es desconocido de los demás. No creo que los de la Policía seamos unos imbéciles.

Sin embargo, ¿cómo se nos ha escapado de entre las manos? Pero, no. No hay que adelantarse. Es preciso relatar las cosas con orden. Volvamos atrás, hace dos años, cuando Laurent se encontraba a buen recaudo en el manicomio. Su mujer se mudó a París. El matrimonio, naturalmente, fue anulado. Vivía sola, gracias a una pequeña renta que tenía, muy aislada. Había sufrido una impresión terrible, verdaderamente terrible, y, como consecuencia, ahora huía de todos los hombres —el policía volvió a encogerse de hombros—. Pero ¡qué quiere usted! Usted y su psicología quizá consigan explicar la atracción que sobre ella ejerció el duque de Saligny, que llegó, vio y conquistó.

Bencolin hizo una pausa y se quedó mirando pensativamente su vaso.

—Es lo mismo. Su matrimonio fue anunciado en enero del año pasado. En agosto, como he dicho, Laurent se escapó del manicomio. Probablemente estaba enterado de la boda que se proyectaba, pues los periódicos hablaron bastante del asunto. Cuando la novia se enteró, el terror se apoderó de ella. El ex marido había escapado muy oportunamente para recordarle que debía permanecer fiel a su amor, aunque este se manifestara mediante el uso indebido de las navajas de afeitar. La novia decidió retrasar la boda hasta que su ex marido fuera capturado. Pero no fue capturado. Nuestro Saligny se mostró paciente, muy paciente, mas no estaba dispuesto a esperar indefinidamente. Incluso una caída que tuvo del caballo no bastó para calmar su ardor. Se concertó la boda para un día determinado...

Bencolin se inclinó sobre la mesa.

—Dos días más tarde, Laurent escribió una carta al duque. En ella le decía sencillamente: «No le aconsejo que se case usted con ella. Estoy vigilando. Me encuentro muy cerca de usted, aunque usted no lo sabe». *Messieurs*, pueden interpretar esas frases en el sentido que deseen. No hago más que relatar hechos. Reservo mis opiniones para expresarlas ante el Tribunal cuando llegue el momento. El duque de Saligny me trajo la nota recibida en el momento en que yo acababa de dar con la pista de Laurent, al saber que había ido a ver al doctor Rothswold. Y pude informar al duque que no se trataba de la carta de cualquier chiflado. La nota estaba escrita por el mismo Laurent. Teníamos muestras de su escritura, que nos remitieron desde Tours. Saligny es un hombre fácilmente excitable, y creo que sintió miedo.

Decidió seguir adelante con el matrimonio, y Louise también. Pero podrán observar ustedes que el duque busca hoy con singular insistencia los lugares públicos, y creo que seguirá haciéndolo hasta que mis agentes echen el guante a Laurent.

Grafenstein se aclaró la voz carraspeando:

—Sigo sin ver por qué esto ha de interesarme. No soy un detective. La detención de un criminal no es interesante. Nada —añadió, haciendo amplios ademanes con las manos que recordaban el aleteo de una foca.

—¿No? —dijo Bencolin, frunciendo el ceño—. Está bien. Si un psiquiatra es incapaz de ver lo que acerca de todo esto salta a la vista, no hay motivo para que yo lo vea tampoco. Pero, sin embargo, me preocupa.

Quedó con la cabeza apoyada sobre las manos y los codos encima de la mesa. Al poco rato alzó nuevamente su cara llena de arrugas.

—¡Encantadora luna de miel! ¡Seguidos a todas partes por la Policía! ¿Qué tal lo toma *madame la duchesse*? —pregunté yo.

—Puedo imaginar varios procedimientos mediante los cuales Laurent pudo cruzar la frontera francesa —dijo Bencolin como si hablara consigo mismo. Entonces pareció oír mi pregunta—. ¿*Madame*? Tú mismo lo podrás ver. Ahí viene. ¿La ves? Pero... ¿dónde estará su marido? Sé que también él está aquí, pero no le he podido ver aún, a pesar de haberle estado buscando desde que hemos llegado.

Una mujer se acercaba hacia el hueco en que estábamos sentados, andando lentamente. Tenía el pelo muy negro y brillante, y lo llevaba con raya en medio y recogido sobre las orejas, de tal manera que contrastaba con sus ojos, carentes de expresión. Estos ojos tenían un brillo frío, oscuro, horro de toda pasión, debajo de dos cejas arqueadas y finas. También contrastaban los ojos con la boca, de labios llenos y sensuales, húmedos y rosados, abiertos en una sonrisa que parecía dibujada sobre la palidez del rostro. Tenía la nariz recta. Cuando nos vio, los ojos se abrieron más súbitamente, lo que dio la sensación de que ahora era posible penetrar más profundamente en su interior. La mujer llevaba los hombros desnudos y vestía un traje de seda negro. Una de sus manos jugueteaba distraídamente con un collar de perlas. Debajo de la media gris se veía una estrecha esclava de plata. A pesar de su flexibilidad, daba la impresión de estar protegida por una fuerte coraza defensiva.

Se dirigió sin vacilar hacia Bencolin. Cuando este se levantó y se inclinó sobre su mano, todo su aspecto superficial era de negligencia y ligereza; pero pude observar oscuras sombras debajo de sus ojos. Bencolin nos presentó, y añadió:

—Son amigos míos. Puede usted hablar con toda franqueza.

Ella nos miró a los dos lentamente, y me pareció como si estuvieran siendo descorridos ciertos velos. Su mirada fue escrutadora y no estuvo desprovista de recelo.

—¿Pertenece usted a la Policía, *messieurs*?— preguntó.

Tenía la voz agradable, pero, sin embargo, advertí en ella cierta desafinación.

—¿Saben ustedes...?

Con verdadera minuciosidad teutona, Grafenstein ya se disponía a responder que había llevado a cabo un muy concienzudo examen y un detenido estudio de su primer marido, sin suprimir ninguna clase de desagradables detalles; pero Bencolin se lo impidió.

—Desde luego. Estos dos señores están aquí para ayudarme. ¿No se sienta usted?

La muchacha se sentó, rechazó uno de mis cigarrillos y sacó uno suyo del bolso. Se recostó en el asiento y se tragó el humo de la primera profunda bocanada. Pude ver, a la luz rosada de la lámpara, que le temblaba la mano. En su mano izquierda, según la movió a través de la frente, brillaba con lustre llamativo la alianza recién estrenada<sup>[1]</sup>.

—¿No está aquí *monsieur le duc*? —preguntó Bencolin.

—¿Raoul? Sí. Se está volviendo nervioso —respondió ella con una sonrisa forzada—. No se lo echo en cara. Todo esto no es nada agradable. Yo no hago más que imaginarme que veo a Laurent por todas partes. Ya que ustedes parecen estar dispuestos a no mencionar su nombre, lo haré yo.

Bencolin alzó lentamente una mano, como recomendando prudencia. La muchacha se estremeció, miró hacia el salón y dijo:

—Ahí está Raoul. En este momento entra en el cuarto de las cartas.

Señaló con la cabeza hacia la puerta pequeña que se abría al final del salón enfrente de nosotros, y vimos una poderosa y ancha espalda que desaparecía en la habitación. La puerta se cerró. No pude apreciar más detalles, pues estaba mirando distraídamente mi reloj de pulsera. Lo hice dos veces antes de darme cuenta de que eran exactamente las once y media.

—¡Flores de azahar! —dijo ella burlonamente—. Azahar, velos de tul. Una boda magnífica, con una novia muy bella. Hasta el cura, mientras nos casaba, estaba mirándonos, como si nos preguntara si no habría algún loco en la iglesia. ¿Saben una cosa? Durante un segundo, mientras yo le miraba a él, tuve la sensación de que el que nos estaba casando era... ¡Laurent! ¿No hubiera sido realmente divertido? Estoy segura de que hubiera podido representar estupendamente el papel de cura. Flores de azahar y... ¡hasta que la muerte os separe! Y lo curioso es que eso de la..., de la *muerte* es muy posible...

Comprendí que de seguir por tal camino pronto estaría amenazada de un ataque de nervios. Las luces y los rumores del casino se mezclaban afinadamente con la voz histérica de la mujer. La orquesta dejaba oír sus acordes sincopados. Los *croupiers* voceaban los números monótonamente. La rueda golpeaba los dientes de metal contra el marfil de la bola. Y, de súbito, Louise, duquesa de Saligny, dijo bruscamente:

—*Monsieur* Bencolin, esta tarde sí he visto a Laurent.

Nadie habló; pero Grafenstein dejó caer su pluma. El médico y yo miramos al *juge d'instruction*, que estaba fumando plácidamente. Bencolin frunció los labios y dijo:

—¿Está usted segura, *madame*?

—*Monsieur* Killard, el abogado de Raoul, dio una pequeña fiesta íntima en honor nuestro esta tarde. La idea era cenar allí y luego venir aquí. La casa estaba llena de gente. Yo bebí. ¡Qué ruido había en la casa! Sí, he bebido. He bebido mucho. Para olvidar.

Hablaba lentamente, como si estuviera pasando revista a los sucesos de aquella tarde uno por uno y los hallara increíbles. Vi sus ojos muy abiertos, reflejando gran intensidad. Al mirarla de perfil me pareció que los ojos en algunos momentos tenían reflejos amarillentos alrededor de las pupilas.

—Fue oscureciendo a media tarde. Alguien dijo que caería un chaparrón. Pero únicamente oímos unos truenos lejanos. La gente estuvo bailando y bebiendo. Pasaban y nos saludaban riendo. Fue horrible —se encogió de hombros desdeñosamente—. Y ahora escuche: a las siete subí a vestirme. Subí al cuarto de *madame* Killard. Estaba allí su doncella para ayudarme. Afuera estaba muy oscuro. Aún resonaban en la lejanía algunos truenos. En la habitación estaban encendidas algunas lámparas. Como esta. Dése usted cuenta, *monsieur*, que le estoy diciendo la verdad sencillamente. Ya había acabado de vestirme. Estaba mirándome en el espejo del tocador y preguntándome... Pero eso no importa. Alguien llamó a la puerta. Eran Raoul y *monsieur* Vautrelle, un amigo de Raoul, que venían a buscarme. Ya se había ido la doncella. Me acordé entonces que había dejado mi bolso sobre la mesita del cuarto de baño...

Se le había apagado el cigarrillo. Lo miró de una manera rara, como si le diera un asco profundo, y lo dejó caer en el cenicero.

—Estaba aquello tan agradable, con las lámparas encendidas... Desde el piso de abajo llegaba la música de un piano. Pero ¿cómo puedo hacerle comprender a usted que todo ello era terrible? De cuando en cuando refulgía un relámpago entre las nubes... Me acuerdo perfectamente de todo. ¡Ya lo creo! Raoul y *monsieur* Vautrelle estaban en el centro de la habitación, junto a una mesa, riéndose. ¡Sí, sí! ¡Eso es! Raoul estaba hojeando una revista. Yo entré en el cuarto de baño, que da al tocador, para coger mi bolso. Las luces estaban apagadas. Cuando abrí la puerta no vi más que la claridad incierta de los baldosines blancos. El cuarto de baño estaba... oscuramente iluminado. ¿Tiene eso sentido? Había una ventana con cristales policromados. Oí entonces un trueno y me asusté. Brilló el relámpago, repentinamente, y entonces..., entonces vi a Laurent, en pie, sonriéndome con una sonrisa horrible...

Agarró violentamente el brazo de Bencolin. Estaba muy excitada y respiraba anhelosamente.

—¡Estaba allí, en pie! Como difuminado, a la luz de aquel extraño resplandor que entró por la ventana que le iluminaba desde un lado, con la cabeza ligeramente ladeada. Pude ver su sonrisa. Tenía una mano en el aire, y cuando sonrió, la abrió y dejó caer algo que chocó contra el suelo de baldosines con un ruido metálico. Luego volvió la oscuridad.

Calló y nos miró a los tres sucesivamente. Así que el recuerdo perdió vigor,

volvió su rostro a quedar inexpresivo, con gesto helado de estoicismo y orgullo frío. De nuevo advertí los ojos negros e inescrutables, la sonrisa apenas esbozada, la languidez sensual de su cuerpo recostado contra el respaldo del asiento y con un brazo extendido. Se encogió de hombros y su expresión se hizo traviesa. Sus palabras ahora me causaron un estremecimiento:

—Muy artístico por parte de mi primer marido loco, *heim?*

La frase me hizo pensar en el ruido metálico de una puerta que se cierra con violencia. Bencolin le preguntó tranquilamente:

—¿Qué ocurrió después?

—¡Ah! Supongo que grité. ¿No cree usted que era lo natural? Raoul y Vautrelle entraron apresuradamente. Encendieron las luces y registraron el cuarto de baño.

Hizo una pausa.

—Puede usted creerlo o no, pero allí no había nadie.

—¿Salió entonces por otra puerta?

—No había otra puerta. Y allí no había nadie. Laurent desapareció. La ventana estaba cerrada por dentro.

Grafenstein, que había estado escuchando con la atención de un elefante concienzudo, movió pensativamente la cabeza y tomó otra nota.

—La explicación es sencilla, *madame*— dijo—. Su mente consciente ha estado recluyendo con energía al terreno de lo subconsciente la imagen de su primer marido. Todo lo que de él se ha dicho ha cooperado a crear la ilusión de que le veía usted. Nos ha hablado usted de lámparas encendidas y de un espejo. Es posible que se tratara de un caso de autohipnosis, inducido por esas superficies brillantes. Naturalmente, ese ruido metálico de algo que caía al suelo fue el resultado de asociar usted la idea de su marido con la de una navaja...

—Ya le he dicho a usted —le interrumpió ella bruscamente— que no fue una alucinación. Le vi con la misma claridad con que le estoy viendo a usted en este momento. Laurent desapareció. Le buscaron por todas partes. Luego les dije que seguramente me había equivocado, pues no quise que Raoul se preocupara. Pero no, no me equivoqué. ¿No me quieren creer ustedes? ¡Está bien!

El austríaco recogió sus sobres, la miró por encima de sus gafas y sonrió paternalmente. Luego quedó con las manos cruzadas beatíficamente sobre el estómago.

—Es fácil decidir de qué se trató —dijo Bencolin, encogiéndose de hombros—. ¿Qué fue lo que produjo el ruido metálico de algo que cae sobre el suelo?

—Una escardilla —respondió ella—. Una escardilla de jardinero. *Monsieur* Vautrelle la recogió del suelo y dijo: «¡Qué inesperado! ¡Tener una escardilla en un cuarto de baño!».

Todos quedaron sorprendidos y en silencio. Pasado un segundo, Bencolin se echó a reír ruidosamente. Luego logró dominarse y dijo gravemente:

—Le ruego que me perdone. No es que me haya parecido la cosa cómica en

absoluto; pero he comprobado muchas veces que lo ridículo está con frecuencia muy cerca del terror. Bueno, doctor —dijo, dirigiéndose al austríaco—, ¿acaso su ciencia psicológica atribuye a las escardillas carácter de símbolo fálico?

—Naturalmente, *madame* está bromeando —dijo el médico con alguna violencia—. No me gustan las bromas. No me gusta que me tomen el pelo. Nos cuenta usted algo que es imposible, lo cual un psiquiatra puede explicar sin dificultad. Maridos, navajas de afeitar, todo eso está perfectamente claro. Pero cuando usted trata de dar verosimilitud al relato, entonces esto es una broma que no me gusta. Que no me gusta nada.

La duquesa tenía echada la cabeza hacia atrás. La luz resbalaba por su cuello blanco y su pelo brillante. Un gesto de cansancio y de dolor había desfigurado su boca. Se sentó derecha repentinamente y dijo:

—Es mucho lo que he sufrido, más de lo que usted sería capaz de comprender. En otros tiempos estuve muy enamorada de Laurent. Hoy le odio de una manera tan terrible...

Se miró las manos rígidas y engarabadas y añadió con una claridad y una furia tremendas:

—¿No tiene un ser humano derecho a la felicidad? ¿No puede estar a salvo ni siquiera en la iglesia? ¡Bromas! ¡Yo no gasto bromas, *monsieur*! Las odio. Si le interesa a usted, puede usted ver la escardilla. Está en casa de *monsieur* Kilard. Recuerdo perfectamente que *monsieur* Vautrelle la guardó en el botiquín, porque me pareció un lugar extraño para la escardilla.

—Ustedes dispensen —dijo una nueva voz, y casi di un salto en el asiento.

Se nos había acercado un hombre. Nos miró interrogativamente, sujetando la cortina con una mano.

—Perdonen si les molesto. Louise, no creo tener el gusto...

La duquesa recobró el dominio de sus nervios milagrosamente.

—¡Ah! Estos señores son de la Policía. Permítanme que les presente a *monsieur* Edouard Vautrelle.

Vautrelle se inclinó. Era un hombre alto, con pelo rubio y ondulado y una mirada intensa de hipnotizador. Tenía la nariz ancha y un bigotito estrecho. Vi en su rostro muchas arrugas. Todo él tenía un olor astringente. La manera en que se inclinó para saludar hacía pensar en una carrera castrense y quizá en un corsé. Sus gestos eran pesados. Estaba jugueteando con un monóculo que pendía de una ancha cinta de seda.

—Mucho gusto —dijo, y luego pareció vacilar.

Bencolin se refirió al tiempo que hacía. Observé que ni siquiera había mirado a Vautrelle cuando le fue presentado. Estaba sentado muy derecho sobre el asiento, y desde que Saligny desapareció por la puerta de enfrente, Bencolin no había apartado la mirada de dicha puerta.

—*Madame* —dijo Bencolin—, aunque sufriera usted una alucinación, ¿cómo reconoció a Laurent? ¿Había cambiado su aspecto? Lo digo porque tengo motivos

para creer que es así.

—¡No lo sé! Fue una impresión... Le vi a media luz. Ciertos gestos..., sus ojos... ¡No sé! Pero créame: es imposible que yo me engañe si veo a Laurent.

Vautrelle sonrió con petulancia.

—¡Vamos, vamos! ¿Por qué fomenta usted esas ilusiones, *monsieur*? Todos ustedes se conducen como si tuvieran miedo a ese hombre. He visto a media docena de policías vigilando todo aquí. Me parece que todas esas preocupaciones son sencillamente ridículas... Louise —añadió repentinamente—, Raoul ha entrado en el cuarto de las cartas. Ha estado bebiendo demasiado. Creo que sería mejor que fueras a ver cómo está. O, si lo prefieres, vamos a jugar un rato a la ruleta. Vamos a hacer *algo*.

—¡Esa maldita música...! —dijo ella con insospechada violencia—. ¡No puedo aguantarla más!

¡Y no *quiero* soportarla más! ¿Por qué tienen que estar media hora tocando lo mismo?...

—*Doucement, doucement*— le rogó Vautrelle, y miró a uno y otro lado, temeroso de que alguien le oyera.

Durante un segundo me dio la impresión de estar asustado, pero luego nos sonrió muy seguro de sí mismo. Por grados, entre disculpas y perdones, se dispuso a llevarse a la duquesa de allí. Ella parecía haberse olvidado de nuestra existencia.

Bencolin alargó la mano y cogió la colilla del cigarrillo que había fumado la duquesa, pero no por eso apartó la vista de la puerta del fondo. La duquesa y Vautrelle se encontraban ya en el centro del salón, debajo de una de las grandes arañas.

—Ahí tienen ustedes —dijo Grafenstein—: ahora comprenderán por qué he dicho lo que he dicho.

Todos nos sobresaltamos.

Oímos el estrépito de unos cristales que se rompen. Vimos a un camarero vestido con chaquetilla blanca que se apoyaba contra la puerta del cuarto de las cartas. Había dejado caer una bandeja de cócteles, y ahora miraba con expresión de estupidez los vidrios rotos.

Todos volvieron las miradas hacia allí. Al mismo tiempo que cesó el rumor de las voces, calló la orquesta. El propietario, temblándole la gran barriga, se aproximaba rápidamente hacia el lugar del incidente. Pero lo que atraía las miradas era la cara reluciente del camarero, la cara de un hombre que ha visto algo que le causa terror indecible.

¿Cómo puedo expresar la espantable emoción sin nombre, una especie de sorpresa enfermiza, helada y horrible, que se apoderó de todos los que estábamos sentados en el hueco del otro lado del salón? Fue una sensación momentánea, pero cada uno de sus detalles quedó estampado indeleblemente en mi cerebro. Todas las voces habían enmudecido en decrescendo rápido, y en medio del silencio oímos el

relativo estruendo de una ficha que caía sobre el suelo de mármol. Las cabezas, vueltas todas hacia la puerta de manera poco natural, las caras sorprendidas, los *croupiers* que miraban irritados por la interrupción, la risa inane de alguna muchachuela... Todo permanecía inmóvil en el salón.

Bencolin se levantó del asiento muy lentamente y tiró su vaso, que hizo un ruido cristalino y absurdamente perceptible. Me parece estar viéndole, en pie junto a la mesa de caoba, recortada su silueta contra el fondo del hueco por la lámpara rosada. Estaba apoyado sobre los nudillos de sus puños cerrados. La luz, que le iluminaba el rostro desde un ángulo forzado, lo tornaba en faz diabólica e inhumana. Las cejas negras huían hacia arriba y daban más sombra que nunca a los ojos brillantes. Las finas líneas crueles que bajaban desde los pómulos en sombra, para pasar junto al bigote y perderse en la barbita, el pelo partido en dos por la raya, con cuernecitos satánicos...

—No se den ustedes prisa —dijo con voz mecánica—. Síganme, pero sin apresurarse.

Ya resonaban nuevamente las risas. Los jugadores volvían hacia las mesas con gestos de indiferencia. Nosotros tres avanzamos con naturalidad por entre la gente. Vi con el rabillo del ojo una de las mesas, salpicada de números, rodeada por seres humanos vestidos de seda y de paño negro, y vi hasta el eje niquelado de la rueda de la ruleta. Pasó por encima de nuestras cabezas una araña refulgente; luego, otra, y otra... Llegamos a la puerta del cuarto de las cartas. Bencolin extendió una mano ante la cara del propietario del establecimiento, una mano que mostraba una tarjeta pequeña en la que había grabados un círculo, un águila y tres palabras: *Prefectura de Policía*. Grafenstein y yo le seguimos por la puerta.

Tardé bastantes segundos en conseguir que mi mente tuviera conciencia exacta de lo que vi. Cuando lo hizo, di media vuelta y choqué violentamente contra la oronda barriga del propietario del casino, medio ciego y medio enfermo de horror... La habitación era grande y cuadrada, con paredes recubiertas de cuero estampado de un apagado color rojizo. Varias panoplias, formadas por antiguos escudos y armas, colgaban de las paredes, con reflejos venenosos de cobre en la luz rosada. Pero las hojas de las armas mostraban la rutilancia acerada de sus filos. Enfrente de la puerta por la que entramos había un gran sofá. Junto a él, una mesa de madera con incrustaciones, sobre la que lucía una lámpara de cristal rojo. Delante del sofá vi a un hombre que había caído de bruces sobre el suelo. Tenía extendidos los dedos de las dos manos, como si se dispusiera a saltar hacia adelante con fuerte impulso. Y estaba de rodillas. Pero no tenía cabeza. En su lugar vi un muñón sanguinolento que se apoyaba contra el suelo.

La cabeza estaba en medio de la alfombra roja, derecha, descansando sobre el pescuezo seccionado. Vi sus ojos muy abiertos, con la córnea espantosamente blanca, que nos miraban. La cara tenía la boca entreabierta. Penetraba por la ventana un suave vientecillo que movía los pelos de la cabeza con lentitud y prestaba al despojo





## LA CABEZA QUE ESTABA DEBAJO DE LA LÁMPARA

Bencolin se volvió con toda serenidad hacia el propietario del casino.

—En la planta baja encontrará usted a dos de mis hombres de vigilancia. Hágalos llamar. Que se cierren todas las puertas y que no abandone el edificio nadie. Mientras tanto, pase usted y cierre esa puerta con llave.

El hombre tartamudeó alguna cosa al camarero, que seguía pálido y demudado como cuando dejó caer la bandeja de los cócteles.

—Que recojan esos cristales. No conteste usted ninguna pregunta. ¿No me oye?

Era un hombre muy gordo. Daba la sensación de que se estaba derritiendo. Un bigote enorme se rizaba hacia arriba hasta llegarle a la altura de los ojos, que eran saltones como los de una rana. Entró con paso inseguro, quedó apoyado contra la puerta y comenzó a rizarse estúpidamente los bigotazos. Bencolin sacó una pluma del bolsillo y echó la llave de la puerta con ella.

La habitación tenía una segunda puerta, en el muro de la derecha, a la izquierda del sofá ante el cual se hallaba el hombre caído. Esta puerta estaba entreabierta, y una cara con manifiesta expresión de sorpresa asomó ahora por ella.

—François —dijo Bencolin, lo que hizo que el dueño de la casa entrara en la habitación—. Es uno de mis hombres. ¡Peste! ¡No ponga esa cara de oveja estúpida, François!

Luego se volvió al propietario:

—¿Es esa la puerta que da al vestíbulo?

—Sí. La... Es la... Lo... Da...

Bencolin se acercó a la puerta y cambió unas frases con el agente.

—Por esa puerta no ha salido nadie —nos dijo—. François la estaba observando. Vamos a ver.

Todos estábamos examinando la habitación con la mirada. Grafenstein permanecía inmóvil, inmenso, con la cabeza inclinada, estudiando la cabeza que había sobre el suelo. Yo procuraba conservar la vista apartada de ella. Me daba la sensación de que la cabeza estaba mirándome de reojo. El viento me acariciaba la cara. Lo encontré helado. Bencolin se acercó al cadáver decapitado y lo estudió durante algunos segundos tirándose suavemente del bigote. Junto al muñón del cuello, cerca de la mano izquierda salpicada de sangre, pude ver parte de una pesada espada. Había sido tomada seguramente de una de las panoplias que adornaban las paredes, de la que había encima del sofá, pues vi su pareja colocada diagonalmente debajo de un escudo verde y repujado con un pincho en su parte central. Aunque el

filo de la espada estaba sucio de sangre, de la parte de la hoja cercana al puño surgían reflejos claros que indicaban que la espada tenía un filo sumamente fino.

—Trabajo de carnicero —dijo Bencolin, encogiéndose de hombros—. Esta espada ha sido afilada recientemente.

Pasó por encima del cadáver y de las manchas húmedas y oscuras que destacaban contra el color rojo menos subido de la alfombra, y lo hizo con pasos graciosos de bailarín. Se acercó a la ventana de la pared izquierda y miró.

—Está a más de cuarenta pies de la calle. Por aquí no ha podido entrar nadie.

Se volvió hacia nosotros, permaneciendo inmóvil contra el fondo de las cortinas movidas por el viento. Los ojos brillantes parecían haberse refugiado más profundamente en las cuevas en que se movían. Podía advertirse en ellos furia por haber fracasado, nerviosidad e indecisión. Dio una suave palmada, gesto de incredulidad, y volvió junto al cadáver, evitando el pisar la sangre por el procedimiento de colocarse de rodillas sobre el sofá.

Me acerqué yo a la pared a la que estaba arrimado el sofá, de tal manera que pude ver a todos formados en una especie de línea. Bencolin, con la espalda inclinada y la cabeza algo ladeada; Grafenstein, mirando a *aquello* que había en el suelo, abriendo y cerrando sus ojillos; y el dueño del lugar, aún recostado contra la puerta que daba al salón de juego, desprovista de expresión su cara estupefacta de horror. Los cortinajes rojos seguían agitándose delante de la ventana. Tenía la escena la escalofriante irrealidad de las logradas con figuras de cera, que resultan más aterradoras porque sus personajes no son humanos. Y entonces vi que Grafenstein se inclinaba lentamente y alzaba del suelo la cabeza cogiéndola por los pelos. Se ajustó las gafas y comenzó a estudiarla con aquellos bondadosos ojillos azules, volviéndola de un lado y de otro y dando gruñidos.

—Suéltela —le ordenó Bencolin—. No es deseable que introduzcamos el desorden aquí. Tenga usted cuidado, no se manche los pantalones. Tiene las manos llenas de sangre.

Luego se dirigió al propietario:

—*Monsieur*, haga el favor de acercarse. ¿Es esa espada una de las que hay habitualmente en esta habitación?

El hombre comenzó a hablar muy excitado. Las sílabas estallaban como una serie de tracas que recorrieran el cuarto. Advertí el acento fuerte y marcado del Midi, que hacía sus palabras poco menos que incomprensibles. Sí; aquella espada pertenecía a una de las panoplias. Estuvo siempre cruzada con otra que aún se veía, debajo de aquel escudo franco, encima del sofá. Era una imitación. No era auténtica.

—Muy bien —dijo Bencolin—. ¿Acostumbraba usted tener en las paredes espadas de esta naturaleza, afiladas como navajas de afeitar, para que sus clientes no tengan que molestarse en buscar armas cuando se trata de un asunto de esta naturaleza?

El hombre se dio una puñada en el pecho.

—¡Yo! *Monsieur*, yo soy un artista. Todo lo que hay en este establecimiento es perfecto. Cuando mis clientes vienen y ven mis espadas, son espadas de verdad y están afiladas como las espadas de verdad —agitó los brazos en el aire con ademanes descompasados y soltó un pintoresco taco italiano—. ¡Ah *monsieur*! ¿Acaso tiene usted relojes que no anden? ¿Tiene usted...?

—Excelente razonamiento —le interrumpió Bencolin— para no tener espadas que no sean susceptibles de ser usadas como armas homicidas. Únicamente deploro que su pasión por la exactitud de las imitaciones le haya llevado a adornar la empuñadura con esos clavos de bronce. ¿Los ve? Esos clavos impedirán que podamos obtener huellas digitales claras. Y dígame, *monsieur*: ¿se usa esta habitación alguna vez para cosas distintas que el asesinato de sus clientes?

—Pero... ¡naturalmente, *monsieur*! Es el cuarto de las cartas. Esta noche no ha sido utilizado. Vea, *monsieur*: las mesas están recogidas. Ahí están contra las paredes. Nadie ha deseado jugar a las cartas. Todos estaban en la ruleta. *Monsieur*, ¿cree usted que podrá tratarse el asunto con discreción? ¿Que no se hará público? ¿Que no habrá escándalo? Mi negocio, *monsieur*...

—¿Conoce usted a este hombre?

—Sí, *monsieur*. Es *monsieur le duc* de Saligny.

—¿Venía aquí con regularidad?

—¡Ah! Durante las últimas semanas ha venido mucho. Le gustaba esto —contestó el hombre, muy orgulloso.

—¿Le vio usted entrar en esta habitación esta noche?

—No, *monsieur*. La última vez que le vi era bastante temprano.

—¿En dónde le vio?

El *artista* reflexionó, se retorció el bigote y se colocó un dedo contra el parietal para indicar que estaba haciendo memoria con todo cuidado.

—¡Ah! —exclamó al cabo, orgulloso de un gran descubrimiento—. ¡Ya me acuerdo! Le vi entrar con sus amigos. Yo estaba abajo. Le felicité por su boda... ¡Es terrible, *monsieur*, es terrible!

—¿Quién le acompañaba?

—*Madame* la duquesa, *monsieur* Vautrelle y *monsieur* y *madame* Kilard. Los Kilards tuvieron que irse poco después. ¡Qué espantoso es todo esto!

—Está bien. Puede usted retirarse. Informe a la duquesa. Procure ser discreto. Más vale que la haga salir al vestíbulo antes de decirle nada, por si hace una escena. Y diga a *monsieur* Vautrelle que tenga la bondad de venir aquí.

El propietario agitó su espalda sebosa, se sacudió y se alejó hacia la puerta que daba a la sala de juego. Bencolin se volvió hacia nosotros.

—Bueno, doctor, ¿qué ha sacado usted en limpio?

—Pues... el método de matar no es infrecuente para quien tiene una mente de esa especie —respondió Grafenstein, moviendo la cabeza lentamente—. Tenemos el ejemplo de Wandgraf en Munich. En este caso, el impulso de matar estaba latente en

la cabeza del asesino, y el ver el agudo filo de la espada le hizo pensar inmediatamente en la sangre. Se rindió al impulso y atacó a Saligny...

—Un momento, un momento, doctor. Está usted tan preocupado con los pensamientos del asesino que se olvida usted de lo que hizo. Esto no ha sido consecuencia de ningún impulso, sino que se trata de algo que ha sido planeado cuidadosamente por anticipado. Mire usted la postura del cadáver. ¿No le hace deducir ninguna consecuencia?

—Únicamente que parece que no hubo lucha.

—Desde luego. Le dieron un golpe desde atrás, mientras él estaba de rodillas dando la espalda al sofá. Ahora bien: ¿puede usted imaginarse a un loco furioso que coge una espada que está a una altura de un metro y medio (probablemente tuvo que subirse al sofá para sacarla de la panoplia) y que luego corta la cabeza a Saligny mientras este se coloca amablemente de rodillas para hacer más sencilla la operación? Saligny tuviera que ser sordo y ciego para no advertirlo.

—Sin embargo, la cabeza se la cortaron.

—Venga al sofá —dijo Bencolin—. ¿Ve usted estos almohadones? —los levantó—. Observe usted la marca alargada que nos muestra la tapicería. Algo ha estado aquí descansando. La espada, convenientemente oculta. El asesino lo había preparado todo. Estaba esperando. Sabía que Saligny vendría a esta habitación. El asesino podía hablar con Saligny, que recelaba de todo desconocido, sin suscitar sospechas. Por tanto... —dijo Bencolin al cabo de un rato con un gesto ambiguo.

—¡Qué locura! ¿Quiere usted decir que debemos buscar a Laurent entre los amigos de Saligny?

—Al menos entre sus conocidos. Además, tendrá que ser alguien que pueda entrar y salir en estos salones sin despertar sospechas. Es decir, un cliente conocido y no un intruso. Un hombre que pudo sacar la espada de debajo de los almohadones mientras Saligny estaba de espaldas.

—Pero ¡hombre! Saligny estaba de rodillas, como si esperara el golpe...

—Y ese es el detalle que es probable que nos indique quién es el asesino. El asesino, que, por cierto, está en estos salones aún, pues si mis hombres no se han dormido, de aquí no ha salido nadie.

—¿No habrá salido por la puerta del vestíbulo?

—François ha estado vigilando esa puerta desde las once y media. ¿Sabe usted a qué hora entró Saligny en esta habitación?

—Sí —dije yo—. Lo sé exactamente, porque cuando *madame* nos le mostró miré mi reloj, Eran las once y media.

Bencolin sacó su reloj.

—Son las doce. No deberá ser muy difícil comprobar la veracidad de cualquier coartada.

Se pasó nerviosamente los dedos por el pelo. Su expresión era de profundo desconcierto.

—No entiendo —murmuró—. No lo entiendo. Lo único que me parece seguro es que no se trata de la obra de una mente sana. ¿Cómo explica usted que la cabeza esté a esa distancia del cuerpo?

—Eso —respondió el médico casi con alegría— también me lo preguntaba yo. Creo poder asegurar que no fue rodando hasta el lugar en que se encuentra.

—Cosas más extrañas han ocurrido. Pero, en efecto, no fue rodando por su propio impulso. Puede advertirse que no hay rastro de sangre desde el cuerpo a la cabeza. El asesino la colocó ahí.

—Le entiendo. Un gesto de triunfo, que no es de extrañar en una cabeza desequilibrada. El asesino desea sentir la cabeza en sus manos, desea saciarse contemplándola de cerca...

—Estire un poco su imaginación, doctor, y algo muy semejante se le ocurrirá.

—Tienen ustedes dos una imaginación de lo más alegre —dije yo.

—Es necesario —murmuró Bencolin, encogiéndose de hombros.

Se inclinó y comenzó a registrar los bolsillos del muerto. De allí a poco se enderezó nuevamente y nos mostró un montoncillo de objetos sobre el sofá. Sonreía de manera extraña.

—El toque final... Tenía los bolsillos llenos de retratos suyos. ¿Lo ven? —dijo, señalando unos papeles pegados sobre cartulinas—. Unos, cortados de periódicos; otros, de fotografías. Retratos de todas clases. Los hay en que está muy apuesto; en otros está terrible. Aquí hay uno montado a caballo, otro en el campo de *golf*. Y nada más, excepto unos billetes de Banco, un reloj y un encendedor. ¿Qué significan tantas fotografías? Y, sobre todo, ¿por qué llevarlas encima yendo vestido de etiqueta?

—¡Bah! —dijo el doctor—. No debiera usted sorprenderse tanto de comprobar la presunción de algunas personas.

Bencolin se había sentado en el sofá mirando las fotografías pensativamente. Hizo un gesto de negación.

—No, amigo mío. Puede el motivo ser otro, que acaso nos explicará este extraño asunto. ¿No observa usted la falta de nada?

Grafenstein hizo unos cuantos comentarios tremendos y aterradores en alemán. Luego añadió:

—¿Acaso tengo yo manera de saber lo que llevaba en el bolsillo?

—Sí —respondió el detective imperturbablemente—. Me refería a las llaves. En este asunto se me antoja conveniente tener en cuenta lo que debería haber y lo que no aparece. Las llaves de su coche, de su casa, de su bodega, de cualquier parte. Me inclino a creer que alguien se las ha quitado —nos miró escudriñadoramente—. La cosa más extraña de cuantas faltan, la que resulta imposible de explicar, como demostraré, ni usted ni tú lo habéis comprendido. Debieran ustedes haber echado de menos algo, sustancioso y sólido, que de acuerdo con todas las leyes de lo que es razonable debiera estar en esta habitación, pero que no está.

—¿Un indicio acerca de la identidad del asesino? —dijo el doctor.

—No. El propio asesino —dijo Bencolin.

Quedamos sobresaltados por un ruido repentino y difícil de identificar. Se abrió la puerta del vestíbulo de un empujón, a pesar de las protestas del policía de paisano que la vigilaba, y entró en la habitación un muchacho de cara regordeta y ojos inexpresivos, con un sombrero de papel colocado picarescamente sobre la cabeza. Incluso en aquellos momentos observamos detalles carentes de importancia. El sombrero de papel estaba cubierto de estrellas y rayas y tenía una pluma rosada de confeti. Sobre el rostro, que parecía de arcilla aplastada, los ojos presentaban un aspecto lacrimoso y vago. El muchacho sonrió estúpidamente. Llevaba la ropa desarreglada, y pudimos ver la causa del ruido que nos sorprendió anteriormente: era una carraca de las que suelen suministrar en los *cabarets* a los clientes. Inclino la cabeza con una sonrisa beoda, sacudió la carraca y sonrió de nuevo al escuchar el ruido.

—Estamos celebrando algo —nos explicó en inglés—. Tengo que llevar a casa a una pareja.

Nos propuso entonces que todos tomáramos una copa, idea que le pareció tan admirable que se volvió hacia el policía y le dijo:

—¿Tiene usted algo que beber?

—*Mais, monsieur, c'est défendu d'entrer...*

—¡No me venga con frases en franchute! No comprí, ¿estamos? A mí se me habla inglés. ¿Comprí? Anglé, ¿comprí? ¡Vamos todos a tomarnos una copa! ¿Tiene usted algo que beber?

—*Monsieur, je vous dit!...*

—Escuche: si quiere usted hablar conmigo, ya le he dicho que no comprí el franchute, ¿estamos? ¿No me ha oído decírselo?

Inclinó la cabeza como aguardando una respuesta y pareció tranquilizarse algo.

—Está bien. Se lo he dicho. Ahora, escuche: tengo que ver a mi amigo Raoul. Se ha casado el chico. ¡Qué le parece! ¡Vamos, que casarse!... Cuando se casa un chico, pues se le va a ver. ¿No es eso lo correcto? Cuando un chico se ata con los lazos perennes conmu..., connubo..., connubua..., *connubiales...*

Carraspeó e hizo unos cuantos amplios ademanes oratorios.

Me acerqué al desconocido, que presentaba indicios de disponerse a soltar un discurso, y le hablé en inglés.

—Escuche, amigo: creo que es mejor que se vaya. Ya le verá usted.

El muchacho giró sobre los talones con dignidad vacilante y me estudió la cara con animación que iba en aumento.

—¡Caramba..., caramba..., caramba! ¡Conque usted es mi amigo! —dijo, abriendo mucho los ojos—. Oiga, ¿tiene algo de beber?

—Se lo ruego. Es necesario. Vámonos de aquí.

—He estado tomándome unas copas —me confesó confidencialmente—, pero tengo que ver a Raoul. ¿Sabe usted que ha ido y se ha casado? ¿Conoce usted a

Raoul? Venga, vamos a tomar una copa.

Se sentó de repente en una silla de terciopelo rojo que había junto a la puerta. Durante unos instantes, el cordón rojo de la campanilla que colgaba allí atrajo su atención, pero luego quedó sumido en una especie de estupor y se dedicó a jugar con la matraca. Aquel rumor estúpido y agrio, en combinación con el sombrero de papel, intensificó el horror de la escena con su contraste macabro.

—*Monsieur!* —dijo el policía.

—A usted —dijo el desconocido, irritado— le voy a dar un sopapo —señaló al policía con el dedo y le miró con mirada fija y atenta—. Sí, señor; a usted le voy a dar un sopapo si no se va y me deja en paz. Déjeme aquí en mi silla, o le voy a dar un sopapo.

Dicho lo cual recobró nuevamente la tranquilidad.

—¿Quién es este? —pregunté a Bencolin, que estudiaba al aludido con los ojos medio cerrados.

—Le he visto algunas veces con Saligny —respondió Bencolin, encogiéndose de hombros—. Es un norteamericano, naturalmente. Se llama Golton o algo así.

—Será mejor que nos le llevemos.

De nuevo hubo una interrupción. Escuchamos unos gemidos de mujer.

—¡No puedo soportarlo! ¡No puedo! —dijo la voz, en tanto que otras femeninas procuraban tranquilizarla. Era la voz de *madame* Louise. Se abrió la puerta del vestíbulo y entró Edouard Vautrelle. Sus ojos pasaron sobre mí sin detenerse, esquivaron a Bencolin y se posaron sobre el suelo. Hizo un gesto de sorpresa que pareció salirle de dentro de la boca fuertemente cerrada, como una punzada de una muela estropeada. Quedó muy pálido, pero casi inmediatamente fingió calma e indiferencia. Limpió el monóculo con el pañuelo, miró a unos y a otros y dijo fríamente:

—¿Era esto necesario?

*Madame* Louise entró sostenida por la vieja del guardarropas. Miró a lo que había en el suelo y quedó con gesto estoico, muy erguida e inmóvil, con el *rouge* de sus mejillas destacando agriamente sobre el rostro. Tenía los ojos secos y ardientes. Pocas cosas he visto en esta vida tan majestuosas y arrogantes como ella en aquellos momentos, en pie ante el marido muerto. No gritó ni hizo movimiento alguno, aunque una de las hombreras de su vestido de noche se había escurrido y caído, y sus cabellos presentaban un aspecto insólito, como si unas manos temblorosas se lo hubieran arreglado unos minutos antes. Se sacudió de la mujer que pretendía ayudarla y avanzó lentamente hacia el cadáver decapitado. Dobló la cabeza.

—¡Pobre Raoul! —dijo en el tono en que hubiera podido dirigirse a un niño que acabase de lastimarse un dedo. Luego dio media vuelta y lloró.

Hubo unos instantes de silencio que nos permitieron oír el ruido de las cortinas golpeando la ventana. Entonces Golton dejó de contemplar el suelo abstraídamente y vio a Louise, lo que le hizo prorrumpir en una ruidosa exclamación de alegría. Aun



sin advertir la presencia del cadáver, se levantó torpemente de la silla, se inclinó con una reverencia exagerada y cogió la mano de su amiga.

—Mi muy cordial enhorabuena en este día, que será el más feliz de tu vida...

Fue un momento atroz. Todos nos quedamos helados, excepto Golton, que daba ligeros tumbos, con una mano apretada contra la frente y el gorro de papel ridículamente torcido sobre la cabeza. Fue aquella la única vez de mi vida en que se me antojó que la embriaguez puede participar de lo horrible, mientras contemplaba al borracho junto al cuerpo del atleta caído en tierra. Los ojos de Golton miraron ahora a Vautrelle con zumba.

—Siento que te dieran calabazas, Eddie. Claro está que Raoul tiene más dinero que tú...

## DECIDIMOS LA COLOCACIÓN DE LOS MUÑECOS

Vautrelle se revolvió furioso.

—¡Saquen de aquí a ese borracho asqueroso! —dijo, y se dirigió a Golton; pero el policía le detuvo.

—Sácale tú —me dijo Bencolin susurrando—, y averigua lo que puedas.

Golton se dejó sacar de allí más fácilmente por una persona de su misma nacionalidad. Además, en aquellos momentos comenzó a dar señales de sentirse mal. El policía nos abrió la puerta que daba al vestíbulo, el cual encontré muy silencioso.

Se oía el rumor apagado que salía del fumadero. Al final del vestíbulo había una *serre* desierta, y enfrente de la puerta del cuarto de las cartas una gran escalera de mármol curvada, con un reloj de pie en el descansillo. La inevitable tira de alfombra roja marcaba un sendero sobre el mármol. Subían la escalera en aquel instante algunos clientes riendo; apenas repararon en nosotros mientras yo ayudaba a Golton a alcanzar el salón de caballeros.

Era una estancia cómodamente amueblada, con las paredes cubiertas de espejos, lámparas de pie junto a grandes sillones de cuero y una mesa en el centro con abundantes revistas ilustradas. Pero reinaba, no obstante, allí la solemnidad especial que es posible advertir generalmente en lugares de esa índole. Golton desapareció por la puerta que conducía a los lavabos y salió al cabo de un rato, pálido pero bastante más sereno.

—Siento haber dado este espectáculo —dijo hoscamente, dejándose caer en uno de los butacones—. Aguanto poco. Ahora me siento mejor.

Después de contemplar durante algunos instantes el suelo con gesto hosco, añadió:

—¡Qué horror! ¡Me encuentro hecho polvo! De manera que es usted americano. No hay más que americanos por todas partes. Supongo que es usted uno de esos *turistas*.

Su rostro achatado adquirió la expresión trágica que puede descubrirse frecuentemente entre las caras de los que frecuentan cualquier bar americano. Pronunció la palabra *turistas* con toda la tristeza y el asco que hubiera podido dedicar al vocablo *pústulas*.

—¡Los turistas! Se meten en todas partes y todo lo estropean. Nunca llegan a conocer a los franceses, a los franceses de verdad. Yo soy el que conoce París. Y conozco a un *francés*.

—¿De veras?

—¡Sí, señor! ¡Conozco a Raoul! Ahora ha ido y se ha casado.

Comenzó a pensar, y una idea logró meterse en su cerebro palpitante.

—¡Oiga! ¿Qué diablos pasaba en el cuarto ese? Todos tenían una cara rara...

Ahora comenzábamos a encauzar la conversación hacia asuntos interesantes. Encontraba profundamente desagradable al tipo aquel. En otras circunstancias le hubiese hallado sencillamente insoportable; pero en aquellos momentos pudiera ser importante, aunque algo difícil de manejar, una rueda importante del mecanismo de aquel asesinato. Su rostro iba presentando un aspecto algo más normal y perdiendo el de arcilla aplastada, hasta que acabó por parecer ligeramente abotagado, con el pelo muy planchado y peinado hacia atrás, algo escaso, como el de un músico de una orquesta de *jazz*. Sus ojos lacrimosos y velados pudieron mirar con algo más de sentido, y su dueño comenzó a jugar con la idea de que acaso una copita no le vendría mal. Esto le hizo mejorar de humor.

—¿Hace mucho tiempo que le conoce usted? —le pregunté.

—¡Oh, no! No mucho. Hará un par de semanas. Se me ocurrió que no sería mala idea conocer a algunas personas como es debido. Porque eso de conocer gente *bien* tiene su importancia, ¿sabe usted? Le ayudan a uno.

Me miró con expresión que pretendía ser extremadamente sagaz, y aunque me pareció que de todas las cosas que había dicho hasta entonces aquella era quizá la más desagradable, asentí. Fue cobrando ánimos y dijo:

—Pero... deje que me presente. Me llamo Sid Golton.

Acabadas las presentaciones, le propuse que continuara hablándome de Saligny.

—¡Ah, sí! Pues, nada, que se cayó del caballo cerca del sitio ese en el Bois, el tiro de pichón; pero lo que tiran son platos. Bueno, pues se cayó del caballo. Yo creo que lo que le pasó fue que llevaba la cincha floja. Yo sé un rato largo de caballos, ¿comprende? Pues, como le iba diciendo, fue y se cayó del caballo. ¿Comprende?

—Sí; creo que me doy cuenta de lo que quiere decir.

—Eso es. Bueno, pues tuvo que ir a ver a un especialista..., a Austria, para que le hiciera no sé qué en la muñeca y en la espalda. Por lo visto, cayó de lado. Le advierto que yo no lo vi, porque en aquel momento estaba en Austria, pero me dijeron que fue un golpe de aúpa. Bueno, pues nos encontramos en el tren de vuelta. Yo había visto muchas fotografías suyas en los periódicos; un gran deportista. Y fui y me acerqué a él y le dije: «Soy Sid Golton, y sería un gran honor para mí estrecharle la mano. Créame, duque: si yo hubiera estado con usted, no se hubiera dado usted aquel morrón».

—Muy discreto.

—¡Vaya! Bueno, pues resultó que hablaba inglés. Durante el viaje de vuelta nos hicimos grandes amigos. Se reía mucho conmigo. Le caí simpático, como aquel que dice. Y es que, vamos, que después de todo, no es tan difícil conocer a estos tíos de campanillas, si sabe uno lo que hay que hacer. Luego pueden ser muy útiles, créame. Vale la pena. Ya aquí, fui a verle varias veces; pero tuve mala pata. No le encontré en

casa nunca y no conseguí meterme en su pandilla. Pero todo se andará. Ahora que le conozco... Si quiere usted, se lo presentaré con mucho gusto. Me convidó a su boda hoy, pero esos estúpidos de *snoobs*...

Se le oscureció el rostro, calló el resto de la anécdota con una sonrisa y siguió diciendo:

—Yo no me encontraba muy bien y no fui a casa de ese Kilard para la fiesta. ¡Oiga! ¿Cómo me ha dicho que se llama usted? Mire, vamos a ver a Raoul ahora mismo, ¿eh? Pero..., dígame: ¿por qué tenían todos una cara tan rara? Creo recordar...

Hizo esfuerzos visibles para recordar con mayor claridad la escena.

—Golton —le dije—, siento decirle que han asesinado al duque de Saligny.

Los ojos de Golton se volvieron hacia mí vidriosos como canicas. Me miró con sospecha, como si deseara decirme que a él no era fácil engañarle. Y no me pidió detalles de ninguna especie. Le bastó saber que algo desagradable había ocurrido. Ya comenzaba a levantarse del sillón, cuando entró Bencolin con Vautrelle y Grafenstein. Durante los minutos que siguieron tuvimos que escuchar a Golton, suplicante, atemorizado, grotesco, descompuestas las facciones, insistiendo una y otra vez que él no sabía ni palabra del asunto, y que si no le dejábamos irse iba a haber un disgusto, porque estaba enfermo.

—Está usted en libertad de irse, naturalmente —le dijo Bencolin—, pero haga el favor de dejarnos su dirección.

Golton salió con piernas no muy seguras, explicando con voz recia que en aquel mismo momento se iba al bar americano de Harry. Nos dejó como dirección 324, Avenue Henri Martin.

Bencolin contempló la puerta cerrada desde detrás de la mesa de las revistas.

—Me inclino a creer que la ley Volstead americana es la peor ley de toda la historia de Francia...<sup>[2]</sup>. Pero es igual. Podemos dedicarnos a Golton más tarde.

Apartó las revistas que llenaban la mesa y se sentó en una silla. Cerró ligeramente los ojos.

—Siéntense ustedes, hagan el favor. Siéntese, *monsieur* Vautrelle. Tendré que conseguir casi todos los datos que necesito de usted.

Aquello me pareció tomar el aspecto de la sala de lo criminal en mi país, con aquellas luces amortiguadas y las sillas de cuero sobre el suelo de losas blancas y negras. O tal vez una reunión de hombres de negocios. Grafenstein quedó en pie, apoyada la espalda contra la chimenea, abriendo y cerrando los ojos mientras llenaba su pipa. Vautrelle se sentó muy erguido en una silla junto a la mesa. Vista de perfil a plena luz, su cara era una máscara de líneas que aprisionaban el monóculo. Aquellos ojos impersonales reflejaban absoluta serenidad y algo de impertinencia y curiosidad. El pelo rubio y ondulado comenzaba a encanecer por las sienes. La pechera de su camisa le sentaba perfectamente, y era un verdadero modelo de sastrería elegante, casi un maniquí en su perfección. Y, no obstante, daba la impresión de inquietud

enorme y de gran inteligencia, muy ligeramente matizada de falsedad y de exhibicionismo. Era posible imaginarle en actitud heroica, diciendo palabras encendidas e inmortales a sus tropas en el momento de lanzarse al frente de ellas hacia el punto más peligroso de la batalla, y después, empleando para lograrlo toda su astucia y toda su inteligencia, calcular exactamente el lugar a que debía dirigirse para no correr peligro alguno en ningún momento. Estaba constituido por la materia prima adecuada a un general, un artista y un charlatán de feria.

—Permítame, *monsieur*, que le haga unas preguntas —dijo Bencolin—. Espero que comprenda usted que es necesario.

Vautrelle inclinó la cabeza.

—Le ruego me diga a qué hora ha llegado usted aquí esta noche.

—No puedo decirle la hora exacta. Después de las diez.

—Y ahora le ruego nos diga todo lo que pasó desde ese momento.

—Eso no presenta ninguna dificultad. La verdad es que yo no deseaba venir —dijo, mirando con disgusto todo lo que nos rodeaba—. Pero Louise había recibido una impresión muy fuerte y Raoul pensó que el bullicio y la animación de un sitio como este la ayudaría a distraerse. Vinimos con los Kilards, que tuvieron que irse temprano. Además —y en este momento Vautrelle miró a Bencolin como si estuviera pensando en un chiste particularmente ingenioso—, creo que tenía una cita aquí con alguien.

—Muy interesante. Pero dice usted *alguien monsieur* Vautrelle, como si pudiera aludir a alguna mujer.

Vautrelle se encogió de hombros. Bencolin apenas parecía estar interesado en la conversación, pero los dos se miraban como duelistas.

—No lo puedo decir. Subimos aquí arriba. Las amigas de Louise la rodearon inmediatamente y se la llevaron. Había muy poca gente. En el fumadero, adonde Raoul y yo fuimos a beber algo, no había nadie en absoluto. Después él se fue y yo me quedé allí. Me dijo que iba a probar suerte en la ruleta. Me dijo textualmente: «Voy a jugar al rojo, Edouard. El rojo es mi color afortunado esta noche».

Hubiera podido jurar que de nuevo cruzó por la cara de Vautrelle una expresión sardónica.

—Antes de salir, se volvió hacia mí y me dijo: «Por cierto, ¿qué cóctel es ese que me estabas describiendo, el que dices que mezcla el *barman* de los Embajadores?». Se lo dije, y puede decir que se trata de una mezcla especialmente diabólica que, tengo entendido, es conocida por el nombre de *Glándulas de Mono*. Saligny entonces me pidió por favor que viera al *barman* de aquí y le enseñara cómo se hace y que preparara una coctelera llena, pues estaba esperando a un hombre para hablar de un asunto importante. Añadió que así que los cócteles estuviesen listos, que se los llevasen al cuarto de las cartas cuando él llamara al timbre, y que esperaba que el hombre con quien debía hablar llegara a eso de las once y media. Yo me quedé en el fumadero.

—Un momento, por favor —le interrumpió Bencolin; y, volviéndose hacia el

psiquiatra, añadió—: Doctor, ¿quiere usted hacer el favor de llamar al timbre? La cuerda está ahí a su lado.

Cuando el austríaco había llamado, todos aguardamos en silencio hasta que entró el camarero, vestido con la chaqueta blanca, que había dejado caer al suelo la bandeja al entrar en la escena del asesinato. Estaba muy pálido y era un hombre inútil y con cara de buena intención. Sus ojos acuosos indicaban pánico en aquel momento. Vautrelle se volvió para mirarle.

—Camarero —dijo Bencolin—, usted fue la persona que descubrió el crimen, si no me equivoco.

—Sí, *monsieur*. Este caballero —dijo, indicando a Vautrelle— me avisó que llamarían desde el cuarto de las cartas a eso de las once y media, y que, cuando lo hicieran, llevara los cócteles encargados. Vi aquello... —se le arrugaron los ojos y se disculpó—. Le aseguro, *monsieur*, que no pude evitar que se me cayera la bandeja. Si fuera usted tan bueno que quisiera hablar en mi defensa con...

—No le importen los vasos rotos. Entonces, ¿oyó usted el timbre que llamaba? ¿Qué hora era?

—Las once y media. Lo sé porque estaba vigilando el reloj. *Monsieur* el duque siempre daba buenas propinas.

—¿En dónde se encontraba usted en aquel instante?

—En el bar, *monsieur*. El bar da al fumadero, y los dos están al lado del cuarto de las cartas, hacia la fachada de la casa.

—¿En dónde está el cordón del timbre en el cuarto de las cartas?

—Junto a la puerta que da al vestíbulo, *monsieur*.

—¿Y acudió usted inmediatamente que oyó la llamada?

—Inmediatamente, no, señor. El *barman* tardó algo en preparar los cócteles e insistió en que yo lavara unos vasos de sorbete. Seguramente pasaron diez minutos hasta que acudí a la llamada.

—¿Por qué puerta entró usted en el cuarto de las cartas?

—Por la que da al vestíbulo, *monsieur*, naturalmente. Había un hombre junto a la puerta, un agente de Policía, *monsieur*. Llamé a la puerta, pero no me contestaron. Esto me extrañó. Me pregunté si debía o no debía entrar. Tal vez no fuera discreto. Volví a llamar muy fuerte. No me contestaron. Entonces pregunté al agente que si había alguien dentro y que si le parecía que debía entrar. El me preguntó que qué quería decir y que quién creía yo que había dentro y yo le respondí que *monsieur le duc* de Saligny. *Voilà!* El agente se puso muy pálido y me dijo que entrara inmediatamente, y que si no lo hacía, entraría él. Entré y...

El camarero, al llegar a esta parte de su relato, comenzó a hablar muy aprisa, mirando de un lado a otro.

—*Alors*, entro. Al principio no me doy cuenta de que ocurra nada anormal. El agente está mirando por encima de mi hombro. No; al principio no veo nada de particular. Entro, empiezo a atravesar la habitación y, *mère de Dieu*, ¡casi tropecé con

la cabeza! Grito, llego a la puerta del salón, no puedo sostener la bandeja más tiempo... Y eso es todo, *monsieur*. Le juro...

Estaba aterrado, con los ojos muy abiertos, como si volviera a contemplar la escena. Dio unos pasos de espaldas hacia la puerta, respirando afanosamente.

Bencolin calló durante unos segundos y concentró toda su atención en una esquina del techo, arrugada su cara barbuda. Luego hizo señal al camarero de que saliera. Respiró profundamente, y con el gesto de quien vuelve a echarse a la espalda una carga pesada se dirigió a Vautrelle:

—Continuemos con su relato, *monsieur*. Saligny le dejó a usted en el fumadero. ¿Qué hora era?

Vautrelle sonrió con paciente buen humor.

—No creo, señor mío, que pueda cronometrar todos mis movimientos de esta noche. Eran un poco menos de las once, quizá las once menos cinco. Pero no lo puedo decir con exactitud. Tal vez el hacerlo me llevara a contradecirme.

Había hablado en tono de protesta suave, pero su mirada vigilante no vaciló ni un instante.

—Entonces, ¿se quedó usted en el fumadero?

—Sí. Ni Raoul ni yo teníamos muchos amigos aquí. *Zut!* ¡Esta clase de gente...! —dijo, arrugando la cara con un gesto de desdén—. Y, encima, ¡ruleta! No puedo aguantar los juegos de puro azar. En ellos no existe lucha de ingenio. No es lo que Poe llamaba «medir al antagonista». Sí, me quedé allí muy cómodamente. Estaba leyendo un libro que alguien dejó allí. Un libro muy divertido. Un libro inglés llamado *Alicia en el país de las maravillas*.

—¡Santo Dios! —dijo Bencolin desesperado y dando un golpe sobre la mesa—. *Messieurs*, el Destino está borracho. Está gastándonos bromas groseras. Se está riendo de nosotros. Un hombre que hace una visita para dejar caer escardillas en el suelo, otro que deja un ejemplar de *Alicia en el país de las maravillas* en una casa de juego, y un tercer hombre que se dedica a leer el libro mientras un criminal prepara un asesinato sangriento en el cuarto de al lado. Esta comedia tiene que tener *algo* de sentido común oculto en alguna parte. Si todas esas ocurrencias carecen de significado, el mundo carece de nada que pueda llamarse razonable.

Su mirada pareció helarse. Durante un momento fugaz su cara reflejó el triunfo que fuera posible concebir como probable en el rostro de Satanás al advertir un punto flaco en la armadura de San Miguel. Luego desapareció.

—Muy bien —dijo más animadamente—. Una vez más tengo que molestarle acerca de la hora, *monsieur*. He consultado los relojes de la escalera y del cuarto de las cartas. Están de acuerdo con el mío. ¿Qué hora es según el de usted?

Vautrelle examinó un fino reloj de plata, y lo hizo con gran calma.

—Las doce y veinticinco exactamente —dijo.

—Esa hora marca precisamente mi reloj. ¿Qué hora tienes tú? —me preguntó.

—Las doce y veinticuatro y medio exactamente.

Bencolin frunció el ceño.

—Perfectamente. Sigamos. *Monsieur* Vautrelle, ¿puede usted decirme en dónde estaba usted a las once y media, cuando Saligny entró en el cuarto de las cartas?

—Puedo decírselo, *monsieur*, con un error de muy pocos segundos —vaciló momentáneamente y se echó a reír—. Me encontraba hablando con su agente en el vestíbulo. Estuve con él unos ocho minutos, y cuando entré en el salón, sin que él dejara de verme, le fui presentado a usted.

Bencolin estuvo a punto de perder la paciencia. Después de unos minutos de silencio volvió a llamar al timbre y entró François, el agente, con aire de hombre importante, rascándose la nariz.

—Sí, sí —dijo—. Este caballero estaba conmigo —respondió—. Había entrado de vigilancia unos cinco minutos antes y me encontraba sentado en una silla delante del fumadero. Este señor salió, me ofreció un cigarrillo y me dijo que si le podía decir la hora exacta, pues tenía la impresión de que su reloj estaba atrasado. Yo le contesté que estaba seguro de que mi reloj iba bien y que marcaba las once y media. Sin embargo, le dije que podíamos compararlo con el de la escalera.

François nos miró a todos y añadió:

—Fuimos hasta la escalera, que está justo enfrente de la puerta del cuarto de las cartas, y, como yo había supuesto, el reloj de la escalera marcaba la misma hora que el mío. Este señor puso en hora el suyo y estuvimos allí charlando un rato.

—Entonces —dijo Bencolin—, en el momento en que Saligny entraba en la habitación desde el salón, usted estaba justo enfrente de la puerta que da al vestíbulo, ¿no es eso?

—Sí. El se quedó conmigo; quiero decir que *monsieur* Vautrelle lo hizo unos cinco minutos largos y luego entró en el salón. Yo me quedé en la parte superior de la escalera.

—¿Y estuvo usted vigilando la puerta del cuarto de las cartas todo el tiempo?

—De manera consciente, no, *monsieur*; pero la estuve vigilando o la tuve a la vista. Estaba de espaldas a la escalera.

—Entonces, ¿está usted seguro de que no entró allí nadie y que no salió por la puerta vigilada?

—Seguro, *monsieur*. Estaba allí en pie cuando el camarero pasó con la bandeja de los cócteles, probablemente él mismo se lo habrá dicho a usted, y estaba justo detrás de él en el momento en que entró en la habitación. Le vi entrar. Y no me aparté de la puerta hasta que usted mismo salió por ella, según recordará usted. E incluso entonces le tenía ante mis ojos. Por allí no salió nadie.

—Está bien. Puede retirarse.

Bencolin permaneció sentado ante la mesa, con la cabeza inclinada y la cara en las manos. Durante todo este interrogatorio, Vautrelle había estado dando muestras de inquietud. Daba golpecitos con el monóculo sobre la silla, se movía irritado, y aquellas líneas graves de su rostro formaron una mueca de desprecio alrededor de la



boca de dientes fuertes y grandes. Le temblaban las narices. Una oscura malevolencia brillaba en sus ojos.

—Naturalmente —dijo—, puede usted suponer, si así lo desea, que alguien cambió la hora de los relojes.

—Nadie ha cambiado la hora de mi reloj ni la del de mi amigo. Podrá usted observar que eso ya lo he comprobado.

—Entonces, ¿puedo suponer que quedo en libertad de irme? Es muy posible que *madame* se encuentre necesitada de ciertas atenciones y me gustaría llevarla a su casa.

—¿Dónde está *madame*?

—Creo que en el tocador, con una mujer que la asiste.

—Me atrevo a suponer que no piensa usted llevarla a casa de Saligny —dijo Bencolin con una sonrisa torcida.

Vautrelle pareció tomar la pregunta en serio. Se colocó el monóculo y respondió:

—No, claro que no. La llevaré al piso que ocupaba antes de la boda, en la Avenue du Bois. Y en caso de que necesite usted de mi propia dirección, aquí tiene usted mi tarjeta. Será para mí un placer ofrecerle un duplicado de la misma en cualquier otra ocasión que decida mostrarse tan insultante como esta noche.

Se levantó, se irguió todo lo alto que era, alzó el labio superior con el monóculo clavado en el ojo y su gesto dijo claramente que a aquello no consideraba probable que Bencolin encontrara una respuesta adecuada. Fue como si se hubiera inclinado negligentemente y golpeado el rostro de Bencolin con un guante. Vi en los ojos del retado una expresión peligrosa. Contempló la tarjeta que tenía en la mano dándole vueltas y alzó luego la cabeza con la frente arrugada.

—Es posible —dijo muy suavemente— que *monsieur* encontrara la ocasión ligeramente embarazosa. Acaso la experiencia de *monsieur* no sea la suficiente para recordar o saber que, llegado ese caso hipotético, el código que rige los duelos permitiría al enemigo de *monsieur* estar él *también* armado de una espada...

Sus ojos, vacíos de expresión y perfectamente tranquilos, se encontraron con los de Vautrelle.

Permanecieron mirándose cara a cara durante un minuto de enorme tensión, como si todas las fuerzas nerviosas de ambos estuvieran empeñadas en combate invisible por encima de la mesa que los separaba. Oí el rumor de la pipa de Grafenstein que caía sobre la chimenea y se rompía y vi su rostro asombrado según miraba alternativamente a uno y a otro. Y si con el tiempo llego a olvidar todo lo referente a Edouard Vautrelle, lo cual me parece muy poco probable, pues me sobran razones para recordarle, y Dios lo sabe, jamás olvidaré el aspecto que presentaba en aquellos momentos, exhalando una ligera fragancia a loción de lilas, con el pañuelo asomándole por el bolsillo y su cuerpo fuerte vestido de ropas inmaculadas. No fue, creo, la insinuación contenida en las palabras de Bencolin acerca de su posible culpabilidad lo que hizo que el estremecimiento nervioso de su cara se condensara

alrededor de la boca y que el brillo se refugiara todo él en el monóculo. Fue, más bien, el darse cuenta de que otra persona había descubierto el secreto de su cobardía esencial.

Naturalmente, lo disimuló a la perfección. Pasado un instante le vimos indiferente y con cara de buen humor despectivo. Pero en todo él resultaba perceptible, desde su atusado pelo hasta sus fulgentes zapatos, la desesperación del que ha sido derrotado en demasiadas ocasiones.

Vautrelle se echó a reír y dijo:

—¡Ah! Entonces cree usted que el asesino soy yo.

—No —dijo Bencolin—. En este momento no lo creo. Cualquiera hombre puede ser un asesino; pero ninguno puede convertirse, concebiblemente, en mago... Hasta ahora me he limitado a hacer preguntas. Para demostrarlo, permítame, *monsieur* Vautrelle, que le haga una bastante extraordinaria. ¿Hablaba inglés Saligny?

—¿Raoul? Esa es la pregunta más divertida de todas. Raoul era, esencialmente, un deportista, y nada más. Sabía tirar a las armas, era un jugador de tenis espectacular, con un saque que casi derrotó a Lacoste, y un jinete extraordinario. Aunque no se puede negar que tuvo una caída que casi le paralizó la muñeca y le dañó la columna vertebral, lo que le obligó a consultar a un especialista extranjero. Casi le inmovilizó la boca. Pero Raoul era un atleta formidable. Muy raras veces abría un libro. ¡Raoul hablar inglés! Las únicas palabras que sabía eran las necesarias para la contabilidad del tenis...

Un criado había traído el abrigo de Vautrelle, largo y oscuro, con cuello de pieles y provisto de una gran cadena de plata. Parecía un artículo de guardarropía teatral. Se puso un sombrero flexible negro, en cuyas sombras brillaba el monóculo. Luego sacó una boquilla de marfil en la que ajustó un cigarrillo. Ya en la puerta, alto y teatral, se volvió con la boquilla en la boca y sonrió.

—¿No se olvidará usted de mi tarjeta, *monsieur* Bencolin?

—Puesto que me obliga usted a ello, *monsieur*, le diré que preferiría examinar su tarjeta de *identidad*.

Vautrelle se sacó la boquilla de entre los labios.

—Lo cual —dijo— es una manera de insinuar que no soy francés.

—Creo —dijo Bencolin— que es usted ruso.

—Acierta usted. Vine a París hace diez años. Desde esa fecha me he naturalizado francés.

—¡Ah! ¿Y quién era usted antes?

—Comandante del batallón Feydorf, del noveno de Caballería cosaca, perteneciente a los ejércitos de su majestad imperial el zar de Rusia.

Vautrelle reunió los tacones de sus zapatos sonoramente con ademán burlón, se inclinó rígidamente de medio cuerpo para arriba y desapareció.

## «ALICIA EN EL PAÍS DE LAS MARAVILLAS»

Bencolin me miró con las cejas subidas.

—Buena coartada<sup>[3]</sup> —le dije—. No sé cómo va usted a arreglárselas para echarla abajo.

—Por ahora no es necesario que la eche abajo. Pero pregunto: ¿de dónde saca este bravucón el dinero suficiente para alternar con un millonario como Saligny? La mala suerte es —añadió, frunciendo el ceño— que esta noche hay aquí muy poca gente que los conozca a los dos. ¡François!

Entró el agente.

—François, ¿se está usted ocupando en disponer que todas estas personas sean seguidas cuando salgan de aquí?

—¡Sí, *monsieur*, naturalmente!

—Está bien. Que se dedique Rotard a encontrar gente que recuerde sin duda alguna haber visto a Saligny en la ruleta y en el fumadero. Pregunte al *barman* si vio a Vautrelle allí. Cuando vaya al fumadero, mire a ver si encuentra rodando por allí un ejemplar de *Alicia en el país de las maravillas*. Averigüe, si le es posible, quién lo dejó allí. Nada más. ¡Espere! Dígale al dueño de esto que venga.

Así que François hubo salido, Bencolin nos dijo:

—No estoy seguro de poder contestar yo mismo mi pregunta acerca de los ingresos de Vautrelle. Pero tengo la impresión de que ha venido suministrando a la señora duquesa ciertas drogas prohibidas y narcóticos.

—¡Ah! ¡Entonces de eso se trataba! —dijo Grafenstein pesadamente—. No quise decirlo hasta estar seguro, pero me pareció...

—Sí. Cuando se nos acercó esta noche me di cuenta de que parecía medio embriagada por drogas y lo dije. Era completamente exacto. ¿No me vieron ustedes recoger la colilla que abandonó en el cenicero? —dijo Bencolin, sacando la colilla del bolsillo del chaleco—. No encontrarán ustedes en ella el nombre del fabricante. Venga, doctor. Observe usted lo poco apretado que está el tabaco y lo grandes que son sus hebras. El papel está remetido en sus extremos, formando cabecilla. ¿Ve usted esas hojas secas y oscuras que hay en el centro del tabaco? Huela. Haxix o marijuana, si no me equivoco, aunque no puedo asegurarlo hasta que los químicos lo analicen. En Egipto mastican hojas verdes de haxix. Esa es una especie singularmente potente y maligna que viene de Méjico. Quienquiera que se la haya suministrado, es muy probable que tenga un negocio extenso y bien organizado en esta clase de cosas. ¿Quiere usted enumerar los síntomas?...

—Pupilas contraídas, respiración anhelosa bajo el influjo de la emoción, palidez, tez pegajosa, alucinaciones, congestión... ¿No les dije a ustedes, cuando ella nos narró aquel incidente absurdo...?

—El incidente, doctor, no es mucho más absurdo que el problema que tenemos delante. Yo no estoy nada seguro de que se tratara de una alucinación. Estamos hablando de productos estupefacientes derivados del cáñamo y en grandes dosis. En nuestro caso, se trata de una dosis insignificante, de la que no es posible lograr paraísos artificiales semejantes a los de las bolitas de azúcar indias. Fue un estimulante. La señora está habituada a ellos, o el fumar este cigarrillo la hubiera hecho sentirse mal. En este cigarrillo no encontrará sueños admirables un adicto. Mata en cinco años, eso sí. Alguien está procurando muy en serio librarse de *madame*.

Quedó en silencio, golpeando la mesa con el lápiz. Grafenstein, con las manos cogidas a la espalda, dio unos cuantos pasos graciosos como los de un hipopótamo, se quitó las gafas, las limpió y miró a Bencolin. Al quitarse las gafas, la cara cambió de aspecto por completo, adquiriendo una expresión de tristeza esculpida en las facciones.

—Me equivoqué. Usted no necesita un psiquiatra aquí... *Donnerwetter!* ¡Este ambiente es más malsano que el de mi clínica! —dijo, sacudiendo en el aire su puño inmenso.

Aún paseaba el médico con pasos resonantes, cuando llegó el propietario, la alarma retratada en sus ojos y los mostachos caídos como las orejas de un can.

—*Monsieur*— exclamó en cuanto entró, precedido por su oronda barriga—, le suplico que dé contraorden para que no impidan a mis clientes salir de aquí. Ya ha habido varios que han deseado irse y sus agentes se lo han impedido. Y están preguntándoles a mis clientes toda serie de cosas. Yo les he dicho a todos que se trata de un suicidio.

—Siéntese, haga el favor. Un suicidio aumentará la fama de su establecimiento. No tiene por qué preocuparse.

—¿Cree usted, *monsieur*? —preguntó muy esperanzado—. Los periodistas...

—¡Ah! Entonces, ¿es que ya ha corrido la noticia? ¿Ha llegado el forense?

—Acaba de hacerlo.

—Muy bien. Vamos a otra cosa. Antes de venir aquí esta noche he estado leyendo lo que tenemos anotado acerca de usted en nuestros archivos...

—¡Es mentira, *monsieur*!

—Naturalmente —dijo Bencolin con tranquilidad—. Deseo saber si había aquí esta noche algunos clientes que le fueran desconocidos a usted.

—Ninguno. Para entrar aquí es indispensable la tarjeta de invitación, y yo las examino todas personalmente, una por una, a no ser, claro es, que se trate de la Policía. Tendré que rogar a usted que devuelva su tarjeta de invitación.

Estaba muy derecho y muy digno, tratando de imitar la actitud del caballero

ofendido, como un saco de ropa sucia pudiera remedar el aspecto de uno de oro.

El lápiz de Bencolin seguía tamborileando sobre la mesa.

—Creo que su nombre es Luigi Fenelli, el cual no puede considerarse como muy corriente en Francia. ¿Es cierto que hace algunos años el *signor* Mussolini encontró incompatibles con sus ideas los esfuerzos de usted para ayudar a la gente a traspasar la Puerta de las Cien Desdichas? En pocas palabras, *monsieur*: ¿es cierto que fue usted detenido por venta ilegal de opio?

Fenelli elevó los brazos al cielo y juró por la Madonna, por el rostro de San Lucas y por los pies sangrantes de los Santos Apóstoles que semejante acusación era una infamia.

—Los testigos que cita usted merecen todos mis respetos —dijo Bencolin pensativamente—. No obstante, no está satisfecha por completo mi curiosidad. Por ejemplo, ¿es preciso poseer *otra* tarjeta de invitación para entrar en el piso tercero de esta casa? ¿O se sirve el producto de la amapola reconfortante como los cócteles?

La voz de Fenelli se alzó. La mano de Bencolin le redujo al silencio.

—¡Haga el favor! —dijo el detective—. El asunto me era conocido antes de venir aquí esta noche. Le concedo a usted doce horas para arrojar al Sena todas las existencias de que disponga: haxix, opio... Y esto se lo concedo con una condición: que responda a algunas preguntas que voy a hacerle.

—Incluso el ilustre Garibaldi se vio obligado en algunas ocasiones a aceptar una transacción. Niego la certeza de su acusación; pero como buen ciudadano que soy, no pienso negarme a prestar a la Policía toda la ayuda que esté en mi mano darle.

—¿Cuánto tiempo hace que fuma opio el duque de Saligny? No lo niegue. Se sabía que venía aquí para fumarlo.

Una blandura especial comenzó a extenderse por el rostro del propietario. Durante unos instantes vimos en su cara el gesto de quien acaba de demostrar la exactitud de alguna teoría propia.

—¡Tenía yo razón! —comenzó a decir, pero luego pareció cambiar de idea e hizo un ademán quitando importancia al asunto—. Hace un mes, *monsieur*. El aliviar el dolor es una obra de caridad —nos explicó con cara virtuosa—, y *monsieur le duc* sufría mucho a causa de su caída. Estaba muy deprimido. Pensaba que quizá no pudiera volver a montar a caballo. Yo sentí mucho que un hombre joven y tan excelente...

—Claro, claro. Y dígame, ¿adquirió aquí la dama que hoy es su viuda costumbres similarmente encantadoras?

—Los dos —respondió el propietario orgullosamente— procuraban ocultar al otro sus costumbres. Yo creo que *madame* lleva ya mucho tiempo fumando...

—Exacto. Pero no suelte frases moralizadoras. Quiero que me responda usted concretamente a esta pregunta: ¿le suministró usted esta noche cigarrillos con haxix?

Fenelli sudaba copiosamente.

—Es posible, *monsieur*.

—¡Conteste! ¿Sí o no?

Fenelli no pudo soportar más.

—En pocas palabras, *monsieur...*, sí. Compréndalo, *monsieur*, la pobre lo necesitaba, y no es bueno interrumpir la costumbre de repente. Fue a poco de llegar aquí esta noche con los demás que la acompañaban. Estaba con unas cuantas amigas, las dejó, vino a mí y me suplicó que le consiguiera unos cigarrillos. La llevé a mi despacho, que está en el tercer piso. Estaba muy nerviosa, mucho. Me pareció que se encontraba intranquila acerca de su matrimonio. No hacía más que hablar de cuartos de baño y de escardillas... ¡Ah *monsieur!* ¡Las novias!... —acabó diciendo con una sonrisa blandengue y fantasmal.

Bencolin interrumpió el interrogatorio el tiempo necesario para mirar a Grafenstein.

—¿Ve usted, doctor? Eso que usted diagnostica como alucinaciones existía ya antes de fumar el haxix... Vamos a ver, Fenelli: ¿a qué hora se separó usted de ella?

—A eso de las once. Yo...

—¿Qué hizo usted entonces?

—Me quedé en el piso de arriba. Estaba repasando las cuentas. Un poco antes de las once y media bajé... *Monsieur!* ¡Ya he contestado bastantes preguntas!... Le he ayudado, ¿no? Nada más puedo añadir, aunque me someta usted a tormento.

—Tal contingencia es poco probable. En cualquier caso, le aconsejo, Fenelli, que se dedique usted sin tardanza a convertir ese piso tercero en un bar, en baños o en cualquier otra cosa igualmente inofensiva. Nada más, Fenelli.

Así que Fenelli hubo salido, dije yo:

—¿Le puedo preguntar, Bencolin, en qué proporción nos está usted ocultando lo que sabe acerca de este asunto? Es la primera noticia que hemos tenido de que Saligny fuera un adicto a las drogas estupefacientes.

—Es una cuestión completamente al margen. No estaba nada seguro que tuviera nada que ver con el caso.

—¿Cómo se enteró usted de la existencia en el tercer piso de los... negocios suplementarios de Fenelli?

—Me lo dijo Saligny.

—¿Se lo dijo *Saligny*? ¿Quiere usted decir... *Saligny*?

—Sí. Me lo comunicó espontáneamente cuando me llevó aquella nota de que he hablado. Es inexplicable, pero así ocurrió. Dentro de unos instantes nos veremos invadidos por la horda. Ya oigo gritos y protestas ahí afuera. Pero discutamos el asunto —se retrepó en el asiento y se puso ambas manos sobre la nuca—. ¿Qué impresiones han sacado ustedes de todo, *Messieurs*? ¿Tienen ustedes alguna idea útil? ¿Han advertido alguna contradicción sospechosa en lo que hemos escuchado?

—Personalmente —dije— he advertido una contradicción palmaria.

Grafenstein me interrumpió con un amplio ademán de su manaza.

—Un momento —dijo—. Deseo saber una cosa. Dice usted, Bencolin, que

Laurent disimula su personalidad bajo la de uno de los que hemos visto esta noche.

—No, no. No tiene por qué ser uno de los hombres que hemos visto, aunque muy bien pudiera ocurrir que ese fuera el caso. Los documentos de identidad se falsifican sin gran dificultad, incluso los de la Prefectura. Lo único que he dicho es que Laurent se oculta bajo la personalidad de alguien conocido de Saligny.

—Está bien —dijo Grafenstein con la cara arrugada por el esfuerzo mental, como si estuviera tratando de tener presentes simultáneamente una docena de cosas—. ¿Está usted seguro de que fue Laurent quien asesinó a Saligny?

Bencolin sonrió con una mueca.

—Estoy plenamente seguro de ello.

El psiquiatra inclinó la cabeza. Luego fue enumerando o eliminando las posibilidades, contando con los dedos.

—¡Bueno! Entonces sabemos que Saligny tenía una cita a las once y media. Muy bien. Pidió que le prepararan unos cócteles. Muy bien. A las once y media entró en la habitación. Perfectamente...

—Al poco tiempo sonó el timbre. No olvide ese detalle.

—Sonó el timbre. Muy bien —dijo Grafenstein, destinando a la enumeración de este hecho otro dedo, y Bencolin le miró como si estuviera a punto de prorrumper en denuestos irritados, pero el médico prosiguió—: El asesino, por tanto, estaba allí ya. Ya había escondido la espada debajo de los almohadones.

—¿Por dónde entró el asesino en la habitación?

—Por una de las dos puertas. Recuerde que llegó temprano.

—Sí. Y ahora déjeme que le pregunte —dijo Bencolin, inclinándose hacia adelante—: ¿por qué puerta salió?

Durante unos instantes de silencio expectante, un color rojo fue subiendo lentamente por el cogote del psiquiatra, que presentaba al mismo tiempo el aspecto de alguien a quien han picado las avispas y a quien una serpiente ha logrado hipnotizar, sin duda alguna, constituyendo un espectáculo deprimente.

—Doctor —dije yo mansamente—, estaba tratando de llamar su atención sobre el hecho...

—¡Aguarde! ¡Aguarde! —dijo el médico, dejando escapar su respiración con el bufido de una apisonadora que suelta vapor y con tenacidad calmosa—. El asesino no salió por la puerta que da al vestíbulo...

—Porque mi agente —dijo Bencolin— estaba delante de ella desde unos segundos antes que Saligny entrara por la del salón, y no se apartó de allí hasta después de cometido el crimen.

—Y el asesino no salió por la puerta del salón...

—Porque yo mismo la estuve observando desde el instante en que Saligny entró por ella hasta que nosotros hicimos otro tanto. No la dejé de mirar ni un segundo, y por esa puerta no salió nadie. ¿Es posible que todavía no comprenda usted lo que esto implica? Me he estado preguntando cuánto tiempo le llevaría a usted deducirlo.

Todos callamos. El *juge d'instruction* siguió hablando entonces con gesto de gran paciencia, como si estuviera explicando el asunto a dos niños.

—Tenemos dos puertas, las dos vigiladas, una por mí personalmente y la otra por mi agente más despierto. Los dos nos encontramos dispuestos a jurar que nadie salió por ninguna de las dos puertas, y les aseguro que me fío de François como de mí mismo. Recordarán que examiné la ventana inmediatamente. Está a cuarenta pies de la calle, no hay ninguna ventana cercana a ella y la fachada es completamente lisa. No existe el hombre, ni el mono, capaz de entrar o salir por esa ventana. Por si esto es poco, observé que el alféizar estaba cubierto por una espesa capa de polvo, que demostraba que por allí no había entrado ni salido nadie. No obstante, en la habitación no había nadie escondido. Eso también lo comprobé. Resumiendo: el criminal desapareció de manera tan completa como se desvaneció ante los ojos de *madame* de Saligny. ¿Está usted tan seguro como antes, doctor, de que lo que esta creyó ver fue una alucinación?

—Pero... ¡esto es increíble! —gruñó Grafenstein—. El asesino tenía que estar en alguna parte. Tenía que estar escondido, tenía que... O François miente o está equivocado. ¿Puede haber alguna puerta disimulada y secreta y muros falsos con pasajes desconocidos?

Bencolin movió la cabeza.

—No, el asesino no estaba escondido. Me aseguré de ello. François ni miente ni está equivocado. No existe posibilidad alguna de entradas secretas, pues puede usted colocarse en las dos puertas y comprobar la correspondencia de los muros con los de las habitaciones vecinas. Eche abajo el techo y las paredes de la habitación y puede usted estar seguro de no encontrar nada en absoluto, y eso debe resultar evidente a cualquiera que estudie la arquitectura de esta casa. Para resumir: no hay entradas secretas. El criminal no estaba escondido en la habitación. No salió por la ventana. No salió por la puerta del salón, que yo estaba vigilando. No salió por la puerta del vestíbulo, vigilada por François. Pero no estaba allí cuando entramos nosotros. Y, no obstante, un asesino había decapitado a su víctima allí. En este caso sabemos con mayor seguridad que en cualquier otro que de ningún modo puede tratarse de un suicidio.

*Y como demostraron los sucesos posteriores, Bencolin estaba diciendo la verdad con total exactitud.* Por el momento nos hallábamos solamente en posesión de una serie de hechos oscuros que se movían al otro lado de un velo de la manera más desconcertante. Aquella habitación con sus luces ambarinas y su suelo de grandes cuadrados blancos y negros, y los dos hombres que me acompañaban adquirieron repentinamente un aspecto de cosas irreales que me hizo sentir la sensación de encontrarme solo. Todo desapareció, excepto la certeza de que en aquella casa, oculta su auténtica personalidad bajo otra falsa, un hombre carente de cerebro razonable y de corazón, un mero mecanismo dispuesto para el asesinato, vagaba en libertad. Creí ver la sonrisa en la cara desprovista de facciones cuando *aquello* alargaba la mano.



Imaginé al espantable autómatas recorriendo las estancias de la casa con un ejemplar de *Alicia en el país de las maravillas* debajo del brazo. Sus actos violaban de tal manera las fronteras de lo razonable, que casi se encontraba uno dispuesto a creerle capaz de desaparecer cuando le venía en gana. Entonces me resultaron perfectamente comprensibles los sentimientos de aquella pobre muchacha, ya viuda cuando abrió la puerta del cuarto de baño y vio *la cosa* en pie al reflejo de la luz incierta y mirándola.

Me sacó de mi ensimismamiento la voz del médico. Ya no protestaba. Estaba sentado, informe y hosco.

—Me niego a creerlo —dijo.

Daba lástima ver a aquel hombre inteligente, tenaz, trabajador, sincero, desconcertado por sucesos que trascendían todo lo que su ciencia psiquiátrica pudiera iluminar. Sentí unos deseos dementes de reír. No alzó la cabeza hasta que entró nuevamente François con varias hojas de papel y un libro.

—Aquí tiene usted, *monsieur*, unas notas de todos los testimonios que he podido reunir. Puede usted compararlas con los que ha oído personalmente. No he creído necesario detener aquí a nadie, pero estamos recogiendo los nombres y las direcciones de todos los que estaban aquí, incluidos los criados. Aquí tiene usted el libro que deseaba. El camarero del bar dice que no sabe quién lo dejaría allí, pues los respaldos de los pequeños compartimientos que allí hay son muy altos, y no siempre puede ver quién los ocupa desde el lugar suyo detrás del bar. Pero lo que sí me ha dicho es que está seguro de que el libro no estaba allí cuando abrió a primera hora esta noche. ¿Le digo al forense que saldrá usted pronto?

—Dentro de un momento. Espérese un momento, François. Acaso le necesite.

François dejó las cuartillas y el libro, encuadernado con tapas verdes, sobre la mesa.

—La tela de esa encuadernación —dijo Bencolin— no conservará huellas dactilares de ninguna clase. Otrosí, no tenemos motivos para relacionar este libro con el crimen. Por lo que sabemos de él, carece en absoluto de importancia. Y, sin embargo, ¡qué sitio más extraordinario para encontrar semejante libro! Puramente por cuestión de forma, François, puede usted preguntar a los clientes acerca de él.

—Ya lo he hecho, *monsieur*. Nadie ha confesado haberlo dejado allí.

—*Tiens!* Eso es interesante. Veamos. Impreso en Estados Unidos. Alguien ha borrado con una navaja su nombre, que estaba escrito en la hoja blanca anterior a la portada, y ha roto el papel. Bien; nos olvidaremos del libro por el momento. Tome, doctor; si sabe usted inglés —dijo sonriendo—, esto le interesará. Podrá usted psicoanalizar a la tortuga o a la marmota<sup>[4]</sup>. Y ahora —prosiguió, dirigiendo su atención a las cuartillas— espere un momento mientras pongo en orden sus papeles, François. Discúlpenme unos segundos, señores.

Pronto se abstraigo totalmente, concentrado en el estudio de las notas, como si estuviera rodeado por espesos muros que ahogaran todo rumor. Su rostro descarnado quedó rígido, los ojos se estrecharon. De cuando en cuando escribía algo en su librito

de notas. Debajo de aquel pelo negro y ensortijado, el cerebro estaba clasificando los hechos con la ligereza luminosa del prestidigitador que maneja las cartas de una baraja.

Durante algún tiempo nada se oyó, excepto los pasos y rumores que nos llegaban desde el vestíbulo. Miré a Grafenstein. Se había calado sus gafas cuadradas y estaba leyendo *Alicia*. Lo hacía con dificultad, con un dedo siguiendo la pista a las palabras y el mostacho moviéndose al tiempo que las pronunciaba para sí. Poco a poco fue apoderándose de su rostro una expresión de asombro extraordinario. Volvió una página como para convencerse de que no le engañaban sus sentidos. Movié entonces la cabeza como para aclarar sus ideas y se zambulló nuevamente en el texto con la expresión decidida del boxeador que se pone en pie después de haber escuchado al árbitro contar hasta nueve.

Bencolin apartó las notas.

—François —ordenó—, destine usted los hombres que sea preciso a investigar la historia personal de todos los que han estado presentes esta noche aquí. Llame a la *Sûreté* inmediatamente. Y he aquí la orden más importante que tengo que darle: ha de mandar vigilar la casa de Saligny. Si alguien trata de entrar, deténganlo. ¿Entendido? Y ahora, *messieurs*— dijo, dirigiéndose a nosotros—, aquí tenemos un resumen de todo lo que sabemos. Para aclarar lo relativo a la hora leeré todo.

Miró su libro y siguió diciendo:

—«Diez y quince. Saligny y su esposa, Vautrelle y los Kilard llegan a la casa. Testigos: Fenelli y Buisson, el director de la orquesta. Diez y veinte. Los Kilard se van. Testigos: Fenelli, Buisson y Vautrelle. Diez y veinticinco a diez y cincuenta y cinco. Vautrelle y Saligny, en el fumadero. Testigos: *barman* y camareros. Diez y treinta. *Madame* de Saligny se entrevista con Fenelli en el piso de arriba. Testigo: Fenelli. Diez y cincuenta a once y veinticinco. Fenelli permanece en el tercer piso. Testigo: él mismo. Diez y cincuenta y cinco. Saligny abandona el fumadero. Testigos: *barman* y Vautrelle. Diez y cincuenta y cinco a once y treinta. Vautrelle permanece en el fumadero. Testigo: Vautrelle. *Nota*: El camarero recuerda haberle servido de beber a eso de las once y quince. Once y dieciocho. *Madame* de Saligny se reúne con nosotros en el salón. Testigos: nosotros mismos. Once y treinta. Saligny entra en el cuarto de las cartas. Testigos: nosotros mismos. Once y treinta. Vautrelle está hablando con el agente y le pregunta la hora. Testigo: François Dillsart. *Nota*: El agente acaba de entrar de servicio. Once y treinta a once y treinta y seis. Vautrelle habla con el agente delante de la puerta del cuarto de las cartas. Testigo: él mismo. Once y treinta y siete. Vautrelle se reúne con nosotros en el salón de la ruleta. Testigos: nosotros mismos. Once y cuarenta. Descubrimiento del crimen por el camarero y por François. *Comentarios*: No ha sido posible encontrar a nadie que recuerde haber visto a ninguna de estas personas por el vestíbulo entre las diez y veinte y las once y treinta, es decir, durante más de una hora. Nadie recuerda haber visto a Saligny desde las diez y cincuenta y cinco, momento en que se separó de

Vautrelle en el fumadero, hasta las once y treinta, momento en que entró en el cuarto de las cartas. Es muy posible que un extraño entrara en la casa por la puerta de servicio que da a la rue des Eaux. No digo que entrara ni que considere probable que entrara. Digo que el entrar por allí no presenta dificultad. Esta puerta no estaba vigilada con anterioridad al crimen». Este resumen —prosiguió Bencolin— nos dice muchas cosas, precisamente porque no las incluye. Espero que apreciarán ustedes su importancia sin ninguna indicación mía. Aquí le dejo las notas que acabo de leer para que las considere usted, doctor. Tú —dijo, dirigiéndose a mí— acompáñame. Vamos a ver qué tiene que decirnos el forense.

## ESTANCIAS EN TINIEBLAS

Recorrimos nuevamente el vestíbulo sin prisa. Ahora que la escena comenzaba a poblarse de personalidades conocidas, ahora que voces y emociones le habían dado una realidad de que antes carecía, advertí la absoluta claridad de mi cerebro, dispuesto a entendedérselas con cualesquiera problemas sin aturdirse.

El vestíbulo estaba lleno de gente que hablaba muy excitada. Delante de la puerta del cuarto de las cartas había un grupito significativo de hombres con sombreros negros que aguardaban sumidos en una especie de hosquedad silenciosa, con las manos en los bolsillos. Uno de ellos llevaba una máquina plegable de fotografías. Apoyado contra la balaustrada de la escalera, fumaba un cigarrillo con aire aburrido. Tenía el aspecto inequívoco de sabueso de Prensa.

Cuando volvimos a entrar en el cuarto de las cartas, vimos más hombres que estudiaban la posición exacta del cadáver. Estaban reunidos a alguna distancia para evitar el espeluznante charco de sangre. Un hombre gordo y con bigote, a quien tomé por el forense, torcida la cabeza, tomaba notas y medidas con aire de indiferencia. Registró su última observación con un decidido rasgo de la pluma. Luego hizo señas a dos de los hombres para que se le acercaran.

Uno de ellos colocó una máquina fotográfica, la preparó, y el otro echó unos polvillos blancos en un quemador. A los pocos segundos un resplandor cegador y súbito iluminó toda la estancia.

Luego, el aire quedó nublado por el humo del magnesio. En tanto que se aprestaban para sacar más fotografías, traté de grabar la escena en mi mente con detalle.

Allí estaba el cuerpo decapitado, rígidos los miembros en aquella extraña postura, de rodillas. Estaba caído hacia adelante, de tal manera que el muñón del cuello descansaba sobre la alfombra. Una de las piernas se hallaba doblada debajo del cuerpo y la otra formaba ángulo con la primera, alejándose del cuerpo. Los dos brazos aparecían doblados y apoyados en el suelo, como las patas de la Esfinge, y los dedos se agarraban crispados a la alfombra. La postura daba la desagradable sensación de que aquella bestia acéfala se disponía a saltar hacia adelante. La espalda del frac estaba empapada y roja la pechera de la camisa. La sangre había salpicado también los dos brazos, y el dorso de ambas manos aparecía manchado por finas líneas rojas. Bencolin había vuelto a colocar la cabeza en donde estuvo en un principio, como a dos metros y medio de distancia. De nuevo estalló el fulgor del magnesio por encima de los tres hombres inmóviles, cegador un instante de muerte

espantosa.

Uno de los hombres se adelantó y, empleando un gran trozo de tiza, parecido al jaboncillo que utilizan los sastres durante las pruebas, dibujó una línea siguiendo el contorno del cadáver. El forense indicó la puerta con un dedo pulgar movido bruscamente. Y dijo con voz cansada:

—Ya está, muchachos.

Dos de los hombres levantaron el cadáver, que comenzaba a estar rígido por la muerte, semejante a una gran estatua de yeso, e iniciaron su salida del cuarto. Pasaron delante de nosotros. Bencolin, como si saliera repentinamente de su ensimismamiento, detuvo a los dos hombres que transportaban el cuerpo. Lo estuvo examinando en silencio, tirándose de los bigotes pensativamente. Bajó las manos y se inclinó hacia el cadáver. No pude ver lo que sacó de una uña del dedo al principio, pero luego lo descubrí. Se trataba de una diminuta hebra, incolora y apenas perceptible. Bencolin la metió en un sobre y ordenó a los hombres que siguieran su camino.

Una voz indiferente que decía «ya está, muchachos», un pulgar que señalaba con impaciencia una puerta; de esa manera era llevado a su tumba un caballero. Toda la escena careció de personalidad y resultó patética, pensando en el *jazz* que hubiera podido acompañar las salmodias funerales.

El forense, libro de notas en mano, estaba hablando con Bencolin.

—Yo ya no hago aquí nada útil, señor juez. ¿Qué desea usted que hagamos con el cadáver? Tal vez sus parientes...

—No los tenía —dijo Bencolin—. Cercanos, no le conozco ninguno. Mándelo para la autopsia. Necesito ese informe para comunicar a sus abogados... Ellos se encargarán del entierro, a no ser que sus amigos... —añadió con una fea sonrisa— quieran hacerse cargo del asunto. Y nada más.

Pocos amigos había allí. Me alejé un trecho y dejé de oír sus palabras. Curioso aquel modo de morir; no tanto por su naturaleza trágica, sino por la carencia de dignidad. No cabía duda de que Saligny vivo fue una persona más digna y orgullosa que aquel despojo. Me lo imaginé golpeando con sabia violencia una pelota de tenis entre el polvo y el sol. ¿Sería tal como yo me lo imaginaba? Le veía grandote, cordial, bueno, ingenuo y simpático con todos, una especie de D'Artagnan consciente, celoso y a la par bondadoso. Allí estaba la cabeza, con su espeso pelo rubio y los ojos muy abiertos y asombrados, colocados debajo de la frente dócil de buey, atezada por el viento y el sol, y los labios entreabiertos que dejaban ver los dientes blancos y magníficos. Ahora todo estaba como vidriado. Sí, Raoul, no me cabe duda de que solías llevar bien esa cabeza en circunstancias más agradables que estas, rodeado de hombres vestidos de negro que charlan acerca de tu muerte sin darle importancia alguna, convertida en una especie de pelota de fútbol que un descuido pudiera lanzar rodando de un puntapié.

Me acerqué a la ventana. Estaba abierta aún y la cortina roja se movía con el

viento. Me asomé para echar una ojeada al exterior. La luna iluminaba desde lo alto del cielo las paredes grises, y brillaba sobre las ventanas sin luz de las casas de enfrente. A mis pies vi una especie de pequeño patio separado de la acera de la rue des Eaux por una pequeña verja. A cierta distancia, y al otro lado de la calle, la torre Eiffel lucía chillonamente, exhibiendo sus anuncios eléctricos contra la oscuridad del cielo. Estaba todo sumido en el silencio. Hacía frío. Miré por todas partes. Bencolin tenía razón.

Era imposible que nadie saliera de la habitación por aquella ventana, y digo esto sabiendo ya lo que luego descubrimos, que confirmó la suposición de Bencolin. Era imposible; además, los hechos confirmaron que nadie escapó por allí. El piso superior no tenía ventanas en aquella fachada. La fachada ascendía perfectamente lisa en un trecho de unos siete metros hasta un tejado que sobresalía, sin que se viera por ninguna parte nada que permitiera a unos dedos humanos agarrarse para trepar o bajar ni para atar una cuerda. Las ventanas que se abrían a la misma altura que aquella quedaban a una distancia de seis metros y, además, daban al salón de juego y al fumadero, ambos llenos de gente en los momentos del crimen. Unas rejas de fantasía protegían la casa contra el asalto de los ladrones. También vi el polvo, que cubría con una espesa capa el alféizar exterior, sin que pudieran descubrirse huellas de ninguna especie sobre él. Nada podía haber pasado por allí sin dejar huellas muy visibles. La ventana solía conservarse cerrada. *¿Por qué estaba abierta aquella noche?*

Volví la cabeza y vi a Bencolin dando instrucciones al grupo de policías. Ahora estaban escudriñándolo todo, en busca de huellas dactilares, ayudados por lupas y pincelillos y por los polvillos para ello empleados, contenidos en una especie de saleros. Pero había pocas superficies susceptibles de conservar las huellas buscadas, aunque la minuciosidad de los policías los llevó a examinar hasta las mesas de juego dobladas y apoyadas contra la pared. Continuaban sacando fotografías; el cuarto estaba cargado ya de efluvios desagradables. Dos de los hombres, siguiendo instrucciones de Bencolin, quitaron la funda del sofá, la doblaron y se la llevaron, junto con los almohadones. Un hombre raspaba en la alfombra, al parecer buscando cenizas o algo semejante. Luego se congregaron todos en rededor de la ventana; formaban un grupo de niños curiosos, alzando una curiosa algarabía de ruidos, no muy diferentes a los perceptibles en una granja, lanzando exclamaciones de placer al descubrir unas huellas sobre el cristal de la ventana.

Por fin quedamos a solas con el forense. Ya había cesado casi completamente el rumor de pasos en el vestíbulo. Los agentes estaban tomando los nombres de las pocas personas que quedaban. Resultaba casi perceptible el zumbido de las ruedas de la justicia puesta en marcha. Bencolin estaba apoyado sobre la puerta que daba al salón de juego, silbando entre dientes y con los ojos totalmente desprovistos de expresión. El forense, ladeado sobre la cabeza el sombrero de copa, se hallaba en el centro de la habitación, lanzando miradas aviesas a su libro de notas, que de cuando en cuando apuñalaba rápidamente con su pluma estilográfica cabezona para añadir

algo. La silueta dibujada con jaboncillo estaba delante de él rodeando la mancha oscura de la sangre.

Bencolin comenzó a hablar suavemente en medio del silencio:

—Cuatro paredes, una habitación de seis metros por seis, muros forrados de cuero rojo. Una lámpara roja sobre la mesa al lado de un sofá. Media docena de sillas tapizadas de terciopelo rojo. Tres mesitas de juego apoyadas sobre las paredes. Y eso es todo. Todo si no contamos un cadáver y un asesino desaparecido.

—*Mein?* —dijo el médico forense, colocándose la pluma detrás de la oreja.

Lentamente, como si deseara explicárselo a sí mismo, Bencolin le puso en antecedentes.

—Bueno; pero eso carece de sentido —dijo el forense, y su mirada recorrió toda la sala.

—Sí. Pero eso es lo que ha pasado —dijo el policía.

Se acercó a la mesa que daba al vestíbulo y la abrió.

—¡François! —llamó—, haga el favor de colocarse en el sitio en que estaba antes.

Desde donde me encontraba junto a la ventana pude ver la escalera que llevaba al vestíbulo y la parte superior del reloj de pie que había en su descansillo. François asomó la cabeza. Bencolin abrió la puerta que daba al salón de juego, completamente desierto.

—Allí estábamos nosotros —dijo, señalando el sitio en que estuvimos sentados al fondo del salón—. Estuvimos vigilando esta puerta todo el tiempo, y desde que Saligny entró, nadie más lo hizo, y nadie salió por aquí. Y nadie escapó por la puerta que François guardaba... ¡Y nadie había aquí cuando entramos!

Al cabo de unos segundos, el médico se caló el sombrero con gesto violento.

—¡Es completamente ridículo! ¡Ridículo! —hizo unos ademanes que parecían indicar que no tenía nada que añadir—. ¿Estaba escondido entonces?

—¿Sí? ¿En dónde? ¿Quiere usted indicarme algún sitio que pudiera haberme pasado inadvertido?

El médico se atusó el bigote y miró alrededor.

—¡La ventana...! —comenzó a decir triunfalmente, pero cuando asomó por ella la cabeza, volvió cabizbajo—. ¡Bueno! —dijo—. ¡Al diablo! Esto es cosa suya y no mía. Si está usted seguro de que aquí no había nadie escondido...

—Lo estoy. Saligny entra en la habitación, según sabemos, a las once y media. Casi inmediatamente después llama al timbre... —dijo Bencolin, mirando ferozmente al cordón rojo que colgaba junto a la puerta que daba al vestíbulo—. ¿Llama? Bueno, *alguien* llama al menos. A las doce menos cuarto aproximadamente el camarero entra por la puerta del vestíbulo, con su bandeja. Y allí está Saligny, decapitado.

Quedó inmóvil, con un dedo apuntando amenazadoramente contra el aire. Llegó hasta nosotros el rumor de clientes que se iban y de los motores de los automóviles que eran puestos en marcha.

—Durante todo ese tiempo las dos puertas estuvieron vigiladas estrechamente.

Pero el asesino había desaparecido.

Bencolin se oprimió los parietales con los nudillos de los puños, hizo un gesto de irritación y prosiguió:

—En cualquier caso, ¿para qué llamaron al timbre? Eso es lo que es absolutamente desconcertante. ¿Para qué llamaron al timbre?

—¿Para qué se suele llamar al timbre? —dijo a su vez el médico, irritado—. Para que venga un criado, al parecer.

—Entonces, ¿estaba dispuesto y preparado para la llegada del criado en cualquier momento?

—Naturalmente.

—Y el asesino, a conciencia de que el criado puede aparecer en cualquier momento, procede a decapitar a Saligny. ¿Qué es lo que desea? ¿Cometer el crimen delante de un testigo? Si fue Saligny quien llamó, ¿debemos suponer que el asesino continuó con su plan sin importarle la llamada? Y si no, ¿llamó el asesino y luego, ante la inminente llegada del camarero, siguió adelante con el asesinato?

—Si el asesino es invisible, como usted pretende —dijo el forense—, ese pequeño detalle no tenía por qué desazonarle. O se limitó a aprovechar su útil capacidad de hacerse invisible y salió por una de las puertas, o tal vez se hizo más leve que el aire y salió volando por la ventana. No puede usted describirme una llamada de timbre que sea más insensata que eso. O el asesino estaba encerrado en una celda con todas las puertas vigiladas..., ¡o son ustedes los que debieran estar cuidadosamente encerrados!

Bencolin, arrugada la cara y pensativo, se frotaba una mejilla.

—Hay una alternativa —dijo súbitamente.

—¿Cuál? —preguntó el forense.

—Que ni Saligny ni el asesino llamaron al timbre.

—¿Quiere usted decir que no es cierto que el camarero oyera el timbre?

—No, no. Estoy seguro de que el camarero es completamente inocente, y estoy igualmente cierto que, en efecto, oyó sonar el timbre. Quiero decir exactamente lo que digo.

—¿Una *tercera* persona? —exclamó el forense—. ¿*Otro* desaparecido? *Monsieur...!*

—Tampoco quiero decir eso. Puede que llamara al timbre una persona que no estuviera en esta habitación.

El médico estaba ya furioso, pero trató de conducirse con calma mientras se calzaba los guantes con movimientos bruscos. Clavó la mirada sobre Bencolin y le dijo con voz serena:

—Esa alternativa, *monsieur*, colma ya la medida de lo irrazonable y va más allá de toda sensatez. Personalmente, prefiero lo que no es más que imposible. ¿Está usted seguro de que ese agente, François Dillsart, es hombre de toda confianza?

—Me apostaría la vida.



—¿Y está usted completamente seguro de usted mismo y de su vigilancia de la otra puerta?

—Sí.

El médico hizo un ademán de alta tragedia y salió de la habitación sin añadir una palabra. Al cabo de un instante le vimos junto a François al lado de la escalera. Los dos agitaban en el aire los brazos con gran excitación y se hablaban con palabras cuya velocidad era patente aun sin oírlas, embebidos con sinceridad gala en la discusión. Bencolin cerró la puerta.

—La posibilidad de una puerta secreta —dijo, dando una patada en el suelo— no existe, como ya te he dicho. He comprobado la alineación de todos los muros. Sin embargo, para satisfacerlo todo, haremos una investigación suplementaria antes de llamar a un arquitecto para que la lleve a cabo profesionalmente. Examinaremos el suelo y examinaremos el techo. Voy a decir que quiten esta alfombra. Mientras tanto, ve tú arriba y busca la habitación que hay justamente encima de esta. Podemos examinar el suelo. Pero estoy convencido de antemano del resultado.

Movió la cabeza de un lado a otro con gesto triste.

—Todos los personajes, todas las ocurrencias, juegan a los despropósitos. La causa de cada suceso es exactamente la que no debiera ser. Pero un exceso de estos movimientos falsos forman un dibujo que nos deja perplejos. Me siento inclinado a creer que todo ello es poco natural de manera tan consistente que resulta difícil que sea la obra de un loco.

Salí al vestíbulo y dejé a Bencolin en el centro de la habitación. Las voces de François y del médico subían por el hueco de la escalera, más bajas que antes. Todo ello aparecía envuelto en una soledad melancólica. A la poca luz que había, vi al final del vestíbulo unas cuantas sillas en desorden. Sobre el suelo de mármol, fuera del paso de la alfombra roja, había algunas colillas. Una de las palmeras había sido derribada con su maceta. Una mujer de gesto hosco, armada de rodilla y cubo, se disponía a fregotear los suelos. Oí tintinear de vasos en el salón de juego. Alguien recogía las copas abandonadas. Y percibí unos pasos que atravesaban el fumadero. Era un camarero que avanzaba silbando quedamente un *fox: Hallelujah*.

La escalera de mármol con balaustrada de bronce subía en curva hacia el tercer piso. Estaba a oscuras. Y, como pude haber imaginado, ya que la tal escalera conducía a regiones prohibidas para la generalidad de los clientes, la escalera terminaba delante de una puerta cerrada. Probé suerte. No estaba echada la llave.

Dentro tenía cerradura doble de seguridad. Fenelli, al parecer, había tomado sus precauciones. Me detuve y estudié el vestíbulo. Era similar al del piso bajo, pero estaba decorado por una mano más hábil. Vi colgaduras sombrías, de un verde y un gris apagados, una alfombra gris y una linterna veneciana de bronce y cristal que iluminaba todo con una vaga claridad de luna. Cuando cerré la puerta, me rodeó un silencio tan absoluto que pensé si los muros estaban pensados especialmente para apagar todo rumor. En el lienzo, enfrente de la puerta de la escalera, había cuatro

puertas, numeradas como comedores reservados, y en el paño de la puerta, tres más. Los números de las puertas destacaban del fondo oscuro con un brillo verdoso. No había vigilancia de ninguna clase. El silencio era absoluto.

Calculé que la habitación número tres era la que quedaba inmediatamente encima del cuarto en que se había cometido el crimen, y me moví hacia la puerta, con movimientos de fantasma inducidos por el ambiente que allí reinaba. Cuando hice girar el pomo, la puerta se abrió silenciosamente sobre bisagras bien engrasadas y con tal facilidad que sentí la sensación de encontrarme soñando y que aquella puerta se abría sobre un abismo extraño. En el techo de la habitación había una claraboya, y en el azul que coronaba aquel pozo de oscuridad vi las estrellas, brillantes y serenas. También vi los vagos resplandores de una como estufilla, de la que parecían salir rizados de humo para luego enroscarse en el misterio de la oscuridad.

Es conocido el efecto del incienso sobre el cerebro. Transfigura cualquier ambiente. Es una droga insidiosa que colma de promesas la más vulgar de las puertas cerradas y torna vagorosa la florida entrada del país de los sueños. Es un perfume ligero y a la par intenso para el olfato y para la mente, y acre y penetrante para el corazón. Y así lo encontré entonces, según flotaba invisible por la habitación silenciosa evocando imágenes de ciudades enterradas, de flores carnales.

Quedé inmóvil, traspasado el corazón a la vez por el recelo temeroso y por la dulzura. Lo único que me daba sensación de realidad era la frescura del pomo de la puerta, que aún conservaba en la mano, pues el suelo me dio la sensación de caer a una sima sin fondo y alfombrada. Una voz me susurró algo en el cerebro: «¡Ámbar gris!», y otra me cantó dulcemente un refrán insistente, como el lento tañir de una campana: «¡Ámbar gris! ¡Perfume de la pasión!...».

Mi primer movimiento consciente fue buscar instintivamente la llave de la luz a la izquierda de la puerta. Palpé el muro, pero no encontré llave alguna. Me pareció hallarme al borde de un pozo. Vacilé, y entonces pude oír en la oscuridad un acallado gemido... Escuché, pero no se repitió. Permanecí inmóvil, pero alcé el brazo instintivamente, como para resguardarme de un golpe traidor...

## CITA CON LOS GUSANOS

Recordé que tenía una caja de cerillas en el bolsillo. En el de la derecha... No, en el de la izquierda. La encontré. La pequeña caja resultaba difícil de manejar por los dedos torpes. Brotó la llama. Es extraordinario hasta qué punto puede resultar cegadora la humilde llama de una cerilla cuando surge en medio de una oscuridad que se mueve y se rompe como torbellinos de espuma en el agua. No creo que me sorprendió especialmente lo que vi, pues encajaba perfectamente, encajaba asombrosamente con aquellos pensamientos desatentados acerca de las ciudades sepultadas y el ámbar gris.

El ver el rostro de una mujer bella que mira hacia la llama de una cerilla es, sencillamente, otra parte del ensueño. Tenía los ojos ambarinos con reflejos castaños, y el rostro desencajado por el terror y demudado. El pelo, ondulado y con raya, caía en olas doradas sobre los hombros. A excepción de un quimono que tenía echado sobre un hombro, estaba desnuda, un misterio asombroso de carne y de sombras recortado contra la albura de unas almohadas. Tenía una mano apretada fuertemente contra la boca y por encima de ella vi aquellos ojos, grandes, de pestañas oscuras, y dilatados por el terror. Se movió la mano y la mujer respiró angustiada. Se apagó la cerilla.

Me encogí de hombros y casi me eché a reír, pensando que solamente se trataba de un aspecto más de los prósperos negocios de Fenelli. Allí, al menos, no había nada de misterioso. Pero entonces quedé sobresaltado al oír que la mujer me hablaba en inglés, en voz baja y terrible:

—¡Dios mío! ¿Qué quiere usted?

Aquello desentonaba y no encajaba en el cuadro. Sentí un estremecimiento que me recorrió el cuerpo, sin motivo comprensible. Fue una punzada de temor súbito e indefinible. Fue... como si alguien me hubiera dicho al oído que se trataba de algo vital.

—No he querido molestarla —dije, procurando hablar con serenidad—. He subido... para mirar el suelo.

¿Qué otra cosa hubiera podido decir?

—¿Quién es usted?

—En este momento, un representante del prefecto de Policía. Y, por tanto...

Oí un gemido gutural y ahogado, como de una persona que lucha desesperadamente para *no* comprender, para rehuir el conocimiento como si deseara escapar de un peligro físico.

—¿Qué ha ocurrido? —dijo, y luego añadió con intensidad y casi sin pausa—: ¿Ha muerto?

Admirable intuición, pensé. Y me dije que tenía que andar con calma, no mostrar sorpresa. Aquello era interesante.

—¿Quién?

—Raoul. Raoul de Saligny.

No vaciló al contestar. Hablaba como hipnotizada, sin terror ya y sin lágrimas. Hablaba con un ligero acento.

—Ha acertado usted. Y me temo que tendré que hacerle unas preguntas. ¿Quiere usted hacer el favor de encender una luz?

Pude escuchar el rumor de un movimiento airado y el crujir de muelles, en lo que supuse que era un diván o algo semejante. Pude sentir en la oscuridad su mirada posada en mí. Extraña entrevista aquella, sin gracia en la vacuidad inútil de una mujer ya no deseada. Creo que el no ser deseado es la mayor afrenta. Hubo un silencio y la mujer dijo amargamente:

—Sé lo que está usted pensando. Cree usted que yo soy una..., una vulgar ramera.

Pronunció la injuria con la ira acerada de lo que se llama en inglés una mujer honrada.

—¡Pues no lo soy! Métase eso en la cabeza. Y no necesita tratarme como...

—Comprenda usted que no constituye diferencia alguna para mí lo que sea usted. ¿Por qué iba a hacerlo? Si ello satisface su honestidad, puede usted vestirse a oscuras. Si no, le prometo conservar cerrados los ojos mientras lo hace; pero lo que no deseo es salir de la habitación para que desaparezca usted. Lo que le ruego es que cese este juego estúpido de hablar a oscuras.

—Me vestiré —dijo, y ahora sí lloraba.

Me llegaron a través de la oscuridad otros rumores y nuevo crujir de muelles, mientras la mujer tanteaba, ataba, ajustaba y se movía, una sombra algo más blanca que las demás en la incierta luz de las estrellas. Sentí algo helado que me roía, procuré vencerlo con una sonrisa y comencé a tararear en voz baja una tonada. Pero el frío me volvió, apagado por el aroma de ámbar gris. Ámbar gris, perfume de pasión; estrellas que punzan el firmamento, para el romance, y allá abajo, una cabeza cortada con la boca torcida por una mueca en la oscuridad... También ese recuerdo me dejó helado. Se iluminó la estancia con una luz furtiva que salía de una lámpara como una orquídea, que únicamente arrojaba su luz sobre el diván alargado y los matices purpúreos de sus almohadones. La mujer estaba sentada ante mí, con cara de desesperanza, en combinación y poniéndose una media. Las sombras caían sobre la curva de sus hombros, de blancura sin mácula a la luz de la orquídea, y se refugiaban sobre su pecho, jugaban entre sus cabellos de oscuro color de oro al agachar ella la cabeza, y seguían la línea bien dibujada de sus labios. Cuando alzó a mí la mirada, lo hizo con ojos ambarinos de reto, rodeados de pestañas oscuras.

—Es igual —dijo con aquel acento que más que acento era un hablar sin aristas—. Me es completamente igual —y siguió poniéndose la media—. No parece usted un policía —dijo, y luego, como si algo le viniera a la memoria, añadió—: ¡Qué bien estaba ahí tumbada, soñando!... Creo que estoy medio borracha.

Se llevó ambas manos a las sienes, perpleja, y afirmó:

—Sí. Pero también usted lo estaría si hubiera tenido que soportar lo que yo...

Se estremeció.

Expresé mudamente mi deseo de que no me fuera necesario tener que escuchar el acostumbrado relato de las incomprensiones, los abandonos y todo lo demás.

—Dígame usted lo que ha hecho esta noche —le dije.

—Sí. Se lo voy a decir —dijo ella, tratando de sonar audaz—. No sé por qué, pero ¡vaya que si se lo voy a decir! De manera que Raoul está muerto.

Hablaba con voz baja y sin vida, pero serena y matizada por la piedad que a sí misma se inspiraba. En su cara, la sibarita luchaba contra la vida que se agarraba tenaz. Sus ojos estaban clavados sobre los míos con gesto de mal humor y sin pestañear. Parecía estar dudando si mostrarse audaz e insolente o si arrojarse a mis pies implorando piedad.

—Le han asesinado, ¿verdad?

—En efecto. Le han asesinado. ¿Cómo lo sabe usted?

—Lo presentía... Ya iré diciéndoselo todo. Si no lo hago —reflexionó mordiéndose los labios para contener las lágrimas que casi afeaban su cara—, si no lo hago..., me voy a volver loca. Yo estaba enamorada de Raoul. O al menos creía estarlo. Realmente, no sé... Ahora que sé que está muerto, parece que la cosa tiene menor importancia.

Su mirada se perdió en un velo de duda.

—Pero es que últimamente había cambiado. Antes nunca quiso saber nada de mí. Y yo le perseguía, necesitaba que me amara y necesitaba que fuera mío. Ese golpe que se dio le cambió no sé cómo. Le veía de mal humor. Cuando volvió de Austria, me dio la sensación de haber perdido todas sus facultades, de haber quedado inútil, y creo que igual pensaba él. Antes solía conducirse como uno de esos protagonistas imbéciles de las novelas, hablando acerca del honor y de la mujer con quien se iba a casar. Pero cuando volvió... me hizo suya. Esta ciudad de París es muy curiosa —añadió reflexivamente—. No debiera una sentirse sola, pero se siente. Quiere una ser amada, lo quiere de manera terrible, y lo siente aquí más que en ninguna otra parte, y debiera haber hombres dispuestos a hacerlo, pero no los hay...

La voz, cada vez más débil, acabó por desfallecer totalmente.

—Sí. Me tomó por fin. Solíamos venir aquí, pues Raoul temía que su novia pudiera enterarse. ¡Qué raro era Raoul! Aquella caída del caballo pareció conseguir que se desarrollara. Le encontraba yo..., no sé cómo decirlo; quizá más místico.

Siempre me hablaba en francés y eso me molestaba, pues el francés me pone nerviosa. Pero Raoul lo hacía sonar como si fuese música. Solía sentarse ahí de tal

manera que podía yo verle la cara a la luz de las estrellas y recitarme largamente versos de *Las flores del mal*. ¡Qué gran música la de la poesía! Una vez, en voz tan baja que casi no se le podía oír, me recitó versos de un poeta inglés. Casi dejó de latir mi corazón. Fue un golpe casi, fue... como una marcha triunfal que resuena en los aires.

Hizo memoria y su voz se alzó temblorosa contra el fondo de la luz mortecina:

Sabuesos vernaes acucian  
los días postreros de invierno;  
la madre de meses, en llano o en pradera...<sup>[5]</sup>.

Los fantasmas casi resultaban perceptibles en aquella luz desvaída. Pude ver su cara blanca, rodeada ya de oro viejo, cerrados los ojos y moviéndose muy ligeramente los labios mientras recitaban.

—Hoy me dijo que quería verme por última vez. Pero noté algo extraño en su cara. Me pareció estar como enloquecido. «Quiero verte esta noche, en el mismo sitio de costumbre, a eso de las once. Quiero decirte algo que te hará gracia». Esas fueron sus palabras. Vine antes de las once. Me eché y estuve soñando. Pero ¿ha sentido usted alguna vez un presentimiento, ha sentido usted alguna vez el temor a la muerte atenazándole el corazón, vaciándose con un gancho helado? Eso es lo que yo he sentido esta noche. Me sentía atormentada por los demonios. *Sabía* que algo malévolos nos amenazaba. Comencé a pensar en la música y el bullicio de abajo, que no bastaban para evitar que yo me encontrara completamente sola; sola, vagando al azar, sin nadie cerca. Y supe que la muerte había visitado el piso de más abajo. No le fue preciso a usted decírmelo.

Calló un segundo, y siguió:

—Entonces, no sé qué hora sería, un rato bastante largo antes que viniera usted, entonces... vi que esa puerta se abría lentamente, muy lentamente... En el umbral, recortada por la poca luz que había en el vestíbulo, vi la silueta de un hombre. No puedo explicar por qué, pues no le...; pero supe que aquel hombre no era Raoul. Permaneció ahí, inmóvil, completamente inmóvil durante un largo rato, durante un rato... eterno. Sentí mareos y sentí terror. Avanzó luego muy despacio, sin hacer ningún ruido, y sentí que estaba a mi lado, muy cerca, horriblemente cerca. Y de repente me agarró por una muñeca...

Me miró con los ojos espantados.

—Puede que gritara. No lo sé. Si lo hice, no me hubieran oído ustedes desde el piso de abajo. Y el hombre me habló, me habló en voz baja, y dijo: «No creo que Raoul acuda a la cita que tenía con usted, *mademoiselle*. Tenía otra cita... con los gusanos». No añadió más. No llegué a desmayarme, aunque seguía teniéndome agarrada por la muñeca y continuaba mirándome, de eso estoy segura. Luego dio media vuelta y salió, cerrando la puerta sin hacer el más leve ruido...; pero noté que

la muñeca que había tenido agarrada ¡estaba *húmeda*! Perdí la cabeza, encendí una cerilla y..., ¡Dios mío!, allí en donde su mano me había sujetado... ¡mi muñeca estaba manchada de sangre!

Calló y, poco a poco, fue recobrando la compostura, hundiéndose de nuevo en las fantasmagorías del ensueño artificial. Y, de repente, oí dentro de mi cerebro aldabonazos y golpes recios, como de soldadesca que llama a las puertas de un castillo. «¡Mancha maldita! ¡Fuera! ¡Fuera, te digo! Mas ¿qué es eso, señor? ¿Soldado y temeroso? Es cierto que no era de esperar que el viejo tuviera tanta sangre dentro... A sangre aún hiede aquí; todos los perfumes de Arabia no bastarán para devolver su fragancia a esta pequeña mano»<sup>[6]</sup>.

Cesó el ruido en mi cerebro. Pasó el terror momentáneo y únicamente vi una muchacha asustada, oculto el rostro en las manos, que trataba de conservar la calma y los sentidos. Le dije con voz tranquilizadora:

—¿Reconoció usted al hombre?

—No. No sé quién era. No le vi más que un segundo. Y me habló en un susurro.

—Pero ¿no sospecha...?

—¡Le digo que no! ¡No sé quién era!

—Escuche. No sabemos quién mató a Saligny. Ni siquiera sabemos cómo lo hizo. Trate de recordar.

—¡No puedo!

—¿No puede tampoco pensar en quién pudo haberlo asesinado?

—¡No! —dijo, y la negación fue casi una manifestación de histeria. Se apartó las manos de la cara, me miró con ojos de mirada vaga y añadió—: Si lo sospechara..., ¡no me atrevería a decirlo!

—Escuche usted. No hay motivo para que tenga miedo de nada. Puede usted estar segura de que nadie va a hacerle daño —le dije, y me sorprendió la seguridad de mis palabras.

Me miró según estaba inclinado sobre ella.

—¿Me dejará que me vaya? Se lo suplico. Puede volver a preguntarme todo lo que desee en otra ocasión. No me encuentro capaz de hablar. Yo... volveré aquí. Me llamo Sharon Grey. Vivo en Versalles y no encontrará dificultad en dar conmigo. Si me deja ir, puedo salir por la entrada de servicio sin que nadie me vea. Y nadie necesitará saber que... me ha encontrado usted... así.

No me había parecido extraordinario que estuviésemos hablando de aquella manera. Fue una conversación franca, y acorde con el orden lógico de las cosas. Por ello se me antojó ahora asombroso descubrir que los convencionalismos comenzaban a surgir a la luz del día. Y no sé por qué, encontré la cosa amedrentadora. Sería aquello como la repentina caída al suelo de una bandeja llena de porcelana, cuyos fragmentos se unirían luego al montón de ideas románticas destrozadas. Sin darme cuenta exacta de lo que decía, respondí:

—Sí. Puede usted irse. Y si hay una puerta de servicio discreta, no permita que la

vea nadie salir. Pero no olvide que la cosa no acaba aquí. La Policía querrá interrogarla a usted.

—Naturalmente —contestó muy pensativamente—, la... Policía. Claro —y luego añadió sin que nada lo hiciera suponer—: No sé cómo se llama usted.

Evidentemente, las convenciones sociales iban a meterse en el asunto en el último momento. También aquello me resultó irritante. En otras circunstancias, la cosa hubiera sido sencillamente risible. Así que le dije mi nombre, comentó:

—¡Ah! Entonces, ¿no es usted francés?

—¡No! —dije, y me dirigí a la puerta.

No estaba dispuesto a consentir que aquella conversación fantástica derivara hacia lo vulgar. Estrellas, luz de orquídeas, cabellos de oro oscuro, ojos de color del ámbar y de belleza frágil..., todo ello quedó oculto en la noche al cerrar la puerta. Me di cuenta de que no tenía madera de detective.

Cuando avancé por el vestíbulo alfombrado, mi risa sarcástica fue contestada con otra. Me detuve y vi a Bencolin, apoyado contra la pared y sonriendo burlonamente. Aquella cualidad suya de aparecer repentinamente... Parecía un duende con barbita oscura que estuviera sentado sobre la lápida funeraria de la historia.

—Mi querido Jeff —dijo—, tan animado estabas y tan abstraído con tu interesante *tête-à-tête* que se te ha olvidado completamente para qué te dije que subieras aquí, a este piso tan artístico.

Se rascó la cabeza.

—No obstante —siguió diciendo aquel hombre, incapaz de sentirse sorprendido—, es igual. Mientras tú te dedicabas a esta peregrinación idílica, nosotros hemos estado trabajando allí abajo. La habitación me temo que ha quedado completamente destrozada, pero por lo menos hemos conseguido demostrar que allí no hay puerta falsa alguna ni entrada o trampa secretas. Ni en el techo ni en el suelo. *Voilà*.

Cuando bajamos la escalera me cogió del brazo.

—El cuarto de las cartas ya está sellado y el trabajo está hecho. Ahora podemos dedicarnos a la meditación, si te parece. Por cierto, me tomé la libertad de escuchar la muy interesante conversación que has celebrado con esa señora inglesa. Tu conducta, permíteme que te lo diga, ha sido muy discreta y muy digna de elogio.

—Entonces..., ¿sabe usted que la dejé escapar? Confieso que ha sido una estupidez, pero...

Bencolin me miró con las cejas subidas y expresión de profundo asombro.

—¿Estupidez? Era lo único que podíamos hacer. Creo sinceramente que has conseguido que te diga muchas más cosas de las que me hubiera confesado a mí. Una mujer *sans* ropa es una mujer *sans* discreción. Naturalmente, cuando salga de aquí la seguirán, como a todos los demás. Pero ya puedo decirte que cuando te dio su nombre y su dirección te dijo la pura verdad. No la conozco personalmente, pero sé quién es.

—¡Ah! ¿Es que he tropezado, por casualidad, con alguna persona famosa a quien he debido reconocer?



—No es eso exactamente. Es una mujer rica y creo que hasta tiene título, pero no puede decirse que sea famosa de manera especial. Es la amante de nuestro amigo Vautrelle.

## «HABLAMOS DE POE»

Fue un gran alivio salir de aquella casa y respirar el aire cálido y perfumado por la lluvia, la fragancia de la Naturaleza verdeante, cuya intensidad resultaba aumentada por la oscuridad. Seguimos los tres el curso del río en el automóvil, por la amplia curva que conduce hasta la Place de l'Alma, en donde convergen todas las luces. La luminosidad amarillenta de Chez Francis en que estaban bañadas las mesas colocadas sobre la acera nos hizo pensar en beber algo. Estaba el local lleno de gente y de su bullicio, un público procedente de los teatros y de los periódicos. Cuando entró Bencolin se hizo el silencio. La noticia había corrido, evidentemente; pero me alegré de ver que, aunque saludamos a varios de los periodistas, no se lanzaron contra nosotros en busca de declaraciones y noticias. Se limitaron a sonreír cortésmente y volvieron a sus vermutts y a sus dados. La búsqueda de noticias quedaba reservada exclusivamente para las horas de oficina. Entramos en uno de los cubículos tapizados de cuero rojo y estuvimos discutiendo el caso hasta las tres. Mejor fuera decir que Grafenstein y yo lo discutimos, pues Bencolin permaneció silencioso y meditabundo, con un puro apagado entre los dedos y moviendo la mano únicamente para pedir que le trajeran más coñac.

Salimos al fin de aquella atmósfera viciada por el humo del tabaco y respiramos el aire primaveral de la noche. Cuando nos detuvimos entre las mesas desiertas, Grafenstein hablaba de cerveza y yo de Swinburne, pero por qué discutíamos con tanta pasión acerca de ambas cosas no encuentro fácil decirlo.

Cando los hube dejado en sus domicilios, a Bencolin en su casa de la avenida Jorge V y a Grafenstein en su hotel de los Campos Elíseos, caminé absorto en mis pensamientos, dando la vuelta a la Rondpoint hasta llegar a mi casa, en la avenida Montaigne. Encontré imposible el pensar. Permanecí largo rato junto a una ventana de mi sala, fumando pipa tras pipa en la oscuridad. Pero el estrambótico conjunto de imágenes que fue surgiendo de la noche únicamente me sirvió para que se apoderara de mí una curiosa e inexplicable tristeza.

Desperté para percibir el calor amable de una luz azulada y alegre que difundía un sol espléndido, una de esas mañanas que nos llena de alegría audaz, que nos lleva a sentir fuertes deseos de cantar y hasta de golpear a alguien como consecuencia de la exuberancia. Entraba por las altas ventanas el sol a raudales, y por las esquinas vi unas nubecillas blancas, como ropa angélica puesta a secar en una cuerda tendida sobre los tejados de París. Los árboles se habían cubierto de verdura de la noche a la mañana. La habitación estaba llena de rumores deleitosos. En pocas palabras: había

llegado la primavera para hacernos reír de los párrafos cínicos escritos la noche antes. Oí el ruido del agua que iba llenando mi baño y olí el aroma del café que hervía. Thomas (¿he mencionado ya a este servidor incomparable?) vagaba por el piso, experimentando las torturas diarias y las congojas nacidas de sus dudas acerca de la ropa que yo debiera ponerme, y sonriendo, con su rostro británico, al observar el tiempo portentoso.

Estaba desayunando junto a la ventana cuando Thomas me anunció una visita. Era Bencolin. Entró reluciente, con su sombrero de copa y su *chaquet*. Le acababan de recortar en la peluquería la barbita y presentaba casi un aspecto demasiado francés para que pudiera ser francés. Pero pude apreciar, por las ojeras que vi alrededor de sus ojos, que Bencolin no había dormido la noche anterior. Se sentó frente a mí, al otro lado de la mesa, y quedó pensativo.

—¿Una taza de café? —le pregunté.

—Coñac —dijo, distraído.

Tenía yo en aquel momento un aguardiente de albaricoque de excelente calidad, y Thomas lo trajo con expresión condenatoria de tal bebida a tal hora. El color de la bebida brillaba al sol. Bencolin alzó el vaso y bebió; pero sus ojos parecían estar tratando de adivinar lo que pudieran ocultar las profundidades del vaso. Me pregunté si acaso se había pasado toda la noche bebiendo. Apuró el contenido del vaso y lo dejó a un lado.

—No me gusta el tono de los periódicos de hoy —dijo—. Creo que terminaré con este caso mañana... Una vez, prometí a tu padre —continuó después de una pausa— que cuando, inevitablemente, vinieras a París, me encargaría de ti. Supongo que tu participación en este caso queda incluida en aquella promesa. Sin embargo, a veces me pregunto si no te pareces demasiado a él para ser de alguna utilidad. Los dos sois demasiado irlandeses. Y, ¡quién sabe!, puede que precisamente por eso me sirvas de algo.

Me miró detenidamente, como si fuera a ofrecerme un papel en alguna comedia o película. Más bien pudiera compararse su actitud con la del general que únicamente piensa en números y lugares geográficos, sin recordar para nada a los hombrecillos que para el Cuartel General son, sencillamente, unidades dentro de un batallón. Emboscada en su barbita descubrí una sonrisa borgiana.

—Los informes del laboratorio y la comprobación que he mandado hacer sobre determinadas personas llegarán esta tarde. Tenemos trabajo que hacer hasta ese momento. Termina tu desayuno. Vamos a entrevistarnos con *monsieur* Kilard.

—Muy bien. ¿Y Grafenstein?

—Pasaremos por su hotel para recogerle. He traído mi coche, pero quiero que tú vayas en el tuyo. El doctor nos será de mucha utilidad. Voy a encontrar profundamente interesante escuchar al distinguido psiquiatra explicarme el proceso mental del asesino... ¡después que yo le haya cogido!

—Bencolin —le dije hablando muy lentamente—, comienzo a preguntarme si

cree usted que nadie es capaz de fijarse en nada importante excepto usted.

—¡Ah! Eso suena muy prometedor. Vamos a escuchar las opiniones que has formado acerca del asunto.

—No pretendo entender gran cosa acerca de lo ocurrido. Pero no cometa la equivocación de despreciar la capacidad de Grafenstein. No es ningún borrico. Anoche advirtió algo que le impresionó profundamente, tanto que casi le resultó imposible pensar. La estupidez de que dio muestras anoche fue realmente excesiva para que fuese verdadera.

—¿Qué crees que fue lo que advirtió?

—No lo sé. Pero sospecho que se trata de algo que no salió a relucir en absoluto. Algo que él halló demasiado increíble para mencionarlo. Fueron muchas las cosas de que no hablamos anoche.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo: dos personas, nuestro desagradable amigo Golton y la inglesa que vi anoche en el tercer piso, han hablado de conversaciones sostenidas en inglés con Saligny. Mas cuando, por motivos que usted sabrá, preguntó usted anoche a Vautrelle acerca de eso, respondió que Saligny no hablaba inglés. De lo que se deduce que alguien es un mentiroso encantador.

—Mejoras sin duda alguna —dijo Bencolin sonriendo—. Ya eres capaz de notar lo que es evidente. Ahora bien: ¿se te ocurre alguna razón que explique el deseo de ese *alguien* de ocultar la verdad?

—No. Creo que la cosa carece de importancia. De hecho, me parece una mentira completamente ridícula. Únicamente estaba tratando de aplicar al arte de la deducción la doctrina de *falsus in uno*.

—¿Aplicársela a quién?

—Al parecer, a Vautrelle. Luego, en lo referente a ese ejemplar de *Alicia*...

Bencolin se puso serio. Se dio unos golpecitos en la cabeza con el bastón que eran muestras de aplauso.

—¡Magnífico! Comienzas a ponerte interesante. Sigue.

—Tengo una teoría. El fumadero estuvo anoche casi desierto. Tan desierto, que el camarero advirtió la salida de Saligny. No podían ser muchas las personas que dejaran allí el ejemplar de *Alicia*, y, además, nadie ha confesado haberlo dejado allí. Por otra parte, Vautrelle y Saligny estuvieron allí. Estuvieron en el cubículo que ocuparon una media hora. Mi teoría es que Saligny dejó el libro allí por casualidad. Propongo la teoría suplementaria de que el libro estaba destinado a la muchacha que le esperaba arriba, con la cual compartía, al parecer..., iguales gustos literarios —dije la última frase con acritud consciente—. En cualquier caso, ¿por qué no nos dijo Vautrelle que fue Saligny el que dejó el libro allí? La otra única posibilidad es que lo dejara Vautrelle.

—Estás enunciando una objeción a tu teoría. ¿Insinúas que Vautrelle tiene motivos para hacernos creer que Saligny no hablaba inglés?

—Si fue Saligny quien dejó el libro allí, Vautrelle tiene que saberlo. Pero no nos lo ha dicho.

—Conforme..., si es necesario aceptar la primera premisa, según la cual ninguna otra persona dejó el libro allí. Pero Vautrelle también pudo callar que Saligny dejó el libro allí sencillamente por no fijarse que fue él quien lo dejó. Lo cual es perfectamente posible.

—Me parece —dije con cierta aspereza— que Saligny tenía exceso de citas en la misma noche.

Estaba citado con la mujer del tercer piso y con su asesino. Me da la sensación de que son estos unos planes muy ambiciosos para una noche de bodas, planes que para nada tenían en cuenta a su novia. Además, ¿qué posible relación puede haber entre Laurent y la amiga de Saligny, *miss Grey*? Este misterioso Laurent se toma la molestia de hacer una visita a *miss Grey*, le mancha la muñeca de sangre y le informa de que Saligny no acudirá a la cita con ella. ¿Debemos interpretar que Laurent se toma un interés paternal por todas las mujeres que tienen algo que ver con estos sucesos?

—¡No te excites! —dijo Bencolin riendo—. Tus esfuerzos para aclarar el asunto están casi consiguiendo darme un hermoso dolor de cabeza. Igual pudieras preguntar si Saligny se tomaba interés personal por todas las mujeres del caso. *Tiens!* Este Saligny era todo un tipo. El carácter de nuestro gran atleta se complica cada vez más según avanzamos. Con sus modales francotes, su honradez bonachona y todo lo demás, se las sabe arreglar divinamente para concertar una cita en la noche de su propia boda con la amante de su mejor amigo. Si hemos de hacerte caso, hasta tiene la delicadeza de coger un ejemplar de *Alicia en el país de las maravillas* para que ni el más pequeño momento resulte desperdiciado. *Diable!* ¡Un hombre activo! Es lo que vosotros los americanos llamáis un rotario.

Mientras Thomas telefoneaba para que me trajeran el coche, Bencolin entró en la sala. Le oí tocar el piano sin prestar atención a lo que hacía, con la indiferencia de quien sabe ser maestro consumado. Cuando entré en la habitación, me miró burlonamente y me dijo:

—Escucha, Jeff. Quizá te interese saber que mucho me temo que estás en lo cierto.

Se encogió de hombros y recorrió ágilmente con ambas manos las teclas graves. Luego se levantó.

Cuando bajamos a la calle vimos mi coche, traído por un mecánico del garaje. Bencolin me precedió en su Voisin avenida abajo. Recogimos a Grafenstein en su hotel y seguí a Bencolin por los Campos Elíseos, atravesamos la plaza de la Concordia y entramos en el bulevar St. Germain. Nos detuvimos delante de un edificio gris y descuidado no muy lejos del famoso restaurante que se ha apoderado del bulevar como atracción secundaria. Un arco y puertas macizas daban entrada a un túnel en donde un *concierge* lanzó una mirada inquisitiva dentro de los coches, según

avanzábamos por el túnel para acabar en un patio cubierto de hierba y formado por muros grises y adustos. Cuando por fin dimos con las oficinas de Kilard, un empleado de cara melancólica nos llevó a un cuarto de espera de ventanas enrejadas y agradablemente adornado con un retrato del eminente doctor Guillotin. Al poco rato fuimos conducidos a presencia del abogado.

O había estado ensayándose o acababa de echar una bronca a un empleado, pues vimos en su rostro señales de una calma apasionada y jovial. Era un hombre delgado cuyo cuerpo parecía susceptible de encogerse como un antejo, metiéndose dentro de sí mismo. Tenía, la cabeza grande y calva, una nariz aguileña y ojos fríos medio ocultos por muy espesos párpados. La córnea le brillaba con pureza sorprendente en medio de la cara terrosa. En pie detrás de una gran mesa de escribir, en una habitación cuyas paredes aparecían cubiertas de libros, vestía la toga profesional, y se inclinó saludándonos cuando entramos.

—¡Ah! Vienen ustedes acerca del caso Saligny. Muy triste asunto. Tengan la bondad de sentarse.

Su actitud era la de un dentista que se dispone a coger un instrumento especialmente desagradable. Nos sentamos los cuatro en sendas sillas que crujieron al unísono, logrando lanzar el crujido más fuerte la de Kilard. El abogado nos miró uno por uno con expresión interrogativa.

—Estoy seguro, *monsieur* Kilard —dijo Bencolin—, de que no constituirá violación de ningún secreto profesional que nos conteste usted a unas cuantas preguntas... Naturalmente, usted conocía a Saligny lo que se dice bien.

El abogado torció la cabeza.

—No, *monsieur*. No puedo decir tal cosa. Manejaba sus asuntos; pero a quien conocí bien fue a su padre. A su padre le conocí en la primavera del año noventa y dos. No; en la del noventa y tres. El siete de abril de mil ochocientos noventa y tres, para mayor exactitud, un día nublado, con algunos chaparrones, día en que defendí a Jules Lefer de una acusación de robo.

Carraspeó y nos miró severamente, como si dijera: «¿Quieren ustedes hacer el favor ahora de decir al Jurado dónde se encontraban ustedes el siete de abril de mil ochocientos noventa y tres?».

—Técnicamente —prosiguió diciendo—, he sido el abogado de Raoul desde que nació. Pero le he visto muy pocas veces. No era muchacho que se tomara un interés especial por las cuestiones económicas. Mientras el saldo de su cuenta corriente le permitía extender los cheques que él consideraba necesarios, no sentía curiosidad alguna por sus asuntos.

—Pero tengo entendido que ayer dio usted una fiesta en su honor, ¿no es así?

—Sí. Creo que comprenderá usted que me pareció oportuno y discreto añadir mi bendición y mi cooperación a esta boda. Además, la idea fue de mi esposa. Y puedo decir —dijo menos interesado, lo que hizo que los párpados ocultaran mayor cantidad de ojo— que después de haber celebrado varias conversaciones con él, al ir

aproximándose el día de su boda, llegué a formarme una opinión acerca de él mucho mejor que la que siempre tuve. Eso es.

—¿Le consultó a usted?

—Naturalmente, *monsieur*. Estaba preocupado, y no me extraña. Deseaba tomar ciertas medidas para el porvenir.

De repente, los ojos blanquecinos de Kilard se clavaron sobre nosotros y sus hombros se encogieron debajo de la toga.

—Entonces..., ¿hizo testamento?

—Sí. También me dio instrucciones a fin de que hiciera lo que fuera necesario para entregarle un millón de francos.

Quedamos en silencio. Luego fue Bencolin el que habló:

—*Tiens!* Eso no creo que sea corriente.

—*Monsieur*, si yo nunca tuviera que hacer cosas poco corrientes no ejercería esta profesión. Cuando el duque de Saligny expresó sus deseos de recibir un millón de francos en billetes, los valores de que era propietario y la índole de mis relaciones es tal que la petición no le pareció extraordinaria al Banco —y Kilard añadió secamente—: Tal vez deba explicarles a ustedes. El rumor según el cual Saligny se disponía a pasar la luna de miel tranquilamente en su casa era, sencillamente, una estratagema. Fue su deseo que esta noticia se publicara en los periódicos para desorientar a..., digamos a cualquier fuerza malévola que le estuviera espionando. Su propósito era ponerse en camino hoy con la duquesa con destino a un lugar desconocido y con dinero suficiente para que le bastara, sin necesidad de recurrir a nadie, hasta que la Policía apresara a... ese malhechor. Naturalmente, les ruego que adviertan que no empleo el término en el sentido legalmente aceptado. Y, *monsieur*, en vista de los acontecimientos, comienzo a preguntarme si un millón de francos habría sido dinero bastante para pagar los gastos durante ese tiempo... indeterminado.

Se respiraba el antagonismo. Todos con cuantos teníamos que habérmolas parecían estar en guardia, apercebidas las uñas. Pero algo más me pareció advertir en la actitud de aquel pajarraco togado, y fue que si estaba mostrándose franco no era por deseo de ayudarnos, sino antes bien para observar el efecto que sus palabras pudieran obrar sobre nosotros. La calavera lironda de su cabeza se inclinó hacia adelante, recortada por la luz que entraba por la ventana, y sus dedos largos y finos jugaban con un abrecartas de acero.

Durante la larga pausa que sucedió a sus palabras llegó hasta mis oídos el rumor del viento que jugaba con unos papeles y el piar de pájaros saltarines en el patio. Una nube ocultó la faz del sol, y al hacerlo una sombra se deslizó lentamente sobre el rostro del abogado y sobre todo su cuerpo.

—Dígame una cosa, *monsieur* Kilard —dijo Bencolin—. ¿Sabe usted si su esposa encontró, por casualidad, una escardilla en el botiquín de su cuarto de baño?

El efecto de esta pregunta se acercó a lo grotesco.

Kilard se irguió sobre su asiento y dejó el abrecartas.

—Siento no poder apreciar los donaires de su ingenio, *monsieur*. ¿Una escardilla? ¿Dice usted una *escardilla*? —según repetía la palabra, brillaron sus ojos completamente abiertos y su cuerpo se enderezó rápidamente, como el de una víbora al morder—. ¿Quiere usted explicarme qué podía hacer una *escardilla* en semejante lugar?

—Entonces..., ¿es que la referencia le trae algo a la memoria?

—Sí. No es la primera vez que oigo mencionar una escardilla.

No hubiera creído posible que volviera a reinar el terror de la noche antes; pero poco a poco, según la sombra se arrastraba por el suelo del cuarto polvoriento y lleno de libros, me pareció que era la de Laurent que nos volvía a amenazar. Kilard comenzó a hablar lentamente:

—Se lo voy a decir a ustedes. A veces ha llegado a obsesionarme. Anteanoche —comenzó con un amplio gesto que hizo agitarse en el aire la amplia manga de su toga—, Saligny dio una cena de despedida de soltero. Esta cena no fue una cena... deportiva. Según *madame* Kilard, las cenas que Raoul solía dar eran fiestas muy poco dignas, verdaderas juergas algunas veces, y me temo que entre los invitados se contaban algunas veces profesionales de los hipódromos, espadachines, boxeadores y gentes de esa calaña, que hoy día hemos llegado a considerar como los iguales de los nobles de Francia.

Su voz expresó gran amargura al decir esto. Su cuerpo enjuto se irguió y me quedé perplejo, pues vi ahora en sus ojos una expresión de orgullo y dolor, como si contemplara un desfile de banderas destrozadas y gloriosas. Era la expresión que pudiera imaginarse en el rostro de un soldado de la guardia al saludar y gritar: «¡El emperador!», en el mismo instante en que las águilas caían destrozadas en tierra.

—Pertenece a la antigua escuela que va desapareciendo. Aún recuerdo la casa gris en el Bois, visible desde el Arco, cuando era propietario de ella el padre de Raoul, y sus salones resonaban con los pasos de gente noble. No pueden ustedes saber, no pueden ustedes comprender lo que significa para algunos de nosotros ver cómo los aristócratas desaparecen uno a uno de este mundo. Es como el ir apagando una por una las velas que arden en un hermoso castillo, hasta que todo él queda sumido en las tinieblas. ¡Es muy duro! ¡Es terrible! Vi al padre de Raoul morir en aquella casa y, mucho después, siempre me pareció que aquellos salones y aquellas estancias olían a medicina y a muerte.

Mientras hablaba, su mano se cerraba y se abría espasmódicamente. Sus palabras iban cayendo en el silencio como vigas de una casa que está siendo derribada entre polvaredas y estruendo, para dejar al descubierto cosas ocultas durante muchas generaciones. La precisión del principio le había abandonado. Aquel hombre estaba tratando de decirnos algo, vacilante, mirándonos apasionadamente, procurando lograr que compartiéramos una duda aún no explicada.

—Pero aquella noche me pareció que habían vuelto los buenos tiempos de antaño. No fue una cena informal y ruidosa. Los invitados tenían sus nombres impresos en el



*Almanach*, y eran gentes conocidas del padre de Raoul, aunque ellos apenas conocían al actual duque. Fue asombroso observar la perfección de la cena, admirablemente preparada, y compartida con gentes lo suficientemente inteligentes para poder y saber apreciar que Brillat-Savarin fue uno de los hombres más grandes de Francia. Hoy la gente no sabe distinguir el Chambertin del Sauterne. Beben champaña salido de una botella de corcho blando y sirven el oporto como si se tratara de agua clara, sin pensar en el sedimento. ¡Es una blasfemia! Son capaces de servir chablis con todo menos con las ostras, y yo les digo, *messieurs*, que el anfitrión que es capaz de servir médoc en lugar de borgoña con la caza, debiera ser fusilado sin compás... Pero perdónenme, *messieurs*. Estoy apartándome del tema.

Hizo una brevísima pausa y siguió diciendo:

—Sí, *messieurs*, fue una cena admirable, servida en una mesa no menos adorable, larga y con flores. Pero una cena triste y fría. He de confesar que me gusta observar los efectos animadores del buen vino. Una alegría, entiéndanme ustedes, perfectamente digna y mesurada. Pero aquella noche no vi sino cierta cantidad de personas con caras tan expresivas como las pecheras de sus camisas, sentadas a una mesa sobre la que ardían las velas como hachones alrededor de un ataúd. Debió ser una fiesta alegre. Pero allí no se apreciaba alegría por ningún lado. Al fin, los invitados comenzaron a irse, con saludos muy correctos, expresando buenos deseos, pero sin la verdadera cortesía que era corriente en otros tiempos. Ya únicamente quedábamos dos invitados, un tal *monsieur* Vautrelle, a quien quizá conozcan ustedes, y yo. Estuvimos sentados ante aquella mesa, rodeados por la tristeza de la casa, que olía a medicinas y a muerte, puestos los codos sobre las rosas... El comedor tiene muchas ventanas con cristales de pequeño tamaño y de forma de rombo, inclinados de tal manera que recogen el brillo de las velas. Visto a través de las ventanas, el cielo presentaba un extraño color ciruela, y lucía una sola estrella. Sopló el viento y oímos el rumor de las hierbas crecidas del jardín, el rebullirse de los capullos y el susurro apagado de los árboles. Las llamas de las velas temblaron ligeramente encima del mantel blanco, sobre el tapizado desvaído de las sillas, hasta que todo pareció moverse excepto los rostros de mis compañeros y sus dedos, que rodeaban los finos tallos de las copas de vino. Pero una presencia helada había entrado en el comedor, y, según aguardábamos a que se nos acercara, hablamos. Hablamos, *messieurs*, acerca de asesinatos famosos.

Teníamos delante a un Kilard que iba saliendo poco a poco de su concha, al hombre que había llorado tanto y tan largamente el pasado, que había quedado su cerebro envuelto en una extraña clase de poesía.

—¡Asesinatos famosos! Fue la mesa cubierta de rosas lo que hizo que Vautrelle pensara en el tema, el recordar cómo Landrú solía decorar la habitación para sus novias. Hablamos de Troppmann, de Basson, Vacher, Crippen y Jack, el del «tacón de muelle». Del comandante Armstrong, con sus agujas hipodérmicas, y de Smith, con sus baños de cinc; de Durrant, Haarmann y La Pommerais; de Cream y de Thurtell y

de Hunt; de Hoche y de Wainright, los envenedadores, y de la modosa Constance Kent... Allí permanecimos sentados, dominados por esa repulsión demente que lleva a los hombres a discutir tales cosas, y Vautrelle habló de la «calidad artística de los crímenes como si fueran tragedias», y rió... Pero la mano de Raoul, cuando se llevó la copa a los labios y bebió el vino rojizo, temblaba entre las llamas de las velas y las sombras...

El rostro de Killard había adquirido un brillo marmóreo y pálido, y las venas azules de sus sienes estaban más abultadas que antes. Su toga negra susurraba, y los ojos estaban clavados sobre nosotros con fijeza hipnótica.

—Hablamos de crímenes sucedidos y de otros imaginados. Fue una verdadera pesadilla... Vautrelle estaba más que algo borracho, pero todos hablamos en voz baja. Raoul estaba sentado en su silla echado hacia atrás, con la copa colgándole de la mano apretada contra el pecho, y una especie de furor reflejado en la mirada. Fue entonces cuando Vautrelle, con esa voz melosa que tiene, dijo: «Yo creo que la escena más artística de toda la literatura hay que buscarla en Poe. ¿Conoces a Poe, Raoul?», preguntó sonriendo. «Me refiero al cuento del amontillado, cuando Montessor lleva a Fortunato a las catacumbas y le empareda en el muro para siempre, le empareda con piedras y con huesos. ¿Conoces bien ese relato, Raoul? Fortunato, no sabiendo la suerte que le aguarda, pregunta a su amigo si es masón. Montessor responde que sí, y cuando Fortunato le dice que si le puede hacer una señal, Montessor, con ingenio diabólico, se saca de debajo de la capa... ¡una escardilla!<sup>[7]</sup>. Estoy seguro de que conoces ese cuento muy bien, Raoul», y se echó a reír con petulancia de beodo. ¡Si hubieran ustedes visto la cara de Raoul! En parte era de temor, en parte de asombro mientras miraba a Vautrelle, como si fuera incapaz de creer algo que sospechaba. Se puso en pie vacilando, apoyándose en la mesa, y fue su copa a parar rodando entre las rosas. Tiró una vela encendida con el codo, y yo le grité que tuviera cuidado si no quería prender fuego a la casa. Me incliné para apagarla, llamé al mayordomo y sentí en mis dedos la viscosidad pegajosa de la cera. Y allí estaban ellos dos, mirándose. Raoul con el pelo caído sobre los ojos, Vautrelle temblándole un párpado, como si estuviera guiñando un ojo diabólicamente.

Calló Killard y se desvaneció la escena evocada. Una vez más volvió a ser el hombre de negocios seco, en un despacho de negocios, lleno de libros y que olía a ratones y papelajos.

—Eso es todo, *messieurs* —terminó diciendo—. Naturalmente, no hubo ningún incendio. La vela únicamente estropeó un mantel excelente.

## LA SOMBRA DEL ASESINO

Ya estaba avanzada la tarde cuando llegamos al parque de la casa sobre la que nos había hablado Kilard.

No habíamos logrado del abogado ninguna otra información. Se mostró dispuesto a ayudarnos con interés, pero no pudo arrojar ninguna luz sobre el misterio. Cuando nos acompañó cortésmente hasta la puerta de su oficina, imaginé que el alivio que pude percibir en su cara provenía de haber hecho lo que consideraba que fue su deber.

Tampoco Bencolin se mostró muy comunicativo. Cuando Grafenstein comenzó a explayarse con alborotado entusiasmo del resultado acerca de sus especulaciones, Bencolin le interrumpió diciendo:

—Un momento, doctor. Permítame que le avise del peligro de precipitarse en las conclusiones. No le pido que haga caso omiso de lo que es obvio, sino tan solo que se asegure usted plenamente de lo que resulta obvio y lo que únicamente lo parece. Y creo, amigos míos, que sería preferible que todos calláramos nuestras sospechas, sean las que sean, pues opino que únicamente lograremos confundirnos mutuamente si comenzamos a lanzar teorías antes de conocer los hechos del caso en su detalle.

Así quedó la cosa. Comimos en Foyot's, guardando silencio la mayor parte del tiempo, y luego nos dirigimos al Bois.

En aquellas espesuras boscosas percibíase el rumor ciudadano de París como un eco lejano y vago. El estrépito isócrono de los tranvías era un susurro, y llegaban debilitados por la distancia los balbuceos de las bocinas de los automóviles, que se llamaban mutuamente y mutuamente se contestaban. Musitaban los árboles, repitiendo sus follajes las canciones del arroyo juguetón y despreocupado y el piar de los pintados pajarillos.

Bajamos de los coches y avanzamos por un sendero muelle bajo nuestros pies. A nuestra derecha vimos una verja de hierro, límite de la finca. Salimos a un claro de la espesura y nos encontramos ante la casa, un edificio austero y gris, que nos contemplaba cobijado por el tejado, como pudiera hacerlo desde detrás de una máscara. La casa era alta; sus ventanas reflejaban los rayos del sol próximo al ocaso. A su espalda, una ringlera de abetos se movía dulcemente, en contraste con la inmovilidad adusta de la fila de chimeneas que se recortaban contra el cielo. Los ruidos de París llegaban sordamente y ponían una nota de inexpresable melancolía en aquella quietud. Avanzamos hacia la puerta por una rosaeda crecida de *Gloire de Dijon* y de *La France*, seres alegres y cimbreados que hacían resaltar más profundamente el aspecto desnudo, gris y austero de la casa.

El timbre resonó indiscreto en la quietud. Nos fue abierta la puerta a poco por un criado de aspecto misterioso, todo él vestido de negro, con un cuello excesivamente alto y planchado y un *toupet* con raya en medio que coronaba su cara macilenta y alargada. Vaciló cuando le dijimos que deseábamos entrar; pero Bencolin exhibió sus credenciales, y entonces nos condujo por un inmenso vestíbulo oscurecido por las persianas hasta llegar a una estancia de alto techo, amueblada estilo Luis XV, toda ella color azul y jengibre. Se abrían en sus muros ventanas en abundancia, envueltas en el sudario de sus cortinajes blancos. Todos bajamos la voz instintivamente.

—Pondremos el ataúd ahí —nos dijo el criado—. Yo me estoy encargando de todo, *messieurs*.

—Entonces, ¿está usted al frente de la casa? —dijo Bencolin—. Es extraño. He estado aquí en otra ocasión, y no recuerdo...

—No, *monsieur*, no puede recordar. Soy Gersault, el ayuda de cámara del señor duque. Me tomó a su servicio hace unas semanas solamente.

—¿Y los demás de la servidumbre?

—Se han ido, *monsieur*. El señor duque les pidió que lo hicieran. Los señores duques no tenían intención de permanecer aquí.

—¡Ah! Veo que está usted al tanto de sus planes.

—El señor duque tenía gran confianza en mí. Yo hacía todo lo posible para que se sintiera bien servido. A todos los demás les dio vacaciones, menos a los mozos de cuadra y al portero. Yo mismo tenía la intención de irme anoche, después de haberle preparado una cena fría para él y para la señora duquesa y de haber arreglado un poco la casa —sonrió débilmente con expresión fantasmal y añadió—: Tenía la intención de dar a los señores duques la bienvenida, como debe hacer un buen criado —y después de una breve pausa acabó diciendo—: Es difícil, *messieurs*, darse cuenta de que el señor duque ha muerto...

—Entonces, ¿estuvo usted aquí anoche?

—Sí, *monsieur*. Y no es lugar agradable para encontrarse solo en él, vagando de habitación en habitación... Pero, perdone el señor. Debiera limitarme a responder a las preguntas del señor. Me telefonaron la noticia a las dos. Es extraño —murmuró con una sonrisa y un ligero encogimiento de hombros—, pues un poco antes de la llamada hubiera podido jurar que oí la llave del señor duque en la puerta de entrada. Pero fue una ilusión. Bajé con una corona de flores para la señora duquesa, la cual había comprado con mi propio dinero, y aquí no había nadie.

Miré a Grafenstein en la penumbra y le vi inclinar la cabeza en mudo gesto de asentimiento. El ayuda de cámara permanecía en pie, con las manos cogidas, en actitud beatífica. Me fijé en la peluca, que llegaba con sus rizos artificiales casi hasta los ojos. Aguardó pacientemente, servicial y bien dispuesto, a que Bencolin prosiguiera sus preguntas.

—La llave de la puerta —dijo el detective—. Supongo que llevaría consigo un manojito de llaves, ¿no?

—Naturalmente, *monsieur*.

—Y también es natural que las llevara consigo ayer, cuando se dirigió a la ceremonia de su boda, ¿no?

—Sí, señor. Yo le ayudé a vestirse, y recuerdo que se las di y que él las guardó en el bolsillo.

—¿De dónde eran las llaves que llevaba?

—Eran las llaves de costumbre —dijo el criado frunciendo la frente—. La llave de la puerta principal, una de la puerta falsa, las de sus automóviles, varias llaves pertenecientes a las cuadras, la de la bodega, la de la caja fuerte...

—¡Ah! ¿Tenía una caja fuerte?

—Sí, *monsieur*. Lo sé porque solía yo llevarle la correspondencia desde que se lastimó la mano y sé que usaba la caja fuerte. Pero, en realidad, no guardaba en ella nada de verdadera importancia. El señor duque no tenía nunca en casa cantidades grandes de dinero.

—¿Tampoco anoche?

—¿Anoche? No, tampoco. ¿Para qué iba a tenerla? Perdón, *monsieur*, quiero decir que tampoco anoche, que yo sepa.

—Ya. Dígame, ¿recibía muchas visitas su señor?

—Muy pocas, señor. Parecía tener miedo a algo.

—¿Y qué hora era cuando usted creyó oírle entrar?

—No estoy seguro. Pero era más de la una.

Bencolin dio la vuelta repentinamente y dijo:

—Muéstrenos la caja fuerte, Gersault.

Cuando Gersault se movió silenciosamente para cumplir la orden, andando con movimientos suaves y extraños, que daban la sensación de que más que andar iba flotando por el aire a poca distancia del suelo, oí a Bencolin que murmuraba con acento irritado:

—¿Es que no hay nada más que idiotas en mi departamento? ¿Tengo que llegar siempre tarde a todas partes?

Tuve la sensación de que Gersault miraba hacia atrás por encima del propio hombro, como si estuviera respondiendo afirmativamente a la pregunta.

Subimos al piso superior y avanzamos por otro vestíbulo en el que también estaban corridas las cortinas. El único ruido perceptible era el de la respiración de Gersault, ligeramente asmática. Las tres figuras de mis acompañantes se detuvieron en la penumbra delante de una puerta cerrada. Los tres hicieron un ligero movimiento de inquietud. Vi girar la cabeza de Gersault como si se moviera sobre un eje, se abrió su boca y con la mano de dedos colgantes señaló la puerta:

—Este es el despacho del señor duque. Puestas en la cerradura están las llaves.

Una de las llaves estaba metida en la cerradura y las demás colgaban reunidas por un llavero redondo. Pocas cosas nos dan una sensación tan fuerte de la presencia de alguien como ver sus llaves puestas en una cerradura, aunque no haya nadie. La

puerta no estaba más que entornada.

—Naturalmente —dijo Bencolin tranquilamente—, la persona a quien usted oyó entrar era el asesino.

Dicho lo cual abrió la puerta bruscamente de un empujón.

Ai contrario que en las otras habitaciones, en esta las cortinas estaban descorridas y las persianas abiertas. Pero la atmósfera estaba viciada y olía a cuarto sin ventilar. Una mosca zumbaba ruidosamente contra los cristales relucientes de la ventana. Era una habitación bastante grande, de muros recubiertos de madera de roble y el suelo con una estera amarilla. Se veía por doquier profusión de copas y trofeos deportivos, tanto sobre la repisa que coronaba el friso de roble como sobre la de una gran chimenea de piedra; casi todo el espacio libre de los muros aparecía cubierto de fotografías con sus marcos. Las sillas eran de mimbre, y sobre una mesa de ese mismo material, y quemada por colillas, vimos tres vasos medió llenos de *whisky*. En una esquina había una bota de montar y una camisa arrugada echada sobre el respaldo de otra silla. La sensación que todo ello daba era que el dueño de la casa se había vestido aprisa y salió luego silbando.

—Deben perdonarme, *messieurs*— dijo el criado—. No he tenido tiempo de arreglar esto...

—¿Quiénes han estado bebiendo aquí? —preguntó Bencolin, indicando los vasos.

—Los señores Kilard y Vautrelle, señor. Vinieron a despertar al señor duque a la mañana siguiente de la cena de despedida de soltero.

—¿Esa puerta? —dijo Bencolin, señalando una que se abría a nuestra derecha.

—Da al cuarto de baño, desde el cual se pasa a la alcoba del señor duque.

Ningún ruido, excepto el zumbido de la mosca, interrumpió a Bencolin mientras examinó la habitación. Inspeccionó los armarios que había debajo de la ventana, abriendo puertas y tapas con la punta del bastón, murmurando para sí constantemente.

—Raquetas de tenis... deformadas. Ni siquiera en las prensas. *Tiens!*

Oímos el ruido de una de las cuerdas cuando Bencolin la pulsó con un dedo.

—Hace tiempo que no se usa. ¿Qué es esto? Rifles. Sacados de sus fundas. Los cierres... están torpes. ¡Ah! Están sin engrasar. El señor duque maltrataba sus armas, en verdad.

Miró la cabeza de un leopardo pequeño disecado que había sobre una pequeña biblioteca.

—De Sumatra. Buen tirador debió de ser quien hizo ese blanco.

Se volvió repentinamente hacia nosotros, dominado por el leopardo de fauces abiertas.

—*Messieurs*, ¿recuerdan la historia narrada por Charcot en su libro *Los cazadores de fieras*? Dice en él que solamente dos hombres se sabe que hayan atacado a un leopardo con un cuchillo de caza. Uno de ellos fue el difunto *monsieur* Teodoro Roosevelt, de América. Otro..., este joven duque de Saligny.

Se volvió para mirar las fotografías de las paredes.

—Su yegua de carreras, su famosa yegua. Estaba preparándola para Auteil este año. Aquí la tienen ustedes en Wimbledon. Alcanzó la final de singles el año pasado...

—Todo ello muy interesante —protestó Grafenstein—. Pero hemos subido para examinar la caja fuerte.

Bencolin se sentó junto a la ventana, apretó la frente contra el cristal y permaneció en esta postura largo rato contemplando los árboles del jardín. El sol de la tarde había ido avanzando por la estera con sus rayos cargados de polvillo impalpable, brillando sobre el sombrero de copa de Bencolin y el puño de plata de su bastón, los cuales tenía en la mano fuertemente agarrados. Al cabo, hizo un ligero gesto de cansancio. Mientras las sombras se congregaban para lanzar el ataque postrero contra la luminosidad moribunda, pero ardiente, pareció alzarse ante nosotros el recuerdo del hombre, de aquel hombre que ya no volvería a aquella habitación en la que cien detalles hablaban de su presencia: la camisa tirada descuidadamente sobre el respaldo de una silla, los tres vasos en melancólica reunión sobre la mesa...

Gersault dio unos pasos silenciosos y dijo:

—Traeré al señor la caja fuerte.

Y sonaron en sus manos las llaves, que había cogido de la puerta.

—¡Ah, sí! —dijo Bencolin con mirada vaga—. ¿En dónde está? ¿Acaso en este escritorio que hay contra la pared de la alcoba?

—Sí, señor. La llave del escritorio es esta. Ahí solía guardar sus papeles, según creo, pues nunca me permitió verlos.

La cara macilenta del criado expresaba deseos de ayudarnos. Sus ojos brillaban en medio de la palidez del rostro. Se le había torcido graciosamente la peluca. Me dije que el contacto de su mano recordaría probablemente el de un sapo. Al andar parecía surgir de él un rumor de hojas secas.

—Está bien. Abra; pero no toque nada. Dé la vuelta a la llave y baje la tapa del escritorio sin tocarla con los dedos.

Formamos corro los cuatro alrededor del escritorio mientras Gersault bajaba la tapa. El escritorio estaba vacío.

—Sí, *monsieur* —dijo el criado—. Alguien ha andado aquí. Había papeles y documentos antes. En los cajones y en esas separaciones.

—¡Naturalmente! —dijo Bencolin secamente—. Abra ahora esa caja —dijo, señalando una caja de grueso metal que había en una esquina del escritorio.

Lo hizo Gersault y dejó escapar una exclamación de sorpresa. La caja estaba completamente llena de billetes de Banco, de los cuales el primero era de mil francos. La risa agria de Bencolin sonó desagradablemente en medio del silencio.

—Nuestro ladrón —dijo— se ha llevado todos los papeles y documentos de su excelencia el duque, pero ha despreciado un millón de francos en billetes... ¿Sabe

usted qué clase de documentos se conservaban en este escritorio, Gersault?

—No, *monsieur*. Nunca trabajé aquí. El señor duque me dictaba su correspondencia abajo, mientras yo la escribía a máquina. ¡Un millón de francos!

—Puede cerrar el escritorio. Hemos acabado la inspección. Necesito telefonar. ¿Hay teléfono aquí arriba?

—*Monsieur* lo encontrará en la alcoba.

—Gracias.

Se volvió hacia nosotros dos y añadió:

—Si lo desean, pueden esperarme fuera, mientras yo echo un vistazo. Por cierto, Gersault, ¿nota usted que falte en el llavero alguna llave?

El ayuda de cámara examinó cuidadosamente el llavero.

—¡Sí, sí! ¡Estoy seguro! ¡Falta la llave de la bodega!

—¿La llave de la bodega? ¿No solía tenerla en su poder el mayordomo?

—Que yo sepa, no, señor. El señor duque se encargaba personalmente de elegir los vinos para sus comidas. Cuando comía solo, bebía raras veces. Pero recuerdo haberle oído decir que tuvo que despedir a un mayordomo que demostró un interés excesivo por el vino conservado en la bodega. *Zut!* ¡El que tenemos ahora...!

Y Gersault completó el sentido de la frase extendiendo las manos en sentido horizontal y frunciendo los labios con expresión de disgusto Grafenstein y yo dejamos a los dos en la habitación. En el momento que salíamos pude ver que Bencolin estaba examinando la piel de león extendida delante de la chimenea...

Bajamos por la gran escalera como si descendiéramos hacia un abismo desde el cual se elevaran las voces del pasado, las de todos aquellos seres cuyos retratos pendían de las paredes, con los brazos extendidos en diversos ademanes mímicos, susurrando sus brocados en la penumbra blancuzca; como si los regios candelabros recogieran su luz en las hornacinas sobre las que aguardaban el fuego que los animara y las alfombras anhelaran recobrar el dulce brillo de sus colores, desvaídos muchos años antes. No pude resistir la tentación de vagar por aquellas estancias soleadas, de sentir la fuerza de los recuerdos de tantos y tantos seres humanos que allí habitaron, vivieron, sufrieron y gozaron. Así, mientras Grafenstein salía con paso pausado por la puerta principal, yo me dirigí hacia la parte trasera del edificio.

En aquellos salones con frisos cremosos de rica madera, bellos prismas cristalinos tintineaban pendientes del alto techo como eco de mis pasos sobre el *parquet*. Pude oír también las voces de relojes en abundancia, que cantaban las horas, sin que sus dueños necesitaran saberla, en las estancias vacías y desiertas. Tenues rayos de luz se escapaban huidizos por entre las celosías cerradas, para iluminar fantasmalmente chimeneas de mármol, espejos que reflejaban el pasado y pinturas murales, delicadas de colorido, en las que pastoras sonrientes saludaban con gentileza, llevando un gallo atado con cintillas azules. ¿Cómo era aquella canción? *Il pleut, il pleut bergère; ramenez vos moutons...* Casi era posible escuchar el tintineo de la caja de música dieciochesca y ver las figulinas que la adornaban hacer las graciosas reverencias del



minué. En efecto, en un gracioso cuartito de música próximo al vasto comedor descubrí un clavicordio de los llamados espinetas. Por la puerta vi el comedor que Kilard nos había descrito, aderezada la mesa y cubierta de blanco mantel, ofreciendo aquella cena fría que el duque de Saligny y su esposa ya jamás comerían. Encima de la espineta vi aún otro retrato, que me contemplaba desde la altura. ¿Qué decía aquella placa en su parte baja? «Jourdain de Saligny. 30 de mayo, 1858. 21 de agosto, 1914». Un aristócrata de pelo blanco, con una mano escondida en la pechera. Era extraordinario cómo me parecía seguir oyendo la voz de Kilard, hablando con su acento cortante en las estancias vacías, mezclando su rumor con el perfume desvaído de las rosas ajadas. «Le vi morir». Toqué las teclas del clavicordio, y un ruido súbito y carrasposo salió de él. Cuando volví a alzar la vista hasta el retrato colgado en la penumbra me impresionó repentinamente darme cuenta de la extraña grandeza helada de la mansión, cuya historia había sido escrita en canciones. Dedos que se mudaban sobre aquel teclado marfileño; vestidos cambiados de seda y de paño; hermosos sombreros de castor que trazaban una rápida curva sobre el suelo en saludo estudiado y necias y amables canciones de amor que resonaban bajo la bóveda de centenares de años formando un coro de voces cultivadas, discretas, recias, dulces... Mas cuando murió aquel aristócrata adusto y anciano, callaron en la caja de música que cantaba *Il pleut, il pleut bergère*, en la música de relojes eternos, en el popurrí de árboles rumorosos sin cesar, en las voces humanas que allí resonaron... Y las cadencias amables se hicieron terribles, adoptaron un ritmo marcial al tiempo que las copas chocaban en un brindis final, desesperado y definitivo: *Quant Madelon vient nous servir a boire*.

Permanecí largo tiempo sentado delante de la espineta, sin escuchar otra cosa que aquellos ecos, o tal vez los de la música de baile de la noche anterior, que golpeaba sus instrumentos en una tonada postrera. Se apoderó de mí una rabia incoercible al considerar todo aquel asunto horrible y carente de sentido, y al pensar en aquel loco y en su terror vulgar, pero no pude comprender la ironía encerrada en mi furor.

Atravesé el comedor y pasé por las puertas crujientes que conducían al antecomedor y a la cocina. En esta advertí una puerta interior entreabierta, que parecía conducir a la bodega, pues pude ver el arranque de los muros blanqueados. Cuando avanzaba por el suelo cubierto de linóleo hacia la puerta trasera vi a Bencolin, que salía por la de la bodega. Me pareció que ni siquiera había reparado en mí en la penumbra. Su mirada era inexpresiva. Desapareció como un fantasma sin decir palabra por una puerta que conducía a la parte delantera de la casa.

Sus idas y venidas no eran cosa mía, pensé. Tampoco era de mi incumbencia abrir la puerta trasera y salir al jardín que había detrás de la casa, pero fue lo que hice. Ni siquiera allí pude lograr que cesara aquella extraña sensación de irrealidad. El jardín estaba cercado por un cuadro de álamos, a través de cuyas ramas envueltas en melancolía se filtraban algunos rayos de sol agonizante para caer sobre las pedrezuelas de los caminos. Y allí, sentada en un banco, vi a Sharon Grey.

Vestía algo semejante a un traje gris sastre, extrañamente varonil para un cuerpo que no tenía nada de masculino, y un pequeño sombrero gris echado hacia delante, que cubría parte de su pelo color de oro. Estaba sentada con la barbilla apoyada sobre una mano, escarbando distraídamente en la gravilla con la punta del pie; era extraordinario desde gran distancia que un necio como yo, por ejemplo, podía ver sus pestañas. Ya iba a regresar por donde había ido, pensando que no había razón para incomodar a nadie, cuando ella oyó mis pasos y levantó la cabeza mirando en mi dirección.

Puedo jurar que era realmente imposible juzgar a aquella mujer con calma. Salieron los ojos color de ámbar de su abstracción; vi que me había reconocido. Una extraña expresión asomó a sus labios. Se vació la escena de movimiento y de sonido y me pareció estar de nuevo inclinado sobre ella mientras se ponía la media. Sin saber qué hacer, me aproximé. Entonces, súbitamente, cambió su expresión y la frialdad de su mirada me traspasó y dejó perplejo.

—Creí que cumpliría usted su palabra —me dijo amargamente—, pero me engañé. Me dijo usted que nadie me vería salir, pero me siguieron. Los vi seguirme.

—Escuche —dije algo acalorado—: eso no tuvo nada que ver conmigo. Fue cosa de Bencolin. Yo ni siquiera lo supe. Y no pude sospechar que fueran a...

—Veo que respeta usted poco la verdad. Me resulta usted tan desagradable como cuando..., como cuando le vi por primera vez y...

Vi nacer junto a su mejilla alas de pelo dorado según sacudió airadamente la cabeza y la volvió, retorciendo entre los dedos su pañuelo.

Ahora fui yo quien se enfureció, y pensé furioso si tal era su actitud podía irse al infierno. Y así se lo dije.

—Y lo que es más, si usted no hubiese estado allí para empezar...

—¡Eso sí que me gusta! —exclamó, abriendo los ojos—. Cualquiera diría que se ha preocupado usted por mí.

No vi en los ojos sorpresa alguna, sino únicamente aquella hostilidad encubierta. Todo se había desvanecido al calor de aquella discusión: los árboles, las llores, los rayos de sol. Estábamos completamente abstraídos, sin pensar en otra cosa que no fuera aquel bombardearnos con palabras, hasta que de repente los dos cesamos de hacerlo, profundamente asombrados. Quedamos en silencio, durante el cual la realidad comenzó a apoderarse de mí y me di cuenta de que estaba contemplando los ojos inexpresivos de una desconocida.

Entonces los dos nos echamos a reír. Aflojada la tensión, sentí un profundo alivio interno. Una ola cálida de fragancias y de rumores vino a aliviarnos, el perfume de las lilas, el fulgor amarillo de una avispa y el sol inmóvil, descansando sobre las guijas. Reímos como si el jardín nos hubiera consolado. Ella alargó la mano y dijo:

—¿Cómo está usted?

Y yo respondí estúpidamente:

—¡Magnífico!

Le estreché la mano y me senté en el banco junto a ella.

Lo olvidé todo menos su presencia a mi lado mientras hablaba con ella. Únicamente existían para mí su cara, sus gestos, aquella manera en que las pestañas se alzaban y caían sobre los ojos luminosos que me miraban y me penetraban — punzada dulcísima y conturbadora— para luego alejarse; el rubor delicioso de sus mejillas; su voz, rica, grave, rápida e indistinta; todo ello ejercía sobre mí un poder que me dejaba sumido en una especie de sueño vaporoso, que únicamente sé describir diciendo que era su vitalidad soñadora. Estuvimos hablando de futesas. En realidad, no recuerdo de qué hablamos. La conversación estuvo llena de silencios, como si recordáramos, sin recordarla, aquella barrera que nos separaba y que nunca fue mencionada, que pudimos romper y destruir el uno o el otro y que ni ella ni yo destruimos ni derribamos.

—He venido aquí esta tarde —dijo repentinamente— porque hay veces en que nos gusta encontrarnos solos. ¡Fue tan desagradable lo que me ocurrió!... Lo que me ocurrió *allá* —explicó con un movimiento vago de la cabeza—, que quise ver si sentía algo en esta casa. No me resulta fácil explicarlo. Quise venir, tal vez coger una flor, estarme sentada en el jardín y observar si había algo que me atrajera hacia *él* ahora que ha muerto. No creo que pueda usted entender lo que digo; pero no he encontrado más que... vacío.

Calló, como si estuviera buscando las palabras para expresarse.

—Quiero decir —siguió— que cuando muere una persona dejamos de... sentirla. No pensamos en ella como si verdaderamente viviera *allá* arriba —dijo con un gesto vago—. Más bien parece que nunca hubiese vivido. ¿Entiende usted algo de lo que estoy diciendo? Deja de ser real. Se pregunta una cómo era y ni siquiera resulta fácil verla si procura hacerlo, excepto como una especie de proyección de linterna mágica que se refleja en una pared. No sé, pero creo que debe de haber algo de anormal en mí. Todo esto me resulta completamente carente de significado.

Volví a observar aquella manera de hablar, como si estuviera ausente de la vida, como si quisiera castigarse a sí misma y no lo lograra: aquel rápido énfasis que subrayaba algunas palabras, la mirada sombría de sus ojos admirables, una sensación de asombro y casi de comunión con cosas invisibles tras un denso velo. Me miró entonces con ojos escudriñadores y se reflejó en ellos mayor vivacidad.

Fue entonces cuando llegó hasta nosotros desde la parte delantera de la casa un ruido repentino, una serie de estampidos, explosiones falsas de un automóvil, rumor de ruedas sobre la grava y voces que hablaban excitadamente. El ruido rebotó contra la casa gris y una bandada de pájaros voló hacia el sol. Nos levantamos y fuimos a investigar. El ruido me sonó a cosa definitiva e irremediable.

Dimos la vuelta a la casa siguiendo un caminillo húmedo que la rodeaba, y al doblar la esquina salimos a la luz franca y rosada de poniente. Un camión negro de reparto reculaba hacia la puerta principal. El conductor asomaba la cabeza torcida por la ventanilla y hacía señales con la mano libre, en tanto que otros dos hombres abrían

las puertas del furgón. El humo del escape de gases oscurecía con sus nubecillas el color desvaído de las rosas. Los pies de los hombres resbalaban y crujían sobre las guijas.

—*Voilà*— dijo alguien triunfalmente.

Oímos un cerrojo que se descorría, un gruñido, y vimos cómo sacaban de la furgoneta una especie de angarillas sobre las que transportaban un objeto grande y alargado que aparecía cubierto por un paño negro.

—¡Cuidado! ¡Sin prisas! ¡No deis golpes, *mes enfants*! —dijo un gendarme de uniforme—. *Diable!* Mi recibo. Con cuidado, con cuidado. ¡Así!

El sol se ocultó detrás de los árboles, y la luz quedó vaporizada. Una marea sombría avanzó desde la parte trasera de la casa, como agua, y fue subiendo lentamente por aquel palacio orgulloso cuyas ventanas se convirtieron en ojos que se ahogaban y cada una de las piedras adoptó un aire estoico y noble ante la muerte.

—A ver; subidlo ahora con cuidado. *Monsieur*, ¿quiere hacer el favor de firmarme el recibo?

Vi con el rabillo del ojo a Gersault, en pie en la parte más alta de la escalinata, y al gendarme, que le ofrecía con gesto gracioso su librito de notas, mientras el bulto era entrado en la casa. Pero Gersault, en lugar de responder, dio cara al bulto y se inclinó respetuosamente, con rigidez escalofriante, dando a su amo la bienvenida a la casa por última vez.

Habían cesado las canciones. El señor de la casa había regresado.

## BENCOLIN VACILA

Sharon se metió las manos en los bolsillos de la falda y alzó la cabeza con gesto de desafío. Respiró hondamente y dijo:

—Es inútil lamentarse. Eso... acabó. ¿Tiene usted un cigarrillo?

—¿No cree usted que está dramatizando ligeramente el asunto?

—Casi todos lo hacemos. ¿Fuego? Gracias.

Echó por la boca una pluma de humo con gesto pensativo.

—Sí, casi todos nos inclinamos a fabricar un argumento dramático alrededor de los sucesos que nos afectan. No lo podemos remediar. Posiblemente se debe a la influencia perniciosa del cine. Precisamos encontrar un sucedáneo para las normas teatrales que reinaban en el siglo diecinueve.

—Mi experiencia es que en el momento en que alguien se refiere al siglo diecinueve, la conversación se hace artificial, y que la persona que ha aludido al siglo pasado lo ha hecho porque no desea hablar con franqueza.

Pero Sharon me puso una mano sobre el brazo mientras regresábamos al jardín trasero y me dijo:

—No, no; dejemos eso. ¿Qué esconde todo lo que ha ocurrido? He leído los periódicos esta mañana y sé todo. ¿No nota usted que todo el asunto ha sido convertido en un guión de película, construido por una persona de experiencia acerca de las situaciones dramáticas? El criminal que describen los periódicos es... ¡un dramaturgo! De ahí van a provenir sus dificultades.

Se sentó en el banco y miró la lumbre de su cigarrillo sin verla.

—Los franceses —siguió diciendo— no se dan cuenta de ello, porque son tan aficionados a las gesticulaciones que han llegado a creer que forman parte de lo que es esencial en la vida. Y lo curioso es que gesticulan mucho menos de lo que pudiera pensarse. Le confesaré que estoy harta de extranjeros y que... ¡tengo miedo!

Se estremeció y su mirada se alejó recelosa hacia las esquinas del jardín.

—Anoche... —comenzó a decir—. ¡Dios mío! ¡Anoche yo...!

—Cuidado con los nervios.

—Y hoy, hoy también... me ha pasado algo horrible.

—¿Quiere usted decir que esa persona ha vuelto...?

—No, no; no se trata de nada de eso. No le puedo explicar... Pero, sí, se lo voy a decir —y al anunciarme su decisión me miró con ojos de desafío—. Se me metió en la cabeza ir a ver a Louise y ver cómo había reaccionado ante el golpe. No me diga que fue un disparate, no me diga que la cosa no fue demasiado bonita, porque lo sé.

Pero me sentía..., no sé cómo. Lo ocurrido ya no me dolía, y quise ver por mí misma si Louise seguía padeciendo. Mucho me temo que le estoy dando a usted motivos para no pensar muy bien de mí, pero no lo puedo remediar. Conozco a Louise desde hace tiempo. Fue ella quien me presentó a Raoul.

Mordió la punta del cigarrillo, lo miró como si jamás lo hubiera visto hasta aquel instante y lo arrojó lejos de sí. Después continuó:

—Fui a verla esta tarde. Vive cerca de aquí. En la avenida del Bois. Dicen que los franceses son muy emotivos. Lo son, en efecto, si se trata de un nuevo procedimiento de preparar caviar o algo semejante. Pero tienen una capacidad inmensa para sufrir en silencio. Cuando estalló la guerra yo estaba aquí. Era una niña, pero pude apreciar esta capacidad de sufrir calladamente cuando... pierden a alguien. Llegaba el cartero con su bicicleta, tan cómica, y decía: «Perdone, señora: una carta. Su hijo ha caído en el campo de batalla». Mujeres grandes, musculosas, como esas estatuas de la República. «Perdone, señora», y las saludaba con una pequeña reverencia. Y la luz se apagaba en los ojos de la mujer, pero si se encontraba capaz de hablar, todo lo que hacía era murmurar: «*Tiens!* ¡Es la guerra!».

Hizo una pequeña pausa.

—Esa es la impresión que me ha dado esta tarde Louise. La encontré sentada en su gabinete, y de cuando en cuando sonreía. No se puede negar que es muy bonita, preciosa. Allí estuve, tratando de infundirle ánimos, sintiéndome una hipócrita, pero le aseguro que lo hice con toda sinceridad. Entonces llegó un tipo insoportable, mantecoso y lleno de condolencias, que dio un portazo al entrar, un americano llamado Golton. No sé cómo entró. Pero en cuanto apareció empezó a ofrecer consuelos, a decir que él era uno de los mejores amigos de Raoul y que aunque no había tenido el honor de ser presentado a Louise, creyó obligación ir a expresarle «su más sentido pésame». Luego añadió que si alguna vez se encontraba con deseos de salir a cenar a cualquier parte, que él era el hombre indicado para acompañarla y que no dejara de avisarle. ¡Qué asco!

Echó la cabeza hacia atrás y comenzó a reír agriamente, casi de manera histérica.

—Comprenderá usted que eso ya fue lo suficiente. El tipo aquel no hacía más que acariciar un zapato con otro, dejar caer el sombrero y hablar muy alto y muy de prisa. Louise tuvo que presentarnos. En cuanto oyó mi nombre, le guiñó a Louise con muy poco disimulo, y aunque no puedo explicarme de dónde sacó semejante cosa, pero me dio la impresión de estar muy al tanto de todos los comadros de la ciudad, bueno, pues, casi me acusó de..., de ser la amante de un hombre llamado Vautrelle.

Calló y me miró fijamente. De repente sentí un profundo tedio, aburrido con aquellos circunloquios para sonsacarme.

—¿De veras? —dije cortésmente—. ¡Terrible!

—No parece usted muy sorprendido.

—Bueno, después de todo, ¿por qué ha de sorprenderme?

Se levantó del banco furiosa, roja la cara y oscurecidos los ojos por una ira fútil.

El latir y el fuego de su belleza, la languidez que pretendía convertirse en combustible, resultaron conmovedores. Toda ella expresaba el deseo de mandarme al diablo, pero vi temblar sus labios.

—Así que... no es usted capaz de comprender —elijo con voz apesadumbrada y sorda—. No puedo recurrir a nadie. Todos quieren predicarme.

—¿Quién está predicando? Yo, desde luego que no. Me parece muy bien.

Me miró con furia.

—¿Y por qué no lo hace?

Estábamos en el mismo sitio de que habíamos salido, encerrados en un círculo de insinuaciones molestas que no solamente era bastante cómico, sino que carecía de sentido y de propósito. No obstante, y por razones difíciles de comprender, los dos nos sentíamos obligados a permanecer incómodamente dentro de él. Traté de hacerla ver que parte de sus razonamientos carecían de lógica; pero no pudo apreciarlo y continuó hablando en el mismo tono hasta que sus palabras se hicieron irrazonables por completo. Si he de decir verdad, estuve considerando la posibilidad de agarrarla por el cuello y apretar todo lo que fuera necesario para obligarla a ver la perfección de mi lógica. Pero acabó por pasar la tormenta, y una curiosa atmósfera de intimidad bajó y envolvió los árboles que nos cobijaban.

—No me gusta ese hombre —me dijo—. Nunca me ha gustado. Además, puedo decirle que jamás me ha sostenido —añadió con orgullo—. Tengo una casa propia en Versalles. ¿Por qué... —añadió vacilando—, por qué no viene usted a cenar conmigo esta noche allí?...

Discutimos acerca de esto durante algún rato, pues ni ella ni yo podíamos ver que la idea fuera excesivamente buena. Mas acabamos por decidir que lo que de bueno tenía bastaba para que valiera la pena probarla. Entonces dijo que se le hacía tarde y que tenía que irse. Yo, por mi parte, recordé que había ido allí en compañía de un detective adusto y grave.

—Le voy a dar la dirección —dijo—. Pero, por favor, no la apunte. Parecería... Déjelo estar. No; no es preciso que me lleve usted ahora a ningún lado. Tengo mi coche cerca de la casa de Louise. No hice más que venir aquí dando un paseo.

Ya se alejaba, cuando se detuvo, volvió la cabeza y me dijo con una extraña sonrisa apenas esbozada.

—Hasta pronto. Nos llevamos los dos admirablemente, ¿verdad?

La vi alejarse hacia la casa, pasó junto a unas matas de flores y desapareció. Entonces toda una serie de ideas se lanzaron en torbellino sobre mí y recordé las preguntas que debí hacerle, la información que fue mi obligación obtener de ella y que nuevamente había dejado, sin darme cuenta de ello, para otra ocasión. Fue aquello como el pensar en las frases admirables que hubiéramos podido decir durante la discusión de que salimos malparados; fue pueril y no poco irritante. Me trajo a la memoria la noche anterior, sobre todo cuando oí a mi espalda una risita seca y zumbona.

Bencolin estaba de espaldas a unas matas, fumando negligentemente un cigarro puro. Alzó las cejas, hizo lo mismo con un dedo y todo lo que dijo fue:

—¡Ah!

—Supongo —le dije— que también ha escuchado usted esta conversación.

Se encogió de hombros y me miró como si estuviera complacido conmigo.

—Para ser un novato —dijo pensativamente—, para ser un muchacho que todavía no ha sido lo que nosotros llamamos *desalado*, lo haces bastante bien. Yo me sacrifico y me crucifico con el placer de escuchar las confidencias de los demás, para la mayor gloria de mi profesión. Ven; tenemos trabajo.

—Escuche, Bencolin: ¿por casualidad *preparó* usted esta entrevista?

—¡Mi querido Jeff! —dijo en son de protesta y lanzándome una mirada de sorpresa ofendida—. Ten en cuenta que yo soy un detective, y no el propietario de una *maison de tolérance*. Además, ¿qué podía esperar de lo que supongo que me permites calificar de niñerías semejantes a las que he escuchado esta tarde? ¿No crees que es una desgracia que todo lo que cae bajo el influjo de las emociones resulte tan absolutamente imbécil? En cualquier caso, tenemos que irnos. Yo ya he acabado aquí.

—¿Encontró usted algo?

—Lo que deseaba encontrar era una muestra de escritura. Desgraciadamente, todas han desaparecido. *Tiens!* Tenemos un enemigo muy listo. Pero sí he encontrado una hoja de papel blanco y un lápiz Zodiac del número cuatro —dijo, dándose un golpecito en el bolsillo del pañuelo con gran satisfacción—. Ahora nos podemos ir tranquilamente. El buen doctor Grafenstein creo que se ha quedado agradablemente dormido en el cuarto de delante.

Cuando me levantaba, los dedos de Bencolin descendieron sobre mi hombro e hicieron presa en él con vigor insospechado. Había desaparecido de su voz la chanza.

—Tu amiga inglesa ha tenido la bondad de hacer algunos comentarios acerca de mis compatriotas. Permíteme que añada yo a ellos uno por mi cuenta. Sostenéis vosotros que las llamas brotan y mueren fácilmente. Permíteme que te aconseje que disfrutes de su templanza cuando arden, y que te des cuenta de que se trata de fenómenos fugaces, como nosotros lo comprendemos. ¿Por qué no hemos de darnos cuenta, con perfecta filosofía, de que la cosa no durará, y gozar precisamente por ello tanto más? El peligro consiste en que, quizá debido a tu cabezonería precisamente, la cosa dure más de lo que desees. *Pardieu!* ¿No te hastiaría, más de lo que es posible decir, comer todas las noches el mismo plato?

Se encogió de hombros y me soltó:

—Procura que cada amanecer te encuentre acompañado por una ninfa distinta y serás feliz. De lo contrario, conocerás el dolor o el tedio. Hablo —dijo, inclinando la cabeza cortésmente— como un padre. Y ahora vamos a buscar a Grafenstein.

Encontramos al psiquiatra, como había predicho Bencolin, dormido en el salón. Se había quitado un zapato y estaba tumbado incómodamente en un sofá Luis XV, soltando muy extraños ruidos que parecían salir de la esquina de su bigote. Sobre una



mesa de la misma habitación en penumbra estaba el cadáver de Saligny sobre unas andas, cubierto por una tela negra, en espera de los de la funeraria. Bencolin estudió pensativamente ambos cuerpos yacientes y acabó por despertar al médico. Gersault apareció nuevamente para acompañarnos a la puerta:

—Sí, *monsieur*, yo me encargaré de arreglarlo todo. Espero a los de la funeraria en breve, y yo mismo haré todo lo necesario acerca de las flores y de las tarjetas de pésame. *Monsieur* puede fiarse de mí.

Cuando atravesábamos el jardín en dirección a los automóviles, dijo Bencolin:

—Ya han terminado la autopsia y muy en breve recibiré los informes que estoy esperando. Mientras tanto, creo que debemos hacer una visita a la viuda. Esa conversación que has celebrado con tu amiga inglesa me ha parecido muy iluminadora.

—Pero no veo que avancemos —gruñó el médico, que presentaba un aspecto aburrido y taciturno—. No hay nada tangible. Lo que queremos es indicios, pruebas...

Cuando subió al coche de Bencolin volvió a cerrar los ojos y a dormir.

No tardamos en llegar a la casa de la avenida del Bois donde *madama* tenía su piso. Un fulgor apagado y rojizo trepaba desde Occidente por los tejados cuando hicimos pasar nuestras tarjetas. Ni en el *foyer* ni en los vestíbulos habían encendido las luces todavía. El ascensor nos transportó entre gemidos y suspiros a las regiones superiores, silenciosas como el cuarto de un enfermo. Una criada nos abrió la puerta. Inmediatamente oímos a través de la puerta de cristales de la sala una voz que decía:

—Y yo voy y le digo: «Escuche, hermano, para echarme a mí de aquí va usted a tener que llamar al Ejército; es usted muy poquita cosa». Y luego le dije: «Pero, vamos a ver, hermano, ¿es que no he pagado?»<sup>[8]</sup>.

Delante de unas ventanas largas, a través de las cuales la luz rosada del ocaso destacaba sombras y oscuridades, la duquesa viuda de Saligny estaba sentada en un sillón de orejas junto a una mesita de té. Delante de ella, sobre el filo de una *chaise-longue*, estaba el inefable Sid Golton jugando con un vaso de oporto que tenía en una mano y accionando elocuentemente con la otra. Se volvió lentamente hacia nosotros la cabeza de la mujer, mostrándonos su perfil puro y blanco y la masa de pelo moreno en aquella luz fantasmal. Sus ojos expresaban un cansancio infinito y gran dolor. De cuando en cuando sonreía mecánicamente a su visitante. Nos saludó con gesto de profundo alivio, pero nuestra llegada contrarió visiblemente a Golton. Se bebió un trago de vino que quedaba en el vaso y permaneció sentado en silencio y con cara de mal humor.

—Siento mucho venir a molestarla un momento —dijo Bencolin en francés, sin hacer caso de Golton—; pero estoy seguro de que tendrá usted interés en la detención del criminal.

—Naturalmente. Les ruego que se sienten. ¿Té o vino?

—Ni lo uno ni lo otro para mí, muchas gracias. No podemos quedarnos.

Bencolin estaba en pie, con las manos sobre el puño del bastón, y pude observar una extraña dulzura en el tono de su voz.

—Únicamente he querido —prosiguió diciendo— saber lo que puede usted decirme acerca de un tal *monsieur* Vautrelle.

Louise tembló, sacudida por un fugaz estremecimiento, como si le hubieran dado una puñalada.

—¿Qué es todo este *parlevú*? —dijo Golton con voz ronca y teatral.

Las pulseras de la mujer tintinearón ligeramente desde las profundidades del sillón.

—¡Ese hombre es un demonio! —contestó ahogadamente—. Se lo digo yo, *monsieur*, y tengo razones para saberlo.

—¿No era gran amigo del duque?

—Con vistas a sacar lo que pudiera, sí. Tenía mucho interés en que Raoul suministrase el dinero necesario para la representación de una obra de teatro que él, Vautrelle, ha escrito.

—¿Cuánto tiempo hacía que le conocía?

Apareció en su rostro una ligera sonrisa, como la sonrisa de quien duerme.

—No, *monsieur*. Ya sé lo que está usted pensando. También a mí se me ocurrió igual idea. Vautrelle... no es Laurent. Es un malvado. Pero no es Laurent. Ya conocía a Raoul cuando Laurent estaba todavía recluso.

Abrió más los ojos, que brillaron, y sentada como estaba en aquel gran sillón me dio la impresión de estar luchando con el agua.

—Pero ¡Laurent está en algún lado! ¡Lo presiento! ¡No es posible engañarme! ¡Le noto *muy cerca*!

Me cruzó por la mente la idea de que aquella mujer estaba loca, y de nuevo oí el tintineo de las pulseras, pero inmediatamente me dije que no estaba loca, sino perfectamente cuerda, y al hacer esta reflexión volví instintivamente la cabeza, como si esperara ver a Laurent disimulando su presencia entre las sombras.

Luego de unos segundos de silencio, Golton se levantó y dijo:

—Bueno, si es que aquí nadie me va a hacer caso, mejor será que me vaya.

Nadie le prestó atención. Nosotros tres estábamos prescindiendo de él adrede, y en cuanto a Louise, dudo que se diera cuenta de que estaba allí. Le oímos pedir su sombrero en el vestíbulo y apareció de nuevo en la puerta durante un segundo, como si esperara una invitación a quedarse. Al poco rato oímos que se cerraba la puerta de la escalera y todo el cuarto retembló con el portazo, mientras nosotros tres permanecíamos inmóviles alrededor de la silla de Louise.

Sus ojos oscuros seguían escudriñándonos.

—No siento escrúpulos en hablar delante de ustedes —continuó—. Incluso anoche sentí deseos de hacerlo. ¡Anoche! Vautrelle recibe dinero. Creo que tiene un convenio con alguien: el propietario de la casa en que estuvimos anoche. Aquel hombrecillo, ¿le recuerdan? Eso es lo único acerca de lo cual estoy segura. El

hombrecillo que dice continuamente que él es un artista.

Su mirada se alejó por la ventana y se posó sobre las copas de los árboles.

—¿Suele *monsieur* Vautrelle estar en casa pollas tardes? —preguntó Bencolin—. Tengo su dirección, y he pensado que quizá...

—Estoy casi segura del sitio en que lo encontrará usted cualquier tarde, pues Raoul, antes de su accidente, iba con él allí siempre. Le encontrarán ustedes en la sala de armas de *maître* Terlin, en una bocacalle de la Etoile. A Raoul le dolía mucho no poder...

—Supongo, *madame*, que conoce usted a una *miss* Sharon Grey.

—¿Sharon? Sí. Es familia de unos muy buenos amigos míos ingleses. Es muy simpática. Pero es... pura carne. ¿Por qué me lo pregunta?

—¿Conocía al duque?

Esta pregunta provocó una sonrisa matizada de amargura.

—Sharon no puede dejar a los hombres en paz. Sí, conocía a Raoul. Se enamoró terriblemente de él, lo sé, aunque solamente le vio dos veces.

—¡Ah! —dijo Bencolin, y al cambiar de postura tropezó accidentalmente con mi brazo—. Sí, eso me resulta comprensible.

—Le escribía constantemente, incluso cuando estuvo en Viena. Personalmente, no me importaba. Raoul no era de esos. Solía enseñarme las cartas.

Cuando dijo esto pude observar el gran orgullo que sentía en ello, porque lo creía. Y me encontré, sin verdadera razón, diciéndome que el duque de Saligny debió de ser bastante estúpido para preferir su mujer a Sharon. Bencolin cambió la conversación.

—Perdóneme que se lo pregunte, señora, pero ha de entender usted que estamos haciendo la investigación de un crimen. Tenemos motivos para suponer que su primer marido se oculta bajo otra personalidad, bajo la de alguien conocido del duque de Saligny y, muy posiblemente, de usted también.

Louise se tapó la cara con las manos al oír esto, y dijo:

—¡No, no!

—Y dado que usted conoce a Laurent mejor que nadie, deseo preguntar a usted si le cree capaz de hacer lo que he dicho.

—¿Hacer qué?

Había estado mirando a Bencolin con cara de terror, pero cuando respondió se dejó caer más tranquila sobre el respaldo de su butaca.

—Quiero decir que si sería capaz de asumir la personalidad de otra persona, quizá de una persona de diferente nacionalidad.

—No cabe duda de que es un buen actor —dijo ella con voz dura—. A mí me engañó personalmente, y no advertí que estaba loco. No se preocupe por mis sentimientos, *monsieur* Bencolin; comprendo perfectamente lo que está usted tratando de llevar a cabo y la necesidad de estas preguntas. Sí; Laurent tenía un gran talento natural como actor. Generalmente, esto va unido a la aptitud para aprender idiomas extranjeros; el hacer esto era su ocupación favorita. Algunas veces le divertía

hacer patochadas. Él lo llamaba desahogo de las represiones. ¡Desahogo de las represiones! —dijo riendo—. Le he visto imitar a toda clase de personas y a gente de toda clase de nacionalidades. Le bastaba media hora observando a un alemán y... Recuerdo haberle visto imitar a Hindenburg, a quien admiraba mucho; era asombroso: gestos, ademanes, acento..., ¡todo! Pero había una cosa: siempre se sentía la mirada de aquellos ojos terribles...

Calló; pero luego siguió fascinada, empujada por su propio espanto a seguir:

—Se quedaba en su despacho, planeando lo que él llamaba «sus bromas». Por entonces yo no le entendía. Su barbita de seda me parecía sencillamente cómica. Se ponía a acariciarme la garganta y de repente me miraba...; pero yo no comprendía de qué se trataba. Cuando se advertía algo era cuando se quitaba las gafas. Pero me atraía. No sé decir por qué, pues ahora lo recuerdo más bien como una extraña repulsión. Estoy cansada —dijo de repente—. Estoy muy cansada.

La dejamos y quedó con la cabeza apoyada en una mano, contemplando la puesta del sol encendida de rojo. De nuevo oímos el chirriar del ascensor, y nos encontramos en la avenida del Bois, entre los altos árboles.

—Y ahora —dijo Bencolin—, una última entrevista antes de tomar el *aperitif*. Vamos a la *salle d'armes* de *maître* Terlin. No es imposible que *monsieur* Vautrelle nos diga cosas iluminadoras.

## ESGRIMA

La sala de armas de *maître* Jérôme Terlin está en la esquina de la plaza de la Etoile con la avenida de la Grand Armée. Ya hace un año largo que no entro en su patio empedrado, pero estoy seguro de que la sala de armas está allí como de que el Soldado Desconocido descansa debajo del Arco. Terlin, hombre ya más que maduro y moreno, demuestra una agilidad con el florete que hace pensar en una momia galvanizada eléctricamente. Fue él quien me dio mis primeras lecciones de esgrima cuando yo tenía ocho años, empleando un florete que me aseguró haber pertenecido a Louis Napoleón. Y hombres que me llevan treinta años recuerdan cómo, cuando eran mozos, Terlin ya bailaba espada en mano, exigiéndoles que pasaran horas tediosas ejercitándose en *tirer au mar*, o dar estocadas contra una pared, antes de enseñarles la más sencilla de las paradas, a tocar hierro o a ganar los tercios.

Todos recordamos a aquella momia dinámica brincando a lo largo de las paredes costrosas y sus pintorescos insultos, que a nadie ofendían, porque los gritaba Terlin:

—¡Torpe camello! ¡Elefante! ¡No hay que golpear! ¡Esto no es un combate de boxeo! ¡Qué horror! ¡Una barra de hierro tiene más flexibilidad que ese brazo! ¡Mire! ¡Cuerpo y brazo han de formar un todo, una unidad! ¡Así! ¡Así! ¡Así! ¡Y para tirarse a fondo no hay que imitar los movimientos de los hipopótamos!...

Cuando llegamos Bencolin, Grafenstein y yo aquella tarde, vi la misma puerta y el mismo farol colgante de siempre. Las luces jugaban al escondite entre las copas de los árboles. Un fulgor apagado y rosa llegaba desde los Campos Elíseos; según se alejaba la vista hacia el Arco, se tornaba de un gris acerado y se cubría de reflejos. Hacia Neuilly, el cielo rojizo pendía sobre la garganta escarpada de las casas y se veía el resplandor de los faros de los automóviles. Entramos y nos dirigimos a la sala de armas por un pasadizo. El establecimiento de *maître* Terlin ya se había convertido por aquella fecha en una especie de club, al cual acudían los grandes esgrimidores del pasado para recordar sus buenos tiempos mientras fumaban un cigarrillo y bebían una copita de *fine*, o para participar en breves asaltos en los que pocas veces se lograban resultados definitivos.

Al entrar en la sala alargada, de la cual conocía yo todos los trofeos y todos los floretes y espadas que adornaban sus muros, experimenté la sensación de regresar a casa. Aquel olor a polvo, embrocación y acero engrasado, las vetustas esteras, las caretas, las ventanas diminutas de cristal esmerilado cercanas al techo polvoriento..., todo ello formaba un fondo o escenario para la elegancia embalsamada de *maître* Terlin. Se nos acercó con talante y modales cortesanos, todo él vestido de negro,

arrugado el rostro y tan calvo como una manzana morena. Cuando me vio me seleccionó entre los tres para preguntarme dónde había estado durante los últimos cinco meses y si me había olvidado ya de mi viejo maestro. ¿Me encontraba bien? ¿Había aprendido, al fin, lo que jamás aprendería: a no encoger estúpidamente el brazo a la italiana al parar en segunda?

—Pero aquí tenemos, si mis ojos no me engañan, nada menos que a *monsieur* Bencolin, el gran discípulo de Merignac.

Así que todos nos hubimos estrechado mutuamente las manos, Terlin dijo:

—Esta tarde, *messieurs*, me he recogido en el cuarto trasero, yo solo, y he brindado por los muertos.

Cada una de sus frases acababa con un artístico floreo, como si fustigara el aire con una espada. Señaló una fotografía que había colgada en la pared. Era una muy conocida, de Saligny, con ropa de esgrima, alzada la mano derecha, que saludaba con la espada. La fotografía era alegre y estaba llena de vida.

—¡Un gran tirador, *messieurs*! —aseguró Terlin.

En aquel momento vi otro hombre vestido de blanco. Era Vautrelle, orgulloso de la anchura de su espalda. Nos sonrió. Llevaba en la mano una espada de cazoleta y gavilanes mayores de lo corriente. Terlin siguió hablando, relatándonos anécdotas de 1885, a las que mezclaba acerbos críticas de nuestros diferentes estilos, sin darse cuenta de lo que allí nos había llevado o de las miradas que se cruzaban entre Vautrelle y Bencolin. Acabó por invitarnos al cuarto trasero, frecuentado por *los grandes*.

A los pocos instantes nos encontramos sentados alrededor de una mesa redonda, en un cuartito que había en la parte de atrás de la sala débilmente iluminada. Terlin se ausentó para ir en busca de bebidas. Reinaba allí en aquella penumbra una atmósfera especial y de fantasmas, con las vigas oscuras perdidas en la penumbra del alto techo. Vautrelle estaba retrepado, con un brazo en jarras y la cazoleta de su espada brillando sobre la mesa. Pude advertir que hervía en ganas de hacer una demostración de su valer. Cuando hablaba, su voz estaba empapada de sarcasmo, y nos miraba desde lo alto de su estatura como si estuviese buscando cuál sería el insulto más eficaz. Con gran sorpresa mía, Bencolin no se refirió para nada a Saligny. Vautrelle no tenía más remedio que saber que habíamos ido allí a causa de este asunto, y aquella actitud de visitantes que van a ver a un antiguo amigo le había desconcertado y enojado. Pero en lugar de hablar de Saligny, Bencolin comenzó a discutir con Grafenstein las ventajas respectivas del florete y del *schlager*. Terlin regresó con una botella polvorienta y cuatro vasos para que bebiéramos en memoria de Saligny. Vautrelle se levantó alzando su vaso, y cuando Terlin propuso el brindis rió y recitó con voz teatral las primeras líneas del *Himno al cólera*: «Brindemos por los muertos, por el que va a morir...». Bebió, y con gesto innecesario rompió luego la copa contra el borde de la mesa.

—Créanme, habrá otro —dijo, y cogió la espada con hábil movimiento de encima

de la mesa—. ¿Alguno de ustedes tira? Necesito ejercicio. Me ocurre lo que a Paderewski con el piano. Si dejo de practicar un día...

—¡Así me gusta! —dijo Terlin—. En otros tiempos, todos los caballeros tiraban a diario y no usaban botones, por cierto. Recuerdo una vez que...

—No importa —le interrumpió Vautrelle, y luego, dirigiéndose a Bencolin, le dijo —: ¿Le permite su dignidad un asalto? A siete puntos. Sin caretas. Necesito ejercicio. Le daré a usted ventaja, si la desea.

—Es usted muy amable —respondió Bencolin, dando vueltas a su copa—; pero no, muchas gracias. Necesitaría cambiarme de ropa, y ya no tengo la agilidad de la gente joven, como usted y *monsieur* Terlin.

—Tres puntos de ventaja —dijo Vautrelle—. Incluso un *juge d'instruction* puede prescindir de su dignidad algunas veces, ¿sabe usted? —Vautrelle iba animándose según hablaba y su voz se hizo más despectiva a cada momento, pues al parecer no había olvidado la noche anterior—. Vamos a ello, ¿quiere? Tendré que irme pronto. Tengo un asunto en Versalles y necesito vestirme.

Bencolin le miró ligeramente sorprendido.

—¡Qué curioso! Nosotros también tenemos que irnos. Mi amigo *monsieur* Marle, a quien creo que conoce usted, también tiene que ir esta noche a Versalles —hizo una pausa preñada de intención—. ¿Qué tienes que hacer en Versalles esta noche? No lo recuerdo. ¿No vas a cenar con *miss* Grey?

Sus ojos, al hacerme esta pregunta, expresaban una inocencia absoluta.

Sentí que la sangre me subía a la cara y lancé una mirada asesina a Bencolin, capaz de cometer semejante indiscreción. Pero el detective estaba terminando de beber. Se abrieron los ojos de Vautrelle más de lo que estaban para luego estrecharse rápidamente. Tenía la espada alzada y horizontal. Y entonces oímos la voz seca y metálica de Terlin que decía:

—¡Una buena idea! ¿Por qué no tiran ustedes un poco?

—*Tiens, Hans!* —dijo Bencolin.

Hizo un ruidito con la lengua, nos miró a todos con las cejas subidas y volvió a beber tranquilamente. Tenía la habilidad de hacer estas pequeñas pantomimas de tal manera que resultaban difíciles de sufrir con paciencia. Entonces comprendí que la intención de su anterior frase había sido soliviantar a Vautrelle.

—¡Ah! —exclamó Vautrelle al cabo de unos segundos, y por primera vez me examinó de los pies a la cabeza. Luego preguntó muy amablemente—: ¿Le gustaría a usted enfrentarse conmigo, *monsieur*?

—¿En qué? —pregunté.

La sangre me comenzaba a hervir y sentía grandes deseos de contestar afirmativamente.

—Naturalmente, en un asalto de esgrima.

—¡Naturalmente! —dijo Bencolin muy escandalizado.

Vautrelle se volvió hacia él furioso, pero cerró la boca.

Vautrelle y yo, de hecho, ya estábamos enfrentados. Por qué hube de mostrarme cortés y por qué hubo de hacerlo él, y por qué comencé a llamarle en mi fuero interno espadachín de barraca de feria, no lo sé. Creo que tanto él como yo, por muy sincera que fuera nuestra irritación, presentíamos que estábamos siendo manejados por Bencolin como piezas de ajedrez.

—Tendré mucho gusto —dije—. Yo solía tener aquí un armario, y puede que lo tenga si *maître* Terlin no se lo ha dado a alguien. ¿Florete o espada?

—Ni florete ni espada —dijo Bencolin—. Pueden ustedes tirar hasta que se harten cuando tengan tiempo para ello. Pero no ahora. Parece que no se dan ustedes cuenta de que se hace tarde. Tenemos mucho que hacer y no tenemos tiempo que perder con... ensayos generales. Los lances a espaldas del Luxemburgo pueden aguardar.

—¡Ah! Ya entiendo —dijo Vautrelle, hendiendo el aire con su espada—. Otra vez será, *monsieur* Marle, cuando se encuentre usted libre de sus... presentes ocupaciones.

—Desde luego, desde luego —dijo Bencolin—. No será esta la última vez que nos veamos. Creo que nos volveremos a encontrar —dijo con una risa.

—Escuche usted —dijo Vautrelle, inclinándose por encima de la mesa—: desde que tuvimos la desgracia de conocernos anoche, no ha hecho usted más que insultarme. ¿Ha venido usted aquí para hacerlo? Quisiera saber qué le anima a ello.

—*Monsieur*, cuando estoy tratando de averiguar algo, procuro hacerlo, si es posible, sin hacer preguntas. Y creo que ese es también el procedimiento que prefiere usted para alcanzar fines similares. ¿Nos entendemos?

Se había levantado y estaba alisando el pelo de su chistera con la manga distraídamente. Vautrelle no respondió. Después de lanzarme una mirada, se alejó hacia el vestuario. Creo que pudo adivinar en mi mirada lo que estaba pensando: «Te haces viejo», pensamiento que nada tenía que ver con su habilidad de esgrimidor. Y así lo creo, pues le oí murmurar:

—¡Gentuza!...

Las estocadas, paradas y fintas de aquella conversación no fueron advertidas por Terlin. Nos expresó su sentimiento de que la sala estuviera aquella tarde tan sola y comenzó a relatarnos una historia acerca de Conte, el maestro italiano, al mismo tiempo que nos acompañaba hasta la puerta. Hasta que no estábamos a punto de irnos no se le ocurrió pensar que nuestra visita pudiera estar relacionada con el asesinato de Saligny. Le dejamos acompañado por las sombras de los grandes tiradores, señalando hacia la fotografía de Saligny y después hacia el cuarto de las duchas, donde se encontraba Vautrelle. Cuando miré hacia atrás le vi darse una palmada en la frente.

—Vamos a ver —dijo Grafenstein—, ¿qué objeto ha tenido todo eso?

—¡Un momento! —dijo Bencolin como si se le acabara de ocurrir algo—. Se me ha olvidado una cosa, la más importante de todas.

Dio media vuelta y se alejó por el pasadizo, al final del cual estuvo hablando unos minutos con Terlin. Cuando regresó dijo:



—En efecto, Terlin lo confirma.

—¿Qué confirma Terlin?

—Que los méritos de Saligny fueron reconocidos y premiados por muchas naciones. Cuando la concesión de una orden no puede suponer agasajo y honor especiales (fíjate cómo se ha despreciado nuestra Legión de Honor), las naciones conceden otra cosa Francia lo hizo con el más preclaro representante de su deporte, el duque de Saligny, y le concedió, no sé si oficialmente, un privilegio del que suelen disfrutar las personas reales: Saligny podía cruzar nuestras fronteras, y las de casi todas las naciones, sin que su equipaje fuera examinado en las aduanas.

—¡Bah! —dijo Grafenstein, pero inmediatamente pareció recapacitar, dio una sonora palmada y añadió—: ¡Ah! ¿Quiere usted decir... que ese privilegio pudiera estar relacionado con lo del opio?

—Tiene *mucho* que ver con lo del opio. Pero no estaba pensando en eso. Tenga paciencia, doctor; le prometo satisfacer su curiosidad muy pronto. Por el momento, vayamos a la Sûreté.

Durante el camino en dirección al quai des Orfèvres fui pensando en Sharon y en Vautrelle. Bencolin le había sorprendido inadvertido con tanta habilidad como un buen tirador anula una complicada finta con parada general, seguida de pase, contra y estocada, mas esto nada significaba, sino que Vautrelle tenía algo que ver con la muchacha. Lo que no acertaba a comprender era aquella misteriosa alusión al equipaje de Saligny.

Y aun esto se me antojaba menos confuso que la frase de Louise acerca de Sharon: «Es pura carne».

Ya había oscurecido cuando Bencolin nos condujo, por la puerta lateral de la Sûreté, pasando por un largo corredor, hasta las oficinas, y nos hizo entrar en una estancia llena de libros y con luces provistas de pantallas verdes. Me dejé caer en un sillón, y Grafenstein se aproximó a Bencolin y miró por encima de su hombro mientras el detective se sentaba ante un escritorio lleno de papeles. Sonó en el cuarto de al lado un timbre y entró en el despacho en que estábamos el agente François.

—¿Hay alguien en el laboratorio? —le preguntó Bencolin.

—El doctor Bayle se ha ido ya, pero Sannoy puede hacer lo que usted mande.

—Que pruebe este lápiz. Dígale que averigüe a qué grupo pertenece. ¿Han revelado ya las placas tomadas del libro?

—Las negativas se están sacando. Las he visto al pasar. El doctor Bayle dice que la tinta es demasiado corriente para que pueda ser identificada, pero el nombre se lee con toda claridad.

—Magnífico. Iré luego a verlo. Esta mañana me telefoneó que no había ninguna duda acerca de la droga.

—Ninguna. Han estado comparando muestras todo el día.

Como toda esta conversación careciese en absoluto de significado para nosotros, Grafenstein y yo protestamos simultáneamente, pero Bencolin rechazó nuestras

protestas con un ademán.

—¡Luego! ¡Luego! —nos dijo—. François, ¿tiene usted ahí el informe de la autopsia? Algo se me olvidó recomendar al médico, un detalle que normalmente no habrá tenido en cuenta; pero no importa; yo mismo lo puedo remediar.

Examinó unas hojas mecanografiadas que le entregó el agente y le dijo a Grafenstein:

—Doctor, informa el forense que el estado de la sangre y del corazón del interfecto, Saligny, indican que había venido fumando opio desde hace unos doce meses.

El austríaco gruñó y Bencolin siguió diciendo:

—Y aquí tenemos un telegrama del doctor Ardesburg, el especialista que le trató después de su caída del caballo. Escuchen: «Lesiones no permanentes. Ligamentos dorsales distendidos, pero ninguna dificultad al andar si no hace ejercicios violentos. Hueso anterior muñeca fracturado. Usé escayola que quité antes regreso. Puede prescindir cabestrillo si no utiliza brazo». De manera que eso es todo por el momento. Dígame, François: ¿qué me dice de las huellas dactilares descubiertas sobre los cristales de la ventana de la habitación del crimen?

—Que son, sin duda de ningún género, de Laurent.

—¡Ah! Eso nos quita bastantes dudas. ¿Había huellas en la empuñadura de la espada?

—Muy borrosas. Sobre los clavos que la adornan descubrimos medias huellas; pero aunque hemos aplicado el método fotográfico del doctor Locard, no podemos emplear medias huellas para identificar a una persona.

—¿Y la hebra?

—La hemos identificado. Se ha confirmado completamente lo que usted pronosticó. Se trata, además, de una fabricación exclusiva de la casa Merville. Otra partícula idéntica fue descubierta en la uña de una mano del cadáver. ¡Ah!, buscamos debajo de la ventana, como usted indicó, y encontramos la otra prueba. Corresponde exactamente con la ceniza sometida a ensayo.

—Es decir, que han confirmado ustedes mi hipótesis acerca del crimen.

—Hasta en sus detalles más nimios, *monsieur*. Tenía usted razón hasta en suponer que la espada estuvo oculta debajo de los almohadones.

—Gracias, François. Mucho me temo que hemos estado hablando muy misteriosamente delante de estos señores. Puede usted retirarse.

Salió François.

—Por ahora, me tienen ustedes que perdonar que me muestre tan reservado.

Quedó silencioso durante unos instantes, apoyada la barbilla en una mano y golpeando la mesa con un lápiz. Luego hizo un pequeño gesto.

—Supongo que no han visitado ustedes nuestro laboratorio y nuestro museo. Es ya tarde; si no, se los enseñaría. Verían ustedes cosas profundamente interesantes. Sin embargo, prefiero hacerles una demostración práctica de nuestra manera de trabajar.

Lo verán ustedes cuando les expliquemos cómo ha sido resuelto este caso.

El vasto edificio estaba en el más profundo silencio. Oímos ahora en lontananza el golpear de una puerta.

—Es una falacia bastante extendida —dijo Bencolin— que la investigación de los crímenes no sea una ciencia. Y que quienes a ella se dedican no consiguen resultados que parecen milagros. No sé por qué puede estar tan extendido este error, a no ser que se deba a que en las novelas se leen con frecuencia deducciones analíticas extraordinarias, de lo que el público deduce que si eso ocurre en el reino de la fantasía no puede acontecer en la realidad. No obstante, encuentro peregrino que el hombre de la calle se sienta tan inclinado a sospechar, si de crímenes y de su descubrimiento se trata, de todo lo que huelga a ciencia y a libros. Si le decimos que un médico, preferiblemente un alemán de nombre sonoro, ha descubierto una cura del cáncer, es muy probable que nos crea. Pero digámosle la pura verdad, como, por ejemplo, que partiendo de una pequeña mancha de barro descubierta sobre un abrigo es posible algunas veces establecer la identidad de un asesino, lo más probable es que sonría desagradablemente y nos diga que hemos estado leyendo a Gastón Leroux. Sin embargo, a nadie se le ocurre decir, porque un médico no puede ver el apéndice a simple vista, que no pueda diagnosticar apendicitis. La investigación de los crímenes es una ciencia especializada que pudiera compararse con la medicina. Por otra parte —continuó—, existe la idea extraordinaria de que cualquiera puede ser investigador de crímenes, que los conocimientos y la experiencia son innecesarios, y que todo cuanto hace falta es cierta viveza intelectual. Yo les aseguro, *messieurs*, que de ningún modo me pondría por mi gusto en manos de un médico que careciera de conocimientos médicos, por mucha viveza intelectual de que estuviera dotado. Ni siquiera iría a cortarme el pelo a una peluquería en la cual trabajasen hombres exclusivamente provistos de sagacidad y viveza.

Hizo una pausa y me miró.

—He comprobado que estas ideas pintorescas son más corrientes en Estados Unidos que en ningún otro lugar. He oído a funcionarios de su Policía con quienes he hablado allí que todo lo que hacemos en Francia carece de sentido. En su país, tengo entendido, los recursos principales de que se vale la Policía son: el informador o *soplón* y los interrogatorios; como las armas principales del delincuente son el psiquiatra y... la Policía. Las dos reciben, además, la nada despreciable ayuda de las urnas electorales. Con relación a las armas de la Policía, ha de ser consolador hasta cierto punto poder delegar su trabajo en los criminales mismos. Que se descubra la verdad o no, tiene una importancia relativa nada más, pues así que es detenido, con mayor o menor justificación, el presunto criminal, unas palabras de recomendación hechas por sus amigos en altas esferas políticas logran que dicho culpable no sufra excesivas molestias. ¿Puede hallarse un método mejor de resolver crímenes? El ideal allí es el investigador tesonero, paciente y tenaz. Que me perdone la Policía americana, pero creo que semejante investigador es una perfecta nulidad. No veo que

coloquéis a la cabeza de vuestros organismos pedagógicos hombres incultos. Y encuentro arduo de entender por qué han de ser hombres sin educación los que sean encargados de la vigilancia de la posesión más preciada del hombre, que es la Ley. Si reflexionan ustedes sobre el caso, se quedarán aterrados y asombrados al comprobar la terrible mediocridad que supone el método habitual de reclutar en casi todas partes las fuerzas policíacas. Y es pasmoso y es deplorable, en mi opinión, que para describir a un policía a quien admiramos, fíjense, a quien *admiramos*, decimos: «No es un hombre muy brillante, pero es humano, tiene paciencia, es trabajador, y si muchas veces no acierta a desentrañar el misterio de un caso..., ¡es tan buena persona!».

Bencolin sacudió la espalda, entornó los ojos e hizo un ademán con el que pareció coger en la mano toda la ciudad de París.

—Jamás me ha desconcertado un crimen a mí. Nunca he tardado más de veinticuatro horas en darme cuenta de lo ocurrido en un crimen. Y esto debe ser la regla, y de ninguna manera la excepción. No tengo paciencia para soportar a los estúpidos que tardan más tiempo en descubrir la verdad acerca de un crimen. Pero se hace tarde —se puso en pie—. Tenemos que suspender esta sesión. Mas, antes de irnos, quisiera leerles los informes que he reunido acerca de nuestro querido amigo *monsieur Vautrelle*. Léalo, doctor.

Extendió una hoja mecanografiada debajo de la lámpara y Grafenstein leyó lo que sigue:

VAUTRELLE, Edouard.— Indican las investigaciones que no hay nada que confirme en la tarjeta de identidad ni en el expediente de naturalización del referido que fuera nunca oficial del Ejército ruso. Vino a París por primera vez, procedente de Marsella, en octubre de 1925. La oficina de Marsella telegrafía que está registrada allí la partida de nacimiento de un hombre así llamado, nacido el 4 de septiembre de 1881, hijo de Michel Vautrelle, pescadero, y Agnes Vautrelle, propietaria de una taberna del muelle. Quizá exista error en los nombres, pero no existe comprobación del origen ruso. En Moscú no se conservan los historiales de los templos zaristas y, por tanto, la comprobación es difícil. Desde su llegada a París no existen antecedentes de que haya estado empleado. Su cuenta corriente en el *Crédit Lyonnais* indica ingreso mensual de un cheque por valor de 4.000 francos librado por Luigi Fenelli.

Bencolin nos miró esbozando una sonrisa y luego guardó la hoja en un cajón de su mesa.

## UNA MANO INMÓVIL BAJO EL CIPRÉS

A las ocho de la noche me encontraba luchando con una corbata de etiqueta ante mi espejo, que en aquella noche encantada reflejaba mi imagen como hubiera yo apetecido que fuera, como la de un autor reflejado exactamente en su obra. Creo que he dicho muy poco acerca de mi persona en lo que llevo escrito. Y encuentro acertado que así sea y pienso que es ya demasiado tarde para que la cosa tenga buen remedio, si es que el remediarlo no se me antojara error más que cura. He de decir que si lo poco que de mí he escrito no tuviera por objeto explicar con mayor claridad de qué manera este crimen que nos ocupa fue investigado y cómo fue desembozado su misterio, ni siquiera esos parcos y concisos detalles fueran hallados en estas páginas. Descontada la primavera y la noche embalsamada y los hábitos peculiares a los hombres mozos en París en la estación florida, acaso el futuro no hubiera recitado en su seno muy horrendos sucesos. Mas sobre esto únicamente me es dado reflexionar con mirada retrospectiva. Aquellos acontecimientos, o su memoria, llegan hasta mí como una tonada traída por el viento desde allende los cerros, y es tan imposible volver a capturar su resplandor extraño y misterioso como volver a hacer sonar las notas de un violín oído lejano y tenue en la noche cuando comenzamos a hundirnos en la negrura reposada del sueño.

Subí a mi coche aquella noche fresca y deliciosa, mientras todo París despertaba en torno mío, y me dirigí a la casa de Versalles. Toda la ciudad era un vasto resplandor, halos luminosos que rodeaban los monumentos blancos, ronco bramar de bocinas de automóvil y luces fugaces que brillaban y desaparecían, retazos de conversaciones, rostros vistos un segundo... Todo ello se desvaneció en la noche así que crucé el puente que conduce a la avenida de Versalles. Pálido fulgor de luces urbanas, rápido subir y bajar de pequeñas cuestas, un túnel de viento que enturbiaba la mirada, empedrado, baches traidores y, luego, la carretera abierta y el rodar ininterrumpido y suave de las ruedas calmadas. Abrí el escape, y como acompañamiento de aquellos recios redobles de tambor vertiginoso y trémulo, lancé el grito penetrante y retador de la bocina.

Cuando llegué a mi destino, justo al otro lado de Versalles, así que paré el motor nació en torno mío un profundo silencio del que fueron brotando tímidamente los mil rumores dulces de la noche. Allí estaba la casa, baja de techo y blanca, iluminada por luces amparadas en la discreción de las pantallas, detrás de una verja rústica y rodeada por los olmos que bordeaban el jardín. La luz de la luna temblaba fantasmalmente a través de los olmos para luego extenderse como flores espumosas

sobre la sombra de la casa. Cuando pasé por la puerta de la rústica verja, la fragancia de las flores salió a recibirme volando sobre el aire templado, humedecido por el relente. Y en aquel momento vi sombras en la celosía de la ventana que había a la derecha de la puerta y escuché una voz. Una voz baja, tensa, eléctrica. La voz de Edouard Vautrelle.

—No puedo soportarlo. Debieras darte cuenta.

Sharon respondió con una voz tan helada y carente de emoción que resultó sorprendente.

—¿De qué sirve discutir? Nunca hubo nada entre nosotros y nada tengo que ofrecerte.

—Nunca hubo nada, por tu parte.

—Puedes decirlo así, si lo prefieres.

—¡Ni siquiera me permites conservar mi vanidad! —dijo él con voz chillona.

—No —respondió ella, y oí el tranquilo rascar de una cerilla.

—Pero... ¡no puedes! ¡Yo...!

—Edouard, estoy esperando a alguien para cenar.

—Te he traído el segundo acto de mi obra —dijo él, descompuesto—. Es bueno. Sé que es bueno. Tú..., yo... ¡Voy a arrojarlo al fuego!

Sharon dejó oír una breve risa.

—Puro melodrama, Edouard. No hay fuego.

Giré sobre mis talones y me alejé lo bastante para dejar de escuchar. Aquella voz perfectamente tranquila, no demasiado joven, que indicaba una gran competencia para escenas de semejante índole y, por contraste, la voz tensa de aquel hombre que solamente la noche antes se había desentendido de un asesinato con igual indiferencia que hubiese podido sentir al quitarse una mota de tabaco de la solapa, me resultaron curiosas. La voz de la mujer resonó en la noche, desprovista de emoción y ligeramente pagana, metálica, en la atmósfera tensa de la habitación, como la risa del sentido común que ahuyenta el fantasma evocado por un niño. Bajé la escalinata que llevaba hasta la verja. Me sentía irritado y experimenté cierta simpatía por Vautrelle. Aquello fue una revelación desde dos puntos de vista, pero pude observar que se trataba de una revelación de algo que sin darme cuenta de ello yo ya había sospechado. ¿Por qué? ¿No debí sentir más bien gusto al advertir que Sharon estaba librándose de Vautrelle? En su lugar, me sentí decidido a seguir su ejemplo, pues si ella sabía conducir el juego por aquellos derroteros, yo no le iría a la zaga. Me pareció una especie de blasfemia, como si la Duse, a la mitad de una escena arrebatadora de una comedia romántica, se hubiese vuelto hacia el público para decirles: «¡Necios! ¿Acaso no es dais cuenta de lo estúpido que es todo eso?».

Así, pues, encendí un cigarrillo y regresé hacia la casa, haciendo todo el ruido de que fui capaz.

Cuando llamé a la puerta pude escuchar un rumor apresurado en el interior de la casa y luego un silencio de palabras doloridas y vitales, que ya no podían ser

pronunciadas. Me abrió la puerta una mujer de edad, con delantal y cofia, que luego me dejó. Aún reinaba en la salita de techo con vigas cierta tensión. Unas velas ardían en candelabros de plata, arrojando su luz sobre sillas y sillones tapizados de azul. Sharon, vestida con un traje de noche plateado, se levantó muy tranquilamente del sofá, como si estuviera profundamente interesada en la larga ceniza que podía observarse en su cigarrillo.

—¡Ah, pase, pase! Ya conoce usted a *monsieur* Vautrelle, ¿no?

Aquel *no* interrogativo fue acompañado por un movimiento casi imperceptible de las cejas y acentuado con intención discreta. Se acercó a mí, avanzando serenamente entre las ruinas. Vautrelle, inexpresivo el rostro, estaba junto a la chimenea. Tenía en la mano unas cuartillas a las que miraba como si no supiera qué hacer con ellas, con la cara desconcertada del ladrón descubierto en flagrante.

—Deja eso sobre la chimenea, Edouard —le dijo ella sonriendo—. Ya le echaré un vistazo cuando tenga tiempo y con calma. ¿No sabe usted? Vautrelle ha escrito una obra de teatro *maravillosa*. *Hein, mon vieux?*

Dije unas palabras vacías de cortesía, dejé mi sombrero sobre la mesa junto a la puerta y me pregunté hacia dónde se derrumbaría la ruina. Vautrelle estaba luchando consigo mismo y la atmósfera recargada temblaba. La risa de Sharon únicamente logró empeorarla. He oído risas semejantes en la plaza de Madrid, cuando el toro alza lentamente la cabeza y parece buscar algo con sus ojillos inyectados en sangre, que fue exactamente lo que Vautrelle hizo en aquel momento. Se metió el original de su obra en el bolsillo. Subió los hombros y avanzó lentamente hacia mí. Recuerdo que cuando le vi acercarse me dije: «¡Cuidado! Este tipo es fuerte. Probablemente pesa las ciento ochenta libras. Si mueve una mano, no dudes, a la barbilla. No tropieces con los muebles...». Me miró durante unos instantes con la cara hermética. Luego aparecieron los dientes, descubiertos por una sonrisa forzada. La mirada de sus ojos era una mezcla de dolor y de audacia. Sentí que algo me latía dentro, una sensación de pulso extraño, una niebla. Dio otro paso y el temblor desapareció instantáneamente. Cambié de postura sobre la punta de los pies y esperé. La sonrisa se trocó en mueca sardónica y se inclinó burlonamente. Con talante indiferente y frío se dirigió al sofá, del cual cogió su sombrero, su bastón y su capa.

—No tengo la intención de provocar una escena —dijo tranquilamente—. Sería una gran necesidad. No vale la pena. Espero, *mademoiselle*, que me permita salir por la puerta trasera. Tengo el coche en el sendero de detrás.

Así que se hubo ido, me sentí ligeramente descompuesto. Todo ello había tenido un aire de irrealidad. Aquel hombretón es muy probable que hubiese podido darme una soberana paliza, pero vaciló, como si una amargura interior, una sensación de que toda su vida estaba compuesta de derrotas acérrimas se lo hubiera impedido. Sentí la mano de Sharon sobre mi brazo y volví a escuchar su risa ligera y sorda.

No volvimos a hablar de lo ocurrido. Había desaparecido, se había volatilizado en la noche vernal, como si jamás hubiera acontecido, pero cuando nos sentamos en el

sofá de los almohadones azules me pareció seguir viendo la sonrisa irónica de Vautrelle detrás de las llamas de las velas. Y una vez, cuando miré por la ventana de cristales pequeños y cuadrados, me pareció verle a la luz de la luna, con los brazos alzados en curiosa pantomima. Daba aquella ventana a un jardín grisáceo en el que lucían apagadamente unos farolillos a la veneciana, pero a él me pareció verle en un claro junto a la puertecilla que se abría en la tapia. A excepción de aquel extraño alzamiento de los brazos, le vi completamente inmóvil, tan inmóvil como los árboles que crecían a su lado. Luego tuve la sensación de que la puerta de la tapia que tenía a la espalda se abría muy lentamente...

—Vamos a tomar un aperitivo —oí que me decía Sharon en aquel momento; y me volví hacia ella.

Ahora la habitación estaba agradable e íntima. Las velas y las flores, el aire embalsamado que nos llegaba desde el jardín rumoroso y aquella sonrisa de Sharon, una careta debajo del pelo de oro... (*¿Qué fue aquello? ¿No había oído un grito ahogado en el jardín?* Nervios; puros nervios. Pensé que tenía que dominarme).

Los árboles susurraban en torno a la casa. Hombros blancos sobre el vestido de plata, ojos húmedos y brillantes, un gracioso mechón de pelo de oro que se escapó para besar una mejilla... Algo descendió sobre nosotros salido de la noche augusta y de la sonrisa de los candelabros. La criada anciana nos trajo una bandeja con vasos. Bebí un cóctel y luego otro, viendo los ojos de Sharon por encima del borde de la copa. Luego noté en mi mano la sensación fresca de sus dedos, cuando alargué el brazo para quitarle el vaso vacío.

El sofá quedó nadando en una ola de pereza. El terciopelo de la tapicería, suave y agradable, era como la caricia de una mano de mujer. Bebimos un tercer cóctel y los dos nos echamos a reír cuando dijimos simultáneamente, como es frecuente que ocurra entre dos personas que no saben qué decir, que no habíamos comido nada desde la hora del desayuno. Encendimos unos cigarrillos, y en verdad que nunca me he encontrado más cómodo, más a gusto y más en mi casa que en aquellos instantes. Cruzó por mi mente la idea de ser un detective tranquilo y analítico y me pareció lo más grotesco y ridículo que pudiera ser imaginado. Supongo que algo dije acerca de esto, pues oí que Sharon me decía:

—¡Ah, sí! Detectives. Pero, en realidad..., tú no eres semejante cosa. Me gustan las novelas policíacas. Nunca paso por delante de un lavadero chino sin sentir la sospecha de que el dueño va a salir persiguiéndome con el *wah-ha'-hoonglung*, por otro nombre el gusano silbador de la Birmania baja.

—Sin olvidar —dije yo— la no menos ponzoñosa serpiente *pretzel* del Congo suizo, así llamada porque suele enroscarse de tal manera que bien pudiera ser tomada por un *pretzel* y por tener un adecuado color amarillo salino. Y tanto es así que puede ser enviada al enemigo en una caja de *pretzels* verdaderos sin que nada se advierta en ella que resulte sospechoso. Dice Sax Rohmer que únicamente existe un procedimiento eficaz para descubrir la presencia de esta serpiente viperina, y es el de



no comer nunca *pretzels* sin el acompañamiento de cerveza, pues así que el reptil huele la cerveza se rechupetea los labios con ruidillo ligero, pero perceptible al oído avisado. Descubierta, puede ser cogido con las tenazas de la chimenea y arrojado por la ventana, si ello no contraviene las ordenanzas municipales. Sax asegura que esto se lo dijo un antiguo funcionario de Scotland Yard, que encuentra estas víboras en su cama todas las noches.

—¡Sí, sí! Y luego están los Geniales Directores de las Bandas Criminales. ¡Me encantan! ¡Tienen unos nombres tan bonitos!...: *El Pulpo Rojo*, *La Cucaracha Rapaz*, y cosas así. Lo sé. Edouard saca a uno de ellos en su obra. Son unos criminales que rigen una especie de edición mejorada de la Orden Benevolente y Filantrópica de los Alces, y al final de la obra *el malo* resulta ser la anciana de la silla de ruedas. Hay que tener un cuidado horroroso con las sillas de ruedas. Están plagadas de criminales.

«Edouard saca a uno de ellos en su obra». Al surgir esta frase en medio de la conversación inane, la tiñó de violencia. Callé. Murió la risa en los ojos de Sharon. Y una vez más resonaron en mi cerebro aquellas aldabadas, aquellos pasos silenciosos en un corredor oscuro, y las palabras de Macbeth: «Edouard saca a uno de ellos en su obra».

—¡Ah! ¿Es que se trata de una comedia policíaca?

—¿Qué es una comedia policíaca? ¿De qué hablas?

—La que ha escrito Vautrelle.

Estaba arrebatadora, con la boca entreabierta.

—Es acerca de un hombre que comete un asesinato y prueba una coartada perfecta —dijo ella en voz baja—. No sé cómo acaba.

Se reflejó la luz movediza de las velas en sus ojos, las pestañas bajaron y yo me sentí, durante un fugaz instante, incapaz de resistir la inclinación de acercarme más a ella. Pude percibir en aquella proximidad el temblor de su cuerpo y oír la profundidad de un suspiro. Los ojos se contrajeron con súbito espanto. Casi la pude oír decir para sí que Vautrelle, que estaba enamorado de ella, fue indudablemente el asesino de su rival, Saligny. Luego subió a la habitación en que ella estaba para mancillarla con la sangre del muerto, para zaherirla y vilipendiarla sin que ella osara hablar de sus sospechas... Le toqué un brazo con los dedos. Se estremeció y dejó sobre la mesita el vaso del cóctel.

—¿No podemos olvidarnos de todo eso? ¿Sabes lo que pienso ahora? —murmuró—. Esta noche le he dicho que me deje, que se vaya, y lo ha hecho, aunque le tengo miedo. ¿No te he dicho que tengo miedo? Pero pensé que estando aquí tú, no se atrevería...

Me miró. Y no sé por qué, aquellas palabras me hicieron sentirme orgulloso, me erguí, apreté los músculos y sentí un halago detrás del cual se escondían las lágrimas.

—Vamos a cenar en el jardín —dijo con un esfuerzo para serenarse—. Thérèse ya debe de estar lista para servirnos.

Los farolillos venecianos, anaranjados y rojos, estaban ocultos entre los árboles; encima de las ramas más altas, negras y sombrosas, se alzaba el cielo teñido de reflejos perlinos. Pasamos por una puerta baja, pisando el césped muelle y blando, para encontrarnos en un recinto formado por setos vivos en el cual el silencio era absoluto. Sobre el mantel de la mesa dispuesta para dos personas ardían dos velas delgadas, serenas e inmóviles sus llamas en el aire en calma. Más allá de aquel muro verde y coronado de capullos pálidos, la puerta del jardín chirrió ligeramente. En el cobijo de los cipreses había bancos para sentarse y una hornacina albergaba una fuente, la cabeza de un león de cuyas fauces manaba el agua. Sentados allí uno enfrente del otro, con el discreto fulgor de las velas cayendo sobre el mantel, el cristal y la plata, nos contemplamos calladamente. La criada vieja se movía alrededor de la mesa sin hacer ruido, cuidando solícita del vino y de las viandas. Ostras, acompañadas de champaña Roederer y sin desagradables salsas o sazónamientos; sopa de tortuga y jerez seco; lenguado a la americana; perdiz con Romanée Conti. Así fue transcurriendo la cena, y toda reflexión quedó ahogada en el borgoña, de color rojo y admirable. ¡Versalles! ¡Aún visitado por las sombras de los reyes, rumoroso de viento, lleno de recuerdos amables, de cristales y de porcelanas, de joyas y de damascos! Aquella mujer que cenaba conmigo entonaba tan perfectamente con el ambiente y los recuerdos como una cabeza de Greuze, como María Antonieta en el Trianón, con sus risas y su clavicordio. Me miraba desde el otro lado de la mesa con alegría retadora, brillantes y juguetones los ojos, en tanto que la noche y las velas se iban consumiendo parejamente.

Hablamos de libros. Era lista, pero no obligaba a quien la oía a darse cuenta de ello. Ni ella ni yo parecíamos estar prestando gran atención a las palabras del otro, ni era necesario que lo hiciéramos. El gran silencio de la incertidumbre había descendido sobre nosotros. De cuando en cuando vacilaba una voz, pero eso era todo. Luego procurábamos hablar aún más aprisa para remediar el tropiezo. Ella sonrió y afirmó con la cabeza; yo bebí con el último plato un vaso de vino de Madeira y advertí la emoción que me golpeaba debajo de las costillas.

Libros. Verlaine, Lamartine (su preferido era *La Crucifixe*). Discutimos acerca de las traducciones de Villon hechas respectivamente por Rosetti y por Swinburne, y ella defendió acaloradamente la de Rosetti. Luego, según la escuchaba desde una distancia remota, la oí pronunciar el nombre de Lewis Carroll.

—¿Puedes creerlo? —dijo—. Nunca he leído *Alicia*. Raoul...

Vaciló durante un segundo, pero luego se rehízo y continuó:

—Un amigo mío me dijo que me lo iba a prestar, pero no lo hizo. He conseguido un ejemplar. ¿No te encanta la reunión del Sombrero Loco? ¿Y cómo llevan los flamencos de un lado al otro? ¡*Córtale la cabeza!*<sup>[9]</sup>.

Se hizo un silencio absoluto. El vaso de Sharon tintineó contra su plato. Como un fantasma malévolo, la cara tallada en madera de la vieja sirvienta arrojó su sombra sobre el mantel mientras retiraba los platos para servirnos el postre.

Permanecimos silenciosos largo rato. *¡Córtale la cabeza!* ¿No podríamos nunca librarnos de aquello? Luchábamos contra el recuerdo, nos esforzamos por arrojarle lejos de nosotros, y en cuanto decíamos algo inofensivo y sin importancia, la cara helada y satírica del asesino parecía encender sus ojos en la oscuridad del jardín. La boca de Sharon dibujó una sonrisa ligera de desafío.

—Bueno, ¿qué importa? —dijo—. Es mejor no andar huyendo y esquivando el asunto. Después de todo, nada tiene que ver con nosotros —añadió riendo y sofocada—. La gente se muere, pero es inútil y malsano estar pensando todo el tiempo en ese hecho desagradable.

—Sí, desde luego —logré decir.

—Muy bien. Quiero ser feliz. No estoy dispuesta a permitir obsesiones malsanas en mí cabeza. Thérèse, no se preocupe acerca de estos platos y váyase ya. Si necesita usted dinero, cójalo de mi bolso. Lo encontrará en mi alcoba.

El vino me había afilado las sensaciones, y cada una de ellas parecía tan finamente aguzada que me penetraba profundamente en la carne y el corazón dolorosamente. Tanto hubiera resultado reír como llorar, pues las dos manifestaciones corresponderían adecuadas a aquel aguzamiento de los sentidos. No obstante, no podía achacar al vino aquel temblor de mis manos. Uno por uno, los farolillos venecianos fueron extinguiéndose. Dragones dorados y escarlatas, pagodas y letras negras, lanzaron un postrer resplandor antes de desaparecer definitivamente entre las hojas, aquí, allá, todos en el espacio de pocos segundos; en su lugar, principió la luna a filtrarse serenamente a través de la enramada oscura. La única luz que nos alumbraba era la que daban las dos velas que seguían ardiendo muy consumidas sobre la mesa en desorden, sobre la que lanzaban lenguas amplias y nerviosas.

—Un..., un cigarrillo —dijo Sharon, haciendo ademán de ir a levantarse.

Le ofrecí mi pitillera. Su plata brilló inmóvil. Oí el ruido que hacía al ser cerrada. Sharon se levantó del asiento, con el cigarrillo colgándole de la boca, fijos los ojos sobre algo, muy abiertos e inmóviles. Tomé la vela que tenía más cercana y se la ofrecí para que encendiera. Cuando echó la primera bocanada de humo, alcé algo más la vela y la apagué.

De nuevo reinó el silencio. Los dos nos habíamos levantado. Sharon hizo un pequeño gesto extraño y echó el humo del cigarrillo con fuerza. Vi sus ojos del color del ámbar vidriados e intensos. Muy lentamente, sin apartar de mí los ojos, cogió la segunda vela y con un ligero soplo extinguió la vida de su damita bailarina.

Discurrimos por el jardín completamente a oscuras excepto por la luz de la luna, pasamos el muro gris de los capullos y entramos en la oscura sombra que arrojaban los cipreses. Una mariposa me acarició el rostro. El rumor de la fuente se hizo más perceptible, más claro y más fresco. Guardábamos el silencio más absoluto. La fragancia y la calidez amable del jardín invitaba al ensueño. Cuando pasamos por delante de uno de los rústicos bancos, Sharon vaciló; la toqué yo en un brazo y se sentó. A la incierta luz de la luna que lograba pasar por entre las frondas vi la cara de

la muchacha, muerta y blanca, alzada hacia el beso de la luna. Muerta. Una cara muerta, excepto por los ojos, y toda ella pudiera estar muerta, salvo por los ligeros movimientos del cuerpo envuelto en plata.

—¡Qué fría tienes la mano! —me dijo dulcemente—. Parece un trozo de hielo que me hubieras puesto en el hombro.

Las palabras penetraron lentamente en mi mente y se repitieron con insistencia, pero pude comprender su sentido. Poco a poco me di cuenta de una horrible incoherencia, pues yo tenía las dos manos cruzadas delante de mí.

Cruzadas delante de mí. Las miré estúpidamente.

—Levántate —dije, apenas capaz de oír mi propia voz, sorda, fantasmal, preñada de indecibles sospechas incapaces de ser formuladas—. Haz el favor de levantarte de ahí... un segundo.

La canción aguda de la fuente adquirió un matiz burlón.

—¿Qué ocurre? Parece... —dijo, volviendo la cabeza lentamente hacia mí.

—¡Levántate!

Comenzó a hacerlo. La tomé de una mano y tiré de ella violentamente, como si deseara salvarla de algún peligro, cubriéndola luego con mi cuerpo. Entonces me acerqué de nuevo al banco vacío. Mis dientes castañetearon de horror y una sensación intolerable de asco se apoderó de mi cerebro, que latía con fuertes golpes. La luz de la luna, de la cual algunos rayos lograban filtrarse a través de las ramas oscuras del ciprés, me estaba mostrando una mano de hombre inmóvil, que salía por detrás de los soportes del banco.

Arranqué el banco de su lugar, lo aparté con violencia salvaje y cayó sobre el sendero con un ruido sordo. De la pequeña muralla de matas que había detrás cayó también sobre el sendero el cuerpo de un hombre. Al hacerlo se movió con un estremecimiento casi de vida, pero luego quedó inmóvil. Algo húmedo sentí en un tobillo...

Náuseas. Me dije que tenía que procurar dominarme, me aseguré que no podía hacernos daño, que estaba muerto. Me agarré al banco caído. La fuente reía horriblemente en la oscuridad. Y seguí hablándome en voz baja:

—Dale la vuelta. Ahora le estás tapando la cara con la sombra de tu propia cabeza. Quítala para ver mejor. ¡Tiene la cabeza cortada casi por completo! ¡No te importe eso! ¡Luego te lavarás! ¡Maldita fuente!...

La cara, blanca y manchada de tierra, miraba ahora hacia la luna. Era Edouard Vautrelle. Tenía los labios entreabiertos y mostraba los dientes con una especie de sonrisa sardónica. Aún conservaba el monóculo clavado en su ojo, ya incapaz de ver.

## MUERTE EN VERSALLES

De nuevo el asesino se había movido de noche. Y estaba probablemente allí, en el jardín, oculto entre las matas o recatado detrás de un árbol. Estaba *seguramente* allí. Surgió en mi interior una terrible desesperación. Mi mente se negó a funcionar concretamente. ¿Qué podía hacer? Sentí unos deseos salvajes de romper aquella maldita fuente, que reía. ¿Quién era? ¿Quién era aquel asesino demente que...? ¿Dónde estaba Sharon?

De repente me sentí tranquilo y sereno. Logró esto el escuchar su voz, que reía históricamente. Estaba cerca del ciprés, a la luz de la luna, riéndose a carcajadas, con el pelo cayéndole sobre un hombro. Ya con mayor dominio de mis nervios, me acerqué a ella y le cogí un brazo.

—¡Domínate! ¡Deja de reír! ¡Calla!

Señaló hacia el árbol y dijo:

—Le he visto. Sé quién es. Se mete entre nosotros hasta después de muerto. Muy propio de él.

—¿Quieres dejar de reír?

—Bueno. No me reiré. ¡Muy propio de él! ¡Venir a mi casa y matarse en ella!

—No se ha matado. Le han degollado. Serénate.

Me miró como si no comprendiera mis palabras.

—¿Quieres decir... que no fue él..., que no fue quien...?

—Sí; eso es lo que quiero decir. Si quieres, acércate y lo verás.

—Pero..., entonces..., ¿quién?

—¿Como quieres que lo sepa? Alguien. Y es muy posible que esté en este jardín en este preciso momento.

Me agarró de un hombro y permanecimos en la vacuidad de la luz lunar, mirando de un lado a otro, tratando de penetrar la oscuridad y la maleza con las miradas. Todo nos pareció estar poblado de temerosas cosas que se movían, y sentimos que la enramada se abría silenciosamente por aquí, por allá, por todas partes, y que las ramitas se quebraban calladamente. Allí estaba el muro gris y la puerta; allí el recinto en que habíamos cenado y más allá la oscuridad de la casa, cuyos cristales brillaban como diamantes.

—¡Thérèse! —murmuró como si rogara—. ¡Quiero que venga Thérèse! ¿En dónde...? —apoyó la cabeza contra mi hombro y dijo—: Sabes...

No estaba escuchándola. El terror se apoderó de mí nuevamente. La sensación de hallarme solo y desarmado en aquel lugar lleno de susurros, de sombras, habitado por

la muerte, se unió a la convicción de que tenía que luchar irremediabilmente contra todo un ejército de seres astutos y rostros espantables. Procuré rehacerme, disponerme para pelear si llegaba la hora de hacerlo; se estremeció mi cuerpo y amenacé la oscuridad con el puño crispado. En aquel momento vi la lumbre de un cigarro que avanzaba lentamente por el caminillo. Se acercaba, aumentaba su apagado fulgor con las chupadas del fumador; fue sacudida su ceniza tranquilamente. Un bulto oscuro se acercaba sin prisas. Ya me era posible oír los pasos.

—Puedo observar —dijo la voz de Bencolin lentamente— que no te das mucha mejor maña que yo para evitar los crímenes.

Ahora ya veía la silueta de su chistera, la incierta de su cara, y cuando se volvió a meter el cigarro en la boca pude percibir el brillo de sus ojos sumidos en hondas cuencas.

—¡Bencolin! —dije sin saber qué decía—. ¿Ha hecho usted... eso?

Sacudió la cabeza y alzó la cara a la luna con una mueca de amargura.

—No —respondió sombríamente—. No he sido yo.

—¡Y se llama usted policía! ¡Y deja que ocurran cosas así! —dije salvajemente, hablando en inglés.

—Basta —dijo—. No sigas por ese camino.

Pasado un segundo tocó a Sharon con el bastón y dijo:

—Perdona, pero me parece que *mademoiselle* se ha desmayado. Mejor será que la entres en la casa. Ahora te explicaré cómo he venido a parar aquí.

Sharon, en efecto, se había desvanecido. La tomé en brazos y me llamó la atención su poco peso. Eché a andar hacia la casa.

—Un segundo —dijo Bencolin—. Iré contigo. Los muertos pueden esperar.

Entramos a tientas en la casa y Bencolin encontró las luces. Esta vez no fueron candelabros románticos, sino luz eléctrica. Atravesé la sala y entré con Sharon en una alcoba de estilo egipcio, llena de líneas y ángulos inesperados, que se me antojó muy extraño aposento para quien en aquellos momentos presentaba un aspecto de niña desvalida. Thérèse había desaparecido. Dejé a Sharon sobre la colcha de seda. Con unas toallas mojadas y unas sales volátiles logré que volviera en sí. Se agitó y murmuró intranquila, pero en cuanto hubo recobrado plenamente el sentido, quedó inmóvil y callada, clavados los ojos en el techo.

—Ha sufrido una impresión muy fuerte —dijo Bencolin—. No me gusta su aspecto. Creo que será mejor que llamemos a un médico. Mientras llega, no tengo que olvidarme de mis asuntos profesionales. ¿No hay aquí ningún criado?

—Había una criada, pero se ha ido. No sé dónde vive. Sí, llame a un médico. No me gusta esa manera de respirar.

—¡No llamen a ningún médico! —dijo Sharon de repente—. No me pasa nada. Estoy perfectamente.

Bencolin se había ido ya. Allí permaneció Sharon, rodeada de aquel abigarrado ambiente, respirando con dificultad en la cama. Fui apagando todas las luces menos

una amarillenta que había junto al inmenso lecho, con lo que ella quedó en sombras. Pero aun en medio de ellas seguí viendo las córneas blancas de los ojos muy abiertos, fijos y asombrados. Me senté junto a ella, lleno de una sensación de absoluta inutilidad. De cuando en cuando extendía una mano y le acariciaba la frente. Una vez trató de sonreír y de hablar, pero yo alcé un dedo pidiendo silencio. Me tomó ella la mano, sonrió y se acurrucó como un gatito, con los ojos cerrados. Así permanecemos, mudos e inmóviles, hasta que pasó media hora y llegó el médico.

Le dejé con ella. Era un hombre de rostro amable, con una graciosa barbita. Cuando salí estaba agitando en el aire su termómetro clínico. Fui en busca de Bencolin. Vi el resplandor de su linterna eléctrica entre los árboles, escudriñando el muro. Cuando me acerqué me arrojó la luz sobre el rostro.

—Tranquilízate —dijo, y pude observar en su voz un timbre de triunfo y de venganza—. No te preocupes. Reconozco que he sido un grandísimo estúpido. Insúltame lo menos posible. He intentado proteger a la persona equivocada. No puedo pretender saberlo todo y no errar jamás. Pero antes de venir aquí ya sabía el nombre del asesino. Te juro que antes que termine el día de mañana tendremos a nuestro criminal. Ven.

—¿Ha encontrado usted algo?

—Sí. Primero dime todo lo que ha pasado aquí esta noche.

Esforzándome para ordenar los pensamientos en una cabeza aturdida, procuré relatar todo lo que había pasado en la casa. Mientras duró mi relato, Bencolin estuvo haciendo ademanes de asentimiento.

—Todo encaja —dijo—. Déjame que te enseñe...

Nos acercamos al ciprés y nos inclinamos. Bencolin iluminó con su linterna el cadáver y la cara torcida por la mueca de sorna.

—No lo toques. Pero mira con cuidado. Esta vez no ha utilizado una espada. Primero Vautrelle fue apuñalado dos veces. La primera puñalada se la dieron por la espalda. La segunda le hirió por debajo de la última costilla de la izquierda. Luego el asesino procuró cortar la cabeza. Mira. Cortó los cartílagos cervicales. No es una operación sencilla para quien carece de los necesarios conocimientos anatómicos y el asesino acabó por desistir. No veo por aquí arma alguna. Tengo la impresión de que se trata de un cuchillo de una pulgada de ancho, poco más o menos, y bastante pesado. Algo semejante a un machete americano.

La luz jugó sobre el espacio que quedaba detrás del lugar ocupado originariamente por el banco. Había allí un pequeño seto y un caminillo que seguía el muro del jardín y pasaba por debajo de la fuente. Luego la luz se alejó hacia la puerta falsa del jardín.

—Hay sangre —dijo Bencolin—. Ahí está la puerta. Vautrelle se encontraba en pie cerca de la puerta cuando tú le viste desde la ventana. El asesino entró por esa puerta y le apuñaló por la espalda. Parece que luego le arrastró hasta aquí y trató de cortarle la cabeza.

¡Linda escena para desarrollarse a la luz de la luna! Me imaginé al asesino, inclinado sobre el cadáver, mientras la fuente seguía cantando y la luna se filtraba por entre las ramas del ciprés. Sopló una bocanada de viento. Me estremecí.

—Si hubiera mirado por la ventana unos segundos más, hubiese visto a...

—Déjate de recriminaciones. Lo ocurrido ya no tiene remedio. Y añadiré que no estoy muy seguro de que no sea esto todo lo mejor que puede haber ocurrido. *Tiens!* Desde cierto punto de vista, resulta hasta divertido. Todo ello tiene un interés... dramático —acabó con una risita seca.

Al cabo de unos segundos agregó:

—Mira. Este pobre diablo todavía lleva en el bolsillo el original de su obra de teatro. Siento molestarle, pero se la tengo que quitar. Toma, guárdala tú. Y ahora vamos a echar un vistazo a esa puerta.

Nos dirigimos hacia ella. Bencolin la abrió con la punta del pie. Salimos a un sendero que seguía la tapia y nos encontramos en el campo. Un seto fragante y espectral, cargado de capullos, bordeaba el sendero por el lado opuesto al de la tapia. Permanecemos allí durante algún tiempo, mirándolo todo, en tanto que el viento suave y embalsamado por el perfume de las lilas y del agua corriente nos acariciaba el rostro. A lo lejos, por encima de un pequeño cerro y delante de la casa, vimos vagamente la tapia del palacio de Versalles, y en dirección de la ciudad unas cuantas luces aisladas. Bencolin iba y venía por el sendero, precedido del círculo luminoso de su linterna.

—Ahí está el coche de Vautrelle —dijo en la oscuridad—. Este camino es poco usado. Apagó las luces y dejó el automóvil en medio del camino. ¡Ah! ¡Ven aquí!

La luz de la linterna se había alejado un trecho. Rodeé el Fiat, que estaba en medio del camino, y me uní con Bencolin en un punto en que el camino torcía hacia la carretera, al acabar la tapia del jardín. Bencolin estaba de rodillas, iluminando la carretera desde muy cerca.

—Huellas de neumáticos. Michelin. Mira. Un coche entró en este camino desde la carretera y estuvo parado aquí durante algún tiempo, como indica la mayor profundidad de la huella al borde del camino. Luego reuló y entró nuevamente en ¡a carretera. Michelin. Probablemente, un taxi. La empresa Savoie no usa más que neumáticos Michelin. *Zut!* ¡Este asesino nuestro se está volviendo horriblemente descuidado! En seis horas podemos encontrar el taxi que le trajo aquí, y aún en menos. Pocos taxis habrán hecho el viaje desde París hasta aquí a estas horas. De lo que se deduce...

—¿Qué?

—Lo que yo había imaginado. El criminal ha perdido la serenidad y la calma. Ponte en su lugar. Decidido a matar a Vautrelle, no piensas en las consecuencias, sino que coges un taxi y vas en él hasta unos centenares de metros del lugar del crimen. Eso demuestra que has perdido la cabeza.

—Puede ser que no viniera con la intención de matar a Vautrelle. No olvide usted



eso.

—¿Para qué trajo entonces el arma? Lo cual me recuerda algo. El cuchillo debe de andar por aquí. Veamos. Sale el asesino del jardín y se da cuenta de que aún lleva en la mano el arma de que se ha servido, y cree conveniente librarse de ella. La tira. Probablemente al seto, pues si la arrojara por encima de la tapia podría llamar la atención del mecánico del taxi. Podemos calcularlo casi exactamente. El asesino aún no ha llegado a la zona iluminada por las luces del taxi, que estaba mirando hacia allí...

—El taxi pudo haber dado la vuelta mientras quien lo alquiló se alejaba por el camino. En ese caso no hubiera visto...

—*Zut*; ¡Despierta! ¿No ves que no hay más que dos líneas de huellas? Este camino es demasiado estrecho para maniobrar. Si el taxi hubiera reculado hasta la carretera, dado allí la vuelta y entrado en el camino marcha atrás, veríamos cuatro huellas de ruedas. De manera que podemos estar seguros de que el taxi estaba mirando hacia acá. El asesino aún no ha entrado en la zona iluminada por las luces del taxi, las cuales, según la reglamentación de tráfico, deberían llegar hasta aquí por lo menos —dijo, midiendo el terreno con unos pasos—. Ahora me alejo un poco más y empleo mi linterna.

Se inclinó hacia el seto.

—Y, en efecto, allí tienes el cuchillo, entre las ramas. ¿No ves el brillo? No lo toques. Ahora podemos regresar a la casa.

Según avanzábamos por la carretera miró su reloj a la luz de la linterna y dejó escapar un pequeño silbido.

—¡Nombre de un nombre! —dijo con típica expresión, difícil de traducir—. ¡La una y media! No me había dado cuenta de que fuera tan tarde. ¡Bueno! ¿Te encuentras sereno?

—Sí, sí; demasiado sereno. Déjese de pullas.

—Entonces, ¿puedes recordar la hora que era cuando viste a Vautrelle junto a la tapia?

—No lo sé. Tal vez las nueve y media. Bencolin, ¿qué es todo esto? Nada parece tener sentido.

Todo es una pesadilla incoherente. Mire. Estoy manchado de sangre, de cuando le toqué. Vautrelle... no merecía la muerte. Era...

—¿Has olvidado que Vautrelle también cortejaba a *madame* Louise..., además de Saligny?

—Quiere usted decir que Golton lo insinuó. Pero ¿es que busca este loco dar muerte a todos los que la conocían? Yo estaba creído que Vautrelle era el asesino. Casi lo hubiera podido jurar. Pero de repente alguien entra silenciosamente por la puerta y le mata. ¿A quién le tocará ahora?

Habíamos entrado en el jardín nuevamente, Bencolin se detuvo y miró la luna.

—No entiendes —dijo, sacudiendo la cabeza—. Ames que salga el sol va a llover.

Tengo que llamar a la Policía inmediatamente, o la lluvia hará desaparecer las huellas. No creo que sea difícil encontrar algunas huellas de pisadas por aquí...

Ya dentro de la casa encontramos al médico, que aguardaba en la sala. Su expresión era tétrica. Miraba al techo.

—Encuentro mal a su esposa, *monsieur*— me dijo—. Ha bebido y fumado excesivamente. Y sus nervios..., ¡ah!, sus nervios, *monsieur*, están destrozados. Su tratamiento será: menos cigarrillos, menos alcohol y tranquilidad absoluta. ¿Grave? No, no está *grave*. Mañana se podrá levantar si la dejan descansar ahora. Le he dado un bromuro triple, lo que debe calmarla. No obstante, vigüela, y si no mejora, llámeme por teléfono... ¡Ah!, *monsieur; merci, mais vous êtes trop gentil, alors. Cinq cent francs, vous voyez; Mais si vous insistez...!* —se encogió de hombros—. Buenas noches, *monsieur*.

Como consecuencia de las llamadas telefónicas de Bencolin comenzaron a llegar automóviles a la casa. Oí las voces roncadas de sus *claxons* y las muy excitadas de sus ocupantes. Probablemente se trataba del *commisaire* de Versailles, aunque no pude decirlo por las insignias de su uniforme cuando entró en la casa. Sí, me resultó evidente que Bencolin le inspiraba profundísimo respeto, lo que probablemente explicaría la gran cortesía con que me interrogó. Cuando Bencolin dijo que *mademoiselle* se encontraba indispuesta y que quizá fuera mejor no molestarla aquella noche, el comisario respondió:

—¡Pobrecilla! ¡Naturalmente! —y cerró su libro de notas.

El jardín estaba invadido por las linternas y escuché abundancia de exclamaciones y ruido de hombres que rebuscaban entre el follaje.

Al poco rato entré en la alcoba y cerré la puerta. Seguía encendida la luz amarilla junto a la cama. Oí la respiración tranquila y pausada de Sharon. Los zapatos estaban en el suelo. El médico la había tapado con una manta ligera. Llegaba hasta allí vagamente el rumor de la búsqueda. Por la ventana se veía el resplandor movedido de las linternas. Corrí las cortinas.

Fueron transcurriendo lentamente las horas que nos separaban del amanecer. Me fui quedando frío, los párpados se buscaban con insistencia, pero el cerebro, al ir pasando el tiempo, se fue sintiendo estimulado, aunque su visión no resultara con ello más clara. Murió gradualmente el ruido en el jardín, palpitaron los motores de los automóviles y rechinaron los piñones de las cajas de cambio. Luego reinó el silencio. Estaba yo sentado en un sillón, sumido en la estupidez, cuando entró Bencolin. Sus labios formularon una pregunta en silencio. Señaló hacia la carretera y elevó los ojos a lo alto. Yo hice una señal negativa.

No era posible abandonar a Sharon allí. Él asintió y sus labios me dijeron:

—Mañana.

Permaneció durante algún tiempo en el umbral, recortada su silueta por la luz de la sala, hombre de alambre y de acero. Los ojos se estuvieron moviendo inescrutables en sus hondas cuencas, pasando de Sharon a mí, y no sé si imaginé la sonrisa

zumbona que me pareció ver emboscada en su barbita puntiaguda. Se encogió ligeramente de hombros y cerró la puerta sin hacer ruido. A los pocos minutos oí el fuerte motor de su coche, que se alejaba hacia Versalles.

Quedé a solas con mis pensamientos, mis dudas, mis vacilaciones, sin otra compañía que el tictac del reloj y los vagos rumores nocturnos de la casa. Para no quedarme dormido, recorrí la casa vacía y a oscuras, pero siempre regresé inevitablemente a la habitación en que brillaba apagadamente la lámpara amarilla. Una y otra vez recorrí las habitaciones, acallados mis pasos por las alfombras, para volver a contemplar el rostro de la durmiente, tranquilo, pueril, bañado por una serenidad inefable. El pelo se desparramaba sobre la almohada, todo el rostro estaba en sombras, pero una ligera sonrisa flotaba sobre los labios rojos, las pestañas estaban húmedas y una mano extendida quedaba descansando sobre la mesa en que estaba la lámpara encendida. La arropé mejor y volví a sentarme en el sillón. ¡La comedia de Vautrelle! La sentí en mi bolsillo cuando busqué un cigarrillo. Acerqué la mesita muy lentamente para no molestar la mano que descansaba sobre ella, incliné la pantalla de manera que la luz cayera hacia mí, y extendí las hojas mecanografiadas delante de mis ojos. Estaban algo arrugadas y los bordes de algunas de las hojas tenían unas manchas rojizas y recientes.

No sé si la obra era buena. Considerada tranquilamente, estaba llena de latiguillos. Los personajes hablaban de manera muy poco natural. Pero podía advertirse, a pesar de los defectos, una imaginación desbordante y rica, la «sangre del tigre y la miel» de Barbey D'Aurevilly, y una especie de humor sardónico que recordaba la sonrisa de una gárgola en lo alto de una torre. Estaba mecanografiada a tres espacios de interlínea, y en los huecos se podían ver abundancia de correcciones hechas con una letra vigorosa. Al margen había notas escritas por la mano de una mujer, cosas como «Demasiado teatral»; «Esto debes abreviarlo, Edouard»; «La alusión está bien, pero hablar excesivamente de Dios es síntoma de juventud excesiva». El protagonista, llamado Vernoy, era un retrato glorificado de Vautrelle, y al esforzarse el autor en darle ocasiones de lucirse con frases brillantes, exageraba la nota de manera inaceptable. Pero todo ello me pareció revelador. Cito unos párrafos tomados del primer acto:

VERNOY.— El arte del asesino, mi querido Maurot, es parecido al arte del prestidigitador. Y el de este no reside en ese apotegma de que la mano es más rápida que el ojo, sino, sencillamente, en hacer que el espectador dirija su atención a otro sitio. Te obliga con su arte a mirarle una mano, mientras con la otra, realmente a la vista del público distraído, hace lo que desea. Eso es lo que yo he hecho en el terreno del crimen.

MAUROT.— (*Riendo.*) ¡Hablas enteramente como un catedrático!

VERNOY.— Precisamente. Es lo que soy. Harías bien en estudiar el asunto. En cuanto a lo que estábamos hablando, el profesor Munstemberg, de la

Facultad de Harvard, tiene un capítulo profundamente interesante en su obra «Los testigos durante el juicio». Es precisamente el principio que pienso aplicar cuando asesine.

MAUROT.— ¡No digas atrocidades!

VERNOY.— Hablo completamente en serio. Voy a matar a ese impostor y desafío a toda la Policía del mundo a que me demuestre el crimen. He de explicarte que ese farsante tiene la intención de matar a alguien. Y creo que estoy plenamente justificado en mi decisión de proteger... a la persona que es mi mejor amiga.

*(Cuando cae el telón, Vernoy está en pie, contra los cortinajes negros, debajo de una mascarilla de César Borgia. Abre la mano lentamente y la vuelve a cerrar con igual lentitud. El rostro inicia una leve sonrisa).*

Debajo de esto había un comentario en igual letra femenina: «*Oh, Edouard, je t'aime!, je t'aime!*». Esta frase me produjo gran impresión, pues la encontré singularmente viva en medio de tanto horror melodramático. Miré hacia la cama. Allí estaba, apaciblemente dormida, la mujer que supo escribir con mano firme sus propias notas al margen del final de los actos de la comedia, acabados según sus propias ideas, la mujer que tan bien sabía fingir emociones admirables. Pero, prescindiendo de ella, ¿era posible sacar alguna consecuencia de la comedia? ¿Acaso estaba Vautrelle escribiendo su propia versión de la verdad? Según aquello, Vautrelle conocía la identidad del *impostor* que tenía intención de dar muerte a Saligny, en cuyo caso, el motivo de que él fuera asesinado resultaba perfectamente claro a la luz de las frases escritas cuando no pensaba en que pudiera amenazarle mal alguno. El impostor supo que Vautrelle había descubierto su secreto y que corría peligro de que lo descubriera...

Las cuartillas quedaron envueltas por la neblina del sueño. Me esforcé para recobrar el sentido de la proporción y repeler aquella somnolencia que comenzaba a lograr que los muebles bailaran y se derritieran ante mis ojos. Me levanté y me acerqué a la cama. De nuevo vi aquella sonrisa misteriosa en los labios de Sharon. ¡Cómo la odié en aquellos instantes! «*Edouard, je t'aime!, je t'aime!*». Y luego recordé la voz indiferente en que aseguró que nada había entre ellos y que nunca lo había habido; se lo dijo a aquel hombre que la miraba con el monóculo engastado en el ojo, y que luego miró a la luna desde la sombra de un ciprés negro, también con una sonrisa sardónica en el rostro.

Seguí paseando por la alcoba. ¿Conocería realmente Vautrelle la identidad de Laurent y el nombre bajo el cual se escondía? Esto era una mera suposición, pero una suposición que me parecía quedar confirmada hasta cierto punto por su actitud durante todas las investigaciones. Sabría quién era Laurent desde el principio, desde que se agachó en el cuarto de baño y recogió del suelo la escardilla que dejó,

incongruentemente, en el botiquín. Recordé al viejo abogado, inclinando su cabeza calva y mostrándonos el blanco de sus ojos. A juzgar por la comedia, Vautrelle creía haber descubierto un procedimiento perfectamente seguro de cometer un asesinato. ¿Y si le hubiera explicado esta idea al asesino, antes de conocer su verdadera identidad? ¿Se lo había explicado? ¿Y había el asesino puesto en práctica la idea, lo que indicaría a Vautrelle quién había cometido el crimen? ¡Todo ello era sencillamente fantástico! Apagué la luz y seguí paseando a oscuras, tratando de ordenar en mi cabeza todo aquello. La luna iluminaba débilmente la cama, pero las esquinas de la habitación estaban llenas de gentes cuyos rostros jamás había visto anteriormente, todos ellos gesticulando y murmurando al amparo del tictac del reloj. Sharon se rebulló y pronunció unas palabras ininteligibles.

Volví a mi sillón y me senté. Los susurros de la noche se fundieron con los ruidos incomprensibles de mi cerebro. El reloj, el murmullo de los árboles, el lento gotear del grifo en el baño. La luna moribunda nos atisbaba desde la altura por la ventana y brillaba sobre el real palacio desierto. Mi cerebro se negó a funcionar y fue escurriéndose poco a poco en un abismo negro. Me sorprendió escuchar el valiente canto de un gallo en el campo. Luego, al son apaciguador de la lluvia que comenzó a tamborilear sobre el tejado, me quedé dormido.

## LA MÁSCARA DE PLATA... Y OTRA

Los aficionados al teatro habrán reconocido la obra teatral de que se trata al leer la cita que he dado. Se llamó *La máscara de plata* y fue una extravagancia sin precedentes, que tuvo un éxito fenomenal hasta hará unos dos meses. En Francia se juzgó inconveniente aprovechar el original de Vautrelle, pero a propuesta de Bencolin, se le envió una copia a su amigo John MacFarlane, inglés, quien mejoró la obra, aunque, por razones fáciles de comprender, no deseó aparecer como autor de ella. *La máscara de plata* se estrenó en el teatro Haymarket, de Londres, en octubre de 1928. Encarnando a Vernoy el insigne actor George Arliss, logró crear un personaje perfecto en su mezcla de suavidad y encanto morales. Pero lo más notable de la obra era que no acababa. Se suspendía la acción en el punto culminante al acabar el segundo acto, sin dar explicación de ninguna clase al público, que quedaba entre indignado, burlado y curioso. La misma exasperación atrajo al teatro a miles y miles de espectadores. Los críticos se mostraron regocijados y aplaudieron la obra. El reputado crítico teatral St. John Ervine escribió: «Ahí tenéis una obra de cuerpo entero, amigos míos. Después de haber suscitado cuidadosamente la más profunda emoción de los espectadores, el autor ha conseguido encontrar el único método realmente satisfactorio de acabar». En la forma en que se representó, la obra no conservaba más que un muy ligero parecido con los sucesos desarrollados en París, hasta el punto de que, cuando Bencolin y yo vimos el estreno, no pudimos descubrir más relación entre ambas cosas que las frases que componen la cita que he dado. Todo resultaba vago, confuso y no había manera de comprender nada de cuanto ocurría en el escenario. Se oían referencias dichas casualmente que despertaban el interés, pero que no eran explicadas entonces ni después; personajes a quienes era imposible *colocar* decían frases que resultaba imposible desentrañar, y en cuanto a la identidad del *impostor* o *farsante*, el público no tenía la más vaga idea acerca de quién era o qué era lo que deseaba llevar a cabo. La obra se representó como anónima, pero de cada diez críticos, nueve juraron que la había escrito Eugene O'Neill.

Mientras presenciábamos la representación de aquel acto segundo, tremendo e irracional, imaginé la tremenda sensación que Bencolin pudo haber creado sin esfuerzo, levantándose de su butaca y diciendo: «Perdonen ustedes, pero creo que no me sería difícil acabar la obra y explicar la manera en que el crimen fue cometido». Pues pocas personas sabían la verdad del asunto, aunque en las carteleras la obra se anunciaba como «reconstrucción del famoso asesinato del duque de Saligny».

Menester es confesar que no era posible descubrir en *La máscara de plata* indicios y pistas bastantes para llegar hasta la verdad, pero también es preciso confesar que por procedimientos difíciles de explicar, la obra conseguía crear un ambiente que me recordó vivamente el que reinó mientras se desarrollaban los sucesos que he venido relatando. El olor a pólvora y los confusos rumores que son perceptibles en el teatro, la oscuridad, los cortinajes de terciopelo negro, los espigados candelabros, la voz sedosa de Arliss y aquella máscara de plata que sonreía ferozmente en segundo término..., todo ello logró que de nuevo pensara yo encontrarme en París durante la primavera, leyendo la obra de Vautrelle junto a la cama en que dormía Sharon apaciblemente. Estos recuerdos conjuraron ante los ojos de mi memoria todos los detalles de su monstruosa fealdad y todo el acerbo dolor intangible que los sucesos produjeron.

La lluvia con sus canciones intermitentes consiguió que me durmiera hasta que amaneció. Fue Thérèse quien me despertó. Le expliqué lo que había ocurrido, llevándola a la sala para que Sharon no fuese molestada por nuestras voces. Me sentía frío y torpe. Recuerdo vagamente que la mujer me hizo una taza de café, pero, durante todo el tiempo que me habló, su voz excitada me parecía llegar desde una gran distancia; en realidad, no me encontré verdaderamente despierto hasta que ya estaba de nuevo camino de París. Dejé Versalles envuelto en sábanas enloquecidas de lluvia. ¡Bencolin! Tenía que ver a Bencolin y hablarle de aquella obra de teatro. Alguien había subido la capota de mi coche, probablemente Bencolin; acto de previsión prosaica que encajaba perfectamente en la compleja naturaleza del hombre. Fui conduciendo casi por instinto a lo largo de la muy conocida carretera. Verdaderamente aquel día no hubo amanecer, sino solo lluvia y niebla manchadas de luz opalina. París fue surgiendo a ambos lados de la carretera, con sus faroles pálidos. De las puertas de las casas salían grotescos seres nocturnos, como los lagartos surgen de debajo de las piedras. Hombres de rostros adormilados vestidos con blusas avanzaban bajo el azote de la lluvia. En las tiendas, las mujeres de la limpieza fregaban y restregaban detrás de los mostradores a la luz del gas. Un tranvía madrugador surgió de la nada, pesadote, torpe, camino de Versalles. Pasó con duro traqueteo y gemidos escalofriantes por encima de los raíles desiguales, brillaron durante un instante sus luces mortecinas y se lo tragó la niebla. Al poco rato vi el río a través de los árboles goteantes. Las ruedas rodaron silenciosamente una vez más sobre el asfalto. ¿Qué llevó a Bencolin a Versalles la noche anterior? No me lo había dicho. En nadie había confiado. Le gustaba cazar solo. Se me ocurrió entonces pensar que tanto Sharon como yo estábamos ahora mezclados en el asunto como algo más que meros espectadores. No sería imposible que nos viésemos sometidos a un interrogatorio como sospechosos de haber cometido el asesinato de Vautrelle. ¿Por qué no? ¡El eterno triángulo! Vautrelle, el protector injuriado; Sharon, su amante inocente, engañada y corrompida por el villano, astuto, rastrero y dado a retorcerse los bigotes, por mí. No era imposible que los franceses vieran el asunto desde ese

punto de vista. Casi pude oír con la imaginación la risa hueca del fiscal acusador, al señalarme con un dedo terrible y decir: «¡Mirad a ese monstruo!».

Pensé que, por lo menos, aquella extraña habilidad de Bencolin para aparecer de improviso justamente a tiempo de hacer algunos comentarios jocosos acerca del crimen más reciente debieran ayudarme a probar mi coartada, aunque también me dije que en todo aquel asunto las coartadas no evitaban que los que las demostraban quedaran exentos de sospechas. Ahora me di cuenta de lo muy indignado que Vautrelle debió de sentirse cuando todo el mundo estaba convencido de que él no pudo cometer el crimen, y, sin embargo, en cuanto se mencionaba su nombre, la gente ponía cara de saber alguna cosa muy significativa y decía: «¡Ah, ah!». La gente..., con excepción de Bencolin. Ya era hora de que este nombre reivindicara su reputación colosal.

Era inútil despertarle a tan temprana hora de la mañana, pues aún no habían dado las seis; por tanto, me dirigí a mi casa. Al entrar en mi alcoba me encontré con una nota escrita en la cuidada caligrafía de Thomas y prendida a la almohada con un alfiler:

«*Monsieur* Bencolin ha llamado esta madrugada, a las tres, para pedir a usted que vaya a buscarle en su coche mañana a las diez. Ha dejado dicho que se trata de algo importante y urgente».

¡Ni descansar! Me di una ducha caliente y me eché para descabezar un sueño antes de acudir a la cita. De nuevo mis sueños estuvieron poblados de fantasmas y endriagos. Eran casi las diez cuando Thomas me despertó, y me di prisa a vestirme. Seguía lloviendo monótonamente, pero me encontré muy descansado. Cuando llegué al portal de la casa de la avenida de Jorge V, vi que Bencolin aguardaba en él. Junto a él había una mujer, muy nerviosa y colorada, vestida con sus ropas negras del domingo y un fantástico sombrero.

—Te presento a *madame la concierge* del establecimiento de Fenelli —me explicó Bencolin—. Me ha dicho que Fenelli ha seguido mi consejo. Ya hace tiempo que estoy pensando en la conveniencia de preguntar a Fenelli algunas cosas relativas a su difunto amigo Vautrelle, y creo que lo mejor será que nos dirijamos allá. *A' voir, madame*. Por ahora, eso es todo.

—*A' voir, monsieur* —respondió la mujer con esa voz estirada y monótona que parece ser un don exclusivo de las porteras, chillona y completamente desprovista de expresión. Hizo una especie de reverencia cortesana, agarró fuertemente su paraguas y miró a uno y otro lado con sus ojillos negros y sagaces—. *Monsieur...*, naturalmente, no le dirá usted nada a *monsieur* Fenelli... No voy allí ahora. Les dejo. *A' voir, messieurs*.

Así que habíamos cruzado la Place d'Alma y seguimos por la avenida de Tokyo la lluvia cesó casi por completo. Al subir camino de Passy, entramos por estrechas



callejuelas y oímos el ruido del Metro, que salió por su puente y avanzó por encima de la calle de Beethoven. Fue entonces cuando Bencolin dijo:

—*Madame la concierge* no encuentra muy simpático a Fenelli. Dice, no obstante, que se ha librado de todas las existencias de narcóticos prohibidos.

Allí estaba la casa, en la esquina de la calle des Eaux, con sus tres pisos, con sus ventanas enrejadas en el segundo de ellos y amparada por la tapia. La puerta de esta estaba abierta y no vimos a nadie en la portería que nos preguntara adonde nos dirigíamos. Al llegar a la puerta principal, Bencolin vaciló antes de llamar al timbre. Empujó la puerta y vio que estaba abierta.

El enorme *foyer* estaba solitario y sin ventilar.

Ante nosotros arrancaba la escalera en curva, con su alfombra roja, hacia el salón de juego del segundo piso. A nuestra derecha estaba el salón de baile, en donde tocó la orquesta. Bencolin estuvo unos segundos inmóvil mirándolo todo. Subimos la escalera silenciosamente por delante del reloj de pie del descansillo. Por la ventana que se abría encima de él penetraba cierta claridad. Cuando llegamos a este descansillo vi a un hombre que bajaba la escalera presurosamente.

Traía puesta una chistera y me pareció inmensamente alto. Iba sonriendo. De su cuerpo, lo único que parecía moverse era la cabeza. Cuando pasó junto a nosotros alzó las cejas. Era Gersault, el ayuda de cámara de Saligny. Más que bajar la escalera con los pies parecía flotar. Su sonrisa de máscara no se modificó al vernos. Vi su *toupet* ligeramente torcido debajo de la chistera.

—Buenos días —dijo.

—Buenos días —respondió Bencolin.

Por una vez, aquel encuentro sorprendió al detective; el criado ya estaba casi en el piso bajo cuando Bencolin reaccionó y dijo:

—Extraño lugar para encontrarle a usted, Gersault.

—Espero que el señor no crea que estoy abandonando mis obligaciones —dijo el ayuda de cámara—. Muerto mi señor, tengo que buscar otra colocación. He venido aquí pensando que tal vez *monsieur* Fenelli pudiera ofrecerme algo. Desgraciadamente, no he conseguido respuesta alguna.

Suspiró y continuó su camino. En aquel instante el reloj dio la media. Eran las diez y treinta minutos.

—He estado en mi vida en muchos y en muy extraños lugares —dijo Bencolin—, pero no creo haberme encontrado nunca en un sitio en que lodo respire la amenaza y la maldad que siento que reina en este. Es una casa malvada. Vamos arriba.

Cuando llegamos al segundo piso, la oscuridad aumentó. Todo estaba exactamente igual que la noche del crimen: la *serre*, la puerta entornada del cuarto de las cartas, la del bar y la del salón, la alfombra roja sobre el suelo de mármol. Aquella casa solamente florecía de noche. Avanzamos hasta el otro tramo, agarrándonos al pasamanos de bronce. La puerta en que acababa estaba cerrada con llave. Toda la casa se hallaba envuelta en un silencio ponzoñoso y malévolos. La voz de Bencolin

resonó contra la puerta.

—¡Abran esta puerta! —gritó, aporreando sobre ella.

Era la Ley, que exigía sus derechos.

No recibió contestación durante algún tiempo. De nuevo el eco de su voz retumbó en los pisos bajos, pero entonces pude oír al otro lado de la puerta algo que se me antojó ser llanto nervioso...

Se abrió la puerta lentamente. En la penumbra vi la cara pastosa de Fenelli, caídos los mostachos, reluciente el rostro por una película de sudor. Trató de hablar y nos miró con ojos velados. Se sujetaba la bata con una de sus manos carnosas y repelentes. Bencolin empujó la puerta y entró. Fenelli quedó recostado contra una de las puertas numeradas, exclamando:

—¡Esto es un atropello!

—¡Cállese! ¿Qué se trae usted ahora entre manos?

—¡No aguanto esto! —gritó Fenelli, indignado—. ¿Qué derecho...?

—Supongo que se trata de algo relacionado con su afición a ciertas drogas...

—¡No, no! No comprende usted. No es eso. Es una muchacha. Una mujer de la calle. Tengo derecho a...

—¡Ah! ¿Es tan sencillo como todo eso? ¿En dónde está?

—Ahí, en la habitación número dos. Pero no le pasa nada. Yo soy incapaz de hacer daño a nadie.

Bencolin avanzó hacia la puerta indicada y la abrió. En el vestíbulo se percibía un ligero olor a polvos de tocador. Todo aquello me hizo sentir náuseas. Fenelli, con la cara semejante a un gran trozo de arcilla blanda, me apuntó de repente con un dedo acusador y dijo:

—¡*Usted* fue quien la trajo aquí! ¡Le vi anteanoche, cuando la mujer inglesa estaba aquí arriba! ¡No lo olvido!

Calló repentinamente y luego siguió diciendo:

—¿Qué he hecho para merecer este trato? Está usted tratando de arruinarme. Yo no hago nada contrario a la Ley...

Bencolin se reunió con nosotros.

—No tiene usted motivo para ponerse tan nervioso, Fenelli. Como dice usted muy bien, no está haciendo nada que sea contrario a la Ley. Se trata, sencillamente, de otro asunto..., puramente comercial. Un asunto interesante. Ahora dígame a la mujer que nos deje, porque tengo que hacerle a usted unas preguntas. Llévenos a su despacho. Le daremos tiempo para que se vista.

Fenelli desapareció por una puerta del lienzo de la escalera después de indicarnos otra al final del vestíbulo como la de su despacho.

—Ven al despacho —me dijo Bencolin rápidamente—. No quiero que sepa que *lo sé*.

—¿Que sabe usted qué?

—La villanía de todo el asunto aumenta según avanzamos. Fenelli ha querido

hacerme creer que la mujer que hay en ese cuarto es una mujer de la calle. La verdad es que la mujer que está ahí es Louise de Saligny.

Se pasó una mano por los ojos.

—No hagas un gesto cuando venga. ¿Vas comprendiendo ya? Lograron convertir a Louise en tomadora de drogas narcóticas. Para conseguir las drogas está ahora dispuesta a someterse a cualquier humillación que la pueda exigir nuestro mantecoso amigo el señor Fenelli. Probablemente, Louise tenía dinero suyo, y el instinto de negociante de Fenelli vio una oportunidad...

Se encogió de hombros.

—Bencolin —dije—, vamos a estrangularle aquí mismo. Vamos a buscarle y...

Bencolin me agarró de un brazo brutalmente.

—¡Baja la voz! Y estate quieto. Por ahora, el éxito depende de que logremos trabajar sin que se den cuenta de ello. Louise no sabe que la he visto ahí dentro. Creo que eso constituiría su humillación más intolerable.

Entramos en la habitación que nos había sido indicada. Era muy pequeña. Había en ella una mesa de escribir, una silla y una gran caja fuerte. Encima de la mesa había una lámpara encendida. La habitación carecía de ventanas.

—Louise no me ha reconocido. Estaba en un estado de semiinconsciencia narcotizada. Cierra la puerta. Déjala que se vaya por la escalera de servicio, créida de que nadie la ha visto.

Como si aquella pobre mujer no hubiera tenido que soportar horrores suficientes, la artística imaginación de Fenelli había tenido que inventar uno más. Pudiera decirse que a Louise la perseguía una ironía inexorable, que estaba encerrada dentro de un fatal círculo vicioso, de tal manera que, volviérase hacia donde se volviera, su cuello daba contra el filo aguzado del acero. Luego de huir de un marido que la quiso asesinar, se veía obligada a soportar las caricias lascivas de aquel montón de arcilla blanzuca. Pasado un rato, Fenelli entró en la habitación impecablemente vestido y con una gardenia en el ojal. Yo me imaginé a Louise, enloquecida y estupefacta, bajando con risas dementes la escalera de servicio.

—Decían ustedes que deseaban hablarme —dijo Fenelli, que había recobrado la calma por completo—. Le doy a usted mi palabra, *monsieur* Bencolin, de que en esta casa no queda ni un solo gramo de narcóticos.

—Han asesinado a Vautrelle —dijo Bencolin.

Fenelli le miró desojado.

—Le mataron a puñaladas anoche en Versalles.

—Pero... ¡eso es terrible! —dijo Fenelli—. Le conocía bien. Espero que habrán descubierto ustedes al asesino.

—Sabemos, naturalmente —dijo Bencolin—, que Vautrelle era agente de usted. Le traía gente a quien usted pudiera vender drogas.

Fenelli se encontraba mucho más tranquilo. Se arregló la corbata de *plastrón*, se estiró el chaleco y encogió los hombros ligeramente.

—*Monsieur*, en otra ocasión tuvo usted la gentileza de olvidarse de mis pequeñas indiscreciones. Permítame asegurarle que cualesquiera drogas que pudieran considerarse indeseables ya no están en mi establecimiento. Por otra parte, no tengo inconveniente en que mi contabilidad sea examinada. Estoy completamente dentro de la Ley.

Sonrió y se examinó cuidadosamente las uñas.

—Estábamos hablando de Vautrelle —dijo Bencolin.

—¿Está usted, acaso, insinuando que yo pueda saber algo acerca de su muerte?

—Vautrelle aseguraba ser un ex oficial del Ejército ruso. Es mentira. Era un golfillo del muelle de Marsella que logró educarse. Allí le recogió usted hace algunos años.

—¿Qué tendría eso de malo?

—Tengo en el bolsillo cierto número de cheques pagados, que he conseguido en el Crédit Lyonnais. Suman doscientos mil francos. Están extendidos a nombre de Edouard Vautrelle y firmados por Louise Laurent, hoy duquesa viuda de Saligny. ¿Acaso se trata de beneficios conseguidos con su comercio, Fenelli? Esa mujer está en un aprieto, ¿no es verdad?

Se abrieron más los ojos de Fenelli y miró los cheques que Bencolin le ofrecía.

—¡Cheques, cheques! No sé nada acerca de esos cheques. ¿Ese Vautrelle no era honrado acaso? Permítame que los examine. Sí. Ya sospechaba que Vautrelle no jugaba limpio.

—Lo cual interpreto que quiere decir que Louise hubo de pagar por duplicado las drogas. ¿Es eso? —dijo Bencolin, inclinándose sobre la mesa y hablando muy dulcemente.

—¡Me engañaba! —dijo Fenelli con acento trágico.

—¿O acaso se trata de chantaje, Fenelli? —prosiguió Bencolin en igual tono de voz—. ¿Acaso la sangraron con la amenaza de denunciarla a su futuro marido?

—¡No!

—Eso es todo lo que deseaba saber —dijo Bencolin con la más cortés de sus sonrisas—. Vámonos; aquí ya hemos terminado.

Se puso el sombrero y se dirigió a la puerta; pero en el momento en que iba a salir se volvió rápidamente y pudimos ver la blancura de sus dientes a través de los pelos de la barba.

—Unas palabras más solamente, Fenelli. Si algún día siente usted la tentación de llevar a cabo ciertos... negocios con Louise de Saligny, un negocio basado en una especie de toma y daca..., permítame que le aconseje que resista esa tentación con todas sus fuerzas. Nada más.

Bajamos la escalera silenciosamente. Bencolin, golpeando la barandilla con su bastón. Cuando ya estábamos de nuevo a la puerta, dijo:

—Ahora creo que comprenderás la gran tragedia de aquel hombre que se llamó Edouard Vautrelle. Era un golfillo, criado con agua recogida de la alcantarilla. Creció

y supo crearse un mundo en el cual se movía entre colores muy bellos. Y casi alcanzó el mundo de sus ensueños, pero nunca lo logró completamente. Siempre halló algo en su camino que se lo estorbó en el último momento. Lo único que le interesaba era verse a sí mismo tal como él se imaginaba. Poco le importaba que tú le tuvieses por un canalla, con tal de que no dudara de que era un aristócrata. Si le tenías por asesino, se encogía de hombros, con tal de que no se te pasara por la imaginación dudar de que hubiera sido un oficial del Ejército del zar.

—Escribió una obra de teatro —dije yo—. La tengo en casa. Pensaba habérsela enseñado a usted, y luego se me olvidó.

—¡Ah, su famosa comedia! Supongo que también anhelaba gobernar vidas ajenas. Y tenía la debilidad habitual de *bordar* los acontecimientos. No solo quería llegar a conseguir que su vida fuese una novela, sino que fuese una novela extraordinaria, llena de los más inconcebibles adornos. No olvides esto, pues tiene gran importancia. Me imagino que el hecho de que le acusaran de asesinato le produjo cierto placer, cuando sabía que no corría ningún peligro. Ha muerto. Pero recuerda y ten presente siempre su sombra, pues ese fantasma nos dice mucho acerca de la verdad de cuanto ha ocurrido.

Esto coincidía con mi teoría de la noche anterior. Vautrelle había explicado inocentemente a alguna persona un ingenioso plan de cometer un asesinato, y la idea desde el terreno de lo imaginario se había convertido en verdad.

—Bencolin, anoche los dos estábamos bastante descompuestos. Por lo menos, yo. Llegamos a la conclusión, o llegué yo a ella, de que los asesinatos han sido cometidos por la misma persona. No estoy tratando de sonsacarle, si es que desea usted seguir conservando su secreto, pero dígame una cosa por lo menos: ¿han sido cometidos los dos crímenes por el mismo criminal?

—Sí. El asesino es el mismo. Tenemos que entendérselas con un criminal que tiene una terrible sangre fría y un enorme cinismo, y que cree sinceramente que ambos asesinatos están justificados, pues se trata de vengar ofensas pasadas. Estos crímenes no han sido más que resultado de una actitud demasiado violenta para ser expresada con palabras.

—¿Un cerebro enfermo?

Quedó pensativo durante algún tiempo mirando hacia la calle.

—En cierto sentido, sí. Pero no enfermo en el sentido en que Grafenstein nos quisiera hacer creer. Te confesaré que no me convencen demasiado todas las teorías de la psicología de los anormales. Creo que la herencia de Caín es demasiado fuerte para poder confinarla dentro de unos límites teóricos y en una categoría aparte. Estos psiquiatras son los herederos de las teorías vacías de Lombroso, y a veces me siento inclinado a dudar si las actuales teorías son realmente una mejora sobre las desechadas.

—Y el asesino..., ¿le conocemos? ¿Hemos hablado con él? ¿Es uno de los personajes que han tomado parte en todo?

—¡Ya lo creo! —respondió mirándome con expresión extraña.

—Gracias. Vamos a regresar a mi casa y a leer esa comedia. A no ser que tenga usted alguna otra cosa que hacer.

—Antes o después, tendrás que venir conmigo a la Prefectura y firmar tu declaración acerca de todo cuanto ocurrió anoche. Pero no tengas cuidado, no te ocurrirá nada. Yo te daré todos los testimonios favorables que puedas necesitar. Creo también que debiéramos visitar nuevamente Versalles. Pero eso puede esperar.

—¿Se sabe algo más acerca de lo de anoche?

—Mis agentes están en estos momentos buscando el taxi y averiguando de dónde proviene el cuchillo homicida.

No volvimos a hablar camino de mi casa. Creo que para entonces yo comenzaba a temer que Bencolin era un poco fantasioso y que hablaba demasiado acerca de sus descubrimientos algo problemáticos. Ya me había dicho varias veces que lo sabía todo. Pero prácticamente no demostraba que sus palabras fueran completamente exactas.

Cuando llegamos a mi casa encontramos a un visitante que me aguardaba en la sala. Era Sid Golton.

## EL MURO SE DERRUMBÓ

Golton estaba sentado en un sillón junto a la ventana, fumando un cigarrillo y devorando las noticias del *New York Herald*. Los otros periódicos impresos en inglés en París, el *Chicago Tribune* y el *Daily Mail* londinense, estaban esparcidos por el suelo. Me asombró y me contrarió encontrarle allí. Más tarde supe que llegó ofreciendo a Thomas una propina de cincuenta francos, y jamás se sintió Thomas tan insultado como en aquella ocasión. Pero su presencia en mi casa pareció interesar a Bencolin.

—¡Óigame, amigo! —me dijo Golton, agitando en el aire el periódico—. ¡Se está usted volviendo bastante famoso! Se va a pasar un ratito con una chica guapa, y van y apiolan a este Vautrelle en el jardín. Siéntese, hombre. ¡Hola, mosiú!— dijo, dirigiéndose a Bencolin—. No recuerdo su nombre. ¿No es usted el fiscal del distrito o algo así?

—Buenos días, señor Golton —dijo Bencolin en su inglés precioso y cuidadoso—. Celebro mucho el verle.

Advertí la indicación contenida en este saludo, y yo, por mi parte, di la bienvenida a Golton y le pedí que se sintiera como en su casa. Como era de esperar, llevaba unos pantalones cortos bombachos de jugar al *golf*. Echó una pierna por encima del brazo de la butaca y siguió fumando, arrojando el humo hacia el techo con aspecto de encontrarse muy a gusto.

—Va a venir a verle a usted —me dijo— Johnson, el de la *Tribune*. No le importa, ¿verdad? Hemos encontrado su dirección en la lista de teléfonos. Estaba pensando si no debiera ir a ver a Sharon Grey para ver si está bien. Siéntese, hombre, siéntese. Me está poniendo nervioso. ¿Tiene usted algo que beber en casa? Anoche me agarré una trompa de las de ole.

Bencolin se sentó en un sillón al otro lado de la ventana y yo fui en busca de las bebidas. Después de todo, Golton estaba en mi casa y era menester mostrarse cortés con él. Cuando Thomas; con una expresión más adusta que otra cosa, entró en la habitación con una coctelera de Martinis, Bencolin estaba explicándole que Morland no era el nombre del que estaba herrando el caballo del cuadro que había encima del piano, y Golton contestó que aquellos chicos sabían lo que hacían con el pincel en la mano, pero que él, personalmente, prefería a los ilustradores del *Saturday Evening Post*, que, por cierto, costaba en los quioscos de París siete francos, lo cual él consideraba un abuso intolerable.

Luego que la conversación trató durante algún tiempo acerca de temas artísticos,

Bencolin dijo:

—Usted conocía a Vautrelle, ¿no es así?

—En cierto modo. Había oído hablar mucho de él, ya sabe usted cómo corren los comadreos, y una vez se tomó unas copas en Payne's con un amigo mío. Allí le conocí. Le dije que conocía mucho a su amigo Raoul y que Raoul hablaba el inglés mejor que todos los franceses que yo conocía. Por cierto, *mosiú*, que usted se las amaña bastante bien, ¿eh? Otra vez, pues casi me sacaron una fotografía con él en Niza, lo que me hubiera dado ocasión de salir en los periódicos. Pero no pude acercarme lo bastante. Solamente se me veía una oreja. Pero envié la fotografía a casa y salió en un periódico.

Sorbió un trago y añadió reflexivamente:

—Lo que me recuerda que tendré que volver a Estados Unidos dentro de un par de días. Se me acabaron los días buenos.

—¿Sí?

—Como lo oye —dijo Golton tétricamente—. Me tengo que casar. Verá usted; la cosa es así. Mi viejo quiere que yo haga carrera. El fabrica el mejor sucedáneo de cerveza que existe. Es un tío listo, si los hay. Fíjese que cogió el escudo de la familia de mi madre y lo convirtió en la marca registrada de la cerveza, que aparece en todas las botellas. «Cerveza del Castillo de Skelvings: la cerveza aristocrática. Rechace toda botella que no lleve el escudo de armas». Bueno, pues ahora quiere que me busque una esposa como es debido. Él también ha estado viajando con gente de postín, si me entiende usted, y me ha puesto un cablegrama diciendo que me ha encontrado la mujer que me conviene. Por mí..., a mí me parece muy bien. Déme otro cóctel, ¿quiere? Ese viejo mío tiene treinta millones, si es que tiene un centavo. Así que, digo yo, que debo poder encontrar una mujer de bandera.

Este pensamiento consolador le hizo retrepase en la butaca.

—Claro que me duele dejar a todos los amigos estupendos que tengo aquí. Pero, después de todo, no hay nada comparable con el regreso a casita. Y a mí me va a gustar el tener una casa mía, con una esposa que me traiga las zapatillas...

Bencolin estaba mirándole con interés cortés, un dedo apoyado junto a la boca, mientras Golton se explayó acerca del tema del hogar, la madre y el cielo. Por fin se levantó para irse.

Cuando por fin se hubo despedido y desaparecido, Bencolin se asomó a la ventana y estuvo observándole alejarse muy garboso por la avenida Montaigne. Los ojos del detective estaban fruncidos. Daba golpecitos sobre el cristal de la ventana. Por fin se volvió y dejó oír una exclamación:

—¡Bien!

—Ahora que nos hemos librado de ese tipo, voy a buscar la comedia. Quédese usted a comer conmigo. Thomas no es despreciable como cocinero, ni muchísimo menos.

—No, gracias. Tengo demasiadas cosas que hacer, y también tú. Déjame ver esa



comedia. Como te tengo prometido, esta noche os voy a explicar cómo se cometió el asesinato.

No sé si el lector se ha visto alguna vez mezclado en un asunto tan profundamente desagradable como este o si ha visto de cerca, y no a través de las columnas de los periódicos, los detalles relativos a una muerte violenta. Pues leídos los relatos en la Prensa, la peor tragedia se torna irreal y resulta incomprensible y muchas veces completamente absurda, aunque sea terrible si la compartimos con los actores que han desempeñado un papel importante en ella. Incluso las extensas referencias acerca de los juicios resultan desfiguradas, y se advierte en ellas algo parecido a la postura poco natural que adopta la gente al colocarse delante de la máquina del fotógrafo. La lectura de un crimen en relato resumido resulta tan poco convincente como los que leemos en las historias acerca de las batallas, llenos de detalles falsos, de ruidos mentirosos, de actitudes heroicas y de muertes que ocurren en el mismo instante de la victoria, hasta el punto de que llegamos a dudar si la batalla tuvo lugar verdaderamente. Así, pues, si quienes leen estas páginas no han experimentado nunca la incertidumbre del desesperanzado y prisionero, si no han advertido las negras sospechas que rodean a unos u otros en la vida, mucho dudo de que logre darles una impresión clara de los acontecimientos que estoy tratando de historiar. ¿Será el criminal esta o la otra persona? ¿Cómo es posible? ¿Ocurren en la vida cosas semejantes? ¿Es que existen en la vida emociones, locuras y sentimientos lo bastante vigorosos para impulsar a gentes como usted, lector, y como yo, cronista, gentes pacíficas y tranquilas, a entregarse tan completamente a la brutalidad? Sí, existen. Es desagradable; es como mirarnos al espejo y ver en él imágenes horrendas. Pero es cierto.

Ai preparar esta crónica verdadera he procurado mostrar a estos hombres y a estas mujeres tal y como fueron, expresando dentro de lo posible sus sentimientos y sus actos, sin dorar los unos ni mejorar los otros. He tratado de limitarme al relato de hechos, incluso en aquellas ocasiones en las que hubiera preferido, con mucho, callar algo o disimular ciertas cosas; he deseado ofrecer un relato completo en todos sus detalles, incluso cuando más me hubiera complacido omitirlos, pues no he de negar que la atmósfera en que se desarrolló todo ello fue la repelente de una carnicería. Mi propósito ha sido el siguiente: lograr que el lector comprenda completamente lo que creo que fue una obra maestra de razonamiento analítico, el proceso mental mediante el que Bencolin encontró la solución del misterio.

Ya estaba cercana la hora en que todo debía hacer crisis, y esto no me hubiera cogido por sorpresa; pero nunca imaginé que la solución llevara anexa toda una serie de crisis parciales, cada una de ellas peor que la anterior. Y esto, celebro decirlo, ni siquiera Bencolin lo sospechó. Todo lo ocurrido ya contenía bastante tragedia.

Mientras Bencolin leía la comedia de Vautrelle eché un vistazo a la Prensa de la mañana y me llevé una considerable sorpresa. Me resultó difícil darme cuenta exacta de que todo lo que leí se refería a nosotros. Aquellas personas de quienes escribían

los periodistas eran seres que se movían en un mundo ideal, personajes casi heroicos que no compartían los sufrimientos, las emociones y las flaquezas de los seres humanos, atormentados, perplejos y corrientes. Comencé a pasear por el cuarto. Me era bien conocido, como también los objetos que lo llenaban. Recordé mi correspondencia. Ya hacía dos días que no la miraba. Thomas la había reunido ordenadamente sobre una bandejita de plata en el vestíbulo. Un par de invitaciones, una carta de mi casa (¡qué gran sorpresa se iba a llevar el *pater familias* cuando llegara a su conocimiento todo lo ocurrido!), la cuenta del sastre y una *pneumatique*. Supuse que había llegado media hora antes, mientras estuve fuera. No conocía la escritura. ¿Quién diablos podía mandarme cartas urgentes en aquellos...?

«Querido Jeff:

»¡Estoy metida en el lío más desagradable! Acabo de recibir un telegrama de mi padre. ¿Es posible que se haya enterado ya? Dice que tomará el primer aeroplano que salga de Londres; no puedo imaginar qué le ocurre, pero tengo miedo. La gente ya está hablando de mí, y yo no he hecho nada. Eso lo sabes tú perfectamente. ¿No querrás ser tan bueno que vengas esta noche? Mi padre no puede soportar a los franceses. Tal vez tú logres pacificarle. Esto es horrible; están tratando de obligarme a que me quede en la cama. Quiero darte las gracias por haberte quedado anoche a mi lado. Ven. Te lo ruego.

Sharon».

Esto me resultaba comprensible. A todos comenzaban a ocurrirnos cosas desagradables. El baile macabro, la angustia, trenzaban sus pasos cada vez más veloces. ¿Ir a Versalles? Si en algo era capaz de ayudar a Sharon, ni siquiera aguardaría que llegara la noche. Lo malo era que no podía hacer nada, nada en absoluto. Sin embargo, hay veces en que es preciso hacer algo, inventarlo, aunque sea imposible. Estaba reflexionando acerca de la carta cuando Bencolin me habló. No le dije nada acerca de ella. No es que contuviera nada personal ni secreto, pero, por motivos que no sé definir, no sentía ningún deseo de hablar de ella. Lo que sí deseaba era ver a Sharon...

Tomamos una taza de café en lugar de comer, y Bencolin me llevó a la Prefectura. Durante el camino le sorprendí varias veces mirándome con expresión de curiosidad. En una ocasión me pareció que iba a decirme algo y casi le pregunté el qué. Me dije que Bencolin estaba nervioso, pálido, a consecuencia de las dos noches anteriores, pasadas casi en claro. Le vi con los nervios tensos, más profundas las arrugas de su rostro, entornados los ojos y mirándome con un extraño brillo en ellos. Pero luego me dije que si había alguien que estuviera desprovisto de nervios, ese hombre era Bencolin. Todo aquello eran imaginaciones mías. Sin embargo, la sensación de espera angustiosa persistió.

En la Prefectura los trámites me parecieron interminables. Creo que hablamos con una docena de personas, y cada vez hube de repetir mi relato, hasta que llegué a hacerlo automáticamente y casi de memoria. Me pidieron varias veces que mostrara mi tarjeta de identidad, la cual escudriñaron cuidadosamente. Y el final fue siempre el mismo: mi interrogador decía «¡Ah!», y me entregaba a otra persona que repetía casi idénticas preguntas. Todas las habitaciones que visitamos estaban medio en penumbra y todos los interrogadores tenían bigote. Esta unanimidad es lo que mejor recuerdo. Algunas de las habitaciones tenían las ventanas con rejas. Hubimos de pasar por muchas antes de llegar a la presencia del jefe del departamento, un caballero solemne y cortés con manos blancas y suaves y una barba de toro asirio. Me hizo algunas preguntas directas y desconcertantes, entre ellas si estaba yo enamorado de *mademoiselle*. No trató de asustarme, pues todo el tiempo se mostró cortés y comprensivo. Yo hablé largamente, diciéndole casi todo como si estuviera pronunciando un discurso. Le hablé de cosas que al entrar tuve la intención de callar. Así que acabé, también él dijo «¡Ah!» y sonrió. Y todos los demás le imitaron y sonrieron. Me estrecharon la mano todos los presentes de manera tan cordial, que sentí la tentación de invitarlos a salir y acompañarme a tomar unas cervezas. Cuando Bencolin y yo salimos de su despacho, el guardián de la Ley permaneció sentado ante su mesa, acariciándose la barbita.

Ya era tarde. Habíamos desperdiciado una cantidad terrible de tiempo. Expresé inclinación de ir a Versalles; pero, por algún motivo, Bencolin había cambiado de manera de pensar.

—No —me dijo—; prefiero que no vayas. Esta noche, si acabamos, tal vez... Naturalmente, puedes prescindir de mí. Pero te estoy mostrando el mundo de muerte con el cual tengo que contender a diario —y al decir esto me miró con una cara triste y sumida—. Creo que seguirás mi consejo.

Lo seguí. Recordamos a Grafenstein y fuimos a recogerle a su hotel. Estaba haciendo el equipaje para regresar a Viena. Cuando oyó la invitación de Bencolin de estar presente en el desenlace, le miró con sospecha. Partimos los tres por los *grands boulevards*.

—Descansemos las cabezas por el momento —dijo Bencolin—. Hay otra persona que deseo que esté presente, si es que desea venir. Se trata de Kilard. Hasta que llegue el momento hablemos de otros asuntos.

---

¡Qué lejano parecía estar el momento, considerado en la apacible serenidad de la noche!

Cuatro éramos los que nos reunimos en el jardín del palacio de Saligny, sobre cuyo césped la luna dejaba posar una película mortecina. La casa se alzaba oscura ante nosotros, por encima de los árboles. Tan solo había una ventana iluminada. A mi

lado estaba Killard, con su rostro de ave rapaz, cubierta la cabeza por un gran sombrero de fieltro y apoyado en un grueso bastón.

—Creo que Gersault está en casa —dijo Bencolin en voz baja.

Luego avanzó por el jardín delante de nosotros tres, que le seguimos. Gersault abrió la puerta. Sonrió, se ajustó la peluca y dijo:

—El entierro, señores, es mañana. Estaba sentado junto a mi señor. Creo que es mi obligación.

—Llévenos allí —le dijo Bencolin.

Eso fue todo. Del vestíbulo, apenas alumbrado por una lámpara, pasamos a la penumbra más acentuada del salón. Gersault lo había adornado con flores y buen gusto. Las flores llenaban la estancia con su perfume dulzón y mostraban sus colores brillantes bajo las luces encendidas de las paredes de la casa eterna de la estirpe de Saligny. Vi mi imagen reflejada por un espejo que había sobre la chimenea. Estaba pálido. Killard lanzó una ojeada al ataúd y se sentó con las manos cruzadas sobre el bastón. La boca le temblaba ligeramente. Bencolin dejó una cartera de documentos sobre la mesa.

—Gersault, ¿hay en la casa un pico o una barra fuerte de hierro?

—¿Un qué, *monsieur*?

—Un pico o una barra gruesa de hierro.

La voz de Killard se alzó raspante y escandalizada:

—¡Santo Dios! ¿Qué quiere hacer usted? ¿Robar alguna tumba?

Gersault retrocedió hasta el ataúd, pasó la mano sobre el cristal, a través del cual se veía el rostro del muerto, y dijo:

—Ya comprendo, *monsieur*. Va usted a investigar los seres muertos que se pasean por la bodega. Los he oído arrastrando los pies allá abajo.

Dio unos golpecitos sobre el cristal y prosiguió:

—Pero él no anda, *monsieur*. Anoche permanecí aquí toda la noche junto a él, esperando que echara a andar...

Sonrió con su rostro alargado.

—Traeré a *monsieur* un pico. Los obreros que estuvieron arreglando la alcantarilla se dejaron uno. Les ruego, *messieurs*, que no perturben a mi señor mientras estoy ausente.

—¿Perturben? —preguntó Grafenstein tras el breve silencio.

El austríaco se quitó entonces las gafas y comenzó a limpiarlas en silencio con el pañuelo. Bencolin, en pie en el centro de la habitación, tenía la cabeza inclinada sobre el pecho y estaba completamente inmóvil.

Pasado un rato, Gersault regresó con un pico y se lo ofreció remilgadamente al detective.

—Cógelo tú —me dijo—. Es para ti. Y ahora, acompáñenme.

De nuevo resonó el bastón de Killard sobre el suelo de madera. Todos salimos del salón, menos Gersault, que se sentó en una silla junto al cadáver y cruzó

plácidamente las manos. Le vi muy erguido sobre su silla en medio de la escasa luz momentos antes que cayeran las cortinas de la puerta.

Salimos al vestíbulo, pasamos por el cuarto de la música, en tinieblas, por el comedor y llegamos a la cocina. Uno de nosotros respiraba ruidosamente. Bencolin encendió las luces de la cocina y abrió la puerta de la bodega. De detrás de unos trapos tomó una lámpara de petróleo, que encendió. La alzó y paseó la mirada por nuestros rostros.

—Ha llegado el momento —dijo Kildard se encasquetó más el sombrero. Grafenstein contemplaba el pico que yo llevaba en la mano. Bajamos en fila la escalera de la bodega. La linterna de Bencolin despertaba en cabeza los blancos reflejos de las paredes encaladas. Los escalones crujían bajo nuestro peso. Una telaraña me acarició el rostro y me inspiró una repulsión irrazonable. Salió a nuestro encuentro el olor de la humedad y del verdín, en tanto que seguíamos descendiendo acompañados por la música sorda de nuestros pasos. Comencé a contarlos. «¿Por... qué... es... tás... tan... pá... li... do?». Este estúpido refrán entrecortado comenzó a resonarme en el cráneo. La linterna seguía moviéndose, ahora sobre el suelo de tierra, iluminando los tubos blancos de la calefacción y las chimeneas de la caldera, penetrando más y más profundamente en la oscuridad de la bodega. Se me ocurrió preguntarme si el asesino estaba entre nosotros, y me volví para ver quién me seguía. Cuando lo hice, vi el blanco de los ojos de Kildard, con el sombrero muy metido y el grueso bastón agarrado como si fuera un arma. La humedad comenzó a metérsenos en los huesos. Ya habíamos hecho alto. Bencolin se había detenido delante de una puerta baja cerrada con un candado.

—Es la bodega —dijo, y sacó del bolsillo una llave.

Entramos los cuatro en la pequeña bodega. Encima de algunos grandes toneles vi filas y más filas de botellas. Pero cuando Bencolin alzó la linterna pude apreciar que una de las paredes estaba libre de botellas y que los ladrillos que la formaban estaban muy mal colocados. Al pie de esta pared vi un montoncillo de argamasa. En aquel momento el pie de Kildard tropezó con algo que rodó por el suelo: era una paleta de albañil.

Los dientes de Bencolin brillaron en medio de la barba cuando sonrió; sus ojos se encendieron. La linterna permaneció inmóvil.

—Echa abajo ese muro —me ordenó.

Aparté a Grafenstein, alcé el pico y lo dejé caer con fuerza sobre el muro. Cuando lo retiré me vi envuelto en una nube de polvo. Cayeron dos ladrillos al suelo. Volví a golpear y todo el muro vaciló. Una vez más, y la pared se derrumbó por completo en medio de una nube de polvo que nos hizo toser. Quedó la luz oscurecida momentáneamente. Todos permanecemos inmóviles. Entonces los rayos de la linterna de Bencolin nos mostraron un hueco de buen tamaño que el muro había ocultado.

Me encontré mirando a un ojo vidrioso y fijo en su cuenca y a un rostro en estado de descomposición... El cadáver estuvo probablemente soportado por el muro, pues

su mano putrefacta casi me dio en la cara al caer los ladrillos.

Me di cuenta de que había dejado caer el pico y que si no hacía un gran esfuerzo iba a vomitar. Alguien dejó escapar un gemido de angustia. Otro preguntó con voz seca y horrorizada:

—¿Qué es eso?

—*Monsieur* Kilard —dijo Bencolin—, he deseado que estuviera usted aquí para que viera al último representante del linaje de los Saligny. Tienen ustedes delante los restos del último duque de Saligny, del verdadero Raoul. El hombre que durante tres semanas ha estado presentándose como el duque de Saligny, el hombre cuyo cadáver está siendo velado por Gersault allá arriba, el hombre que fue asesinado la noche anterior a la de ayer es Laurent en persona.

Todos callamos. Me volví para no ver aquel horror. Y Kilard comenzó a decir con voz quejosa:

—Uno de esos ladrillos me ha dado en una pierna..., uno de esos ladrillos me ha dado en una pierna...

## DE COMO UN HOMBRE HABLÓ DESDE UN ATAÚD

Bencolin nos miró a todos de hito en hito con expresión inescrutable, manteniendo en alto la luz, alrededor de la cual seguía flotando el polvillo.

Oí que Grafenstein decía confusamente:

—¡No es posible! ¡No es posible!

Y Killard exclamó:

—¿Ha perdido usted el juicio?

—No, no lo he perdido —respondió Bencolin secamente—. Vengan arriba conmigo. Se lo demostraré.

Regresamos aturdidos al salón y nos produjo profunda impresión volver a contemplar aquellas flores, el ataúd blanco y a Gersault, que, sentado junto al muerto, rezaba el rosario. Killard miró las flores fijamente y, acto seguido, con un movimiento espasmódico e irreprímible, lanzó fuertemente su sombrero contra ellas. La bóveda calva de su cráneo pareció adquirir luminosidad propia.

—¿Insiste usted —dijo con voz descompuesta— en asegurar que el cadáver que hay en ese ataúd es el de Laurent? ¿Quiere usted decir que mató a Raoul y luego le suplantó? ¿Es eso?

—Veo que sigue usted sin creerme —dijo Bencolin, encogiéndose de hombros—. En realidad, no esperé que me creyeran al principio. Por eso he venido preparado para darles toda clase de detalles. Es mi intención mostrarles ahora todo lo que ustedes debieron advertir y ver sin ayuda, y pretendo apoyar lo que diga en tales pruebas que ni siquiera un abogado se atreverá a dudar de mis palabras. Hagan el favor de tomar asiento, caballeros.

—Pero... entonces... alguien mató a Laurent y Vautrelle —dijo Grafenstein—. Una tercera persona.

—Exacto. El asesino que buscamos mató a Laurent y a Vautrelle, como Laurent asesinó antes al duque de Saligny y le emparedó en la bodega. ¡Esa es la persona que buscamos! En otras palabras, hemos descubierto la impostura de Laurent... ¡y seguimos exactamente en el mismo lugar de antes! El misterio persiste. Aguarde un minuto, Gersault; no se vaya. Haga el favor de alumbrarnos aquí, en la mesa.

Bencolin comenzó a abrir su gran cartera. Todos callamos. No sé lo que sentirían los demás, pero yo estaba confuso y es probable que sintiera mayor escepticismo que los otros. Nos sentamos, y Gersault colocó una lámpara encendida sobre la mesa. Nada se oía sino el leve rumor de los papeles de Bencolin al ser ordenados. Se enderezó y nos miró. Su silueta se recortaba contra el fondo formado por el ataúd y

las flores.

—*Messieurs*, se encontraron ustedes todos en posición de notoria inferioridad: realmente no sabían ustedes lo que yo estaba investigando. Cegados de esa manera, no pudieron ver con la necesaria claridad el significado de una serie de sucesos. Voy a darles la clave con lo que conseguiré que se les aclare la visión, lo cual me permitirá hablar más rápidamente después. Para desempeñar en Francia las funciones de mi cargo, les aseguro, señores, que es preciso ser persona de gran versatilidad. No se me exige consumada pericia, lo cual fuera imposible, en el uso de todas las herramientas y ayudas del detective: química, balística, psicoanálisis, medicina, microfotografía, empleo del espectroscopio, fotografía, rayos ultravioleta y demás recursos del especialista. Pero sí he de saber lo suficiente acerca de todas esas cosas para decirles a los peritos lo que deben buscar y para darme cuenta de lo que sus informes quieren decir. He de gobernar los vastos recursos de la Prefectura para que no desperdicien los esfuerzos, para que las investigaciones no se conduzcan desordenadamente ni mediante tanteos ciegos. Mi cerebro ha de establecer una hipótesis que sea la única combinación lógica de los hechos conocidos, para que mis agentes puedan buscar ulteriormente las pruebas fehacientes de su exactitud. Empezaré por decir que antes que se hubiera cometido crimen alguno en la casa de juego me llamó la atención un hecho curioso. Fue este hecho lo que me indujo a pedir la opinión del doctor Grafenstein, pues se trataba de algo relacionado con el psicoanálisis. Teníamos dos maridos de *madame* Louise, dos hombres completamente distintos en cuanto a su carácter, de intereses en absoluto diferentes. *Madame* se enamoró de Laurent, hombre de letras, hasta que se volvió loco, después de lo cual aseguró odiarle y aborrecerle. Aquello fue para ella un golpe tremendo. Pero no pasó mucho tiempo antes que se enamorase, con igual intensidad, de Saligny, el atleta. De muchos pretendientes que tuvo, únicamente Saligny consiguió atraerla y sacarla del horror en que se hallaba a causa de su primer matrimonio. Me pregunté si en el fondo de su conciencia no perduraba aquel primer amor, el amor de Laurent, aplastado, reprimido. Y entonces descubrí el gran parecido físico que había entre Laurent y Saligny. Era este tan pronunciado, que ella misma nos habló de él. ¿Lo recuerdan, señores? Nos dijo que algunas veces le parecía ver a Laurent cuando miraba a Saligny, y que esto le causaba un terror indecible. Decía la verdad, y, sin embargo, ese fue el secreto de la atracción que sintió hacia Saligny en primer lugar, pues aquella semejanza iba unida a la idea de que se había apartado de un tipo de hombre para acercarse a otro completamente diferente. Ella creyó sinceramente que eso era lo que iba a hacer, pero, en realidad, Saligny la atrajo porque se parecía a Laurent, a quien ella había desterrado de su corazón cuando perdió el juicio. Los dos hombres eran altos, los dos tenían los ojos castaños y de una luminosidad especial, y los dos tenían un notable parecido en sus facciones. Laurent tenía la nariz ligeramente corva, y Saligny la tenía recta; Laurent tenía el pelo castaño y usaba barba. Saligny era rubio y todo afeitado. Pero alterada la conformación de la nariz y teñido el pelo, si no se



logró una absoluta exactitud, sí se consiguió un parecido muy pasadero. Naturalmente, no era un parecido que pudiera engañar a ningún amigo de Saligny que le conociera bien. Pero, como el doctor sabe perfectamente, conocemos a nuestros amigos más bien por sus ademanes, por sus gestos, sus movimientos y manera de ser que por su aspecto facial exacto. Si cambian su talante o sus gestos y actitudes, nos parece que la persona ha cambiado, y, en efecto, así lo expresamos: «No parece el mismo». El aspecto físico, salvo cuando tiene un significado psíquico para nosotros, es algo bastante vago. Un amigo no íntimo nuestro podría cambiar bastante notablemente sus facciones sin que lo advirtiéramos al cruzarnos con él en la calle, pero si sus características esenciales cambiaran, si cambiaran aquellas pequeñas cosas mediante las cuales le identificamos y clasificamos, como el color del pelo, la forma de la nariz, la manera de ponerse el sombrero, entonces sí advertiríamos diferencia, aunque en tanto que estas no cambien no nos daremos cuenta de otros cambios. Un impostor capaz de reproducir las características esenciales de la persona a quien suplanta, si es hábil y se aísla, puede dar el pego perfectamente. Es paradójico reflexionar que la única persona que pudiera haberle descubierto fácilmente era la única que no podía hacerlo de ninguna manera: *madame* Louise. Pues ella veía a Laurent y no a Saligny, hasta cuando era Saligny el que estaba delante de sus ojos. Como he dicho, al principio esto no fue más que una reflexión que me hice sin darle importancia. Cuando hablé con usted, doctor, aún no se había concretado verdaderamente en mi cabeza. Todo se debió a mi extrañeza al observar que una mujer se había enamorado de la persona que parecía menos probable que pudiera atraerla, un hombre que, inevitablemente, le recordaba perpetuamente a su primer marido. Pues he de decir que no soy uno de esos románticos que desechan la dificultad de entender ciertos enamoramientos con unas frases sentimentales que aludan a la ceguera con que dispara un arco el dios Eros. Y había algo más que esos tiros al azar. No deseo mantener la teoría de que estuviera realmente enamorada ni del uno ni del otro. Porque no estoy seguro de que sea cierta. Esto también lo tuve en cuenta. Entonces reflexioné acerca de algunos de los hechos que hemos conocido todos durante el desarrollo del caso. Supimos que hace un mes, o algo más, Saligny sufrió determinados daños físicos que afectaron su espina dorsal y su mano izquierda. Tengan en cuenta eso, señores: su mano *izquierda*, como decía claramente el telegrama del médico vienés. Saligny se trasladó a Viena para someterse a tratamiento médico. Cuando abandonó París era un deportista extraordinario, un jugador de tenis que casi derrotó a Lacoste, un tirador de espada consumado, un hombre de tal valor, que no dudó en atacar a una fiera terrible armado solamente con un cuchillo. Se movía entre gente deportiva, y deportistas eran casi todos sus amigos. Era gran conocedor de caballos y de armas de fuego; pero de actividades intelectuales bastante limitadas, raramente leía una línea impresa y únicamente hablaba su lengua materna. La vida de sociedad le hastiaba y no daba gran importancia a la estirpe de sus amigos. Era algo así como un idealista ligeramente atolondrado, que adoraba a su

prometida y no hacía caso alguno de las insinuaciones amorosas de ninguna otra mujer. Era un hombre saludable, bullicioso, siempre dispuesto a convidar a sus amigos, pero poco aficionado a los placeres de la mesa o del salón. Un hombre, para resumir, inclinado a lo material, que hubiera mirado con asombro a quien hubiera citado versos de Swinburne a una muchacha, leído *Alicia en el país de las maravillas* o discutido crímenes famosos durante una cena de hombres solos.

Bencolin hizo una pausa.

—¿Está eso perfectamente claro? ¿Recuerdan ustedes todas las ocasiones a que he pretendido aludir durante esa enumeración? Perfectamente. Regresa Saligny de Viena hace tres semanas. En tan breve espacio de tiempo ha cambiado de manera asombrosa. Una semana en Viena ha tenido la virtud de dotarle de todas las características de que carecía. Mira su próxima boda con recelo, siente terror indecible de Laurent, aunque en otros tiempos atacó una fiera con arma blanca. La idea de que alguien desee darle muerte le infunde terror pánico, se encierra en su casa y se niega a ver a todo el mundo. Se aparta de sus amistades deportivas. Toma a su servicio a Gersault como una especie de criado confidente y rechaza todos los demás servidores. Gersault le escribe las cartas porque la contusión de su mano ni siquiera le permite firmarlas.

Bencolin nos mostró burlescamente un montón de fotografías.

—Miren estas fotografías, señores. Ya las han examinado en otra ocasión. Nos muestran a Saligny practicando toda clase de deportes, y quizá hayan observado que en todas ellas le vemos usar su mano derecha para coger la raqueta, la espada o lo que sea. Pero cuando regresa no puede escribir. No puede tirar a las armas. No puede jugar al tenis. Porque tiene contusionada la mano izquierda. ¡Es extraordinario!, pues la mano dañada era la izquierda. Le ha bastado permanecer en Viena una semana para dominar la lengua inglesa, hasta el punto de que un americano llamado Golton dice que Saligny habla el inglés mejor que ninguna otra persona extranjera de cuantas él conoce. Su virtud ha desaparecido simultáneamente, y acepta —dijo Bencolin mirándome—, y acepta apasionadamente, el amor de una mujer que anteriormente había rechazado. Comienza a recitarle versos de Poe, de Swinburne y Baudelaire...

—Él fue quien dejó el ejemplar de *Alicia* en el fumadero. Miss Grey me lo ha dicho —interrumpí yo.

—¡Ah! Apartado de toda actividad deportiva, el noble duque se dedica a coleccionar libros. Ya hablaremos de eso luego. Pero este hombre tiene además otros gustos que nadie hubiera sospechado en él anteriormente. Resulta que adopta la costumbre de fumar opio y de hacerlo en abundancia, y nos dicen los médicos que lleva entregándose a ese vicio ¡hace más de un año! Es decir, que nos encontramos con un fumador de opio que casi eliminó de un campeonato internacional al primer jugador de tenis del mundo y que a la mañana siguiente es capaz de enfrentarse durante diez asaltos con el señor Carpentier.

Bencolin alzó las cejas con gesto de incredulidad.

—La vida humana, señores, el carácter humano está lleno de contradicciones; pero he de expresar la opinión de que el propio barón de la Castaña hubiera protestado si alguien le contara este cuento increíble. Esto me llevó a investigar más de cerca la posible causa de toda esta serie de cambios extraordinarios. Estudié, por ejemplo, a sus nuevos amigos. Sabemos que convidó a cenar a gentes a quienes jamás había tratado, a quienes realmente no conocía; sabemos que entabló relaciones amistosas con su abogado, a quien conocía muy poco. Y también examiné determinados indicios de otra índole. Saligny asegura que Laurent le ha escrito una carta, y acude a mí trémulo y acobardado a pedirme protección, cuando me constaba que Saligny hubiera podido matar a Laurent de un solo puñetazo. La carta está escrita por Laurent. Teníamos en nuestro archivo muestras de su escritura. Las comparamos. Tomamos esta carta reciente, completamos sus rasgos verticales alargándolos en una longitud de varias pulgadas, ampliamos la escritura fotográficamente y comparamos la inclinación de las letras con las de las muestras de escritura de Laurent que teníamos en nuestro poder. Medimos también los ángulos. La letra era la misma. Cualquier falsificación hubiera resultado evidente. Pero el microscopio reveló un ligero temblor que no era la inseguridad de trazos apreciable en las falsificaciones, sino indicios de una inestabilidad nerviosa de la naturaleza de la provocada por el abuso de los estupefacientes. La comparación de la escritura con la de muchos adictos a las drogas demostró a nuestro jefe de laboratorio que se trataba de un fumador de opio precisamente.

—¿Es posible diagnosticar tal cosa examinando la letra de una persona? — interrumpió Kilard.

—Es posible y no entraña dificultad. El doctor Bayle lo hace a diario. Aquella carta, pues, estaba escrita por Laurent, y Laurent se había aficionado al opio. Vean ahora la carta. La tengo aquí, con las marcas que hicimos para comprobar si se trataba de una falsificación. El análisis del papel nos indicó que era de una pulpa muy fina y que estaba fabricado por la casa Tradell, de París. Prosiguieron nuestras investigaciones. Y descubrimos que hacía poco tiempo que el duque de Saligny había comprado dos manos de este papel. Naturalmente, eso no era definitivo, y lo que hicimos a continuación fue examinar el lápiz con que la nota estaba escrita. Los lápices se dividen en cuatro clases, según los elementos que se emplean en la fabricación de sus minas: los de carbón, silicato y hierro, que escriben gris oscuro; los de grafito, silicato y hierro, que escriben negro y son blancos; los lápices de colores, a base de diferentes pigmentos, y los de copiar, generalmente a base de anilinas, grafito y caolina. La escritura de un lápiz puede ser analizada por una mezcla de ácido acético y ferrocianuro, lo que produce determinadas reacciones. Examinadas microscópicamente, observamos que eran poco corrientes, pero clasificables, como acabo de indicar. La carta estaba escrita con un lápiz de copiar, y más detalladas investigaciones nos indicaron que el lápiz con que estaba escrita la nota era un lápiz Zodiac, del número cuatro, que de ninguna manera es un lápiz corriente.

Perfectamente. Ayer encontré en esta casa, en la habitación de arriba, en el escritorio de Saligny, un lápiz Zodiac del número cuatro. Comparamos su escritura en el microscopio y en el electroscopio, y determinamos que la nota había sido escrita con el lápiz encontrado por mí.

Bencolin dejó la carta y sonrió, brillante la mirada.

—Tampoco este descubrimiento tiene nada de particular. Es bien sencillo. Ya sabíamos que la nota había sido escrita por Laurent, sobre un papel comprado por Saligny y con un lápiz descubierto en el escritorio de Saligny. Las probabilidades iban siendo cada vez mayores. Aquí tenemos un libro —dijo, colocando un tomo sobre la mesa—. Se trata de un ejemplar de *Alicia en el País de las Maravillas*. Tenemos motivos para creer que Saligny tenía intención de prestar ese libro a Sharon Grey. Este ejemplar fue descubierto en el fumadero de la casa de juego, en una mesa a la cual había estado sentado Saligny. Alguien había borrado el nombre del propietario, escrito en la anteportada, error fatal, como suelen descubrir los falsificadores que tratan de borrar una línea en su trabajo. En este caso se trataba de una borradura hecha descuidadamente. Bien. Fotografiamos la anteportada con placas ortocromáticas. Se revela la negativa, la cual luego se reduce y es tratada con una solución de percloruro de mercurio. Cuando se seca, se coloca en una prensa y se vuelve a fotografiar, por contacto. Esta operación se repite media docena de veces. Miren, señores, las negativas —dijo, extendiéndolas a la luz de la lámpara—. Al cabo de siete fotografías, la escritura puede leerse claramente.

Quedó inmóvil, con el dedo señalando hacia las fotografías.

—El nombre escrito en la anteportada, con la misma letra que la de la nota, es el nombre de Alexandre Laurent. Creo que al llegar a este punto podemos decir sin dudar que Saligny es Laurent. Pero hemos de seguir adelante. Hemos de apretar aún más nuestra red alrededor de este impostor, hasta que le sea imposible mover un dedo. Yo hice mis deducciones y la ciencia las confirmó. Y ahora, la siguiente pregunta es: «¿Dónde está el verdadero Saligny?». Laurent le ha hecho desaparecer, eso es evidente. Pero ahora ofreceré la última prueba, la demostración incontrovertible, la cual no ha sido hecha hasta este momento, porque cuando di las órdenes referentes a la autopsia todavía no me encontraba completamente seguro de mis deducciones, porque la fotografía y la química aún no me habían dado su ayuda.

—¡Siga, hombre, siga! —dijo Kilard—. ¿Qué tiene que decir de... lo de la bodega?

—Sigo investigando. Me digo que si Laurent ha matado a Saligny y está ahora fingiendo ser él, es necesario deducir cuándo le dio muerte. Antes de emprender el viaje a Viena, Saligny era Saligny. Luego el asesinato tuvo lugar en Viena o después del regreso de Saligny a París. Perfectamente. Ahora bien: nuestro querido y ubicuo amigo Golton se encontró con Saligny en el tren, y en ese momento Saligny ya habla el inglés perfectamente. Luego el asesinato tuvo lugar en Viena. ¿Qué ha hecho el asesino con el cadáver? Recordemos que no tiene mucho tiempo a su disposición. El

cadáver ha de desaparecer totalmente, pues si se descubre, Laurent corre grave peligro de ser él descubierto. No se atrevería a arrojarlo al Danubio ni a mutilarlo y confiar en la suerte. No debe ser hallado ningún cadáver sospechoso, que puede entorpecer sus planes. Y hemos de recordar que un cadáver humano es un estorbo que no es nada fácil hacer desaparecer. Pónganse ustedes en el lugar de Laurent, hombre de nervios de acero, que está planeando llevar a cabo una impostura de tremenda audacia. Es probable que pensara en un plan sumamente ingenioso, y este plan, me dije, sería llevar el cadáver a París dentro de uno de los baúles de Saligny, para luego enterrar el cuerpo en el propio palacio del duque, pues ¿a quién se le ocurriría buscar el cadáver del duque de Saligny en el palacio del duque de Saligny, cuando ni siquiera había sospechas de que estuviera muerto? Pueden ustedes decir que todo esto es pura hipótesis, pero no lo es. ¿Qué sabemos de *Saligny*? Que después de su regreso de Viena ha comenzado a mostrar un interés difícil de explicar por su bodega, pues no permite a nadie que baje a ella, y hasta ha despedido al mayordomo por osar hacerlo. El mismo guarda la llave. ¡La bodega! Aquí tenemos otro indicio. *Saligny* da una cena de despedida de soltero, y después, cuando Vautrelle y usted, *monsieur* Kilard, se quedan charlando de sobremesa, Vautrelle habla de Poe. Habla de un hombre emparedado en la bodega. ¿Recuerda usted sus palabras? «Tú conoces ese cuento muy bien, Raoul», o algo parecido. Entonces vemos que, por una vez, los nervios de *Saligny* fallan. Se da cuenta de que Vautrelle conoce su secreto. Se levanta de la mesa descompuesto y le vemos desconcertado y miedoso a la luz de las velas.

Bencolin no miraba a ningún lugar determinado, y su voz era tensa. Clavé la mirada sobre la lámpara y entonces me pareció que todas las incongruencias y todos los misterios de aquella casa se me presentaban claramente.

—Todavía nos queda el trabajo de averiguar los detalles. Cómo mató a Saligny en Viena en el hotel, cómo trajo el cadáver aquí, cómo logró enterarse de las costumbres y de los amigos que tenía Saligny, lo cual haría, posiblemente, examinando los papeles particulares de Saligny y leyendo los informes publicados en la Prensa acerca de él. Hay libros y folletos dedicados a comentar las hazañas de Saligny. Los periódicos hablaban de él sin cesar y publicaban sus fotografías perpetuamente. Pero no es posible dejar de admirar la destreza de este loco. Desaparece su barba sedosa, sus ojos dulces detrás de las gafas y su sonrisa perpetua. Imaginemos cómo tuvo en cuenta todos los detalles cuando dio instrucciones al cirujano que le modificó la nariz, ajustando sus facciones como si se tratara de prendas para lograr el mayor parecido posible con Saligny, del cual tenía fotografías en abundancia. Y con ellas en el bolsillo murió. Estoy seguro de que las estudió durante horas y más horas, con el mismo entusiasmo que puso en otros tiempos para dedicarse al estudio de los idiomas. Es fácil imaginar con qué malvada delicia saboreó por anticipado su venganza, una venganza artística, que pudiera satisfacerle. Pues el hombre era así. Decidió regresar a París, casarse con su propia esposa por segunda vez, y así que la hubiera traído aquí, a la cámara nupcial, le hubiera demostrado la monstruosidad de

su venganza. La hubiese llevado a la bodega y le hubiera mostrado el cadáver corrompido de su amor. ¡Chiste macabro! ¿No recuerdan ustedes las palabras que dijo a Sharon Grey la noche del crimen, y no ven en ellas ahora un significado tremendo? «Tengo algo que decirte, algo que creo que te divertirá», o frases semejantes. No me cuesta trabajo imaginármelo paseando de noche por estas vastas salas, reflexionando sobre su plan, riendo con la ironía de un propósito que tenía un parecido encantador con las narraciones espantosas de los autores medievales, que tan de su gusto eran. Ningún personaje del Renacimiento hubiera podido encontrar una venganza más deliciosa. Había engañado a todo el mundo, se había escrito a sí mismo una esquila de aviso y amenaza, había representado su papel a la perfección ante los estúpidos de la Policía. Había ganado.

Un reloj dio la hora. Las flores, el ataúd blanco... Allí estaba el loco, encerrado en su casa postrera y angosta.

—¿Desean ustedes que les dé la prueba definitiva de la verdad de cuanto he dicho? Gersault, haga el favor de abrir la tapa del ataúd —dijo suavemente.

Encorvado y fantasmal, como si apenas fuera capaz de comprender lo que se le decía, Gersault se levantó de su silla. No respondió, sino que aguardó durante algún tiempo, como si deseara dejar que la orden penetrara en su cerebro. Luego comenzó a manipular sobre la tapa del ataúd con dedos torpes. Bencolin había cogido de su cartera un pedazo de papel y un tampón. Ahora estaba junto a Gersault, observando sus movimientos. Yo estaba muy inclinado hacia adelante y vi la blancura del forro del ataúd cuando fue levantada la tapa. Bencolin se inclinó sobre el ataúd. Gersault dejó oír una especie de gemido seco y se tapó la cara con ambas manos. Cayó la tapa de golpe y Kilard se estremeció sobresaltado por el ruido. Aún no se había apagado el eco del golpe, cuando Bencolin avanzó y arrojó dos hojas de papel sobre la mesa.

—Hagan el favor de examinar eso. Uno de esos papeles muestra las huellas dactilares de Laurent, sacadas de los archivos de la Policía. Las otras son las huellas del muerto. Compárenlas. Son iguales.

Nos miró y siguió diciendo:

—Obtuvo un millón de francos de *monsieur* Kilard. Dio orden a los criados de que no regresaran a la casa hasta pasados bastantes días. ¿No lo recuerdan ustedes? Les dio orden de que no volvieran el día de la boda, porque después de haber mostrado a Louise el cadáver de la bodega, tenía la intención de matarla, hecho lo cual hubiese desaparecido con ese millón de francos, dejando el cadáver sobre el lecho nupcial. Hubiera pasado bastante tiempo hasta que fuera descubierto.

Kilard se sentó súbitamente y escondió el rostro en los brazos.

—Pero otra persona —prosiguió Bencolin lentamente— fue aún más lista que él, otra persona que sabía su secreto además de Vautrelle. Otro ser apenas humano que codiciaba esta casa. Y esa persona le asesinó.

## DE COMO OÍMOS EL NOMBRE DEL CRIMINAL

Bencolin se acercó calladamente al ataúd y permaneció durante algún tiempo contemplando la ara del muerto a través del ventanillo de cristal.

—Esto —dijo Kilard alzando la cabeza—, por lo menos, me quita un peso de encima. Hay algo que celebro en todo este asunto. Quizá la cosa carezca le importancia; quizá sea una insensatez, pero he de confesar que no me gustaba ver a un Saligny víctima de un terror tan abyecto ante una amenaza de muerte. Cuando acudió a mí, la cara del falso Raoul era una máscara de espanto —hizo un ademán elocuente, señaló hacia los retratos colados en los marcos y añadió—: Los Saligny eran soldados.

Eso fue lo que dijo: «Los Saligny eran soldados». Pero la manera en que se irguió al decirlo, el modo en que se apretaron sus puños, indicaban un orgullo profundo en aquella noble estirpe de hombres valerosos. Luego añadió con voz menos engolada:

—¿Cómo murió Saligny?

—Como ha podido ver usted —dijo Bencolin—, el cuerpo está en un avanzado estado de descomposición. Pero creo que encontraremos que tiene fracturado el cráneo a causa de un golpe dado polla espalda.

Grafenstein, que había estado reflexionando lentamente sobre todo lo que había oído, derrumbado sobre una silla dorada, dijo ahora:

—Un momento. ¡Un momento! *Donnerwetter!* ¡Va usted demasiado aprisa para mí! Algunas de las cosas las ha explicado con claridad, pero acerca de otras parece como si tuviera usted información sobrehumana. Protesto. Quiero deducciones policíacas, no adivinaciones de mago. ¿Cómo sabe usted que existe la fractura del cráneo? ¿No querrá decirnos que ha podido usted apreciarlo allá abajo?

—De ningún modo. La verdad es que le examiné ayer. Quité unos cuantos ladrillos y luego volví a colocarlos.

—¿Ayer? Pero... ¡no dijo usted nada! ¡Yo estaba aquí ayer!

—No, no dije nada. Tenía la esperanza de hacer caer a alguien en el garlito, utilizando ese cadáver como cebo, como luego les explicaré. Por cierto, mi amigo Marle me vio subir de la bodega, pero con su habitual discreción no me hizo ninguna pregunta inoportuna.

—¡Ni se me ocurrió! —dije.

—Un minuto —insistió Grafenstein tenazmente—. Nos dice usted que Laurent tenía la intención de traer aquí el cadáver. Eso parece razonable. Lo trajo. Pero luego añade usted que Laurent mató a Saligny en la habitación de un hotel y que trajo el

cadáver en un baúl. ¿Por qué en el cuarto de un hotel y por qué en un baúl?

—Mi querido doctor —repuso Bencolin, dando ligeras muestras de impaciencia—, únicamente he dicho que eso es lo que parece probable. Pero le ruego que utilice su sentido común. Encuentro un cadáver en una bodega, con el cráneo fracturado, y en tan avanzado estado de descomposición que la muerte ha tenido que ocurrir unas tres semanas antes. Ya le he indicado a usted la razón por la que Laurent no podía matar a Saligny en un lugar muy apartado de aquel en que viviera la víctima, pues no podía recorrer las calles cargado con un cadáver, ni había necesidad para que lo hiciera. ¿No sería lo más sencillo asesinar a Saligny en su propio hotel? Simulando ser Saligny podría subir hasta la misma habitación de este sin despertar sospechas de nadie, pues sería tomado por el mismo Saligny. Si alguien en el hotel veía a los dos Saligny, tampoco esto importaría, con tal de que no fueran vistos juntos. Asesinarle en Viena sería más sencillo que hacerlo en París, donde Saligny estaba perpetuamente rodeado de amigos y donde, por tanto, no sería fácil encontrarle solo. Y enviar el cadáver a París era mejor que dejarlo en Viena y provocar con ello una investigación de la Policía. *Eh bien!* He aquí a un hombre que se encuentra con un cadáver en el cuarto de un hotel. No puede quemarlo o hacerlo desaparecer allí, y si lo envía dentro de un baúl a una dirección elegida al azar, o en diversos paquetes y en trozos, esto va a provocar una investigación minuciosa. Además, se descubrirá la cabeza de Saligny, persona a la cual se supone viva, lo que llevará consigo el desenmascaramiento del impostor. Peor que peor. Lo mejor es enviarlo a París con el equipaje. Me es indiferente que esto lo hiciera en una sombrerera o en un paquete o por el procedimiento que usted encuentre más de su gusto, doctor, pero me permito indicarle que el procedimiento más sencillo sería utilizar uno de los baúles del muerto. Recuerde que Saligny era una de las personas de Europa que disfrutaba del privilegio de pasar las fronteras sin que su equipaje fuera examinado. Yo le desafío a usted a que indique otro procedimiento mediante el cual hubiera sido posible a Laurent pasar un cadáver de contrabando por la frontera sin ser descubierto. Pero creo que la razón principal por la que Laurent deseaba traer el cadáver a París era...

—¡Ah! —le interrumpió Grafenstein triunfalmente—. Ahora tengo que preguntarle algo que va usted a encontrar difícil contestar. Ha dicho usted que Laurent quería disfrutar con una broma macabra: mostrar a *madame* Louise el cadáver en la noche de bodas. Es una idea fantástica, aunque coincide con el carácter del asesino; pero ¿qué razón tiene usted para decirlo con esa seguridad?

—Doctor, me encanta su minuciosidad. Examine usted la cuestión de la siguiente manera: Laurent ha corrido un peligro extraordinario al traer el cadáver a París. Tenemos motivos para suponer que su principal interés era destruir el cadáver para que no pudiera ser descubierta su impostura. Ya lo tiene en París, en donde puede hacerlo desaparecer con relativa impunidad. Puede quemarlo en una caldera, puede sumergirle en un baño de lejía o de ácido sulfúrico y puede hacer desaparecer todo rastro sospechoso. Aquí en París hubiera podido hacer toda clase de preparaciones, lo



que no le fue posible en Viena. Pero en lugar de hacerlo, baja el cadáver a la bodega y lo esconde allí con negligencia, de cualquier manera, de modo evidentemente provisional. Lo empareda tan mal que yo, con una paleta, pude sacar los ladrillos sin esfuerzo. Y cuando mi amigo Marle atacó el muro con un pico, bastaron tres golpes para derribarlo. No cabe duda de que el emparedamiento no era definitivo. También es evidente que no ha sido un procedimiento provisional para ocultar el cadáver y destruirlo después, pues ha tenido tres semanas para librarse de él y no lo ha hecho. Se deduce que tenía un propósito determinado para conservar el cadáver a mano, ¿no cree usted? No logro formular una hipótesis que encaje con todos los detalles que conocemos que no sea que Laurent, como cualquier personaje fantástico del Renacimiento, ha preparado una venganza pintoresca y terrible: ha preparado... la broma chistosa de que habló a Sharon Grey. Y yo, personalmente, me inclino a creer que ese fue el motivo principal que le indujo a traer a París el cadáver.

Bencolin encendió un cigarro puro. Dio unos paseos por la habitación y se detuvo delante del médico.

—Esa es la diferencia esencial, doctor, entre la manera de pensar de Laurent y la del asesino de Laurent. Debió usted darse cuenta de que esa nota de aviso amenazador que Laurent envió para asustar al falso Saligny no encaja con todo lo demás. Laurent era hombre que prefería trabajar en la oscuridad. Lo último que se le hubiera ocurrido hubiera sido llamar la atención sobre sí. No tenía ningún deseo de avisar a Saligny de que iba a matarle. La única probabilidad que tenía de llevar a cabo su plan con éxito y la única que tenía de llevarlo a cabo realmente, era dar el golpe inesperadamente, sin que su víctima sospechara. Pero el cerebro que planeó la muerte de Laurent es de naturaleza muy distinta y deseó anunciar a todo el mundo que su inteligencia era portentosa. Deseaba que todos nos diéramos cuenta de lo listo que era. Quería hacernos disfrutar con una extraordinaria función de fuegos artificiales sin permitirnos saber quién era el pirotécnico que disparó los bellos cohetes.

Grafenstein consideró estas frases.

—Pero todo eso —dijo, extendiendo las manos— no demuestra nada. No nos dice cómo encontró la muerte Laurent. No explica cómo ocurrió la imposibilidad que presenciamos en el cuarto de las cartas. No me pida usted que crea en fantasmas, en vampiros y en hombres invisibles. Alguien mató a Laurent y, por lo que dicen, a Vautrelle. No veo cómo.

Bencolin se detuvo delante de la mesa, inclinada la cabeza, tirando de la cadena de la lámpara, de manera que esta se encendía y se apagaba. Pareció darse cuenta de que estaba fumando en una cámara mortuoria y arrojó lejos de sí el puro. Se levantó Kilard de su silla y avanzó cojeando, con la ayuda de su grueso bastón, hasta el ataúd.

—Debiera perdonarte —dijo—, pero no puedo hacerlo. ¡Maldito seas! —dijo, sacudiendo el puño con ademán amenazador hacia la cara del cadáver—. ¡No te atreviste a hacerle frente cara a cara! ¡Tuviste que asestarle el golpe a traición! ¡El duque de Saligny no temía la muerte! ¡Tú fuiste quien manchó su nombre fingiendo

cobardía indigna! Si yo hubiera sabido todo esto, yo mismo te hubiera matado.

Alzó los brazos huesudos y luego los dejó caer.

—Comienzo a creer... —dijo, dirigiéndose a Bencolin—. *Monsieur*, deseo darle a usted las gracias en nombre de los Saligny.

Estaba mordiéndose el labio, más semejante que nunca a un cuervo, moviendo la cabeza de uno a otro lado.

—*Zut!* —siguió diciendo—. Esto carece de sentido. Estoy algo nervioso. Generalmente, no acostumbro... Esto me ha conmovido más que...

Y ahora comprendo... la escardilla. La escardilla era su símbolo. Su sello, su firma...

—¿Está usted seguro, *monsieur* Killard? —dijo Bencolin en voz baja.

—¿Estoy seguro de qué?

—Recuerde usted la pregunta que le hice ayer, *monsieur*. ¿Encontró usted una escardilla en el botiquín del cuarto de baño de *madame* Killard?

Se velaron los ojos de Killard. Una vez más resultó perceptible el brillo astuto y viperino de su mirada.

—¿Qué... quiere usted decir?

—*Madame* Louise dijo que le pareció ver a Laurent en el cuarto de baño. En aquel momento, Laurent, como si fuera Saligny, estaba en el cuarto de al lado con Vautrelle. No pudo ver a Laurent. ¿*A quién vio?*

—¡Ya le he dicho a usted que fue una alucinación! —dijo Grafenstein triunfalmente.

—¿Diría usted, doctor, que también nosotros sufrimos una alucinación cuando creímos ver un asesinato? ¿Pretende usted que todo aquel desagradable asunto que tuvimos ocasión de ver en el cuarto de las cartas fue una alucinación? Me permito recordarle que las circunstancias fueron muy parecidas.

Movidos por una fuerza de la que ninguno nos habíamos dado cuenta, estábamos rodeando la mesa sobre la que ardía la lámpara. Noté una extraña opresión en el pecho, como si estuviera presenciando la marcha vertiginosa de un automóvil contra un árbol. Pude ver las caras de todos los que me acompañaban, iluminadas por la lámpara sobre el fondo negro de la oscuridad. El silencio era total. Ni siquiera resultaba perceptible el tictac del reloj. Bencolin, con un hombro más alto que otro, apoyada una mano sobre la mesa, nos miraba de soslayo. La cara alargada quedaba medio en sombras, sus líneas parecían más acentuadas y tenía la boca fuertemente apretada por encima de su barba satánica.

Oí la voz de Grafenstein hablando en lo que me pareció un lugar remoto:

—*Madame* Louise nos dijo que había visto a un hombre en el cuarto de baño, que este hombre dejó caer la escardilla al suelo. Si no fue eso una alucinación, ¿quiere usted hacer el favor de decirnos qué fue?

—Una mentira —respondió Bencolin. Dio un puñetazo sobre la mesa y añadió—: Pues *madame* Louise mató a Laurent y mató a Vautrelle.

## LA ÚLTIMA BATALLA

Todos permanecemos inmóviles durante unos minutos. Bencolin nos miraba. Los muros de la habitación parecieron retroceder, temblar y aumentar de altura. La visión de mis acompañantes temblaba también, como si los viera debajo del agua. La sorpresa de la afirmación que acabamos de oír tuvo la violencia de un golpe recibido sobre el cerebro. Nos dejó atontados, colgados del asombro e incapaces de entender; pero a ninguno se nos ocurrió dudar de Bencolin.

El primero que se movió fue Killard. Hizo un pequeño ademán carente de significado.

—¡Ah! —dijo con voz distraída—. Quiere usted decir *madame* Louise —si no hubiera sido aquello tan terrible hubiera resultado cómico—. Quiere usted decir... *madame* Louise —repitió estúpidamente.

Bencolin afirmó.

—¡Ah! —repitió Killard, asintiendo como si acabara de comprender—. Sí, sí, ya sé quién dice usted. Sí, claro... —dio unos cuantos pasos, se detuvo de repente, miró a Bencolin con cara de espanto y exclamó aterrado—: ¡Dios mío!

Bencolin bajó la mirada al suelo por primera vez. Respiró hondamente y comenzó a recoger sus papeles. Killard le puso la mano nerviosa sobre el brazo.

—¿Habla usted... en serio?

—Es difícil de creer —dijo Grafenstein.

Bencolin alzó la cabeza con expresión irritada, como si también él se encontrara nervioso.

—¿Qué les ocurre a ustedes? ¿Son ustedes estúpidos? ¿Son ustedes niños? ¡Domínense! —y luego siguió diciendo en voz más tranquila—: Desde un principio estuve casi seguro de que se trataba de ella. Por eso fui a Versalles la noche de la muerte de Vautrelle; pero cometí la necedad de no evitar el crimen porque me dediqué a vigilar a quien no estaba amenazado. Creí que la amenazada era Sharon Grey, y no Vautrelle. Luego les explicaré por qué.

Calló durante un segundo para continuar diciendo:

—Ahí, en esa cartera, tengo todas las pruebas que pudiéramos llamar judiciales, las que la harán morir en la guillotina. Las cenizas de sus cigarrillos con mezcla de *haxix*, la colilla del cigarrillo encontrada debajo de la ventana con un extremo manchado por la barra de labios que usa ella, las fibras de sus medias de seda, arrancadas por Laurent con las uñas al caer. El testimonio del conductor del taxi que la llevó a Versalles la noche del asesinato de Vautrelle, la capa manchada de sangre

que se descubrió en su cuarto, sus huellas dactilares en el mango del cuchillo con que fue asesinado Vautrelle... Pero no son esas las cosas que me dijeron que la asesina era ella. La demostración de que lo era la pudimos ver todos anteriormente.

Bencolin se inclinó sobre la mesa y nos miró. Luego siguió hablando muy dulcemente:

—¡Ay, hombres ciegos! ¿No son capaces de comprender por qué fue encontrado Laurent en aquella ridícula postura, arrodillado en el suelo? ¿Son incapaces ustedes de imaginar la única causa que pudo llevarle a arrodillarse delante de su asesino? Estaba atando el zapato de una dama.

—Pero ¡eso es imposible! —dijo Grafenstein—. ¡Si estaba con nosotros cuando se cometió el crimen!

—Vengan conmigo. Se lo demostraré —dijo Bencolin apaciblemente.

Nadie añadió una palabra. No recuerdo cómo salimos de aquella casa, pero sí la agradable sensación del viento fresco sobre mi rostro y que Bencolin me dijo:

—Vamos a casa de Fenelli.

Fue entonces cuando me di cuenta de que estaba sentado detrás del volante de mi automóvil. Aquel viaje fue una carrera terrible y furibunda. Killard iba a mi lado, todo encogido, su cara iluminada por la lucecilla del tablero de instrumentos, golpeando nerviosamente el suelo con su bastón. No protestó cuando pasamos volando las bocacalles, sin hacer caso de las luces rojas que nos prohibían el paso, patinando y salvando los obstáculos milagrosamente, dejando en pos una estela de gritos indignados y aletas abolladas. La gente huía de nosotros delante de nuestros faros como gallinas aterradas. Al fin nos detuvimos, y Bencolin se dirigió hacia la puerta de la casa de Fenelli.

El aullar de la trompeta, los gemidos melancólicos del saxófono, el golpear de tambor y címbalo salieron a nuestro encuentro a través del fulgor del vestíbulo cuando abrimos la puerta. Unos aplausos, el zumbido de los ventiladores eléctricos, la conversación de unos centenares de personas. Columnas de mármol, terciopelos de color granate y carmesí, golpes sobre las mesas, risas, personas que nos agarraban del brazo... Bencolin se abrió paso entre todos y nosotros le seguimos escalera arriba hacia el hermoso reloj de pie.

En el segundo piso, el suelo de mármol parecía temblar con el estrépito del piso bajo, pero la gente se movía con mayor tranquilidad por encima de la alfombra roja, entrando en la sala de juego o en el fumadero como dos noches antes. Los tiestos de las palmeras estaban ya bien colocados y junto a ellos vi a un muchacho hablando muy apasionadamente a una mujer, a una mujer bella...

—¿Dónde está *monsieur* Fenelli? —preguntó Bencolin a un camarero.

—Está arriba, *monsieur*, pero no creo que...

Subimos hasta el tercer piso. Ante la puerta había un criado de vigilancia. Bencolin sacó su escarapela tricolor. La puerta se abrió ante nosotros. Cuando se cerró a nuestra espalda, desapareció tan repentinamente el bullicio que quedaron los

oídos zumbando.

Permanecimos en duda unos instantes, y tan profundo era el silencio que nos fue posible escuchar la voz de Fenelli al otro lado de la puerta de su despacho. Por debajo de ella salía el resplandor de la luz, trazando una fina línea sobre el suelo. Bencolin avanzó resueltamente y abrió la puerta sin dudar.

Fenelli no tuvo tiempo de acabar de cerrar su caja fuerte. Estaba inclinado sobre ella cuando irrumpimos en la habitación. Y agarrada al borde de la mesa, con la otra mano alzada en el aire estaba *madame* la duquesa viuda de Saligny. Tenía en la mano alzada un pesado pisapapeles de bronce y su brazo redondeado brillaba amenazadoramente y tenso en el aire. Se volvieron sus ojos hacia nosotros, vacíos de expresión, luego atemorizados, apartándose de la nuca de Fenelli. No estoy muy seguro de lo que luego ocurrió pues éramos muchos los que nos encontrábamos en el pequeño despacho. Oí el ruido metálico de la caja fuerte al ser cerrada y el de la combinación al ser girada. Un paquete cayó al suelo y se rompió, manchando la alfombra de polvillo blanco. Fenelli lo pisó furiosamente con el tacón. Louise se abalanzó sobre él. En aquel momento, Bencolin le cogió el brazo y el pisapapeles cayó también al suelo ruidosamente. No es posible saber si Fenelli se lanzó fuera de sí contra Bencolin o contra la mujer. Únicamente me es dado decir que dijo algo en italiano y que avanzó abriendo y cerrando los dedos como un poseso. Al dar contra mí, le puse una zancadilla y le golpeé en la nuca con la mano de canto.

Todo ocurrió en un segundo y nos dejó respirando anhelosamente y desconcertados. Kilard, contra quien retrocedí, me sujetó de un brazo, impidiendo que cayera, y miró por encima de mi hombro. Fenelli estaba en el suelo, como un gran montón de barro, con la cara contra la alfombra. Bencolin, que seguía sujetando el brazo de Louise, le miraba tranquilamente. Louise parecía haber perdido todo interés en la escena. Estaba perfectamente tranquila y muy hermosa. Sus dientecillos lucían, iluminando su sonrisa. Se soltó dulcemente de Bencolin, se arregló el pelo y nos miró con ojos picarescos.

—¡Qué modales! —dijo.

—Es verdad —dijo Bencolin, y luego, dirigiéndose a Fenelli—: Levántese. No le pasa nada. Deseamos tener unas palabras con usted.

No hubo más referencias a lo que acababa de ocurrir. Ni a lo que estaba ocurriendo cuando entramos. Fenelli, respirando ruidosamente, se resistió a levantarse. Sacudió la cabeza y siguió agarrándose a la alfombra con las manos crispadas. Bencolin se encogió de hombros, se inclinó respetuosamente delante de *madame* y señaló la puerta. Luego nos hizo señal de que saliéramos. Cuando lo hicimos, echó la llave y dejó a Fenelli prisionero en el despacho.

—Me duele la cabeza —dijo Louise—. ¿Dice usted que desea hablarme?

—No la detendremos mucho tiempo. ¿Le importaría a usted acompañarnos a una de estas habitaciones?

¿Sospecharía algo? Miró a Bencolin rápidamente y respondió:

—No tengo inconveniente. Todos los caballeros...

Yo estaba muy agitado, y sin saber lo que hacía comencé a presentar mis excusas por mi conducta en el despacho. Bencolin y ella cambiaron una sonrisa. Si aquella mujer sospechaba lo que allí los había llevado, demostró un valor y una presencia de ánimo admirables. Nada indicaba la fiereza y la astucia de la mujer que estaba dispuesta a romper la cabeza a Fenelli con el pisapapeles de bronce. Tan solo dos pequeñas manchas rojas en sus mejillas indicaban su excitación. Por accidente, o adrede, Bencolin eligió la habitación número dos, y de nuevo *madame* le miró. Fue la misma mirada de velada sospecha que nos dirigió dos noches antes.

Otra de las lámparas que imitaba una orquídea (¿es que todas las habitaciones de la casa tenían una, como en un hotel?) estaba encendida junto a un sofá. Bencolin indicó este con gesto galante y con igual mesurada cortesía; *madame* le mostró un lugar junto a ella, brindándole asiento. Los demás quedamos en pie en la penumbra, contemplando a los dos sentados en un círculo de luz, como si se tratara de la escena de un *vaudeville*. Killard se retorció nerviosamente los dedos.

—¿Un cigarrillo, *madame*? —dijo Bencolin.

Cuando le ofreció la pitillera, pude observar que contenía cigarrillos de *haxix*, iguales a los que habíamos visto aquella otra noche.

Una pausa. Bencolin seguía ofreciendo la pitillera. De repente brotaron lágrimas de los ojos de la mujer, descubierta, cogida en la trampa.

—Hemos descubierto, *madame* —dijo Bencolin pausadamente—, que estaban abusando de usted de muchas maneras. Por ejemplo, se iba usted a casar con el hombre equivocado.

—Mejor será que coja un cigarrillo, ¿no? —dijo ella sonriendo melancólicamente y sin acusar el golpe—. ¿Me quiere dar fuego?

La línea de su boca, la fiereza apagada de sus ojos me indicaron que si Bencolin tardaba mucho en encenderle el cigarrillo tendríamos que habérmolas con una loca rabiosa.

—*Madame*, puede tirar la ceniza sobre esta alfombra —dijo Bencolin.

Lo dijo muy dulcemente. La mano de la mujer se estremeció. Aquello era horrible. Pero se dominó y lo único que pude observar fue que abrió los ojos algo más.

—Creo que ha dicho usted que estaban abusando de mí. Me alegro mucho de que lo sepa.

—Sí, sí. Un abuso intolerable. ¡Con todo el dinero que usted dio a Vautrelle...! ¿No fueron doscientos mil francos? Es realmente inadmisibile que él los dedicara a demostrar, con regalos costosos, lo mucho que apreciaba a Sharon Grey...

Louise cerró los ojos.

—La letra que he tenido ocasión de examinar en sus cheques es la misma que la de unos acertados comentarios que he leído en el borrador de la comedia escrita por *monsieur* Vautrelle. Lamento tener que decir que una de las notas no estaba inspirada

por el mismo sentido de sagaz crítica que las demás. Me refiero a una que decía: «Edouard, *je t'aime, je t'aime*». Es muy comprensible que le produjera a usted disgusto notorio saber por el señor Golton que Grey era su amante...

—¡Bencolin! ¡Por el amor de Dios...! —exclamó Kildard.

Bencolin volvió la cabeza y miró a Kildard con frialdad terrible.

—*Monsieur* Kildard, le ruego que me permita recordarle que tengo que cumplir con mi deber. Espero que no me obligue usted a decirle que salga de esta habitación. Ahora, *madame*, como íbamos diciendo, todo el mundo ha abusado de usted. Puedo decir que incluso Fenelli. No puede haberle resultado agradable a una persona tan pudorosa como usted haber tenido que aceptar sus repelentes caricias... en este mismo sofá. ¿No es así?

Este golpe inhumano casi la destrozó. Pero la voz de Bencolin no había abandonado la cortesía deferente, seguía sonriendo con dulzura y tenía las cejas ligeramente elevadas.

—Es usted optimista por naturaleza. Pero resulta comprensible que el optimismo de cualquiera resulte destrozado por el fracaso simultáneo de todos sus ideales. Por ejemplo, creía usted en Vautrelle y le adoraba como su campeón admirable. No puedo decir si esta alusión se desvaneció cuando Vautrelle se mostró demasiado cobarde para llevar a cabo un plan trazado por él, el asesinato de un impostor en el cuarto del piso de abajo, o si la desilusión llegó más tarde, cuando demostró no estar demasiado enamorado de usted. Posiblemente, cuando Vautrelle estaba tratando de convencerla de que matara al falso Saligny, quizá con el propósito de que los dos heredaran su considerable fortuna y huir y ser felices, como ocurre en las películas, quizá, digo, aunque esto es pura especulación, Vautrelle le citó artísticamente a Salomé...

Louise había dejado apagar su cigarrillo. Golpe tras golpe iban cayendo cruelmente sobre ella. Estaba recostada contra los almohadones bajo la luz de la lámpara. Su pecho blanquísimo subía y bajaba cubierto por el traje de encaje negro. Las perlas no aventajaban en blancura la de su tez. Las cejas eran dos líneas sutiles, negras y arqueadas, los ojos dos piedras gélidas y negras. No obstante, era posible percibir que su ansia de amar y de ser amada iba floreciendo y saliendo al exterior desde el corazón helado por la traición en el mismo momento en que estaba siendo acusada sin piedad. Creo que el hecho de que alguien *sabía* lo mucho que había sufrido logró abrir las compuertas al dolor embalsado. Bencolin estaba inmóvil, mordiéndose el bigote.

—¿Prefiere usted que sea yo quien le diga cómo ocurrió todo? —preguntó de repente el detective.

Incluso, en aquellos momentos, Louise se irguió orgullosamente.

—*Monsieur* Vautrelle no era un cobarde.

¡Grito de desesperación, reto orgulloso arrojado al rostro de los dioses! ¡Lucha desesperada para salvar de la ruina al ídolo postrero!

—Puede que no fuera... fiel —continuó—. Pero demasiado sabe usted que

cualquier mujer es capaz de perdonar eso. Pero ¡era un genio! Si hacía un plan, sé, me consta, estoy convencida de que nadie podría hacerlo mejor que él. Eso no me lo podrá negar usted.

—El plan de Vautrelle para cometer el asesinato fue de una puerilidad tremenda. Tardé menos de media hora en descubrir el misterio.

Bencolin seguía hablando cortésmente.

—¿De veras creyó usted que Vautrelle lograría despistar a la Policía? Vautrelle no cometió más que errores. Por ejemplo, usted debió advertir su equivocación cuando la aconsejó que tomara unas drogas estimulantes. ¡Qué ternura puedo adivinar en su voz! El *haxix*, le diría probablemente, le calmaría a usted los nervios. Lo que el *haxix* hizo fue predisponerla a usted al asesinato.

No me hubiera gustado ser observado por los ojos del detective de la manera en que estaban escudriñando a Louise.

—Voy a explicar a usted cómo ocurrió todo, para demostrarle la estupidez de su teatral amigo el señor Vautrelle.

La miró durante un segundo y siguió:

—Saligny, el atleta, el hombre alegre y sencillo, hace el amor a *madame*. Y *madame* se siente atraída hacia él por una extraña fascinación que no comprende. En realidad, *madame* se sentía atraída por la gran semejanza entre Saligny y su primer marido, a quien amó verdaderamente. ¿Lo entiende ahora? Pero a quien ama verdaderamente ahora es a Vautrelle. Vautrelle, el histrión, el medio poeta, como Laurent, atlético en cierta medida, lo que le asemeja algo a Saligny. Hombre reflexivo, digno, invariablemente tierno y considerado, buen consejero que únicamente piensa en *madame*. Y *madame* leía sus obras de teatro, adulaba su vanidad. Vautrelle podía sentirse halagado y admirado, pues *madame* estaba enamorada de él.

Una extraña luz, unos recuerdos soñadores que se asemejaban mucho a la felicidad, se asomaron a los ojos de la mujer.

—*Madame* le dio mucho dinero. Vautrelle tenía interés en que *madame* comprara drogas, y en que las comprara en este establecimiento. Pero el dinero entregado, después de todo, tuvo una compensación: Vautrelle ofrecía su amor en venta.

Se apagó la luz de los ojos negros.

—Tan pronto como el falso Saligny regresó a París, Vautrelle descubrió que se trataba de un impostor, que se trataba de Laurent. Laurent también era aficionado a las drogas tóxicas, aunque de otra índole. El opio tranquilizador, que ofrece sueños delectables a sus víctimas. Laurent se hace la ilusión de que logrará engañar a uno de los amigos de Saligny, lo cual es una idea sencillamente grotesca. No creo que lograra engañar a Vautrelle un solo día. Los demás fueron engañados... porque no conocían a Saligny. Ahora tenemos que contender con fuerzas encontradas: la vanidad y la estupidez de los hombres. Vautrelle, víctima de otro ensueño, tiene por su parte otro plan. El falso Saligny ha de morir. Si muere después de la boda, *madame*



heredará su gran fortuna, lo cual la convertirá en esposa muy deseable para Vautrelle, que anhela la riqueza. Esto determina que Saligny haya de ser conservado vivo hasta después de la ceremonia nupcial. Igualmente, nadie debe descubrir que Saligny no es Saligny, pues en ese caso el propósito principal de Vautrelle, apoderarse del dinero de Saligny a través de su viuda, quedará fracasado. Entonces Vautrelle toma de una obra teatral que está escribiendo una idea para cometer un crimen tan... ingenioso que cree que conseguirá engañar... ¡a la Policía de París!

Bencolin nos miró, fruncidos sus labios por una mueca despectiva y sonriente.

—¿Es necesario que haga otra cosa que recordarle aquellas líneas de su obra que dicen, aproximadamente, pues cito de memoria: «Tengo el propósito de matar a ese impostor y desafío a cualquier policía del mundo a que descubra cómo lo hice. Pues ese impostor tiene el plan de dar muerte a otra persona, y yo creo estar justificado al tratar de proteger a mi mejor amiga»? ¡Muy hábil esa frase! Ya le había hablado a usted de este plan, y esta frase es un halago amoroso muy excelentemente calculado. El impostor tiene la intención de matar a *madame*. Y Vautrelle interviene heroicamente, trocado en paladín, para defender a «su mejor amiga»..., según dice. Permítame que le recuerde que fue debajo de esa línea donde *madame* escribió sus frases amorosas dedicadas a Edouard Vautrelle. Naturalmente, esto no tiene nada que ver con nuestro análisis del caso, pues únicamente sirve para arrojar más luz sobre la clase de persona que era Vautrelle. Recuerden lo que les dije en otra ocasión, *messieurs*, acerca de su tendencia a... *bordar* los hechos. No lo podía remediar. No podía evitar estos ademanes pintorescos, incluso cuando le llevaban a decir cosas extrañas y desmesuradas o a hacerlas. Vautrelle no podía prescindir de sus frases, de los párrafos calculados para despertar el aplauso de los espectadores. Imaginemos a Vautrelle mientras calcula cómo va a vencer a Laurent, cómo va a engañar a la Policía de París, cómo va a librarse de Fenelli, de quien es un asalariado miserable. ¡Va a vencer al mundo entero! Todo lo que tiene que hacer es lograr la colaboración de una mujer, que ya de antemano se encuentra dispuesta a hacer todo lo que haga falta por él, porque está enamorada, pues Vautrelle no está dispuesto a arriesgarse demasiado, y si algún accidente ocurre, es ella quien debe ser acusada de asesinato y no él.

La manera lenta y llena de circunloquios en que Bencolin estaba narrando los sucesos me resultaba intolerable. Muy a duras penas conseguí no gritar en aquel momento que se dejara de consideraciones marginales y que nos dijera de una vez cómo había sido cometido el crimen. Pero comprendí que Bencolin estaba luchando con la mujer, buscando su confesión delante de testigos.

—Nuestra investigación acerca del carácter de los personajes de esta comedia alcanza su punto más interesante la noche del crimen. Todos entran en esta casa, cada uno con su máscara. Laurent representa el papel de Saligny. Los otros representan el papel de esposa amante y de amigo fiel. ¡Todos rebosan amor! Llegan a las diez y quince minutos... ¿Me permite, *madame*, que la invite a examinar la lista de horas

que hemos preparado? Aquí hay algo que, indudablemente, llamará la atención a *madame*: su marido permaneció en el fumadero hasta cerca de las once. A esa hora salió de allí diciendo que iba a jugar a la ruleta. Pero esta lista de horas nos indica que no entró en el salón de la ruleta. Desde las diez cincuenta y cinco, hora en que se supone que salió del fumadero, hasta las once y treinta, hora en que se supone que entró en el cuarto de las cartas, *hay un espacio de tiempo de treinta y cinco minutos, durante el cual no le vio absolutamente nadie*. Nos dicen nuestros testigos que no se encontraba en la sala de juego, que no estaba en el primer piso, ni en el gabinete de caballeros, ni en el vestíbulo, ni en el piso de arriba. Solamente hay un lugar en que pudo permanecer durante ese tiempo, y es en el cuarto de las cartas.

Bencolin hablaba lenta y cuidadosamente, como si estuviera explicando algo a un niño medio imbécil. Poco a poco, la expresión de la mujer que le escuchaba fue helándose en su cara. Procuró luchar contra ello, trató de levantarse y en el momento en que creí que iba a gritar, Bencolin la obligó a mirarle a la cara.

—Y, naturalmente, *madame*, sabemos que usted salió del cuarto de Fenelli en este piso a eso de las diez y cincuenta. Resulta bastante evidente que tuvo usted que encontrarse con su marido en el vestíbulo...

La mujer se zafó de Bencolin. Se puso en pie permaneció vacilante, con los ojos clavados sobre nosotros en súplica espantosa. Se dibujó luego en su rostro una mueca horrible, rió en voz baja hasta quedar metamorfoseada de mujer aterrada y miserable en otra orgullosa, tranquila y despreciativa.

—¡Qué importa! —dijo, encogiéndose de hombros y riendo—. Sí, yo le maté. Lo confieso. ¡Es cómico verles las caras a todos ustedes! ¿Quiere alguien abrir la ventana? Hace mucho calor aquí dentro... Sí, yo le maté. ¡Yo!

Con un último ademán de desafío se dejó caer en el sofá, mirándonos con su risa helada y espeluznante.

## LA HORA DEL TRIUNFO

Bencolin se levantó y se inclinó. Cuando se volvió pude ver el sudor de su frente. No había dado muestras de ello mientras duró la batalla, pero había estado, indudablemente, en tremenda tensión. Se alejó hacia una esquina de la habitación y oí el ruido de una de las secciones de la claraboya al abrirse. Entró en la habitación una bocanada de aire fresco. Desde abajo nos llegó el rumor de la orquesta, que tocaba un vals.

—Creo que debe usted hablar —dijo Bencolin—. El hacerlo la hará sentirse mejor.

Alzó ella la cabeza y preguntó con voz apagada:

—¿Va usted a llevarme?

—Me temo que será necesario.

—¡Entonces me niego a confesar! ¡Dios mío! ¡Estaba loca! ¡No sabía lo que me decía! ¡Me pueden matar, si quieren, pero no pueden ustedes encerrarme!

—*Madame*, me hubiera visto obligado a detenerla, confesara o no confesara. Si confiesa usted la verdad, quizá el Tribunal se incline a la clemencia. Aunque, naturalmente, no puedo asegurarlo.

—Pero... ¿es que no lo entiende usted? No se trata de la... muerte. Pero ¡permanecer, aunque no sea más que un día, en esas mazmorras...! Con las ratas...

—Le aseguro, *madame*, que todas esas cosas son habladurías de comadres.

Louise pareció meditar. Su belleza se tornó retadora. Hizo un esfuerzo para recobrarse y comenzó a respirar más aprisa. Pero seguía acariciándose la garganta pensativamente, con los ojos clavados en una visión del futuro.

—Está bien —dijo de repente—. Se lo voy a contar todo. Sigo creyendo que no sabe usted cómo se hizo la cosa. Pero quiero que comprenda algo. Le voy a explicar todo por mi propia voluntad, y deseo que sepa usted que me tienen sin cuidado las consecuencias. ¡Las consecuencias! Yo misma iba a matarme. ¿Cree usted que puedo sentir algún remordimiento de haber matado a Laurent? ¿Remordimiento? Cuando supe en dónde estaba... —dijo, llevándose la mano a la garganta—, hubiera podido ver con gusto su despedazamiento! Como ha dicho usted —continuó—, vinimos aquí anteanoche. Edouard me había explicado su plan. Una sola cosa temía yo: que Laurent me tocara y que notara en mí un inevitable estremecimiento de repulsión o me traicionara yo misma de alguna manera. Tuve que soportar durante todo el día el tormento de estar a su lado. Tuve que acudir al altar con él y casarme con él, y jurar por segunda vez que le amaría, y verle mirarme. Y recordé la primera vez que me

casé con él... Entonces yo era una niña, una niña inocente, que le quería con locura. Pensé en todo eso y me dije que no me sería posible aguantar todo el día. Pero luego vi a Edouard y me volvieron los ánimos. Recordé lo mucho que me había hecho sufrir. Mientras le miraba me pareció volver a ver aquella barba morena en su cara y sus gafas... Pero su risa era exactamente la de Raoul. Llegó un momento en que me pareció imposible distinguirlos. ¡Se parecían tanto...! Y me dije: «Unas veces es uno y otras veces es el otro. Se cambian las personalidades, como ocurre en las pesadillas horribles que nos atacan de noche»...

Luego prosiguió:

—Sí, vinimos aquí anteanoche. Mi odio por Laurent había aumentado. Pero me fue necesario algún estimulante a fin de cobrar el valor necesario para hacer lo que tenía que hacer. Tenía miedo de fracasar. Había mucho ruido, con la orquesta y las voces de los de la sala de juego. Algunos de mis amigos me rodearon para darme la enhorabuena... Un poco antes de las once subí aquí para buscar un poco de eso que fumo —dijo con un gesto de repugnancia—. Cuando lo conseguí estaba como si me hubieran prendido fuego por dentro. Cobré ánimos. Veía delante de mí la cara de Laurent todo el tiempo. Quiero decir que veía a Laurent, remedando a Raoul. Me sentí perfectamente serena y dotada de una fuerza enorme. Todo el mal que me había hecho me pareció multiplicado. Pero no era necesario, no, no lo era. Oí voces que me hablaban. Voces que me decían lo que debía hacer exactamente, como antes me lo había explicado Edouard. Él lo preparó todo perfectamente.

Hizo una breve pausa y continuó:

—«Yo haré que me siga al fumadero —me dijo Edouard—. Tú espéralo en la escalera y sal a su encuentro cuando me deje. Pero debes estar segura de que no hay nadie en ese momento en el vestíbulo». Laurent salió del fumadero a las once. Me parece que estoy viéndolo todo. La alfombra roja del suelo, el vestíbulo desierto, la orquesta tocando en el piso bajo y el reloj, que daba las once en aquel instante. Entonces Laurent salió del fumadero. Me dije que tenía que conservar la serenidad y que él no debía sospechar nada. Vino hacia mí, sonriendo; todo el tiempo me parecía ver la barba de Laurent en su cara afeitada. «El cuarto de las cartas», me había dicho Edouard. Yo ya lo tenía todo preparado. Cuando Edouard le llevó al fumadero, yo entré en el cuarto de las cartas, cogí una de las espadas que había en la pared y la oculte debajo de los almohadones del sofá. ¡Que gusto me dio sentir lo bien afilada que estaba su hoja de acero! «Esta noche no habrá nadie en el cuarto de las cartas —me había dicho Edouard—. Tienes que usar la espada grande; debes tratar de desfigurarle el rostro, pues de lo contrario le examinarán cuidadosamente la cabeza y verán que el muerto no es Saligny».

Fue entonces cuando al escucharla me di cuenta de por qué el asesinato fue cometido con aquella gran espada. Louise tenía la intención de cortarle la cara para que el engaño jamás pudiera ser descubierto. La voz de la mujer, orgullosa y poco inflexionada, se dejaba oír cada vez más rápida.

—Como les digo, oí que el reloj daba las once y le vi. Yo me había fumado uno de esos cigarrillos y había encendido otro. Algo me zumbaba en la cabeza, pero no era nada. Me sentía perfectamente tranquila y dotada de gran fuerza. Le llevé al cuarto de las cartas. Me pareció estar muy seductora. Todo el tiempo pensaba: «Le voy a matar por Edouard y para vengar al pobre Raoul». Entramos en el cuarto de las cartas. Había una luz encendida. Me acarició lentamente un brazo y me miró a los ojos. Y entonces pude ver que estaba ardiendo de pasión, de pasión por mí. Allí estuvimos un rato sin decir nada, en pie, y casi me fascinó aquella mirada de pasión que veía en sus ojos. ¡Qué espanto! Pero en aquella mirada los veía a los dos, a mis dos maridos, encarnados en uno solo. Ya no tenía la barba castaña, pero seguía teniendo aquellos horribles ojos del color del caramelo. Me besó. Fue casi insufrible y casi me desvanecí. Pero en aquel momento recordé que había ido allí para matarle, y esto me dio fuerzas para corresponder a su beso. Y lo hice con pasión. Dejé caer el cigarrillo al suelo y entonces recordé algo. «Espera, Raoul —le dije sonriendo—; se me ha caído el cigarrillo». Cuando lo recogí, comprendí que no debía dejarlo allí y le pedí que abriera la ventana para tirarlo, pues no había ceniceros. El abrió la ventana. Volvimos junto al sofá. El me llevaba hacia él, ¡hacia el sofá en que estaba oculta la espada! Vi su mano que se movía. Oí la orquesta que comenzaba a tocar. Oí a un *croupier* al otro lado de la puerta. Oí las conversaciones de la gente convertidas en murmullo. Me sentía tan fuerte que creo que hubiera podido estrangularle serena. «Raoul —le dije—, se me ha desabrochado un zapato...». Y le sonreí. Estaba algo inclinada, con la mano derecha casi tocando el sofá. Alargué el pie. En el momento en que él se arrodilló en el suelo salté a un lado. El seguía arrodillado en el suelo. Yo estaba como ciega. Saqué la espada rápidamente y di el golpe como si fuera un hacha. Fue tan grande el golpe que casi perdí el equilibrio. En aquel instante se me cegó la vista y oí que la orquesta tocaba los últimos compases de *Hallelujah*. Cuando recobré la vista, allí estaba la cabeza, en medio del suelo. El chorro de sangre casi me había manchado la media. Lo que yo quise hacer fue que el golpe le diera en la cara cuando él alzara la cabeza y partírsela en dos..., ¡y le había cortado la cabeza tan limpiamente como un verdugo!

Se movían los labios en medio de la cara marfileña, con los ojos inmóviles, rodeado todo el rostro por la magnífica cabellera morena; pude ver que, extrañamente, Louise estaba más seductora que nunca en aquellos instantes de revelación. Pensé en aquellas mujeres del Renacimiento, uno de cuyos encantos era la crueldad emponzoñada de su belleza, sus labios frescos y llenos, que sonreían mientras la daga se hundía en la espalda del enemigo. «Lo que yo quise hacer fue que el golpe le diera en la cara y partírsela en dos», había dicho como hipnotizada, mirándonos a todos por turno, fríamente. Cuando Kildard oyó esta frase, volvió el rostro y apoyó la frente sobre la pared con un gemido. El médico estaba muy pálido. *Madame* los contempló asombrada.

—Cuando todo acabó —siguió diciendo— recobré la calma por completo. Tenía

que acordarme de las instrucciones detalladas que Edouard me había dado. Ya estaba Laurent muerto. Yo le había ejecutado, como se merecía, como le hubieran ejecutado en la guillotina. Pero ahora el resto del plan tenía que ser llevado a cabo. Pues el plan era facilitar que tanto Edouard como yo pudiéramos probar irrefutablemente la coartada, de tal manera que no pudieran acusarnos a él ni a mí del crimen de ninguna forma. Una vez que yo le hubiera matado, me dijo Edouard que él se encargaría de todo lo demás. Eran un poco más de las once y cuarto. Miré por la puerta del vestíbulo. No había nadie. Salí. Nadie nos había visto entrar. Allí estaba Edouard esperándome. Estaba descompuesto, pero dijo: «¿Lo hiciste, *chéri*?». Y yo le contesté: «Sí, ya está hecho. ¿Por qué estás tan pálido?». Y él me contestó: «¿No sube alguien por la escalera?». Yo le dije que no, que no era más que la orquesta y que no tuviera miedo. Luego le dije que le había cortado la cabeza y que esta estaba en mitad del cuarto; creí que se iba a desmayar. Pero luego se recobró un poco y me dijo: «Escucha: te he dicho que cuando nos reuniéramos aquí elegiría alguien para que pudieras llevar a cabo tu pequeña comedia. Pudiera ser cualquiera, pero va a ser ese detective, Bencolin. Está en el salón de juego con unos amigos. Ahora haz exactamente lo que te he dicho, pero hazlo *a las once y media*. ¿Ves el reloj de la escalera? Son casi las once y media. No pierdas de vista tu reloj. Recuerda lo que tienes que decir exactamente a las once y media. Ahora acércate a Bencolin. Y no tengas miedo». ¡Me dijo que no tuviera miedo, cuando yo estaba tan tranquila y él medio desmayado de terror! Luego me preguntó si había dejado huellas dactilares en alguna parte y le dije que no lo sabía... Entonces me reuní con ustedes en el salón de juego. Cuando lo planeamos todo no sabíamos a quién íbamos a elegir para la coartada. Tendría que ser alguien que estuviera sentado en donde estaban ustedes, por ser el sitio más distante de la puerta del cuarto de las cartas. A las once y media, Vautrelle penetró en la sala de juego, de espaldas a nosotros, y entró en el cuarto de las cartas, a dieciocho metros del sitio en donde estábamos. ¡Y eso fue lo que les engañó a ustedes! Precisamente fue el engaño de Laurent lo que hizo que Edouard imaginara su idea, la de matar a Laurent, la de matarle y evitar ser descubiertos, como Laurent había matado a Saligny. Porque Edouard lo veía como un acto de justicia. No olviden ustedes que Edouard era también rubio y que era alto. No era menester que se pareciera en ninguna otra cosa a Saligny, ¿comprenden? Lo único necesario era que ustedes vieran a un hombre alto y rubio entrar en el cuarto de las cartas, pues estaban ustedes demasiado lejos para saber de quién se trataba. En ese momento yo les dije que el que entraba en el cuarto era Raoul. Son ustedes listos, pero me creyeron... Pero el que entró en ese cuarto fue Edouard.

Nos miró durante un segundo y siguió diciendo:

—¡Bonita treta!, ¿eh? Entró en la habitación, la cruzó, llamó al timbre tirando del cordón y salió por la puerta del vestíbulo; luego entró nuevamente en el fumadero por la puerta del saliente de este, el cual tapa el cuarto de las cartas de cualquiera que esté en uno de los extremos del vestíbulo. ¿Se dan ustedes cuenta? El saliente ese...<sup>[10]</sup>.

Entró, como digo, en el fumadero. Me dijo que el atravesar el cuarto de las cartas le llevó exactamente doce segundos. Doce segundos, ¿comprenden? Cuando entró en el fumadero nuevamente por la puerta del saliente, el detective de guardia llevaba en su puesto cinco minutos. A las once y media y doce segundos se acercó al detective y le preguntó la hora que era. El detective le dijo que eran las... once y media, *es decir, la hora exacta a la que entró el supuesto Raoul en el cuarto de las cartas.*

Inclinó la cabeza, como una actriz que aguardara el estallido de los aplausos. Todos callamos. Se había olvidado de todo disfrutando con la inmensa ingeniosidad de la treta de su amor. Y por si alguno no nos hubiéramos dado cuenta de ello, lo explicó:

—Así, pues, tanto él como yo teníamos una coartada perfecta. Eso era lo que Edouard quería. Podíamos demostrar que los dos nos encontrábamos a la hora del crimen en lugares en los cuales no podíamos haberlo cometido. Yo estaba con ustedes, y él preguntando la hora... ¡al detective de servicio! El mismo fue quien llamó al timbre. Inventó todo el cuento de que Raoul tenía una cita con alguien y le dijo al camarero que entrara en el cuarto de las cartas con unos cócteles cuando sonara el timbre... Y él mismo llamó al timbre cuando llegó el momento oportuno. Entonces el camarero entró en el cuarto y descubrió el crimen, y Edouard demostró que cuando Raoul entró en el cuarto de las cartas él estaba preguntándole la hora a un detective. Sabía que ustedes preguntarían al camarero acerca de la hora en que el timbre sonó, y sabía que el camarero respondería que a las once y media. Ninguno de los dos podíamos suponer que ustedes nos ayudarían tomando nota exacta de la hora a la que Raoul entró en el cuarto de las cartas, o a la *que pareció* que Raoul lo hacía, pues el que entró no fue ni Raoul ni Laurent. ¿No es divertido? Eso fue lo que más le gustó a Edouard.

—¿Dice usted que los ayudaríamos? —dijo Bencolin tranquilamente—. Permítame, *madame*, ese fue el error que cometieron ustedes. Al observar nosotros la hora exacta, su estratagema quedó inutilizada, pues lo que resultó fue una imposibilidad inaceptable.

—Pero ¡teníamos nuestras coartadas! —dijo ella muy orgullosamente.

—¿Quién de ustedes dos robó las llaves del bolsillo del muerto?

—¡Ah! Se me había olvidado decirles eso. Lo hice yo. En el mismo momento en que estaba hablando con ustedes las llevaba en mi bolso. Edouard me dijo que las cogiera.

Nos miró y dijo:

—¿También sabían ustedes eso?

—Sí —respondió Bencolin—. Supuse que las había cogido Vautrelle y que aquella noche fue a casa de Saligny. Quiso estar seguro de que nadie llegaría a descubrir que *Saligny* era un impostor. Registró el escritorio de Saligny y destruyó todos sus papeles, sabiendo, claro está, que era muy probable que el impostor hubiera dejado prueba de su impostura. Unas cartas, un diario escrito con letra de Laurent o

algo parecido era muy probable que se descubriera al ser registrada la casa.

Louise asintió más desconcertada.

—Sí —dijo—. Me dijo que había descubierto unos billetes de Banco, pero que tuvo que dejarlos allí. ¡Dejar allí Edouard unos billetes de Banco! —añadió con repentina amargura.

—Aunque le parezca extraño —dijo Bencolin—, Vautrelle le dijo la verdad. Los dejó allí. Quiso dar la impresión de que Saligny había destruido sus propios papeles. Por eso dejó también las llaves puestas en la puerta del despacho. Quiso hacernos creer que Saligny las había dejado allí él mismo. Esto, naturalmente, le impidió robar el dinero del muerto. Y allí lo dejó. Su error fue quitar del llavero y tirar a alguna parte la llave de la bodega. No quería que nadie bajara allí a husmear, pero lo que hizo fue llamar nuestra atención y hacer que bajáramos a la bodega.

Bencolin fijó la mirada en el vacío durante un segundo y luego siguió:

—Pero eso no importa. Hablábamos de cómo Vautrelle atravesó el cuarto de las cartas. Todo el plan descansaba sobre la posibilidad de encontrar testigos de confianza que aseguraran que ustedes dos estaban en su compañía en el momento de ser cometido el crimen. Usted nos escogió a nosotros. Vautrelle, muy humorísticamente, eligió al detective de guardia. Si no, supongo que hubiera preguntado la hora al camarero en el momento en que este se dispusiera a entrar la bandeja de cócteles a las once y media, lo que demostraría que se encontraba en el fumadero. ¡Doce segundos! ¿No le dijo a usted que hiciera alguna otra cosa en ese tiempo?

—¿Qué quiere usted decir?

—Creo que se inclinó sobre el muerto. Así se manchó la mano ligeramente de sangre.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Acaso encuentre usted de interés saber lo muy celoso que Vautrelle se sentía de Saligny, que estaba haciendo el amor a espaldas suyas a Sharon Grey, quien le aguardaba en aquel momento en el piso de arriba. Vautrelle subió para asustarla con uno de sus párrafos melodramáticos y le manchó la muñeca de sangre. ¡Qué puerilidad!

Louise miró a Bencolin sin entenderle. Cuando el significado de sus palabras se le hizo claro, preguntó con una voz en que se percibía el temblor de la risa demente:

—¿Quiere usted decir... que también... mi primer marido sentía interés por esa... inglesa?

—Sí. En el mismo momento en que la besaba a usted en el cuarto de las cartas estaba pensando en subir a verla. Vautrelle se le adelantó. Supongo que los había oído concertando la cita el día de la boda.

Poco a poco Louise se iba dando cuenta.

—¡También... Laurent! —dijo. Y luego añadió fuera de sí—: Y esta noche..., esta noche hubiera matado a ese ser repugnante dueño de esta casa. ¿Me lo echarían



ustedes en cara? ¡Miren!

Al hablar se rasgó la parte delantera del vestido y vimos sobre su pecho unos arañazos recientes, que al ser rasgada la tela comenzaron a sangrar nuevamente. Se apretó las heridas con las manos y miró a Bencolin con ojos que las lágrimas hacían brillar.

—¡Usted lo sabe!, pues creo que me reconoció ayer cuando me vio aquí. ¿Cree usted que no me han envilecido bastante? ¡Me han obligado a suplicar, a arrodillarme, porque necesitaba que me dieran... esos cigarrillos! ¡Yo! ¡Yo, de rodillas! Esta noche, cuando abrió la caja fuerte, estaba dispuesta a apoderarme de todo lo que tuviera en ella. ¿Acaso me lo pueden echar en cara? ¿Es que no hay nadie capaz de entender todo lo que he tenido que aguantar?

Aquellas palabras no eran frases en que nos pidiera piedad. Eran el grito desesperado de una mujer que, incapaz de valerse por sí misma, no encuentra quien la socorra, ni una persona en su camino en quien pueda confiar sin verse conducida al desastre. Nos miró con arrogancia.

—Bencolin —dijo Kilard—, permítale que se vaya. Somos los únicos que sabemos todo esto...

—¡Silencio! —dijo el detective con voz seca—. ¿Acaso se creen ustedes que disfruto con lo que estoy haciendo?

—¡No necesito ni quiero que me tengan lástima! —exclamó Louise luchando contra los sollozos—. ¡Ni quiero tampoco escuchar sus sermones! No aceptaría su piedad si me la ofrecieran. Sabría de antemano que se trataría de otra celada para herirme.

—He de rogarla a usted que nos diga lo referente a Vautrelle —dijo Bencolin.

La mujer le miró como si no entendiera.

—¡Ah! ¡Edouard! Sí. En este momento no puedo comprender cómo es posible que la cosa me doliera tanto. Pero me hirió profundamente. Esa mujer, Sharon Grey, vino a verme por la mañana del día siguiente que murió Laurent. Tengan en cuenta que yo hice todo lo que pude por Edouard, que me amaba. Pero estando ella allí conmigo, ese odioso americano que se llama Golton soltó que Sharon era la amante de Vautrelle.

De nuevo la expresión de su rostro se tornó feroz.

—¿Por qué no iba a hacer Jo que hice? Había dado a Edouard todo el dinero que tenía en este mundo. Había hecho por él todo lo que me fue posible. ¡Sabía decir unas palabras de amor tan dulces! Me juró que me quería, que yo era su inspiración, que el fumar esos cigarrillos me supondría un gran consuelo. Cuando el americano dijo que Edouard y Sharon eran amantes, Sharon estaba delante. No me fue necesario mirarla. Comprendí que era verdad. Y comprendí que mientras yo daba a Edouard todo mi dinero, él lo destinaba a sostener a aquella mujer. Siguiendo las órdenes de Edouard había cometido un asesinato. No creo que sea fácil hacer más por un hombre... ¿Y cómo me correspondió él? Enamorándose de aquella mujer sin nervio y blancuzca,

que presentaba un aspecto tan virtuoso. ¿Qué sabe ella de lo que una mujer puede hacer por amor? Una mujer como yo. ¡Mírenme! Sí, tan dueña de mí, tan tranquila..., pero ¡me volvía de fuego cuando Edouard se acercaba a mí! ¿Acaso me echen en cara —siguió— lo que hice? Ahora todo lo veo muy claro. Ahora comprendo lo que estaba haciendo Edouard. Pero cuando lo oí por primera vez me destrozó. No pude soportarlo. Cuando vinieron ustedes a hablarme esta tarde creí que iba a delatarme, porque comencé a despotricar acerca de Edouard. No lo pude remediar. ¿También sabían esto?

—Cometí un error —dijo Bencolin—. Debí sospecharlo. Pero creí que su furia se dirigía contra Sharon Grey...

—Los he engañado a ustedes todo lo que he podido —dijo ella sin escuchar—. Pero en realidad ya no me importaba. No me importaba lo que pudieran descubrir. Lo único que me resultaba intolerable era pensar que Edouard estuviera besando a esa mujer pálida y asquerosa. Le llamé por teléfono, deseosa de que me dijera que no era cierto. Creo que si lo hubiese negado le hubiera creído. Pero me dijo que no podía venir a verme, me llamó *queridísima* y *corazón suyo*, y casi vomité al oírle. Aquella noche, me dijo, tenía una cita importante... Un asunto de negocios..., ¡y yo sabía adónde iba!

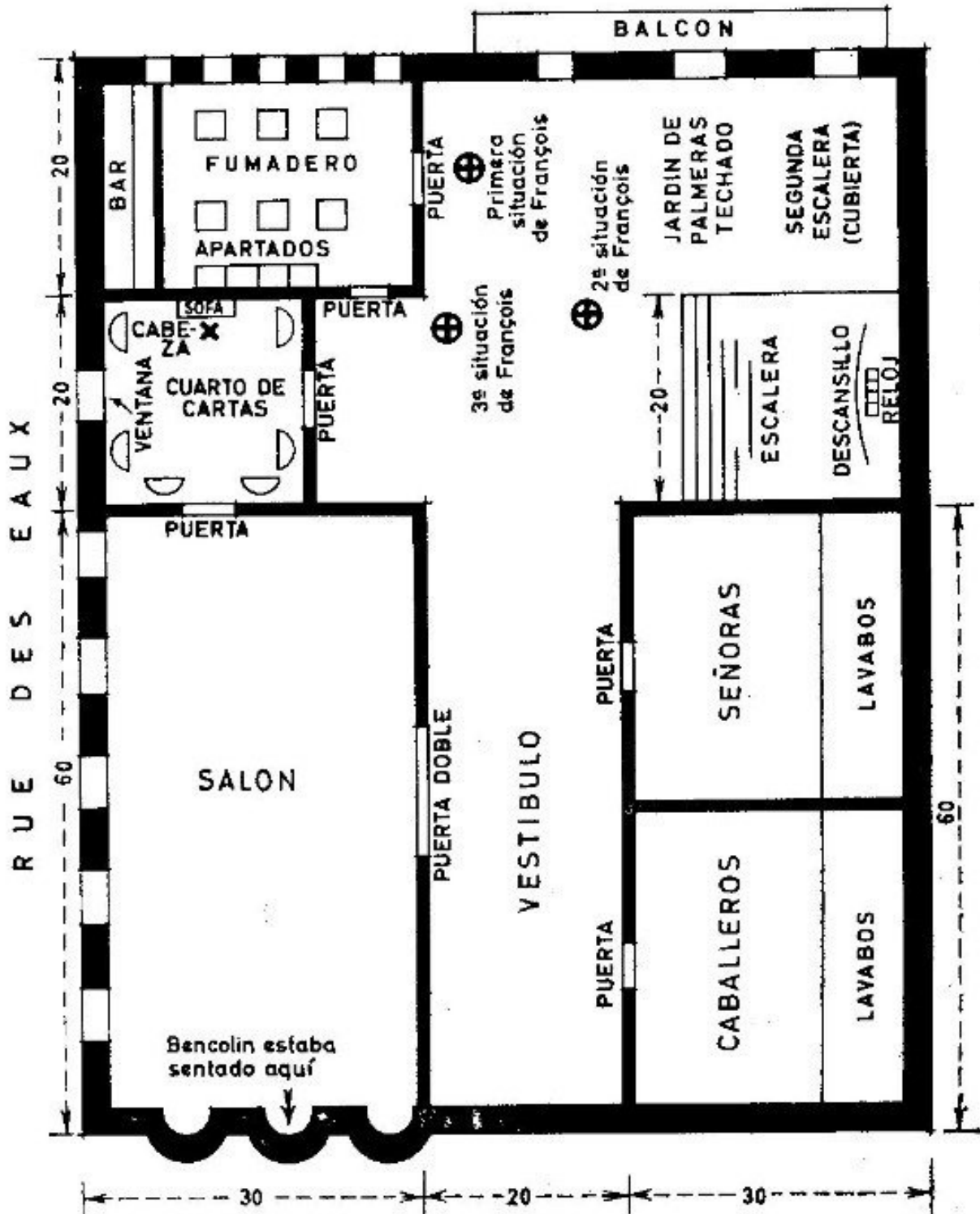
Se inclinó hacia adelante, se levantó algo y, con una mirada de hipnotizada que la transportó a la noche del crimen en el jardín, siguió hablando con voz monótona y sin expresión:

—Tenía un cuchillo aquí. Un cuchillo de gran tamaño. Me lo regaló Raoul. Era un recuerdo de una expedición de caza. En aquel momento me tuvo sin cuidado que me viera alguien. Lo único que me importaba era hacer pagar a Edouard lo que me había hecho padecer. Me fumé un cigarrillo. No sé por qué, pero cuando me fumo uno de estos cigarrillos me encuentro capaz de cualquier cosa. Tomé un taxi. Entré en el jardín de la casa por la puerta trasera. Allí estaba él. Le di un golpe. Luego otro. Le quise cortar la cabeza... Quedé toda llena de sangre. Y me gustó.

Se puso en pie triunfalmente, gozosa, con la cabeza ligeramente echada hacia atrás, mientras el rumor de la orquesta nos llegaba a través de la claraboya. Bencolin estaba inmóvil, sentado en el sofá. Tres citas con tres hombres. A los tres los hubiera asesinado.

— **FIN** —

AVENUE DE TOKYO



ESTE PLANO TIENE GRAN IMPORTANCIA Y DEBE SER ESTUDIADO CUIDADOSAMENTE.  
 LAS DISTANCIAS ESTAN EXPRESADAS EN PIES INGLESES ~ UN PIE EQUIVALE A 30,5 cm.

[Vuelta a cap. 2] [Vuelta a nota 10]



JOHN DICKSON CARR (30 de noviembre de 1906 – 27 de Febrero de 1997) fue un escritor norteamericano de novelas policíacas. Además de firmar mucho de sus libros, también los seudónimos Carter Dickson, Carr Dickson y Roger Fairbairn.

Pese a su nacionalidad, Carr vivió durante muchos años en Inglaterra y a menudo se le incluye en el grupo de los escritores británicos de la edad dorada del género. De hecho la mayoría, pero no todas, de sus obras tienen lugar en Inglaterra. De hecho sus dos más famosos detectives son ingleses: Dr. Fell y *Sir Henry Merrivale*.

Se le considera el rey del problema del cuarto cerrado (parece que debido a la influencia de Gastón Leroux, otro especialista en ese subgénero). De entre sus obras, *The Hollow man* (1935) fue elegida en 1981 como la mejor novela de cuarto cerrado de todos los tiempos.

Durante su carrera obtuvo dos premios Edgar, uno en 1950 por su biografía de *Sir Arthur Conan Doyle* y otro en 1970 por su cuarenta años como escritor de novela policíaca.

# Notas

[1] En Inglaterra la alianza matrimonial se lleva en el anular de la mano izquierda. (*N. del T.*) <<

[2] La ley Volstead era la *ley seca*, que prohibía toda clase de bebidas alcohólicas en Estados Unidos. (N. del T.) <<



[3] En el original hay un juego de palabras intraducible. Las palabras quieren decir exactamente: «¡Coartada, niño!», y suenan como «Alí Baba». (*N. del T.*) <<

[4] Se trata de dos de los personajes fantásticos de la famosa obra de Lewis Carroll *Cuento para niños*. (Nota del Traductor.) <<

[5] Los versos son de Swinburne: *Chorus*. (N. del T.) <<

[6] Se trata de una cita de Shakespeare, que se encontrará en el acto V, escena I, líneas 38 y sucesivas. (*N. del T.*) <<

[7] *Mason*, en inglés, significa «francmasón» y también «albañil». *Trowel* quiere decir «escardilla» y también «llana» de albañil. El doble significado de las dos palabras se presta en inglés a un juego que resulta imposible de reproducir en castellano. (N. del T.) <<

[8] La manera de hablar de este personaje, tanto desde el punto de vista gramatical como fonético, es característica de un norteamericano de escasa cultura. La traducción no puede conservar esos matices, pero el lector debe tenerlos en cuenta para sacar de la lectura del texto castellano igual impresión que la obtenida por quien lee el original inglés. (*N. del T.*) <<

[9] Tanto la referencia a la reunión del Sombrero Loco como la frase citada pertenecen a la obra *Alicia en el País de las Maravillas*, de Lewis Carroll. (N. del T.)

<<

[10] [\[Véase plano\]](#) <<